

117

14

1ª edición: enero de 1960.

5/314

117 copias

IMPRESO EN LA ARGENTINA

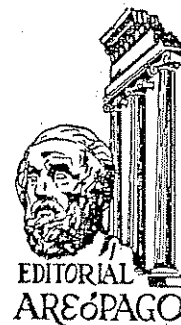
Queda hecho el depósito que
previene la ley número 11.723.

© Editorial Aereópago, Bs. Aires.

JULIO MICHELET

HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA

TOMO IV



Introducción. Primera Parte. De la religión de la Edad Media (p.7)	
Libro I. Capítulo I	Elecciones de 1789 (p.39)
Libro I. Capítulo II	Apertura de los estados generales (p.46)
Libro I. Capítulo III	Asamblea General (p.54)
Libro I. Capítulo VII	Toma de la Bastilla, 14 de Julio de 1789 (p.88)
Libro I Capítulo IX	El pueblo lleva al rey a Paris (p.175)
Libro II Capítulo IV	Noche del 4 de agosto (p.129)
Libro IV Capítulo IV	Los jacobinos (p. 31)
Libro V Capítulo XXXIV	El 10 de agosto (p.103)
Libro V Capítulo XII – XIII	El juicio de Luis XVI (p.109-125)
Libro X Capítulo IX	Lyon. Muerte de los girondinos (p.101)
Libro XI Capítulo I, II, III, IV, V	(completo)
Libro XIV Capítulo VI	Proceso y muerte de Danton (p.187)
Libro XV Capítulo III	Lavoisier.(...) Las costumbres en el 94 (p.207)
Libro XVI Capítulo II	Los robespierristas precipitan a su jefe... (p.210)
III	Conspiración contra Robespierre... (p. 214)
IV	La fiesta del ser supremo. (p. 221)
V.	Ley del 22 Pradial. (p. 224)
Libro XVII Capítulo I	Lucha policíaca... (p. 228)
II	La madre de dios... (p.232)
IV	La conspiración del Luxemburgo... (239)
Libro XVIII Capítulo I, II, III, IV, V.	(p. 243)
Conclusión	(p.265)

INTRODUCCION

PRIMERA PARTE

DE LA RELIGION DE LA EDAD MEDIA

I

Defino la Revolución francesa diciendo que es el advenimiento de la Ley, la resurrección del Derecho, la reacción de la Justicia.

Muchos espíritus eminentes, con un loable propósito de conciliación y de paz, han afirmado en nuestros días que la Revolución fué el cumplimiento del cristianismo, que vino a continuarlo, a realizarlo, a dar cuanto había prometido.

Si fuera fundada esta afirmación, el siglo XVIII los filósofos, los precursores de la Revolución se habrían equivocado, habrían hecho una cosa completamente distinta de lo que se propusieron. Tuvieron otro objeto que el cumplimiento del Cristianismo.

Si la Revolución fuese nada más que esto, no sería distinta del Cristianismo; sería solamente una edad, su edad viril, su edad de razón. En este caso no habría dos actores sino uno solo, el Cristianismo, y no existiendo más que un actor no hay drama, no hay crisis.

Pero no, no es así. La lucha es demasiado real. No se trata aquí de un combate simulado entre el mismo y el mismo. Hay dos combatientes, dos principios, dos espíritus; el antiguo y el nuevo.

En vano, el nuevo, seguro de vivir, y por tanto más pacífico, dice dulcemente al antiguo: Vengo a cumplir, no a arrasar... El antiguo no se presta de ningún modo a ser cumplido. Esta palabra encierra para él algo de fúnebre y siniestro, rechaza aquella bendición filial, no escucha ruegos ni oraciones.

Es necesario salir de vaguedades si se quiere saber dónde vamos. La Revolución continúa el Cristianismo, pero lo contradice. Es a la vez heredero y adversario.

En lo que tienen de general y de humano, o sea en el sentimiento, los dos principios se unifican. En lo que constituye la vida propia y especial, en la idea madre de cada uno, se rechazan y son contrarios.

Están de acuerdo en el sentimiento de fraternidad humana. Este sentimiento nacido con el hombre, nacido con el mundo común a toda sociedad, ha sido profundizado y extendido por el Cristianismo. lo ha enseñado como única religión por todo el mundo que ilumina el sol.

He aquí toda la semejanza. He aquí toda la diferencia.

actor
dramat
combate.

La Revolución funda la fraternidad sobre el amor del hombre al hombre, sobre el derecho y la justicia. Esta base es fundamental y no necesita otra alguna.

En cambio cuando el Cristianismo, doctrina opuesta a la Justicia, fué llamado a gobernar y juzgar el mundo, cuando la jurisprudencia descendió de su pretorio y dijo a la nueva fe: "Juzga en mi lugar", se vio, en el fondo de una doctrina que parecía bastar al mundo, un abismo de insuficiencia, de incertidumbre.

Permaneciendo fiel al principio de que la salvación es un don y no el premio de la justicia, el hombre se cruzó de brazos y esperó; sabía bien que sus obras nada podían en favor de su suerte. Toda actividad moral cesó en el mundo.

Con el Cristianismo, la iniquidad de la conquista, confirmada por la voluntad de Dios, se autoriza y se cree justa. Los vencedores son los elegidos; los vencidos son reprobos. La monarquía divina crea la monarquía humana, gobernando sólo los elegidos.

¿Dónde se refugiará el hombre? La gracia reina en el cielo y el favor aquí abajo.

Para que la justicia, dos veces proscrita, se atreva a levantar la cabeza, es necesario una cosa difícil (de tal modo está agobiado el sentimiento humano bajo la pesadumbre de los males y la pesadumbre de los siglos), es necesario que la justicia comience de nuevo a creerse justa, que despierte y tenga noción de sí misma y vuelva a adquirir conciencia de su derecho.

Esta conciencia, recuperada lentamente durante seiscientos años de tentativas religiosas, estalla en 1879 en el mundo político y social.

La Revolución no es más que la reacción tardía de la justicia contra el gobierno del favor y la religión de la gracia.

II

Si habéis viajado por las montañas habréis podido encontrar lo que yo vi un día.

Entre una aglomeración confusa de rocas amontonadas, en medio de árboles y verdura, se alzaba un pico inmenso. Este solitario oscuro y pelado era, sin duda, hijo de profundísimas entrañas del globo. Ninguna verdura lo adornaba; ninguna estación hacia cambiar su aspecto; las aves apenas se posaban allí, como si al tocar la mole escapada del fuego central se hubieran de quemar sus alas. Aquel sombrío testimonio de las torturas del mundo interior parecía soñar allí todavía, sin prestar atención a lo que le rodeaba, sin dejarse distraer jamás de su salvaje melancolía...

¡Qué revoluciones subterráneas, qué incalculables fuerzas combatieron en el seno de la tierra para que esta mole, desgarrando las montañas, commoviendo las rocas, haciendo añicos los bancos de mármol saliera hasta la superficie!... ¡Qué convulsiones, qué torturas arrancaron del fondo del globo ese prodigioso suspiro!

Conmoverlo, sentí mis ojos oscurecidos por las lágrimas lentas, penosas... La Naturaleza me había hecho recordar la Historia. Este caos de montañas confundidas parecían oprimirse con la misma pesadumbre que durante toda la Edad Media gravita sobre el corazón del hombre; y en esta picacho desolado, que del fondo de sus entrañas lanzó la tierra contra el cielo, veo la imagen de la desesperación, el grito doloroso del género humano.

La Justicia ha llevado mil años sobre su corazón la montaña del dogma, y agobiada bajo tal pesadumbre ha ido contando las horas, los días, los años, los interminables años... Para los que sienten, esto es una fuente de lágrimas eternas. Aquel que, por la historia, partcipe de este largo suplicio, no volverá a estar contento; donde quiera que llegue se sentirá triste; el sol, la alegría del mundo, no le alegrará más; ha vivido mucho tiempo en la agonía y las tinieblas.

Lo que más ha conmovido mi corazón es la inagotable resignación, la dulzura y paciencia de la Humanidad y el esfuerzo que hizo para amar este mundo de odio y de maldición que la oprimía.

Cuando el hombre, que se había privado de la libertad, y cercenado la justicia, como un miembro inútil, para confiarse ciegamente en manos de la Gracia, vió ésta reconcentrarse únicamente en los privilegiados, en los elegidos, mientras el resto de la Humanidad quedaba perdido sobre la tierra, perdido para la eternidad, ¿creéis que se elevó de todas partes un vocerío de blasfemia? No, sólo se oyó... un gemido y estas conmovedoras palabras: "Si os place que yo sea castigado, hágase vuestra voluntad, Señor".

Y sometidos, resignados, se entregaron los hombres a su suerte y aceptaron el castigo.

Hecho grave, hecho digno de memoria que la teología no había previsto jamás. Ella enseña que los dañados no pueden más que odiar. Y, sin embargo, aman. Se ejercitaron en amar a sus dueños, los elegidos. El sacerdote y el señor, estos hijos predilectos del cielo, no encontraron durante siglos en el humilde pueblo más que dulzura, docilidad, amor y confianza. Sirvió, sufrió en silencio; azotado, dió las gracias, no desplegó nunca sus labios, como hizo el santo Job.

¿Qué le preservó la muerte? Una sola cosa que refrescó y reanimó al paciente en su largo suplicio. De esta rara dulzura de alma que le hacía feliz; de su corazón torturado, pero bueno en extremo, surge una fuente de dulce y tierna fantasía, un ensueño de religión popular, contra la sequedad de la otra. Regada con esta agua fecunda, la leyenda germina y crece, cubriendo el infortunio de los humildes con sus flores... Flores del suelo natal, flores de la patria que hicieron olvidar, a veces, la árida metafísica bizantina y la teología de la muerte.

La muerte, sin embargo, permaneció bajo estas flores. El santo patrón, el buen santo de la comarca no bastaba para defender a sus protegidos contra un dogma amedrentador. El diablo aguarda apenas que un hombre expire para apoderarse de él. Todavía vivo, da vueltas a su alrededor. El diablo era señor del mundo; el hombre era suyo; su presa. El diablo resulta parte integrante del orden social de aquellos tiempos. ¡Qué constante tentación de desesperación y de duda!...

La servidumbre de aquí abajo, con todas sus miserias, era el comienzo de la condenación eterna. Primero, una vida de dolor y después, para consolarse, el infierno... ¡Condenados de antemano!... ¿Para qué, pues, esas comedias del juicio que la Iglesia celebraba. Hay algo de barbarie en mantener en la incertidumbre y la ansiedad más crueles, suspendido siempre sobre el abismo, al hombre que antes de nacer ha sido ya adjudicado al abismo y le pertenece.

¡Antes de nacer!... El niño creado expresamente para el infierno, a pesar de su inocencia!... ¿Pero qué digo su inocencia? Si éste es el horror del sistema; para la religión no hay inocencia.

No lo sé cierto, pero lo juraría. Aquí fué donde el alma humana se detuvo, donde faltó la paciencia...

¡El niño condenado! Ante esto el corazón de la madre debió sentirse herido, torturado... Creedlo. De aquí nació el primer suspiro... ¿De protesta?... Todavía no... ¡Pero fué tan desgarrador el maternal gemido!... El hombre que lo escuchó quedamente en las sombras nocturnas, no durmió más aquella noche... ni las siguientes. Al amanecer iba a su labor y encontraba el valle y la llanura más bajos, mucho más hondos, más profundos, como una tumba; y más altas, más sombrías, más amenazadoras las dos torres que en el horizonte se dibujaban y escuchaba sombría la campana de la iglesia, sombrío el esquilon del castillo feudal. Entonces comenzó a comprender lo que decían las dos campanas. La iglesia sonaba: Siempre. El esquilon sonaba: Jamás... Pero al mismo tiempo una voz enérgica hablaba más alto en su corazón. Esta voz decía: ¡Un día!... ¡Era la voz de Dios!

Un día llegará la Justicia. Deja esas huera campanas balancearse en el viento... No te alarme tu duda. Esta duda es ya la fe. Cree; espera; el Derecho desconocido surgirá algún día y vendrá a juzgar en el dogma y en el mundo. Y ese día del Juicio se llamará la Revolución.

III

Dedicado al sombrío estudio de la Edad Media, me he preguntado muchas veces, al recorrer caminos llenos de obstáculos, *tristis usque ad mortem*, cómo la religión, extremadamente dulce en sus principios, puesto que parte del amor mismo, ha podido cubrir el mundo de tan vasto mar de sangre.

La antigüedad pagana, guerrera, sangrienta, destructora prodigó la vida humana sin tener noción de su precio. Joven y sin piedad, bella y fría como la virgen de Táuride, mata y no se conmueve. No encontraréis en esas grandes destrucciones de la antigüedad la pasión, el encarnizamiento, el furor de odio que caracterizan en la Edad Media los combates, las luchas y venganzas de la religión del amor.

La primera razón que de ello encuentro, y que ya consigné en mi libro *El Sacerdote*, es la prodigiosa embriaguez de orgullo que esta creencia da a su elegido. ¡Qué vértigo! ¡Todos los días hacer bajar a Dios sobre el altar, hacerse obedecer de Dios!... ¿Me atreveré a decirlo? (vacilo, temiendo blasfemar). ¡hacer de Dios todos los días!... ¿Cómo llamar a quien diariamente realiza este milagro de los milagros? ¿Un Dios? No es bastante.

Esta grandeza es antinatural, monstruosa, y quien la reinvidica para sí y la posee está inquieto, turbado... ¡Imaginad cuánta soberbia y violencia habrá en el hombre que llama a Dios, que le hace descender a sus manos y le toca! Convençosos de que si le fuera preciso, para mantenerse, suprimir el mundo con una señal, exterminar con una palabra lo que con una palabra hizo Dios, el mundo estaría exterminado.

Este estado de inquietud, de cólera, de soberbia, basta para explicar los increíbles furores de la Edad Media, a medida que ve engrandecerse contra ella este rival: la Justicia.

Nada había tan bajo, tan pequeño, tan humilde como la Justicia... Hierbecilla despreciable, olvidada en el surco, apenas se la veía.

Justicia, tan débil, ¿cómo has podido crecer tan pronto? Vuelvo un momento la cabeza y ya no te reconozco. Cada hora te encuentro diez palmos más alta... La Teología se burla ante tí, ruge, palidece...

Entre las dos comienza una lucha terrible, espantosa, para cuya descripción son insuficientes las palabras... La teología, arrojando la careta sonriente de la Gracia, abdicando, renegando para destruir la justicia, se esfuerza en absorberla, en encerrarla en sus entrañas...

Helas frente a frente; buscando al término de esta mortal batalla cuál ha de absorber a la otra, cuál ha de incorporarse a su enemiga asimilándose.

Que el Terror revolucionario se guarda bien de compararse a la Inquisición. ¿Cómo puede enorgullecerse de haber hecho en dos o tres años lo que aquella hizo en seis siglos?... ¿Cómo se reíría la Inquisición?... ¿Qué son los seis mil guillotinos del Terror delante de los millones de hombres ahogados, colgados, descuartizados y de la piramidal carnicería, de los montones de carne quemada que la Inquisición alzó hasta el cielo?

Sólo la Inquisición de España hace constar en un monumento auténtico que quemó en dieciséis años veinte mil hombres... Mas, ¿por qué hablar de España, olvidando los Albigenes, o los Vandenses de los Alpes, o los protestantes de Francia, o los de Flandes, o la espantosa cruzada de que fueron víctimas tantos pueblos que el Papa entregó al fuego y a la espada?

La Historia dirá que la Revolución, en su momento feroz, implacable, temió agravar la muerte, endulzó el suplicio, prescindió en la ejecución de la mano del hombre e inventó una máquina para abreviar el dolor.

Y dirá también que la Iglesia de la Edad Media fué fecunda en invenciones para aumentar el sufrimiento, para hacerlo más doloroso y penetrante; que encontró escogidos procedimientos de tortura, medios ingeniosos para hacer que sin morir se saboreara largo tiempo la muerte... y que detenida en su camino por la inflexible naturaleza, que a tal grado de dolor se compadece y da la muerte, lloró, no pudiendo prolongar el tormento más todavía.

No puedo, no quiero remover aquí ese mar de sangre. Si Dios me concediera dar vida un día a esa sangre, correría a torrentes para ahogar a la falta historia, a los defensores miserables del asesinato, cerrando sus bocas mentirosas...

Estoy convencido de que la mayor parte de esas grandes destrucciones no podrán nunca ser contadas. La Inquisición quemó los huesos calcinados y aventó sus cenizas... ¿Cuándo encontraré la historia de los Albigenes o de los Vandenses, por ejemplo? El día que conozca la historia de la estrella que he visto en el cielo esta noche... Un mundo, un mundo entero ha perecido... Se ha encontrado un poema, se han encontrado esqueletos en el fondo de las cavernas; pero ni un hombre, ni un signo... ¿Se puede con estos tristes despojos rehacer la historia?... ¡Triunfan nuestros enemigos por el vacío de que nos han rodeado, por haber sido tan bárbaros, que no se puede con certidumbre narrar sus actos de barbarie!... Y, sin embargo, los relatan el desierto del Languedoc, y la soledad de los Alpes, y las montañas despobladas de Bohemia y tantos otros lugares donde el hombre ha desaparecido, donde la tierra se ha tornado estéril, donde hasta la Naturaleza, después del hombre, parece exterminada.

Pero hay algo que grita más alto que todas las destrucciones, y es que el sistema que mataba en nombre de un principio, en nombre

de una fa, se servía indiferentemente de los dos principios opuestos; de la tiranía de los reyes, de la ciega anarquía de los pueblos.

En un siglo solamente, en el XVI, Roma cambia tres veces; se inclina a la derecha, a la izquierda, sin pudor, sin arrepentimiento. Primero se entrega a los reyes, después se arroja en brazos del pueblo; más tarde retorna a los reyes. Tres políticas: un solo objeto. ¿Cómo explicarlo? No importa. ¿Qué objeto? La muerte del pensamiento.

Un escritor ha averiguado que el Nuncio del Papa no tuvo noticia anterior de lo de Saint Barthélemy. Y yo he averiguado que el Papa había trabajado diez años preparándola.

"¡Bagatela!, —dice otro— la matanza de San Bartolomé fué simplemente un asunto municipal, una venganza de París."

A pesar del disgusto profundo, del desprecio y las paúseas que me producen estas teorías, las he confrontado con monumentos de la historia, con actos irrecusables. Y he encontrado paso a paso la huella roja de la matanza. Desde el día en que París propuso (1561) la venta general de los bienes del clero, desde el día en que la Iglesia vió al rey incierto e inclinado hacia aquella medida, se volvió rápida y violentamente hacia el pueblo, empleando todos los medios de predicación, de dominio, de influencia, utilizando su inmensa clientela, sus conventos, sus mercaderes y sus mendigos, en organizar la matanza.

"Asunto popular", decís. Es verdad. Pero decid también por qué habilidad diabólica y con qué perseverancia infernal habéis trabajado diez años en pervertir el sentimiento del pueblo, en turbarlo y volverle loco.

Espíritu de odio y de asesinato; he vivido demasiados siglos en frente de ti, durante toda la Edad Media, para que abuses ahora de mí. Después de haber negado tanto tiempo la justicia y la libertad, tomas sus nombres como grito de guerra. En nombre suyo has explotado una rica mina de odio, la eterna tristeza que la desigualdad pone en el corazón del hombre, la envidia del pobre para el rico... Tú has sido sin necesidad, tirano; tú has sido el propietario más absorbente del mundo, y apoderado de todo quieres pasar de un golpe a las impracticables teorías de los niveladores.

IV

Cuando había en el coliseo de Roma gran fiesta, gran carnicería; cuando la arena estaba empapada de sangre; cuando los leones, ahitos de carne humana, se tendían y estiraban en el suelo para divertir al pueblo y hacerle olvidar un poco, se le ofrecía una farsa, una pantomina. Se colocaba un huevo en la mano de un miserable esclavo condenado a ser devorado por las fieras y se le soltaba en el ruedo. Si llegaba al otro extremo, si felizmente llevaba el huevo hasta la grada, estaba salvado... la distancia no era muy larga; pero ¡cuán interminable le parecía!... Las bestias, satisfechas, dormidas ya, no dejaban de abrir sus párpados y levantar la cabeza al leve ruido de los pasos, rugiendo débilmente, protestando de que se turbara su reposo con aquella ridícula escena... El esclavo, medio muerto de terror, encogiéndose, encorvado, habría dicho a las fieras, si las fieras pudieran entenderle: "¡Ah!, ¡estoy tan flaco!, ¡oh, leones, señores leones, perdón; dejad pasar al esqueleto;



Carlos de Secondat, Barón de Montesquieu (1689-1755).
"Un intérprete: escribe, interpreta el derecho".

Grandes hombres que llevais este depósito de la salvación, tiernamente abrazado, como una madre a su hijo: pensad bien, os lo suplico, pensad bien el asilo donde lo confiáis... Temed de los humanos, temed de los dioses de carne o de madera, que lejos de proteger a los otros no pueden protegerse...

A fines de la Edad Media os veo a todos, de los siglos XIII al XVI, fiaros de un asilo inseguro, del Trono de la realeza. Para destronar los ídolos erigís un ídolo... Le ofrecéis todo, oro, incienso y mirra... Le otorgáis la sabiduría, la tolerancia, la libertad, la filosofía y, en fin, la razón última de las sociedades: el Derecho.

¿Cómo no ha de agigantarse esta nueva divinidad? Los más poderosos espíritus del mundo, perseguidos a muerte por el viejo principio implacable, trabajan por elevar cada vez más su asilo... De aquí nacieron leyendas, mitos, parábolas, amplificadas por todos los esfuerzos del genio: en el siglo XIII el rey *santo* más sacerdote que el sacerdote mismo; el rey *caballero* en el siglo XVI; el buen rey en Enrique VI; el *Rey-Dios* Luis XIV.

LIBRO PRIMERO

ABRIL - JULIO DE 1789

CAPÍTULO PRIMERO

ELECCIONES DE 1789

El pueblo entero llamado a elegir los electores, escribir sus quejas y sus peticiones. — Confiábase en la incapacidad del pueblo. — Seguridad del instinto popular; firmeza del pueblo, su unanimidad. — Retárdase la convocatoria de los Estados. — Retárdase las elecciones de París. — Primer acto de la soberanía nacional. — Los electores perturbados por el motín. — Motín Reveillon. — Quién tenía interés en las perturbaciones. — Terminan las elecciones (Enero - Abril de 1789.)

La convocatoria de los Estados generales de 1789 es la verdadera era del nacimiento del pueblo. Era el llamamiento del pueblo entero al ejercicio de sus derechos.

Al menos pudo escribir sus quejas, dar sus votos, elegir sus comisarios.

Hasta entonces se había visto en pequeñas nacionalidades republicanas ser admitidos todos sus ciudadanos en el ejercicio de los derechos políticos, pero jamás se había hecho en un gran reino, en un imperio, como era Francia. El caso era nuevo, no sólo en nuestra historia, sino en la del mundo.

Así, cuando al cabo de tantos años, se escucharon estas palabras: "Todos se reunirán para elegir, todos presentarán sus reclamaciones", se produjo una conmoción inmensa, profunda, como un temblor de tierra; la conmoción llegaba a las regiones oscuras y mudas, donde nadie hubiera sospechado que existiese la vida.

Todas las ciudades y pueblos eligieron; no solamente las ciudades importantes, como en los antiguos Estados; los pueblos, las aldeas, los campos eligieron también.

Cinco millones de hombres acudieron a las elecciones.

¡Grandioso y raro espectáculo ver todo un pueblo que en un momento pasaba de la nada a la afirmación de su ser; que hasta entonces callado, entonaba de pronto una voz solemne!

Idéntica llamada de igualdad había sido dirigida a poblaciones

prodigiosamente desiguales, no solamente en posición, sino en cultura, estado moral y sobre todo en ideas. ¿Cómo respondería el pueblo, tan raramente conformado? He aquí la cuestión. El fisco de una parte, el feudalismo de otra, luchaban para ahogar a la pesadumbre de los males consuetudinarios. La realeza le había otorgado la vida municipal y con ella la educación que comenzaba a adquirir en el manejo de los asuntos comunales. El clero, su maestro obligado, no le enseñaba nada desde hacía mucho tiempo. Antes al contrario, parecía haber hecho todo lo posible por volverle incapaz, dejándole sin palabra ni pensamiento; y entonces, cuando le vio más que amodorrado muerto, le decía: "Levántate, anda, habla".

Se había confiado demasiado en esta incapacidad del pueblo; jamás se creyó haber provocado un movimiento semejante. Los primeros que pronunciaron el nombre de los Estados generales, los parlamentarios que los reclamaron, los ministros que los prometieron, Necker que los convocó, todos, en fin, creían que el pueblo miraría indiferente la elección y no tomaría parte en ella. Creyeron con aquella convocatoria solemne, con aquella evocación dirigida a una masa inerte, causar algún temor a los privilegiados. La corte misma, que era el privilegiado de los privilegiados, el abuso de los abusos, no tenía deseo alguno de combatirlos. Esperaba solamente forzar los impuestos sobre el clero y la nobleza, llenando la caja pública de donde sacaba los fondos de la suya.

La reina, ¿qué quería? Entregada a nobles improvisados, escarnecida por la nobleza con canciones y epigramas, cada día más menospreciada y sola, quería vengarse de sus burladores, intimidarlos, obligándoles a estrecharse y unirse en derredor de su rey. Había visto a su hermano José el sistema de oponer las aldeas a las ciudades, a los prelados, a los grandes. Este ejemplo, sin duda alguna, le hizo partidaria de las ideas de Necker, consintiendo en dar al tercer estado tantos diputados como sumasen el clero y la nobleza reunidos.

Y Necker, ¿qué quería? Dos cosas a la vez: aparentar mucho y hacer poco.

Para las apariencias, para la gloria, para ser celebrado, exaltado en los salones, elogiado por el pueblo, quería generosamente duplicar el número de los diputados del Tercer estado.

En realidad, quería ser generoso sin serlo.

El Tercer estado, más o menos numeroso, no sería siempre más que uno de los tres órdenes, un voto contra dos; Necker confiaba en mantener la costumbre de votar por Estados, un voto cada uno, sistema que tantas veces había hecho ineficaz la reunión de los Estados generales⁽¹⁾. Además, anteriormente, el Tercer estado había sido muy modesto, muy respetuoso y bien amaestrado. Elegían para diputados nobles, las más de ellos improvisados, parlamenta-

¹ Para conocer bien esto, conviene leer las curiosas apelaciones de Necker, su discurso dirigido al Tercer Estado, (Obras, VI 419, 443, etc.). Como en todas sus obras se siente extraño, poco firme en Francia, un viajero, siempre de paso, habla delante de la nobleza con el sombrero en la mano; es un protestante que quisiera encontrar gracia delante del clero. Para defender los privilegios contra el pobre Tercer Estado, se le presenta débil, tímido, casi de rodillas; aparenta hacerle signos de inteligencia... Y a la vez quiere hacer entender a los demás que todos los que le forman son unas excelentes personas, a quienes se podrá engañar en seguida.

rios y algunos otros que se enorgullecían de votar con la nobleza, contra los intereses de los que los habían elegido.

Todo esto prueba que Necker no tenía propósitos serios, y que únicamente quería, con aquella gran fantasmagoría, vencer el egoísmo de los privilegiados, hacerles abrir el bolsillo, y que en aquellos Estados, convocados contra ellos, se defendieran menos, para asegurarse una influencia avasalladora⁽¹⁾.

Las asambleas populares debían ser elegidas en alta voz, imponiéndose que los pobres, con tal procedimiento electoral, en presencia de los nobles y los personajes, carecerían de firmeza para mantener alta la cabeza y pronunciar otros nombres distintos de los que le fueran dictados.

Llamando a la elección a las gentes del campo y de las aldeas, Necker creía realizar un acto político habildísimo; de tal modo el espíritu democrático despertaba en las ciudades grandes entusiasmos, mientras los campos estaban dominados por la nobleza y el clero, poseedores de dos terceras partes de la tierra. Así llegarían a la elección millones de hombres, dependientes, trabajadores y arrendatarios de los nobles y el clero, que podían ser intimidados por sus agentes, intendentes, procuradores o secretarios.

Necker sabía, por experiencia de Suiza, que el sufragio universal podía ser, en ciertas ocasiones, el apoyo de la aristocracia. Pareció tan bien esta idea a los notables a quienes consultó, que quisieron hacer electores a los criados mismos. Necker no consintió esto y la elección cayó enteramente en manos de los grandes propietarios.

El resultado desmintió todos los cálculos. El pueblo, tan poco preparado, demostró un instinto muy seguro. Cuando se le convocó a la elección y se le dijo su derecho se encontró con que tenía bien poco que aprender. En este prodigioso movimiento de cinco o seis millones de hombres, hubo alguna vacilación, por ignorancia de los procedimientos y especialmente porque la mayor parte no sabía escribir. Pero aquellos hombres supieron hablar; supieron en presencia de sus señores sin olvidar sus costumbres respetuosas ni abandonar su humilde actitud, nombrar dignos compromisarios, que eligieron diputados enérgicos y firmes.

La admisión de los campesinos en la elección dió el inesperado resultado de llevar entre los diputados de los órdenes privilegiados una democracia numerosa, en la que no se había pensado; doscientos curas, y entre ellos tres enemigos de sus obispos.

En Bretaña y en el Midi, el campesino elegía voluntariamente a su cura, que además, siendo el único que sabía escribir, recibía los votos y organizó toda la elección.

El pueblo de las ciudades, un poco mejor preparado habiendo recibido algunos destellos de la filosofía del siglo, demostró un admirable entusiasmo, un exacto conocimiento de su derecho. No ha habido en el mundo elecciones como aquellas, por la rapidez y certidumbre con que las masas de hombres inexperimentados dieron su primer paso político.

En las notas donde consignaron sus quejas y peticiones apare-

¹ Los órdenes privilegiados resultaban doblemente favorecidos: 1º No estaban sujetos a los dos grados de la elección; elegían directamente sus diputados; 2º Todos los nobles eran electores, no solamente los que tenían vasallos, como en los antiguos Estados; y el privilegio, extendido a una enorme población de nobles, resultaba más odioso todavía y más ridículas sus pretensiones absorbentes.

ció una mancomunidad y acuerdo inesperados, imponentes, que dieron al voto público una fuerza irresistible. ¡Desde cuánto tiempo atrás estaban aquellas quejas en todos los corazones!... Costó mucho escribirlas todas. En uno de los distritos se presentó un cuadro que comprendía un código; fué comenzado a media noche y se concluyó de leer a las tres.

Un movimiento tan extenso, tan variado, con tan escasa preparación, resulta unánime... Todos toman parte en él, y exceptuando un número imperceptible, todos quieren lo mismo.

Fué un acuerdo unánime, sin reservas y creó una situación muy clara; de un lado la nación, de otro el privilegio. Y en la nación no se notaba ninguna distinción posible ni separación entre el pueblo y la burguesía ni entre los cultos y letrados y los ignorantes. Las letras sólo hablaron y escribieron, pero escribieron el pensamiento de todos. Los cultos formularon las peticiones comunes y, con noble desprendimiento, aquellas peticiones interesaban más a la masa muda que a ellos.

¡Ah! En el porvenir, ¿quién no se sentirá conmovido al recordar este momento sublime que fué punto de partida? El momento fué breve, pero en él fué engendrado el ideal donde tendremos siempre concentrada la esperanza del porvenir.

¡Sublime acuerdo en que las nacientes libertades de cada clase social, más tarde opuestas, se abrazaron tan tiernamente como hermanos en la cuna!...

Esta unión de clases diversas, esta gran aparición del pueblo, en su formidable unidad, llena de espanto a la corte, haciéndose los últimos esfuerzos cerca del rey para decidirle a faltar a su palabra. El comité Polignac había imaginado para amedrentarle, poniéndole entre dos temores, hacer escribir y firmar a los príncipes una carta audaz en la que amenazaban al rey, presentándose como jefes de los privilegiados, hablando de negación de impuestos, de divisiones, casi de la guerra civil.

¿Pero cómo hubiera podido el rey impedir la reunión de los Estados? Pedida por los parlamentos y los notables, prometida por Brienne y por Necker, debían, al fin, los estados reunirse el 27 de abril. Se aplazó la apertura para el 4 de mayo... ¡Prórroga peligrosa! A las voces que se elevaban unióse una nueva; que no se había querido escuchar durante todo el siglo XVIII, la voz de la tierra... de la tierra desolada, estéril, negándose a sustentar al hombre... El invierno había sido terrible, el estío fué una prolongada sequía; la tierra no produjo nada; el hambre comenzó. Los panaderos, cuya tiendas peligraban ante la multitud amotinada y hambrienta, denunciaron a varias compañías acaparadoras de cereales. Sólo una cosa contenía al pueblo, obligándole pacientemente a ayunar y esperar: la reunión de los Estados generales. Vaga esperanza, pero esperanza, al fin, que alentaba y sostenía; la próxima Asamblea era un Mesías; bastaría que hablase para que las piedras se tornaran panes.

Las elecciones, ya retrasadas, lo fueron mucho más en París, donde se celebraron las vísperas de la reunión de los Estados. Creíase que la mayoría de los diputados, no asistirían a las primeras sesiones, pudiéndose asegurar la separación de los tres órdenes, dando así mayoría a los privilegiados.

París fué ocupado militarmente; por las calles desfilaban sin

cesar patrullas de soldados; los locales donde la elección habría de celebrarse fueron rodeados por las tropas, que cargaban sus armas delante de la multitud.

Ante estas demostraciones, que parecían buscar un pretexto de algarada, los electores se mantuvieron serenos y firmes. Apenas se reunieron las masas, fueron destituidos los presidentes nombrados por el rey. En sesenta distritos sólo tres de aquéllos fueron reelegidos, haciéndoles declarar antes que presidirían como elegidos del pueblo. Grave medida; primer acto de la soberanía nacional, que era en efecto lo que todos deseaban, lo que todos querían establecer. Las cuestiones de dinero, de reformas, quedaban postergadas. No existiendo derecho constituido ¿qué garantías, qué reformas serías podían esperarse?

Los comisarios nombrados por estas asambleas de distrito trataron precisamente de hacer la misma obra. Eligieron presidente al abogado Target, vicepresidente a Camus, el abogado del clero; secretarios al académico Bayly y al doctor Guillotín, un médico filántropo.

La corte quedó asombrada de la decisión, firmeza y homogeneidad con que procedieron veinticinco mil electores primarios tan nuevos en la vida política. No hubo ningún desorden. Reunidos en las iglesias, sintieron la emoción de la misión santa y grande que cumplían. Los acuerdos más osados, la destitución de los presidentes designados por el rey, se realizaron sin alboroto, sin gritos, con la vigorosa sencillez que da el conocimiento del derecho.

Los electores, bajo un presidente de su elección, iban a proceder a la fusión en uno solo de los legajos de cada distrito, y al comenzar la redacción acordaron por consejo de Sieyès la utilidad de colocar al comienzo del documento una declaración de los derechos del hombre. En medio de este delicado y difícil trabajo metafísico, una ligadura terrible los interrumpe. Era la multitud alborotada que venía a pedir la cabeza de uno de sus colegas, de un elector, Reveillon, fabricante de papel del barrio de San Antonio. Reveillon se había escondido; el tumulto tomaba incremento. Era el 28 de Abril. Los Estados generales, convocados para el 27, habían sido aplazados hasta el 4 de Mayo. Si el motin duraba se corría el peligro de que fuese tomado por pretexto para un nuevo aplazamiento.

Propagar el motin hubiera sido facilísimo en aquella población hambrienta. Había circulado en el barrio de San Antonio el rumor de que Reveillon, viejo obrero enriquecido, había dicho que haría bajar los jornales a tres reales, y la gente, al saberlo, pedía que se le condecorara con la orden del cordón negro, que se le ahorcara, en suma. El motin estalla. Un grupo ahorca una efígie de Reveillon en la puerta de su casa y luego, clavada en una pica, la pasea, la lleva a la Greve, la quema en una hoguera bajo las ventanas del Hotel-de-Ville, en presencia de la autoridad municipal, que permanece impasible. Esta autoridad, y las demás, tan vigilantes antes de las elecciones, parecen dormidas. El jefe de policía, el preboste Flesselles, el intendente Berthier, todos aquellos agentes de la corte que rodearon las elecciones de soldados, han perdido su actividad.

La multitud amotinada ha gritado muy alto que al día siguiente iría a casa de Reveillon a hacer justicia. La policía no toma precauciones. El coronel de las guardias francesas envía espontá-

neamente treinta hombres, recurso ridículo por lo exiguo ante una multitud compacta de mil o dos mil amotinados y de cien mil curiosos que van a casa de Reveillon a cumplir su palabra. Los soldados no quieren, no pueden hacer nada. La casa es tomada por asalto, se destroza y se incendia todo. Nada se encontró después, excepto quinientos luises de oro. Muchos se instalaron en las bodegas y se bebieron el vino y los colores de la fábrica, que tomaron por vino. Cosa increíble; la escena bochornosa dura todo el día. Fijaos en que ocurría a la entrada misma del barrio de San Antonio, al alcance del cañón de la Bastilla, a la puerta de la fortaleza. Reveillon, que se había refugiado en la Bastilla, presenciaba el motín desde las torres de la prisión.

De rato en rato aparecía alguna compañía de guardias franceses que disparaban con pólvora sola al comienzo y luego con balas. Los amotinados no hacían caso y contestaban con piedras, únicas armas de que disponían. Tarde, bastante tarde, el comandante Besenval envió a los suizos; los amotinados resistieron todavía y mataron algunos soldados; éstos respondieron con algunas descargas asesinas, que dejaron sobre el arroyo muchos heridos y muertos.

Si durante estos dos días en que los magistrados durmieron y Besenval se abstuvo de enviar tropas, el barrio de San Antonio hubiera seguido e imitado al grupo que saqueaba la casa de Reveillon, si cincuenta mil obreros sin trabajo, sin pan, imitando aquel ejemplo, se hubieran entregado al saqueo de las casas ricas, todo hubiera cambiado de pronto; la corte hubiera tenido un excelente motivo para concentrar un ejército sobre París y sobre Versailles, un pretexto para aplazar la reunión de los Estados. Pero la gran masa del barrio permaneció impassible, sin mezclarse en el motín. La algarada, reducida de este modo a algunos centenares de borrachos y ladrones, era vergonzosa sólo para la autoridad que la toleraba. Al fin Besenval comprendió el ridículo que hacía y acabó con el motín bruscamente. La corte vió con desagrado su conducta: no se atrevió a quejarse, pero tampoco le dijo una palabra de aprobación.

El parlamento, por honor suyo, se vió obligado a abrir una información, que nada puso en claro. Se decía, sin pruebas para ello, que el rey recomendó no se investigara en el asunto.

¿Quiénes fueron los instigadores? Acaso nadie. En los momentos de tormenta el ruego se enciende y propaga solo. No se dejó de acusar al "partido revolucionario". ¿Qué partido era éste? No había entonces ninguna asociación activa.

Se dijo también que el duque de Orleans había dado dinero. ¿Para qué? ¿Qué ganaba con ello entonces? El gran movimiento que comenzaba ofrecía a su ambición demasiados caminos legales para que en aquella época tuviera necesidad de recurrir al motín. Es verdad que estaba en relaciones con intrigantes dispuestos a todo; pero su plan entonces se basaba únicamente en los Estados generales; aquellos mismos que le rodeaban estaban convencidos de que siendo el único príncipe popular, habría de desempeñar el principal papel en los Estados, y todo suceso que pudiera retardar su reunión les parecía una verdadera desgracia.

¿Quién deseaba retardar los Estados? ¿Quién encontraba provecho en aterrorizar a los electores? ¿A quién convenía el motín?

Sólo a la corte; preciso es declararlo. El asunto se le ofrecía tan



Juan Jacobo Rousseau (1712 - 1778).
"El tercer intérprete: funda el derecho".

oportunamente, que podía creerse que era ella el autor. Más probable es que no tuviera parte en el comienzo de la algarada, pero es indudable que la vió vigorosa, que no hizo nada para impedirla y que sintió que concluyera. El barrio de San Antonio no tenía entonces su terrible reputación; el motín, bajo el cañón mismo de la Bastilla, no parecía peligroso.

Los nobles de Bretaña habían dado el ejemplo, turbando las operaciones legales de los Estados provinciales, alborotando a los campesinos, lanzando contra el pueblo un populacho de sirvientes y lacayos.

En París mismo, un periódico, *El Amigo del Rey*, días antes de las elecciones, pocos días antes del motín, ensayaba los mismos medios, diciendo hipócritamente: "¿Qué importan las elecciones? El pobre será siempre pobre; el porvenir de la parte más numerosa del reino está olvidado, etc...". Como si los primeros resultados de la Revolución, que comenzó con aquellas elecciones, la supresión del diezmo y de los consumos, la venta a bajo precio de la mitad de los terrenos no hubieran producido la más súbita mejora de la suerte de los pobres, que país alguno ha conocido.

En la mañana del 29 de Abril todo estaba tranquilo. La asamblea de los electores pudo renovar sus trabajos tranquilamente. Duró la reunión hasta el 20 de Mayo, y con el retraso de la convocatoria la corte obtuvo la ventaja que deseaba, logrando impedir que la diputación de París asistiera a las primeras sesiones de los Estados generales. El último elegido de París y de Francia, era a juicio de la opinión, el primero de todos, quien de antemano había trazado a la revolución una marcha tan recta y sencilla, que desde el comienzo se conocían uno a uno los pasos que había de dar. Este hombre era Sieyès y su obra marchaba majestuosa, pacífica y firme, como la ley.

Sólo la ley iba a reinar; después de tantos siglos dominando el arbitrio y el capricho. Llegaba el tiempo en que nadie tendría razón contra la razón.

¡Que se abran, que se reúnan y hablen los Estados generales! ¡Quienes lo convocaron, y que ahora desearían su exterminio, no pueden hacer ya nada! es el Océano alborotado por la tempestad, por causas infinitas, profundas, surgiendo del fondo de los siglos... Oponéos, si queréis. Para ello todos los ejércitos del mundo y el dedo de un niño tendrían la misma fuerza... La Revolución marcha; Dios la impulsa... ¡Es la justicia tardía, la expiación del pasado, la salvación del porvenir!

CAPÍTULO II

APERTURA DE LOS ESTADOS GENERALES

Procesión de los Estados Generales. — Apertura, 5 de Mayo. — Discurso de Necker. — Separación de los órdenes. — El Tercer Estado invitado a la reunión. — Inacción de la Asamblea. — Lazos que se le tienden (4 de Mayo - 9 de Junio de 1789.)

La víspera de la apertura de los Estados generales se dijo solemnemente en Versalles la misa del Espíritu Santo. O aquel día o nunca se hubiera debido cantar el himno profético: "Vas a crear pueblos; la faz de la tierra será renovada".

Este gran día fue el 4 de Mayo. Los mil doscientos diputados, el rey, la reina, toda la corte escucharon en la iglesia de Notre-Dame el Veni-Creator. Después la inmensa procesión, atravesando toda la ciudad, volvióse a San Luis. Las largas calles de Versalles, llenas de guardias franceses y guardias suizos, adornados los balcones con tapices de la corona, no podían contener la multitud que en ellas se agolpaba.

Todo París había ido. Las ventanas y hasta los tejados estaban llenos de gente. En los balcones se veían hermosas y conocidas damas, con el peinado coquetón y airoso que entonces se usaba, mezcla rara de plumas y de flores. La multitud enmudecía, llena de turbación y de esperanzas.

Comenzaba un gran hecho. ¿Cuál sería el resultado? ¿Cómo el desarrollo? ¿Quién podía decirlo?... El esplendor de aquel espectáculo brillante, tan variado y majestuoso, las músicas colocadas de trecho en trecho, el mismo rumor de las gentes alejaban todo otro pensamiento.

¿Era este hermoso día el último de la paz y el primero de un inmenso porvenir?

Las pasiones eran diversas, opuestas sin duda, pero no eran como otras veces enconadas. Los mismos que habían deseado y acelerado esta nueva era no podían abstraerse de la emoción común a todos, e igualmente ocurría a los adversarios del movimiento iniciado. Un diputado de la nobleza lloraba de alegría: "¡Veo a mi Francia, a mi patria, apoyada por la religión, decirnos: ¡Borrad vuestras quellas!... Lágrimas corren de mis ojos. Mi dios, mi patria y mis conciudadanos han venido a confundirse en mí mismo".

Al frente de la procesión aparecía una masa de hombres, vestidos de negro, fuerte batallón formado por los quinientos cincuenta diputados del Tercer Estado; después más de trescientos juriscón-

sultos, abogados y magistrados representaban claramente el advenimiento de la ley. Modestamente vestidos, firmes en su andar y en sus miradas, se encontraban reunidos, sin distinción de partidos, dichosos en aquel gran día, que proclamaba su victoria.

Detrás iba el grupo brillante, a pesar de ser poco numeroso, de los diputados de la nobleza, con sus sombreros con pluma, sus ricos encajes y sus colgantes de oro. Los aplausos que se habían prodigado al pasar el Tercer Estado cesaron de pronto. A pesar de ello había en el grupo de los nobles cuarenta que eran amigos y amparadores del pueblo.

Con el mismo silencio fué acogido el paso del clero. Presentaba éste un aspecto muy curioso. Del mismo modo que la diferencia de la riqueza de los trajes separaba al Tercer Estado de la nobleza, la riqueza de los trajes dividía al clero, además de una banda de música. Delante unos treinta prelados con sus capas violetas o escarlatas; detrás el humilde grupo de doscientos curas con sus sotanas y sus capas negras.

Al mirar esta imponente masa de mil doscientos hombres animados, sin duda, por grandes entusiasmos, cualquier observador atento podía fijarse en una cosa. Había entre ellos muchos hombres honrados, muchos de clara inteligencia, pero no había ninguno que reuniendo en sí las autoridades del genio y del carácter, tuviera poder bastante para arrastrar la multitud con su elocuencia, la fuerza de sus pensamientos o su heroísmo.

Los precursores, los innovadores, que habían iniciado la marcha del siglo, no existían ya. Quedaba su pensamiento para arrastrar a las naciones. Grandes oradores surgieron después para expresar y aplicar el credo de aquellos titanes, pero no agregaron nada nuevo. La gloria de la revolución, y su peligro también, en aquellos primeros momentos, era ir solo delante de la multitud, arrastrarla, sin más escudo que las ideas, ni más idea que la fe de la razón pura, sin ídolos humanos y sin falso Dios.

La nobleza, que se presentaba como guardián y depositario de nuestra gloria militar, no tenía ningún general célebre en sus filas. "Todos los grandes señores de Francia eran ilustres desconocidos". Sólo uno podía despertar algún interés: el primero que, a pesar de la corte, había tomado parte en la guerra de América, el joven y rubio Lafayette. Nadie podía sospechar el desmedido papel que la fortuna había de hacerle desempeñar. El Tercer Estado, multitud desconocida, llevaba ya en su seno la Convención. Pero ¿quién la hubiera podido ver? ¿Quién hubiera podido distinguir en medio de aquella masa de abogados el escuálido cuerpecillo y el rostro pálido de Robespierre, el abogado de Arras?

Dos cosas notables había en aquella singularísima procesión: la ausencia de Sieyès y la presencia de Mirabeau.

Sieyès no había ido a Versalles todavía y el pueblo buscaba ávidamente, en aquel gran movimiento, la figura del hombre cuya sagacidad lo había previsto todo, calculado y formulado.

Mirabeau atraía todas las miradas. Su inmensa cabellera, su cabeza leonina, marcada con el sello de una poderosa soberbia, casi insultante, arrastraba a la multitud que no podía separar de él los ojos. Visiblemente Mirabeau era un hombre; los demás, a su lado, eran sombras cuyas siluetas se borraban al pasar; hombre era desgraciadamente de su tiempo y de su clase, vicioso como la alta so-

ciudad de entonces, escandaloso y encenagado en todas las liviandades; esto le había perdido. El mundo estaba lleno de la novela de sus aventuras, de sus cautiverios y pasiones, de las que se conocían dos violentas, furiosas... La tiranía de estas pasiones exigentes y absorbentes le había arrastrado hasta bien hondo... Pobre por la dureza de corazón de su familia, tuvo las miserias morales y los vicios del pobre, y además los vicios del rico. Soportó la tiranía de la familia, la tiranía del Estado, siendo tiranizado además moral e interiormente por la pasión... ¡Ah!, nadie podía saludar con más entusiasmo esta aurora de libertad, aquel renovamiento del alma. Así lo decía a sus amigos. Iba a renacer joven con Francia, iba a arrojar su vieja capa rota y sucia... Iba a comenzar a vivir entonces en aquella vida nueva que se abría fuerte, ardiente, apasionada. Se le veía profundamente conmovido; su rostro se contraía y palidecían sus mejillas... ¡No importa! Alzaba esguída su enorme cabeza y su mirada llena de audacia se fijaba en la multitud. Todo el mundo presentía que había de ser la gran voz de la Francia.

El tercer Estado fué aplaudido en general; del grupo de la nobleza sólo aplaudió el pueblo al duque de Orleans y luego al rey, a quien agradecía haber convocado los Estados generales. Tal fué la justicia del pueblo. Al pasar la reina se oyeron algunos murmullos; las mujeres gritaron: "Viva el duque de Orleans!", creyendo molestarla al nombrar a su enemigo. La reina se impresionó vivamente y estuvo a punto de desmayarse; la sostuvieron, pero se repuso pronto y levantó en alto su soberbia cabeza, bella todavía, intentando desafiar el odio público con una mirada firme y despreciativa... Triste esfuerzo que le arrebató toda su belleza. En el retrato que hizo en 1783 su pintor, madame Lebrun, que quería mucho a la reina, se nota ya algo repulsivo, una expresión dura y brutalmente desdeñosa.¹

En aquella hermosa fiesta de paz y unión se inició la guerra. Se había señalado un día a Francia para que todos se abrazaran en un pensamiento común, y al mismo tiempo se hacía todo lo necesario para dividir la nación. En la diversidad de procedimientos con que se trataba a los diputados y en la diferencias de sus vestidos, se veía realizada la dura frase de Sieyès: "¿Tres Estados? No, ¡tres naciones!".

En la corte se habían hojeado escrupulosamente libracos antiguos para conocer, con todos sus detalles, el odioso ceremonial gótico en que estaban marcadas todas las oposiciones de clase, todas las señales de distinción y de odio sociales que era preciso destruir. ¡Etiquetas, blasones, encomiendas, títulos, honores después de Voltaire, después de Figaro!... Era demasiado tarde. En verdad, no eran aficiones tradicionales las que impulsaron a la corte a restablecer el viejo ceremonial, sino el secreto deseo de mortificar y abatir a los pequeños, recordándoles su bajo origen... La verdadera debilidad se entregaba una vez más al peligroso divertimento de humillar a los verdaderamente fuertes.

¹ Se ve la transformación que experimentó María Antonieta en los tres retratos que existen en Versalles. En el primero (vestido de raso blanco), aparece coqueta y dulce todavía; se ve que comprende el amor que le profesan. En el segundo (vestido rojo) está rodeada de sus hijos; su hija se apoya dulcemente sobre ella; todo en vano; la rigidez y sequedad de su rostro son ya incorregibles; la mirada es fría, dura, ingrata (1787). En el tercero (vestido azul, 1788) está sola, con su altivez de reina, pero triste y de expresión dura.

El 3 de Mayo, víspera de la misa del Espíritu Santo, se presentaron los diputados en Versalles. En aquel momento de cordialidad, de fácil emoción, sufrió el Tercer Estado, casi todo inclinado en favor del rey, un enorme desengaño. En lugar de recibir a los reunidos por provincias, los recibió agrupados por órdenes; el clero, la nobleza y... luego los representantes del pueblo, después de un intermedio bastante largo.

Se ha querido achacar a los servidores aquella y otras insolencias del rey, pero Luis XVI demostró bien claramente que gustaba demasiado de aquel ritual.

En la sesión del día 5, estando el rey cubierto, y la nobleza que le rodeaba también, el Tercer Estado quiso hacer otro tanto; y Luis XVI, para impedir que se igualara a la nobleza prefirió descubrirse.

¿Quién podrá creer que esta corte insensata pretendía renovar la vieja costumbre de hacer que el discurso del Tercer Estado fuese pronunciado de rodillas? Siendo imposible restaurar el odioso procedimiento, se decidió que ante el rey no hablara el presidente del Tercer Estado. Es decir, que al cabo de doscientos años de separación y de silencio, volvía el rey a ver su pueblo y le prohibía hablar.

El 5 de Mayo se abrió la Asamblea, no en el palacio del rey, sino en la avenida de París, en la sala llamada *des Menus*. Esta sala, que desgraciadamente no existe ya, era inmensa, pudiendo contener, a más de los mil doscientos diputados, a cuatro mil espectadores.

Un testigo ocular, madame de Staël, hija de Necker, que fué a aplaudir a su padre, dice que al tomar asiento Mirabeau se escucharon algunos murmullos... ¿Murmillos contra el hombre inmoral? Aquella sociedad brillante que agonizaba de sus vicios, no tiene derecho a ser severa.

La Asamblea escuchó tres discursos: del rey, del ministro del Justicia o guardasellos y de Necker, todos idénticos y todos indignos de aquellos momentos. El rey se encontraba al fin en presencia de la nación y no tuvo una palabra paternal que decirle, una palabra del corazón al corazón nacional. El exordio era una reprimenda tímida y encubierta sobre el espíritu de innovación. Después expresaba su afecto... para los dos órdenes superiores, "que se mostraban dispuestos a renunciar sus privilegios pecuniarios". La preocupación del dinero dominaba en los tres discursos; poco o nada sobre la cuestión del derecho, que era precisamente lo que llenaba y conmovía todas las almas; el derecho a la igualdad. El rey y sus ministros, aunque ocultándolo en sus discursos enrevesados, sin finalidad, y donde la afectación ridícula se unía a la vulgaridad, parecían convencidos de que se trataba únicamente del impuesto, del dinero, de las subsistencias, de una cuestión de estómago. Creían que si los privilegiados concedían al Tercer Estado, como limosna, la igualdad del impuesto, todo se arreglaría sin dificultades. Por esto hicieron tres panegíricos, tres discursos, por el voluntario sacrificio de las órdenes superiores, que querían renunciar sus exenciones. Los elogios van en *creciendo* hasta Necker, que declara no conocer en la historia ningún caso de heroísmo comparable con éste.

Estos elogios, que más parecen una indicación, demuestran claramente que el admirable sacrificio, tan loado, no se ha realizado todavía. ¡Qué se haga pronto! Esta es toda la cuestión para el rey

y sus ministros que han convocado al Tercer Estado para amedrentar a los privilegiados. Del gran sacrificio no había entonces más que promesas parciales, dudosas; algunos señores han ofrecido acceder, pero los más se han burlado de ellos. También han prometido algunos miembros del clero, pero la mayoría de los prelados de la Asamblea son contrarios a la renuncia del privilegio. Los dos órdenes no han podido explicarse todavía; no han pronunciado la palabra decisiva, pero la tienen en la punta de la lengua. Es preciso que pasen dos meses y las más graves y terribles circunstancias; es necesaria la victoria del Tercer Estado para que, al fin, el 26 de junio, el clero vencido renuncie al privilegio y la nobleza prometa solamente renunciarlo también.

Necker habló tres horas de la hacienda y de moral: "Nada puede existir —dice—, sin moral pública y nada sin moral particular". Su discurso fué, en suma, la inhumana enumeración de los medios con que el rey contaba para prescindir de los Estados generales y continuar el régimen de la arbitrariedad. Desde entonces la reunión de los Estados era una limosna, un favor revocable.

Imprudentemente dejó entender que el rey estaba intranquilo... y expresó el deseo de que los dos órdenes superiores, quedándose solos y libres, realizaran su sacrificio, sin perjuicio de reunirse con el Tercer Estado luego para discutir las cuestiones de interés común. ¡Peligrosa insinuación! Una vez libre el ministro para imponer tributo a los ricos acaparadores de la propiedad, no hubiera vuelto a reunir los órdenes. Los privilegiados hubieran conservado su falsa mayoría, y unidos dos órdenes contra uno, hubieran impedido el planteamiento de las reformas. ¡Que importaba! La bancarrota hubiera sido evitada; habría cesado la carestía y la opinión hubiera vuelto a dormirse, quedando aplazada la cuestión del derecho y la garantía, y triunfante lo ilegal y arbitrario. Necker reinaba, a menos que la corte, una vez pasado el peligro, no hubiera devuelto a Ginebra el sentimental banquero.

El 6 de Mayo los diputados del Tercer Estado entran en la sala de sesiones, y la multitud impaciente, que se agolpaba en las puertas, se precipita tras ellos.

La nobleza y el clero, aparte se reúnen en las cámaras, y sin perder tiempo deciden que los acuerdos deben ser tomados, por cada orden, reunidos independientemente. La nobleza reúne fuerte mayoría; el clero pequeña; muchos curas quieren unirse al Tercer Estado.

El Tercer Estado, poderoso por su número, y dueño del gran salón, declara que espera a los otros dos órdenes. El vacío que quedaba en aquel inmenso local parecía acusarles de su ausencia.

La cuestión de la forma de reunión de los órdenes aplazaba todas las demás. El Tercer Estado, doble en número, había de fortalecerse todavía con la adhesión de unos cincuenta nobles y cerca de cien curas, pudiendo dominar a los otros dos órdenes con una enorme mayoría y encontrarse en completa libertad de todo su juicio. El privilegiado juzgado por aquellos contra quienes fué establecido: Fácil era prever el resultado.

Entre tanto, el Tercer Estado espera al clero y la nobleza; confiaba en su fuerza pacientemente, como toda cosa eterna. Los privilegiados temían y, demasiado tarde, se concentraban en derredor del gran privilegiado, del rey, su centro natural, que ellos mis-

mos habían debilitado. Así, en este compás de espera, que dura más de un mes, las cosas se clasifican, según sus afinidades; los privilegiados con el rey, la Asamblea con el pueblo.

Vivia con él, hablaba con él, manteniendo de par en par las grandes puertas del edificio, sin ninguna traba todavía para entrar. París sitiaba a Versalles, lo invadía en confuso montón con los diputados. Entre las dos poblaciones había establecida una comunicación continua. La asamblea de los electores de París, asamblea tumultuosa que la multitud formaba en el Palais-Royal, pedía cada momento noticias de sus diputados; se preguntaba ávidamente a todo el que venía de Versalles.

El Tercer Estado, que veía la corte, cada vez más irritada, rodearse de soldados, no confiaba en más defensa que en la multitud que lo escuchaba y en la prensa que lo propalaba en todo el reino.

El día mismo de la apertura de los Estados, la corte intenta hacer enmudecer la prensa; un decreto del Consejo suprimió y condenó el *Diario de los Estados generales* que Mirabeau publicaba, y en otro derecho se sometió a los periódicos a la previa censura, prohibiéndose la publicación de nuevos periódicos sin un permiso especial.

Así la censura, inactiva desde hacía muchos meses y como suspendida, fué restablecida frente a la nación en asamblea; restablecida para la comunicación necesaria, indispensable, de los diputados y los electores. Mirabeau no hizo caso y continuó su publicación con el título *Cartas a mis comitentes*. La asamblea de los electores de París, que no había terminado sus trabajos, fué interrumpida en su labor el 7 de Mayo, para protestar del decreto del Consejo. Esta fué la primera intervención de París en los asuntos generales. De pronto quedó planteada la capital cuestión de la libertad de la prensa. La corte podía rodearse de cañones y de ejércitos; una artillería mucho más poderosa, la prensa, detonaba diariamente en el oído mismo del pueblo; todo el reino escuchaba.

El 7 de Mayo, el Tercer Estado, por una proposición de Malouet y Mounier, nombra una comisión que invite al clero y la nobleza a tomar asiento en la Asamblea. La nobleza se reúne a deliberar. El clero, más dividido, más temeroso, quiere ver venir las cosas; los prelados creían así reconquistar los votos de los curas.

Pasan otros seis días perdidos. El 15 de Mayo Rabaut de Saint-Etienne, diputado protestante de Nîmes, hijo del anciano mártir de Cévennes, propone nuevamente conferenciar con los otros órdenes para llegar a un acuerdo. Chapelier propone que en lugar de conferencias se le envíe "una notificación de la extrañeza con que el Tercer Estado veía la ausencia de los otros órdenes, de la imposibilidad de conferenciar y acordar fuera de una reunión común, del interés y el derecho que cada diputado tenía de examinar y juzgar la validez de las actas de los demás", y además pidió que se consignara que, "abiertos los Estados, no hay ya diputados de orden ni provincia, sino solamente representantes de la nación; con esto los diputados del privilegio ganaban, porque sus funciones resultaban engrandecidas".

Se aprobó, por ser de mayor templanza, la proposición de Rabaut. Se celebraron las conferencias y no sirvieron más que para agriar las cosas. El 24 de Mayo Mirabeau reproduce una proposición que antes había presentado, intentando separar al clero de la no-

Mirabeau

la prensa
estilizada

bleza, invitándolo a la Asamblea "en nombre de la paz". La proposición era muy política; gran número de curas esperaba impaciente ocasión de reunirse. La ocasión era esta. Con gran trabajo los preladados obtuvieron un aplazamiento. Aquella noche se apresuraron a ir al castillo a la reunión Polignac. Por medio de la reina, se sacó al rey una carta que declaraba "desear que las conferencias se celebrasen delante del ministro de Justicia y de una comisión real". Así impedía el rey la unión del clero al Tercer Estado y ostensiblemente se hacía el agente de los privilegiados.

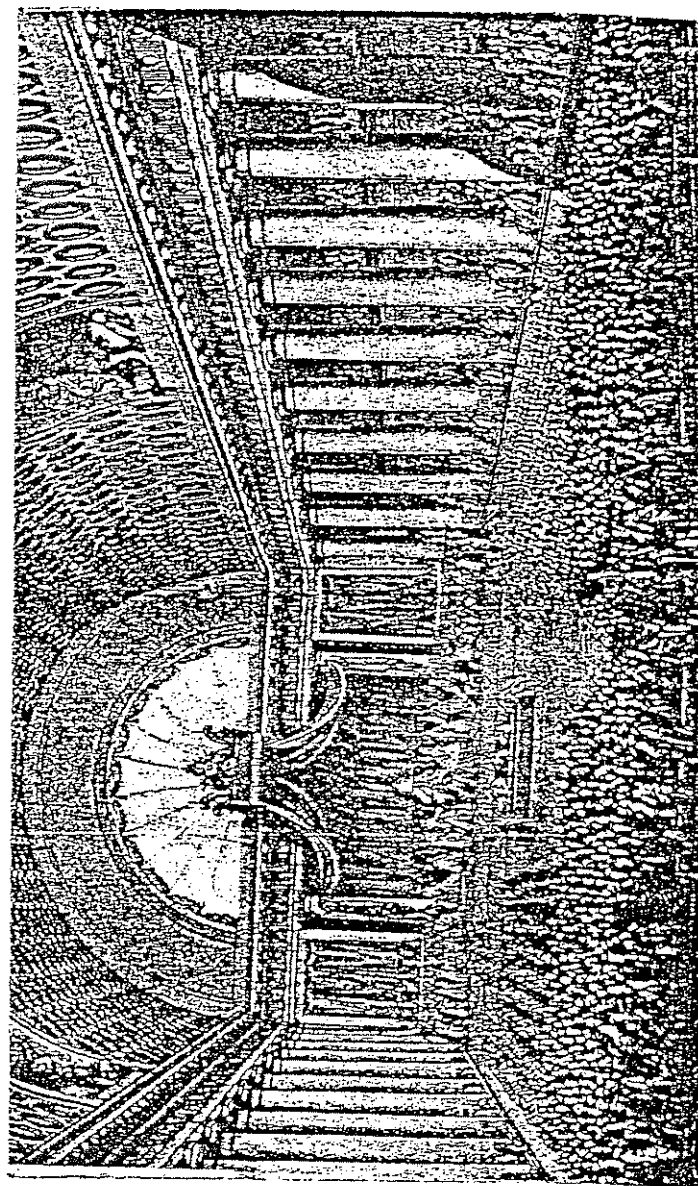
Esta carta, poco digna de un rey, era un lazo. Si el Tercer Estado aceptaba, el rey, juez de las conferencias, podría resolver por un decreto del Consejo y los órdenes permanecerían divididos. Si el Tercer Estado rehusaba, aceptarían los otros dos órdenes y aquel cargaría solamente con la odiosa responsabilidad de la inacción común; solamente los diputados del pueblo no se prestarían a que la nación fuese recorrida en aquellos momentos de miseria y hambre. Mirabeau, mostrando el lazo que se les tendía, aconsejó a la Asamblea protestar en un manifiesto de verse obligados a aceptar unas conferencias donde habían de ser engañados.

Nuevo lazo. En estas conferencias Necker apeló al sentimiento, a la generosidad, a la confianza. Aconsejaba que cada orden entregara a los otros el examen de la legitimidad de sus poderes; en caso de divergencia, el rey decidiría. El clero aceptó sin vacilar. Si la nobleza hubiera aceptado, El Tercer Estado hubiese estado solo contra dos. ¿Quién le sacó de este peligro? La nobleza misma, loca ya y corriendo desatinada a su ruina. El grupo Polignac no quiso aceptar el fácil recurso propuesto por su enemigo. Aun antes de haber leído la carta del rey, la nobleza había acordado, para cerrar el camino a toda conciliación, que la deliberación por órdenes y el veto de cada orden sobre los acuerdos de los otros, eran principios constitutivos de la monarquía. El plan de Necker parecía bueno a muchos noble moderados, pero dos de gran talento, aunque de muy violento carácter. Cazalé y Eprémessnil, embrollaron la discusión y consiguieron rechazar este último medio de salvación, el madero que el rey les ofrecía en su naufragio (6 de Junio).

¡Un mes de tardanza después de los tres aplazamientos de la convocatoria! ¡Un mes en plena hambre!... Es preciso tener en cuenta, además, que el compás de espera no se había abierto sólo en los espíritus, sino también en la realidad de la vida. Los grandes propietarios habían suspendido todas sus labores. El pueblo no trabajaba. Quien no tenía en sus brazos más que el jornal del día, para comer iba a buscar trabajo; no encontrándolo, mendigaba; no recibiendo limosnas, robaba... Partidas de hambrientos recorrían el país, y donde encontraban resistencia, llenas de furia mataban, incendiaban; las comunicaciones comenzaron a cesar; el pánico se extendió por todas partes; la carestía aumentaba. En el pueblo circulaban de boca en boca cuentos y leyendas absurdos; se decía que había bandoleros pagados por la corte, y la corte, a su vez, lanzaba la misma acusación contra el duque de Orleans.

La posición de la Asamblea era muy difícil. Permanecía inactiva, cuando todo el remedio que se podía esperar estaba en su acción. La Asamblea debía cerrar los oídos al grito doloroso de Francia, para poder salvar la nación, fundando la libertad.

El clero agravó la cruel posición en que estaba la Asamblea, y



Apertura de los Estados Generales, "en la sala "Des Menus" en la Avenida de Paris", el 5 de mayo de 1789.

preparó contra el Tercer Estado un ardid verdaderamente farisaico. Un prelado entró en la Asamblea y gimió por el pobre pueblo, por la miseria de los campos. Delante de las cuatro mil personas que asistían a la sesión, sacó de su bolsillo un repugnante pedazo de pan negro y, enseñándolo, dijo: "He aquí el pan que comen los pobres". El clero proponía nombrar una comisión para conferenciar en seguida sobre la cuestión de las subsistencias, sobre la miseria de los pobres.

¡Peligrosa piedad! O la Asamblea cedía entrando en actividad y consagrando la separación de los órdenes, o se declaraba insensible a las desdichas públicas. La responsabilidad de los desórdenes que ya comenzaban por todas partes, caía sobre ella. Los oradores ordinarios de la Asamblea se engañaron en esta cuestión comprometedora, pero dos diputados desconocidos, Populus y Robespierre, expresaron con violencia y con talento los sentimientos generales. Gracias a esto no se accedió a la petición del clero, que fué invitado a venir a la sala común a deliberar sobre los males públicos, por los que la Asamblea no estaba menos conmovida que el clero.

Esta respuesta no hizo disminuir el peligro. La corte, los nobles y los obispos, ¿no habrían de aprovecharse de estas circunstancias? ¿Y qué pretexto para alborotar al pueblo, como una asamblea de abogados orgullosa, ambiciosa, que había prometido salvar a Francia y la dejaba morir de miseria antes que ceder a una injusta pretensión?

La corte se agarró ávidamente a esta arma, creyendo poder matar la Asamblea. El rey dijo al presidente del clero que fué a someterle la caritativa proposición de su orden sobre subsistencias, "que vería con gusto formarse una comisión de los Estados generales que pudiera ayudarle con sus consejos".

El clero pensaba en el pueblo y el rey también; nada impedía a la nobleza imitar la conducta de aquéllos. El Tercer Estado quedaría solo. Iba a probarse que todos querían el bien del pueblo; todos, menos el Tercer Estado.

CAPÍTULO III

ASAMBLEA NACIONAL

Última apelación del Tercer Estado, 10 de Junio. — Toma el nombre de Comunes. — Las Comunes toman el Título de Asamblea Nacional, 17 de Junio. — Se abrogan el derecho del impuesto. — El rey manda cerrar el local. — La Asamblea en el Juego de Pelota, 20 de Junio de 1789.

El 10 de Junio, Sieyès dijo entrando en la Asamblea: "Cortemos el cable; es tiempo todavía".

Desde este día de la revolución, a pesar de las tempestades y a pesar de las calmas, retardadas, pero no detenida, dibuja su silueta en el horizonte del porvenir.

Aquel gran teórico, que de antemano lo había calculado todo tan exactamente, se mostró en esta ocasión como un verdadero hombre de Estado: había dicho lo que era preciso hacer y lo hizo al momento.

Hay un momento propicio para cada cosa. En esta ocasión, era el 10 de Junio el momento, ni prematuro ni tardío. Antes, la nación no estaba bastante convencida del endurecimiento y egoísmo de los privilegiados; fué necesario que transcurriera un mes para que se viera claramente toda su mala voluntad. Más tarde habría habido que temer dos cosas: o que el pueblo prefiriera un pedazo de pan a la libertad, y que los privilegiados concluyeran con todo renunciando a su privilegio en los impuestos, o también que la nobleza, uniéndose al clero, formara una alta cámara, como le aconsejaban. Tal cámara, que en nuestros días no es más que una máquina que la realaleza hace funcionar cómodamente, hubiera sido en 1789 una potencia por sí misma, porque hubiera reunido a los que poseían entonces la mitad o dos tercios del territorio, y a los que por sus agentes, arrendatarios e innumerables criados, tenían medios para influir en los campos. Estaba fresco aún el recuerdo de los Países Bajos, donde el formidable concierto de estos dos órdenes había amotinado al pueblo, vencido a los Austrias y desposeído al emperador.

El miércoles 10 de Junio de 1789, Sieyès propuso llamar por última vez al clero y a la nobleza, advirtiéndoles que la convocatoria tenía de plazo sólo una hora y que se anotarían las faltas de los que no comparecieran. Esta convocatoria en forma judicial fué un golpe inesperado. Los diputados de las comunidades tomaban, ante

aquellos que les negaban igualdad, una posición superior: la de jueces.

Este paso fué muy hábil, aunque muchos lo creyeron arriesgado. Se ha repetido mucho que los que tenían todo un pueblo detrás de sí y sobre todo una ciudad como París, no debían temer nada, que eran los fuertes que avanzaban sin peligros... Se puede sostener esta tesis, pero no es absolutamente exacta. Sin duda los que dieron este paso se sentían una gran fuerza, pero esta fuerza no estaba organizada; el pueblo no era militar como lo fué más tarde. Un ejército rodeaba a Versalles, formado por cerca de quince regimientos de alemanes y suizos en su mayor parte, una batería de cañones había sido colocada delante de la Asamblea... La gloria del gran lógico que formuló el pensamiento nacional y la gloria de la Asamblea que aceptó la fórmula consistió en no ver estas amenazas, creer en la lógica y avanzar en su fe.

La corte, muy irresoluta, no supo hacer otra cosa que encerrarse en un desdeñoso silencio. Dos veces el rey se niega a recibir al presidente del Tercer Estado, pretextando estar de cacería o encontrarse demasiado afligido por la reciente muerte del delfín. En cambio era público que diariamente recibía a los prelados y a los nobles. Comenzaban a disgustarse e iban a ofrecerse al rey. La corte los escuchaba y sondeaba y meditaba sus temores. Era evidente que el rey, obsesionado por ellos, su prisionero casi, les pertenecería todo entero y se mostraría cada vez más lo que era; un privilegiado a la cabeza de los privilegiados. La situación había llegado a quedar planteada claramente: el privilegio de un lado y el derecho de otro.

La Asamblea había hablado alto y claro y esperaba se le reuniese una parte del clero. Los curas se sentían hijos del pueblo y querían tomar sitio al lado del pueblo; pero las costumbres de subordinación eclesiástica, las intrigas de los prelados, su autoridad y amenazas, y de otra parte la corte y la reina, sobre todo, los sujetaban en su orden. Tres solamente se decidieron, luego siete y al fin dieciocho. En la corte se tomó a broma y chacota la conquista que el Tercer Estado había hecho.

La Asamblea debía o perecer o avanzar; tenía que dar un segundo paso. Debía dar cuerpo a la situación sencilla y terrible que hemos indicado varias veces: el derecho en frente del privilegio, el derecho de la nación concentrado en la Asamblea... No bastaba ver esto; era preciso hacerlo ver y promulgarlo, dando a la Asamblea su verdadero nombre: Asamblea nacional.

En su famoso discurso, Sieyès había dicho lo que todos los corazones sentían; palabras que no cayeron en terreno baldío: "El Tercer Estado, solo, podrá decirse, no puede constituir los Estados generales... ¡Ah, tanto mejor! Formará una Asamblea nacional".

Tomar este título, realizar así el dogma revolucionario propuesto por Sieyès: "El Tercer Estado es el todo", era un paso demasiado atrevido para franquearlo de pronto. Era preciso preparar los espíritus, encaminarlos hacia este fin poco a poco y gradualmente.

Las palabras Asamblea nacional no se pronunciaron la primera vez en la Asamblea misma, sino en París, entre los electores que habían elegido a Sieyès, y no tenían hablar su mismo lenguaje.

El 15 de Mayo, M. Boissy d'Anglas, desconocido entonces y sin influencia, pronunció aquellas palabras en la Asamblea, pero para

alejárselas, advirtiéndole a la Cámara que debía evitar toda precipitación, librándose del más ligero reproche de ligereza... Antes que el movimiento comenzara quería ya dejarlo entrever.

La Asamblea acordó darse el nombre de Comunes, que aparte su humilde significación, mal definida, le libraba de su nombre especial e inexacto de Tercer Estado. Esto dió lugar a vivas reclamaciones por parte de la nobleza.

El 15 de Junio, Sieyes, audaz y prudente a la vez, pidió que se acordara el nombre de Asamblea de los representantes conocidos y proclamados de la nación francesa. Así parecía enunciar un hecho probado; los disputados de las comunes había sometido sus poderes al examen y discusión de la Asamblea, pública y solemnemente en la gran sala abierta y delante de la multitud. Los otros dos órdenes habían examinado sus actas entre ellos a puerta cerrada. La simple palabra de diputados proclamados reducía los otros a la calidad de diputados presuntos; ¿podían éstos impedir a aquéllos que discutieran, acordaran y hablasen? ¿Los ausentes podían paralizar la acción de los presentes? Sieyes probó que los reunidos en la Asamblea representaban cuando menos noventa y seis centésimas de la nación.

Conocían todos demasiado bien a Sieyes para dudar que aquella proposición no fuese precursora de otra más atrevida y decisiva. Mirabeau, sin embargo, le censuró "por lanzar a la Asamblea en una carrera, sin mostrarle el fin donde quería conducirla".

Al segundo día de discusión se hizo la luz. Dos diputados sirvieron de precursores a Sieyes. M. Legraud propuso que la asamblea se constituyera en Asamblea general y no se detuviera ante nada que no procediese de la indivisibilidad de una asamblea nacional. M. Galaud pidió se declarara que la nobleza y el clero eran simplemente las corporaciones, en tanto que la nación era una e indivisible, y que por esto la Asamblea se constituía en Asamblea legítima y activa de los representantes de la nación francesa. Sieyes abandonó entonces su anterior obscuridad, y sin rodeos propuso el título de Asamblea nacional.

Desde la sesión del día 10, Mirabeau miraba a Sieyes en su habilísima marcha, que fatalmente conducía a un punto donde se encontraría frente a frente de la realeza y la aristocracia. ¿Se detendría allí por respeto al ídolo legendario? Las apariencias indicaban lo contrario. Entonces, a pesar de la dura disciplina con que la tiranía formó a Mirabeau para la libertad, el gran orador sintió temores y escrúpulos. Necesario es reconocer que Mirabeau era aristócrata por afición y costumbres y que en el fondo de su corazón era realista; lo era de origen y de sangre. Dos cosas, además; una alta y otra rastrera, le impulsaban. Rodeado de mujeres insaciables, necesitaba dinero y la monarquía le parecía la mano pródiga y abierta, derramando mercedes y dinero. La realeza había sido dura y cruel con él, pero esto mismo le alentaba; Mirabeau creía hermoso salvar un rey que diecisiete veces había firmado contra él órdenes de prisión. Tal era este desventurado gran hombre, magnánimo y generoso, que ansiaba poder arrojar sus vicios sobre las gentes corrompidas que le habían rodeado y sobre la barbarie paternal que muy joven le alejó de la familia. Su padre le persiguió durante toda su vida, y Mirabeau al morir pedía que le enterraran cerca de su padre.

El día 10, cuando propuso Sieyes anular todo derecho a los que no habían concurrido al llamamiento del Tercer Estado, Mirabeau habló fuerte y firme en apoyo de la proposición, pero aquella noche, viendo el peligro, fué a ver a Necker, su enemigo, queriendo poner en claro su situación y ofrecer a la realeza el concurso de su poderosa palabra.

Mal recibido e indignado, formó el propósito de seguir el camino marcado por Sieyes, entregándose con todas sus fuerzas a la Revolución, creyendo poder acelerarla, como antes había creído que poniéndose en frente hubiera podido detenerla.

Cualquier otro se hubiera hundido para siempre sin poder volver a levantarse. Caído una vez más en la impopularidad, volvió a conquistar sus prestigios, y esto prueba el grandioso poder de la elocuencia en esta nación, sensible más que ninguna otra al genio de la palabra.

¡Cosa más difícil de sostener que la tesis de Mirabeau! Ante la multitud conmovida, exaltada, ante un pueblo educado en la grandeza de la crisis que atravesaba, quería demostrar "que el pueblo no se interesaba en tales discusiones, que solamente pedía no pagar lo que no podía y soportar pacíficamente su miseria".

Después de estas palabras bajas, afflictivas, descorazonadoras, y en tesis general falsas, se atrevía a plantear la cuestión de principio: "¿Quién os ha convocado? El rey... ¿Vuestros poderes, vuestras actas os autorizan a declarar la Asamblea constituida solamente por los representantes aquí proclamados?... ¿Y si el rey niega su sanción?... La consecuencia es evidente. ¡Ocasionalmente motines y carnicerías; habréis tenido el execrable honor de encender la guerra civil!"

Mounier y los imitadores del régimen inglés proponían el siguiente nombre: Representantes de la mayor parte de la nación en ausencia de la minoría. Esto dividía a la nación en dos partes, conduciendo al establecimiento de dos cámaras.

Mirabeau prefería la fórmula: Representantes del pueblo francés. Esta palabra —decía—, es más elástica y puede expresar mucho o poco.

Esta fué precisamente la observación que le hicieron dos juristas eminentes: Target, de París y Thouret, de Rouen. Le preguntaron si pueblo significaba plebeyos o el latino populus. El equivoco apareció al desnudo. El rey, el clero y la nobleza, hubiera sin duda alguna interpretado pueblo, en el sentido de plebe, pueblo inferior, parte pequeña de la nación.

Muchos no habrían sentido toda la fuerza del equivoco, ni comprendieron cuánto terreno haría perder a la Asamblea, si lo aceptaba, hasta que vieron que Malouet, el amigo de Necker, aceptaba aquella denominación.

El temor que Mirabeau creyó causar hablando del veto real, no hizo más que indignar a la Asamblea. El jansenista Camus, uno de los más firmes caracteres de la Asamblea, respondió estas enérgicas palabras: "Nosotros somos lo que somos. El veto podrá impedir que la verdad sea una e inmutable? ¿La sanción real puede cambiar el orden de las cosas y alterar su naturaleza?"

Mirabeau, irritado por la contradicción y perdiendo toda prudencia, llegó a decir: "Creo el veto del rey de tal modo necesario que si no lo ejerce preferiré vivir en Constantinopla antes que en

Francia... Si, lo declaro; no conozco nada más terrible que la aristocracia soberana de seiscientas personas que mañana pudieran declararse inamovibles y pasado mañana hereditarias, y concluyeran como la aristocracia de todos los países del mundo por invadirlo y acapararlo todo".

Así, de dos males, uno posible y otro presente, Mirabeau prefería el mal presente y cierto. En la hipótesis de que un día esta Asamblea pudiera querer perpetuarse y convertirse en un tirano hereditario, quería dar armas al poder tiránico para impedir toda reforma en aquella corte incorregible que se quería reformar... ¡El rey!, ¡el rey! ¿Por qué abusar tanto de esta vieja religión? ¿Quién no sabía que desde Luis XIV el rey ídolo no existía? La guerra se entablaba entre dos repúblicas; una que se sentaba en la Asamblea donde estaban los grandes espíritus de la época, los mejores ciudadanos, Francia misma; otra la república de los abusos que tenían su conciliábulo en casa de Diana de Polignac, en los viejos gabinetes de Dubois, de la Pompadour y de la Du Barry.

El discurso de Mirabeau fué acogido con un torrente de indignación, con una tempestad de imprecaciones e insultos. La retórica elocuente con que combatía lo que nadie había dicho (que la palabra pueblo fuese vil), no hizo efecto alguno.

Eran las nueve de la noche. Se terminó la discusión para proceder a votar. La singular claridad con que el problema de la realaleza misma había sido planteado, hacía temer que la corte hiciera lo único que le quedaba por hacer para impedir al pueblo que al día siguiente fuese rey; disponía de la fuerza bruta, de un ejército cercado a Versalles; podía utilizarlo, prender los diputados más significados, disolver los Estados; y si París protestaba tumultuosamente, enviar fuerzas y ensangrentar sus calles... Este crimen odioso era la última carta que le quedaba, y se tenía la evidencia de que la jugaría.

En previsión de esto, se quería que la Asamblea quedara constituida aquella misma noche. Este era el deseo de más de cuatrocientos diputados; un centenar se oponía. Esta pequeña minoría impidió durante toda la noche, con gritos y violencias, que se pudiera hacer la votación nominal. Ante este triste espectáculo de una mayoría tiranizada, de la vida de la Asamblea puesta en peligro por la tardanza en constituirse, ante la idea de que de un momento a otro la obra de la libertad, la salvación del porvenir, pudiera ser destruida, se exasperó la multitud que llenaba las tribunas; un hombre se abalanzó sobre Malouet, el agitador principal de los obstinados alborotadores y le zarandeó por el cuello. El hombre se escapó. Los gritos continuaron. "En presencia de este tumulto —dice Bailly, que presidía—, la Asamblea permanece firme y digna, tan paciente como fuerte, esperando silenciosa que ese grupo alborotador sea ahogado por sus mismos gritos". A la una de la madrugada era menor el número de diputados; se aplazó la votación hasta por la mañana.

Por la mañana, en el momento de comenzar la votación, recibió el presidente la noticia de que había sido mandado llamar de la cancillería para entregarle una carta del rey. Esta carta, en la que se recordaba al presidente que la Asamblea no podía hacer nada sin el concurso de los dos órdenes restantes, aportaría un texto concluyente al centenar de la oposición y daría motivo

para largos discursos, inquietando y haciendo desfallecer a los espíritus débiles.

La Asamblea, con una solemne gravedad, recibió la noticia prohibiendo a su presidente abandonar la sala hasta el fin de la sesión. Quería votar y votó.

~~Las diversas proposiciones podían reducirse a tres, o mejor dicho a dos:~~ (1ª La de Sieyes: Asamblea nacional (2ª) La de Mounier: Asamblea de representantes de la mayoría de la nación en ausencia de la menor parte. La fórmula equívoca de Mirabeau estaba comprendida en la de Mounier, pudiendo incluirse la palabra pueblo en un sentido amplio, como la mayor parte de la nación.

La proposición Mounier tenía la ventaja aparente de estar expresado su sentido en la letra con una exactitud justa, aritmética, encubriendo un fondo absolutamente contrario a la justicia. Colocaba simétricamente en un mismo nivel valores enormemente distintos. La Asamblea representaba a la nación menos los privilegiados; esto es, 96 ó 98 centésimas partes, contra 4 centésimas, según Sieyes, y 2 centésimas, según el mismo Necker. ¿Por qué dar a estas 2 ó 4 centésimas tan enorme importancia? No era seguramente porque conservaran fuerza moral, de la que carecían totalmente; era, en realidad, porque toda la gran propiedad del reino, los dos tercios de la tierra, había ido a parar a sus manos. Mounier era el abogado de la propiedad contra la población, de la tierra contra el hombre. Punto de vista feudal, inglés y materialista. Sieyes, había dado la fórmula francesa.

leg. propiedad repres

Con la aritmética de Mounier, su justicia era injusta, y con el equívoco de Mirabeau, la nación sólo era una clase, y la gran propiedad, la tierra, constituía otra clase enfrente de la nación. Así permanecíamos en la injusticia antigua; la Edad Media continuaba el sistema bárbaro en que la gleba era todo y el hombre nada; en que la tierra, el establo, el polvo eran superiores al espíritu.

La proposición de Sieyes obtuvo cerca de quinientos votos, no llegando a un centenar los que votaron en contra. Entonces fué proclamada la Asamblea nacional. Muchos gritaron: "Viva el rey".

Dos interrupciones sobrevinieron entonces, intentando detener la organización de la Asamblea: una de la nobleza, enviada con un pretexto; otra de algunos diputados que ante todo querían se nombrara un presidente y una mesa organizada. La Asamblea no les atendió y procedió a la solemnidad del juramento. Ante una multitud conmovida de cuatro mil espectadores, los seiscientos diputados la mano en alto, en medio de un silencio profundo, fijos los ojos en la venerable figura del presidente, escucharon la fórmula del juramento y gritaron: "¡Lo juramos!" Un sentimiento poderoso de respeto y religión llenaba todos los corazones.

La Asamblea estaba fundada, vivía; le faltaba la fuerza, la certidumbre de vivir. Y adquirió esta condición necesaria abrogándose el derecho de imponer, declarando que el impuesto, ilegal hasta entonces, sería cobrado provisionalmente "hasta el día de la disolución de la presente Asamblea". Esto era, en un solo golpe, condenar todo el pasado y apoderarse del porvenir.

En seguida abordó otra cuestión trascendental de honor, la deuda, y la amparó con su garantía.

Todos estos actos reales se consignaban en lenguaje real con

las mismas fórmulas que sólo el rey había empleado hasta entonces: "La Asamblea entiende y decreta..."

Finalmente se preocupó de la carestía de las subsistencias. Habiendo fracasado el poder administrativo, el legislativo, única autoridad respetada entonces, estaba obligado a intervenir. Acordó pedir para la comisión nombrada lo mismo que el rey había ofrecido espontáneamente a la diputación del clero, una porción de datos que aclaraban el asunto. Pero el rey no quiso acceder a la petición.

El más sorprendido de todos fue Necker; creía inocentemente conducir al mundo a su antojo y el mundo se le venía encima. Había mirado siempre a la joven Asamblea como hija o pupila suya; había asegurado al rey que sería aquella dócil y prudente, y he aquí que inesperadamente, sin consultar al tutor, marchaba sola, avanzaba, destruía todos los obstáculos añejos... En su estupefacción inmóvil, Necker recibió dos consejos, de un realista y de un republicano, y ambos eran idénticos. Era el realista el intendente Bertrand de Molleville, empleado del antiguo régimen, hombre apasionado y violento; el republicano era Durovray, uno de los demócratas que el rey había hecho desterrar de Ginebra en 1782.

Conviene saber quién era este extranjero que, en una crisis tan grave, se interesaba tanto por Francia y se atrevía a dar consejos. Durovray, establecido en Inglaterra, pensionado por los ingleses, se había hecho inglés de corazón y de ideas y vivía en Francia como jefe de emigrados. En aquel tiempo formaba parte de un comité ginebrino, que desgraciadamente para nosotros rodeaba a Mirabeau. Inglaterra parecía inspirar al órgano principal de la libertad francesa. Poco favorable a los ingleses hasta entonces, el gran orador se había dejado dominar por aquellos republicanos, que a sí mismos se llamaban mártires de la libertad. Los Durovray, los Dumond y otras medianías infatigables, estaban siempre a su lado; siendo acicates de su pereza. Estaba ya enfermo y hacía cuanto podía para agravarse. Sus noches crapulosas acababan con sus días; por la mañana llegaba a la Asamblea, y al reconcentrar su pensamiento, pensaba en inglés, influido por los ginebrinos. Tal era su facilidad de asimilación y de improvisación, que en la tribuna misma su palabra admirable no era muchas veces más que una traducción o ampliación de las notas que los ginebrinos hacían entregarle a cada momento.

Durovray, que tenía ya anteriormente relaciones con Necker, se convirtió en aquellas graves circunstancias en un consejero oficioso.

Quería Durovray, como Bertrand de Molleville, que el rey anulara el decreto de la Asamblea dándose el título de Asamblea nacional, ordenara la reunión de los tres órdenes y, declarándose legislador provisional de Francia, hiciera por la autoridad real lo que el Tercer Estado había hecho sin ella. Bertrand creía con razón que después de este golpe había que disolver la Asamblea; Durovray entendía que la Asamblea, fustigada y humillada por la autoridad real, aceptaría tranquilamente el papel de máquina para hacer leyes.

En la noche del 17, los jefes del clero, el cardenal de Laroche-foucauld y el arzobispo de París, acudieron a Marly a implorar al rey y a la reina. El 19 hubo inútiles discusiones en la cámara de la nobleza; el duque de Orleans proponía unirse al Tercer Estado, y Montesquieu pedía la unión con el clero. Aquel mismo día los curas habían convenido unirse a la Asamblea, llevando la mayoría de su

orden y dividiendo éste en dos. Aquella noche el cardenal y el arzobispo volvieron a Marly y, arrojándose a las plantas del rey, exclamaron: "La religión perece". Más tarde llegaron algunos que habían asistido a la sesión de la Asamblea: "La monarquía está perdida si no disuelve los Estados", dijeron.

Resolución peligrosa, ya imposible de adoptar. La tempestad aumentaba de hora en hora. París y Versalles se agitan. Necker había convencido a dos o tres de los ministros, al rey mismo, de que su proyecto era el único medio de salvación.

En la noche del viernes 19, se celebró un Consejo definitivo, se volvió a leer dicho proyecto y quedó aprobado: "Cerrábamos ya las carteras —dice Necker—, cuando rápidamente entró un oficial de servicio. Habló quedamente al oído a su majestad, y éste se levantó ordenando a sus ministros que volvieran a tomar asiento". M. de Montmorin, que estaba a mi lado, me dijo: "Trabajo perdido; sólo la reina ha podido atreverse a interrumpir el Consejo de Estado".

Cambió el aspecto de las cosas, y bien había podido ser previsto, porque no para otra cosa, sin duda alguna, se habían llevado el rey a Marly, lejos de Versalles y del pueblo, solo con la reina, precisamente cuando por el dolor común de la muerte de su hijo el rey era más tierno y débil para con ella... Buena ocasión, bien utilizada por los prelados para sus sugestiones. ¿La muerte del del fin no era un severo aviso de la Providencia por prestarse el rey a las peligrosas innovaciones de un ministro protestante?

El rey, vacilante todavía, pero casi convencido ya, se contentó con ordenar, para impedir al clero reunirse con el Tercer Estado, que la sala donde se celebraban las sesiones fuese cerrada al día siguiente (sábado 20 de Junio), con el pretexto de hacer los preparativos necesarios para una sesión real que se celebraría el lunes.

Esto acordado por la noche, no se supo en Versalles hasta las seis de la mañana. El presidente de la Asamblea supo, por casualidad, que ésta no podría reunirse. Eran más de las siete cuando recibió una carta, no del rey (el rey acostumbraba a escribir de su puño y letra al presidente del Parlamento), sino del joven Brézé, maestro de ceremonias. Este aviso no debía haber sido dado a M. Bailly en su casa, sino al presidente en la Asamblea. Bailly no podía ocupar su puesto. A la hora señalada, la víspera para comenzar la sesión, a las ocho de la mañana, se reunió con muchos diputados a la puerta de la sala. Detenido por un centinela, protestó y allí mismo declaró la sesión abierta. Muchos diputados quisieron forzar la puerta. El oficial de guardia mandó tomar las armas a sus soldados, advirtiéndole a Bailly que su consigna era la de no tener presente la inviolabilidad de los diputados.

He aquí a nuestros nuevos reyes puestos de patitas en la calle, como escolares indóciles, y helos formando grupos con el pueblo en la avenida de París. Todos convinieron en la necesidad de celebrar sesión. Unos gritaban: ¡A la plaza de Armas! Otros: ¡A Marly! Y los más: ¡A París! Esto último hubiera sido una resolución extrema; era encender la mecha y arrojarla sobre la pólvora...

El diputado Guillotin aconsejó algo menos peligroso; dirigirse al Viejo Versalles y establecer la Asamblea en el Juego de Pelota... Lugar triste, frío, desamueblado y pobre... Mejor que mejor. La Asamblea era pobre, y más que en ningún otro día, en aquel representaba al pueblo. Allí permaneció todo el día, teniendo apenas un

banco de pino... Y este fué el refugio de la nueva religión, su establo de Belén.

Uno de aquellos sacerdotes intrépidos que habían decidido la reunión del clero al Tercer Estado, el ilustre Grégoire, mucho tiempo después, cuando el Imperio había destruido tan cruelmente la obra de la Revolución, su madre, iba con frecuencia a Versalles a ver las ruinas de Port-Royal. Un día entró en el Juego de Pelota... Aquél arruinado, éste abandonado... Lágrimas dolorosas salieron de este hombre tan firme que no había llorado jamás... ¡Dos religiones perdidas es demasiado para un corazón humano!

En 1846 he ido yo también a ver de nuevo aquel testigo de la libertad; aquel lugar donde el eco repetía su primera palabra... Pero, ¿qué podíamos decirle? ¿Qué noticias darle del mundo que engendró?... ¡Ah!, el tiempo ha marchado aceleradamente, las generaciones se han sucedido, pero la obra ha avanzado poco... Cuando pisé aquel suelo venerable, honda pena llenó mi corazón, pensando lo que somos, lo poco que hemos hecho. Lleno de indignación, salí de aquel lugar sagrado.

Juego de Pelota.

CAPÍTULO VII

TOMA DE LA BASTILLA, 14 DE JULIO DE 1789

Dificultades de la toma de la Bastilla. — La idea del ataque pertenece al pueblo. — Odio del pueblo a la Bastilla. — Alegría del mundo al saber la toma de la Bastilla. — El pueblo se defiende. — Thuriot emplaza a la Bastilla. — Los electores envían allí inútilmente muchas comisiones. — Último ataque: Eie, Hulin. — Peligro de retardar la toma. — El pueblo se cree traicionado, amenaza al preboste y a los electores. — Los vencedores del Hotel de Ville. — Cómo se entrega la Bastilla. — Muerte del gobernador. — Prisioneros condenados a muerte. — Prisioneros indultados. — Clemencia del pueblo.

Versalles, con un gobierno organizado, un rey, ministros, un general, un ejército, no era más que vacilaciones, duda incertidumbre, viviendo en la más completa anarquía moral.

París, alborotado, desprovisto de toda autoridad legal, en un desorden aparente, demuestra y posee el 14 de julio lo que moralmente constituye el orden más profundo; la unanimidad de los espíritus.

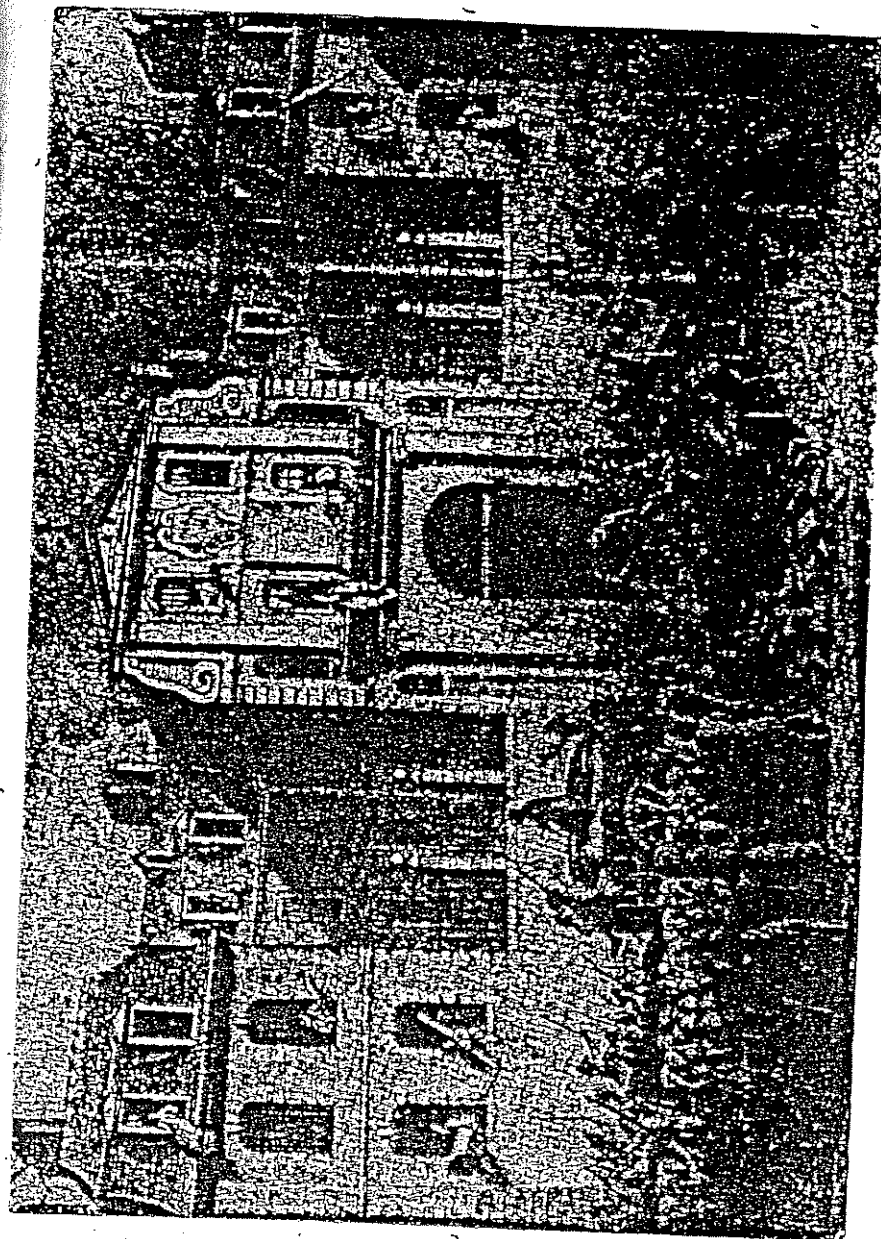
El 13 de julio París sólo pensaba en defenderse. El 14 ataca.

El 13 por la noche había aún algunas dudas. Desaparecieron a la mañana siguiente. La noche estaba llena de furor desordenado, de tumulto. La mañana fué luminosa y de una serenidad terrible.

Una idea se alzó sobre París con el día y todos vieron la misma luz. Una luz en todos los espíritus, y en cada corazón una voz que decía: "¡Vé y tomarás la Bastilla!"

Esto era imposible, insensato, y hasta decirlo parecía locura... Y sin embargo, todos los creyeron fácil, hacedero. Y se hizo.

La Bastilla, a pesar de ser una vieja fortaleza, era inexpugnable, a menos de disponer de muchos días y muchos cañones. En aquella crisis el pueblo no tenía ni tiempo que perder ni medios de hacer un sitio en regla. Aun así la Bastilla nada hubiera temido, teniendo víveres bastantes para esperar un socorro seguro y cercano y contando como contaba con inmensa cantidad de municiones de guerra. Sus muros, de diez pies de espesor en las torres y de treinta a cuarenta en la base, podían reírse mucho tiempo de las balas. Sus baterías, en cambio, cuyos fuegos dominaban la ciudad, hubieran podido arrasar todo el Marais, todo el barrio de San Antonio. Sus torres, llenas de estrechas ventanas y aspillera con dobles y triples rejas, permitían a



El pillaje de Saint-Lazare, el 13 de Julio de 1789.

la guarnición hacer impunemente una horrenda carnicería en los asaltantes.

El ataque a la Bastilla no era sensato. Fue un acto de fe.

Nadie lo propuso. Pero todos lo pensaron y todos lo pusieron en práctica. En las calles en los arrabales, en los puentes, en los boulevards la multitud gritaba a la multitud: ¡A la Bastilla! ¡a la Bastilla!... Y en el somatén que sonaba todos creían oír: ¡A la Bastilla! Nadie, lo repito, inició el movimiento ni le dió impulso. Los parlanchines del Palais-Royal pasaron el tiempo redactando una lista de proscriptos; juzgando a la reina, a la Polignac, a Artois y al preboste Flesselles y a otros condenándolos a muerte... Pero entre los nombrados de los vencedores de la Bastilla no figura ninguno de aquellos que presentaron proposiciones y mociones en el Palais-Royal. No fue el Palais-Royal el punto de partida y no fue al Palais-Royal donde los vencedores llevaron los despojos de los prisioneros.

Menos aún surgió la idea del ataque en los electores que se sentaban en el Hotel de Ville. Lejos de esto, para impedirlo, para evitar la carnicería que la Bastilla podía hacer tan fácilmente, llegaron hasta prometer al gobernador de la odiada fortaleza que si retiraba los cañones enfilados sobre Paris, el pueblo no atacaría. Los electores no cometieron la traición de que fueron luego acusados, pero no tenían fe.

¿Quién la tuvo? Aquel que tiene también fervor y fuerza para realizar su fe. ¿Quién? El pueblo. Todo el mundo.

Los ancianos que tuvieron la suerte y la desgracia de presenciar cuanto se hizo en ese medio siglo único, donde todos los siglos parecen refundirse, declaran que cuanto ocurrió grande, nacional, durante la República y el Imperio tuvo carácter parcial, no unánime, y que sólo el 14 de julio fue el día del pueblo entero. ¿Qué perdure como una de las fiestas eternas del género humano, no solamente por haber sido el primero de la libertad, sino por haber sido el más grande en la concordia!

¿Qué sucedió en aquella corta noche en la que nadie durmió, para que a la mañana siguiente todo disentiimiento, toda incertidumbre desapareciesen, mostrándose todos unidos en los mismos pensamientos.

Se conoce lo que se hizo en el Palais-Royal y en el Hotel de Ville; pero lo que es necesario saber es lo que ocurrió en el pueblo.

Por lo que ocurrió después, se adivina que cada uno durante aquella noche formuló en su corazón el juicio definitivo del pasado: antes de herir, cada uno dictó la sentencia de muerte... Aquella noche la historia se aparece a los ojos de todos, una larga historia de sufrimientos, despertando el instinto vengador y justiciero del pueblo. El alma de los padres que durante tantos siglos sufrieron y murieron en silencio, encarna en el alma de los hijos y habla.

Hombres fuertes, hombres pacientes, hasta entonces pacíficos, que debíais descargar en aquel día el gran golpe de la Providencia; no amedrenta vuestro corazón la vista de vuestras familias. Al contrario, mirando vuestros hijos dormidos, cuyo destino y porvenir iban a decidirse en el nuevo día, vuestro pensamiento se ensancha fijo en las generaciones libres que de ellos saldrían. ¡Sentisteis aquel día todo el combate del porvenir!...

El porvenir y el pasado dan la misma respuesta; ambos dicen: ¡Vé!...

Y lo que está fuera del tiempo, fuera del porvenir y fuera del pasado, el derecho inmutable os lo dice también. El inmortal senti-

*eterna
verdad*

miento de lo justo da nuevo ánimo al agitado corazón del hombre, diciéndole: Vé tranquilo; ¿qué te importa? ¡De cualquier modo que llegues, muerto o vencedor, estoy contigo!

¿Qué daño había hecho la Bastilla al pueblo? Los hombres del pueblo no entraron allí jamás... Pero la justicia les hablaba y les hablaba también una voz que conmueve aún más al corazón, la voz de la humanidad y de misericordia. Esa dulce voz que parece débil y que hacía diez años había atravesado aquellos pesados muros, fue quien rindió la Bastilla.

Es preciso decirlo: si alguien tiene derecho a la gloria, es aquella mujer intrépida que durante tanto tiempo trabajó en libertar a Latude contra todas las potencias del mundo. La realeza niega la merced y la nación la otorga; aquella mujer o héroe fue coronada en una solemnidad pública. Coronar a quien, por decirlo así, había forzado las prisiones de Estado, era ya censurarlas, entregarlas a la execración pública, demolerlas en el corazón y en el deseo de los hombres... Esta mujer fue la primera que tomó la Bastilla.

Desde entonces el pueblo del barrio y de la ciudad, que pasaba sin cesar bajo la sombra de la Bastilla¹, no dejaba ni una vez de maldecirla. Merecía bien aquel odio. Había otras prisiones, pero la Bastilla era la del despotismo, la de la arbitrariedad caprichosa, la de la inquisición eclesiástica y burocrática. La corte, tan poco religiosa en aquel siglo, había hecho de la Bastilla el domicilio de los espíritus libres, la prisión del pensamiento. Teniendo bajo Luis XVI menos prisioneros, se había hecho su régimen más severo y duro (el paseo de los presos había sido prohibido) y menos justo. Francia se avergonzó al saber que el crimen de uno de los prisioneros había sido ofrecer a nuestra marina un invento útil; ¡se temió que ofreciera el secreto a otros países!

El mundo entero conocía, abominaba la Bastilla. Bastilla y tiranía, eran en todos los idiomas palabras sinónimas. Todas las naciones al conocer la noticia de su ruina se creyeron libertadas.

En Rusia, en ese imperio del misterio y del silencio, en esa bastilla monstruosa colocada entre Europa y Asia, apenas llegó la noticia se vió a hombres de todas las naciones gritar y llorar en las plazas y en las calles se arrojaban los unos en brazos de los otros, comunicándose la fausta nueva: "¡Cómo no llorar de alegría! La Bastilla ha sido tomada, derruida".

La mañana misma del gran día el pueblo no tenía armas todavía.

La pólvora tomada la vispera en el Arsenal y que había sido conducida al Hotel de Ville, era distribuida lentamente durante la noche por tres hombres solamente. A las dos de la madrugada cesó la distribución un momento, y la multitud, desesperada, echó abajo las puertas del almacén a martillarlos.

¡No tenía fusiles! Iba a tomarlos a robarlos en los Inválidos. Esto era muy peligroso. Es verdad que los Inválidos era un cuartel sin defensa una casa abierta, pero el gobernador Sombreuil, viejo y

¹ "La sombra de la Bastilla llenaba la calle de San Antonio", dice Languet. Los senadores más convencidos de la Bastilla eran del barrio o de arrabal de Saint-Paul.

² El suceso ha sido narrado por un testigo nada sospechoso, el conde de Segur, embajador en Rusia, que no participaba de aquel entusiasmo: "Esta locura que, aun narrándola, me cuesta trabajo creer, etc.". Segur, *Memorias*, III, 503.

bravo militar, había recibido un destacamento de artillería y algunos cañones, además de los que allí tenía preparados. Por poco que estos cañones sirvieran, la multitud podía ser fácilmente dispersada por los regimientos que Besenval había reunido en la Escuela Militar.

¿Se hubieran negado a pelear aquellos regimientos extranjeros? Besenval cree que no. Más bien parece cierto que careciendo de órdenes, Besenval estaba lleno de vacilaciones y como paralizado de espíritu. A las cinco de la madrugada había recibido una extraña visita. Entró un hombre pálido, encendidos los ojos, la palabra rápida y entrecortada, audaces los ademanes. El viejo Besenval, hablador e impertinente, que era el oficial más frívolo del antiguo régimen, aunque valiente, le mira absorto: "Señor barón —dice el hombre—, vengo a advertiros que evitéis la resistencia. Los obstáculos serán destruidos hoy; estoy seguro de ello y no puedo impedirlo; vos tampoco. No intentéis impedirlo".

Besenval no tuvo temor, pero el golpe estaba dado y el efecto moral producido. "Encontré en aquel hombre —dice él mismo— no sé qué de elocuente que me cautivó... Hubiera debido mandarle arrestar, pero no lo hice..." Eran el antiguo régimen y la Revolución que acababan de verse frente a frente y esta dejaba a aquél lleno de estupor.

No eran aún las nueve de la mañana y ya había delante de los Inválidos treinta mil hombres. A la cabeza estaba el procurador de la ciudad, a quien el Comité de los electores no se había atrevido a prohibírselo. También estaban allí algunas compañías de guardias franceses escapadas de su cuartel y los estudiantes de la Basoche, con su viejo hábito rojo, y el cura de Saint-Etienne-du-Mont que, nombrado presidente de la Asamblea reunida en su iglesia, no rechazó el peligroso cargo de conducir a la fuerza armada.

El viejo Sombreuil fue muy hábil. Se presentó en la verja y dijo que efectivamente había allí fusiles, pero que constituían un depósito que le había sido confiado y su delicadeza de militar y de gentilhombre no le permitía entregarlos, faltando a la promesa de su custodia. Este argumento imprevisto detuvo a la multitud; admirable candor del pueblo en la primera edad de la Revolución. Sombreuil agregó que había enviado un correo a Versalles y que esperaba la respuesta, haciendo grandes protestas de adhesión y amistad al municipio y a la ciudad entera.

Los más querían esperar. Afortunadamente hubo allí un hombre menos escrupuloso² que evitó fuese engañada la multitud. No había tiempo que perder y, después de todo, ¿aquellas armas a quién pertenecían si no a la nación?... La multitud saltó los fosos y el hotel fue invadido; en los sótanos se encontraron veintiocho mil fusiles y veinte piezas de cañón.

Esto ocurrió de nueve a once. Corramos a la Bastilla.

El gobernador de Launay estaba sobre las armas desde las dos

¹ Estas frases prueban que a las cinco de la madrugada no había formado ningún plan. Aquel hombre que no era del pueblo repetía, al parecer, los rumores del Palais-Royal. — Los utopistas se entretenían desde hacía tiempo en estudiar la utilidad de destruir la Bastilla, formaban planes, etc. Pero la idea heroica, insensata, de tomarla en un día, no pudo nacer más que en el pueblo mismo.

² Uno sólo de los ciudadanos allí reunidos. Proceso verbal de los electores, pág. 300.

de la madrugada del día 13. No había olvidado ninguna precaución. Además de los cañones de las torres, tenía los del Arsenal, que puso cargados de metralla. Hizo subir a las torres seis carros de balas, pólvora y municiones para destruir a los asaltantes. En las aspilleras de la parte baja había colocado doce grandes trabucos, cada uno de los cuales arrojaba en cada disparo libra y media de balas. Abajo había colocado sus soldados más seguros, treinta y dos suizos, que no tenían escrúpulo alguno en disparar contra los franceses. Los ochenta y dos inválidos estaban distribuidos en varios sitios, lejos de las puertas, en las torres. Su última precaución fué desalcajar las habitaciones avanzadas que cubría la base de la fortaleza.

El día 13 no ocurrió nada; aparte las injurias dirigidas a la Bastilla por los que por allí pasaban.

El 14, al comenzar la madrugada, sonaron siete disparos hechos por los centinelas de las torres. Hubo alarma. El gobernador subió con el estado mayor y permaneció en la terraza media hora escuchando los rumores lejanos de la ciudad; por fin, no oyendo nada, bajó a sus habitaciones.

Por la mañana numerosos grupos de gente del pueblo y muchos jóvenes (del Palais-Royal u otros puntos) se acercan a la Bastilla pidiendo a gritos les sean entregadas las armas. No se les oye. En cambio se deja entrar a una comisión pacífica del Hotel de Ville, que se presenta a las diez rogando al gobernador retire los cañones enfilados sobre París, prometiéndole que si él no tira el pueblo no atacará. No teniendo la orden de hacer fuego, el gobernador acepta la proposición y lleno de alegría invita a almorzar a los comisionados.

Cuando salían se presenta un hombre que habla en tono completamente distinto.

Es un hombre violento, audaz, sin respetos humanos, sin temor ni piedad, desconocedor de los obstáculos y las conveniencias, inspirado por el genio colérico de la Revolución... Iba a emplazar la Bastilla.

El terror entra con él. La Bastilla tiene miedo; el gobernador no sabe por qué, pero se turba, balbucea.

Aquel hombre era Thuriot, una terrible fiera de la raza de Danton; lo encontraremos dos veces, al comienzo y al fin, su palabra es dos veces mortal; mata la Bastilla, mata a Robespierre.

No debe pasar el puente, el gobernador se lo prohíbe y Thuriot pasa. Del primer recinto pasa al segundo; nueva prohibición y entra; franquea el segundo foso por el puente levadizo. Y he aquí ya enfrente de la enorme verja que cierra el tercer recinto, que parecía un abismo monstruoso, cuyas paredes estaban formadas por las ocho torres unidas entre sí. En aquel lado los muros no tenían ni una ventana y en el fondo del abismo estaba el único paseo del prisionero, donde angustiado, perdido en el enorme pozo, oprimido por la mole de piedra, no podía contemplar más que la inexorable desnudez de los muros. En un lado solamente rompía aquella asfixiante monotonía un reloj colocado entre cautivos de piedra, como para encadenar el tiempo y hacer más lenta y pesada la sucesión de las horas.

La mata de dos maneras. Introduce en ella la división, la desmoralización, y cuando fué tomada propone demolirla. Mata a Robespierre negándole la palabra el 9 termidor: Thuriot era entonces presidente de la Convención.

Allí estaban los cañones cargados, la guarnición, el estado mayor.

Nada importa a Thuriot: "Señor —dice al gobernador—, os emplazo en nombre del pueblo, en nombre del honor y de la patria, para que retireis vuestros cañones y entreguéis la Bastilla". Y volviéndose a la guarnición repitió las mismas palabras.

Si M. de Launay hubiera sido un verdadero militar, no hubiera introducido de este modo al parlamentario en el mismo corazón de la fortaleza y menos aún le hubiera tolerado dirigirse a la guarnición. Pero es preciso tener en cuenta que los oficiales de la Bastilla lo eran, en su mayor parte, por gracia del jefe de policía; muchos de ellos que no habían servido jamás, lucían en el pecho la cruz de San Luis. Todos, desde el gobernador al último criado, habían comprado sus puestos y sacaban de ellos el partido que podían. El gobernador, además de sus sesenta mil libras de sueldo, sacaba cada año otro tanto de sus rapiñas. A costa de los prisioneros alimentaba su casa, ganaba con el vino¹, con los muebles, con todo. Y ¡hecho impio, bárbaro!, alquiló a un jardinero el jardín de la Bastilla, que era pequeño, y por aquella miserable ganancia privó a los prisioneros del paseo, del aire y de la luz.

Aquella alma rastrera y codiciosa sabía que era conocido, y esto le quitaba todo valor; las terribles *Memorias de Linguet* hicieron a de Launay famoso en toda Europa. La Bastilla era odiada y su gobernador, personalmente, era odiado también. Los furiosos gritos del pueblo que resonaban allá fuera, creía que eran exclusivamente contra él; estaba lleno de turbación y temor.

Las palabras de Thuriot produjeron diferente efecto en los suizos y en los franceses. Los suizos no las comprendieron, pero el Estado Mayor y los Inválidos se conmovieron; aquellos viejos soldados en trato diario con las gentes del barrio, no tenían ganas de disparar contra sus amigos. La guarnición se divide: ¿qué harán ambos bandos? Si no se ponen de acuerdo ¿querrán luchar entre sí?

El amedrentado gobernador con tono quejumbroso declaró que había llegado a un acuerdo con el municipio y juró e hizo jurar a la guarnición que si no eran atacados no harían un solo disparo.

Thuriot no se contenta con esto. Quiere subir a las torres, ver si efectivamente han sido retirados los cañones. De Launay, harto arrepetido de haberle dejado entrar, se niega, pero sus oficiales le aconsejan que acepte, hacen presión sobre él y al fin sube con Thuriot.

Los cañones habían sido retirados de las troneras, cubiertos, pero continuaban enfilados. La vista que se ofrecía desde aquella altura de ciento cuarenta pies era inmensa, enloquecedora; las calles y las plazas llenas de gente; todo el jardín del arsenal cubierto por hombres armados... Y he aquí que en el otro lado se ve una masa negra que avanza... Es el pueblo del barrio de San Antonio...

El gobernador palidece. Toma a Thuriot por un brazo: "¿Qué habéis hecho? ¡abusáis del título de parlamentario! ¡me habéis engañado, traicionado!"

¹ El gobernador tenía derecho de hacer entrar cien barricas de vino francas de impuesto. Vendía este derecho a una taberna a cambio de vinagre que daba a beber a sus prisioneros y de una gruesa cantidad. Puede verse en el libro *La Bastilla destruida*, la historia de un prisionero rico que de Launay llevaba por las noches a casa de una joven, a quien el gobernador había puesto casa y cuyos gastos hacía pagar al otro.

Ambos estaban en el borde del muro y de Launay tenía un centinela en la torre. Todo el mundo en la Bastilla prestaba juramento de obediencia y fidelidad al gobernador; en su fortaleza era el rey y la ley. Podía vengarse...

Pero fué al contrario. Thuriot permaneció sereno y el gobernador tembló de miedo cuando aquél le repuso: "Caballero, una palabra más y os juro que uno de los dos caerá al foso".

En aquel mismo momento el centinela se acerca tan turbado como el gobernador y, dirigiéndose a Thuriot, exclama: "Por favor, señor, asomaos a las almenas... No hay tiempo que perder; el pueblo avanza... Como no os ven, quieren atacar". Thuriot se asomó y el pueblo viéndole vivo, lanzó un inmenso clamoreo de alegría y estalló en ruidosos aplausos.

Thuriot bajó con el gobernador, atravesó de nuevo el tercer recinto y dirigiéndose otra vez a la guarnición, dijo: "Espero que el pueblo no se negará a dar una guardia burguesa que preste servicio en la Bastilla con vosotros".

El pueblo creía entrar en la Bastilla cuando saliera Thuriot. Como le vió salir y marchar al Hotel de Ville para hacer la misma oferta que había hecho a la guarnición de la Bastilla, le creyó traidor y le amenazó. La impaciencia se convirtió en furor; la multitud se apoderó de tres inválidos y quiso matarlos. Se apoderó de una señorita a quien creyó hija del gobernador y quería quemarla si su padre no se rendía. Pudo ser arrancada de manos del pueblo. "¿Qué será de nosotros si no tomamos la Bastilla antes de la noche?..." El grueso Santerre, un cervicero que el barrio había nombrado comandante, propuso incendiar la plaza arrojando aceite y resina que había preparado la víspera. Mandó buscar las barricas.

Un carretero que había sido soldado, comenzó bravamente la obra y avanzó con un hacha en la mano, se subió al techo de un pabellón del cuerpo de guardia adosado al primer puente levadizo, y bajo una lluvia de balas trabaja tranquilamente golpe a golpe, destroza los maderos donde afianzaban las cadenas, y el puente se abre, cae. La multitud se lanza y penetra en el primer recinto. Desde las torres y las aspilleras bajas hacen un fuego nutrido y el pueblo cae a montones, sin que la guarnición recibiera daño alguno. De todos los disparos que el pueblo hizo, sólo dos tiros penetraron; uno solo de los sitiados quedó muerto.

El comité de los electores, que comenzó a ver llegar los heridos al Hotel de Ville, y que deploraba la efusión de sangre, hubiera querido detener el ataque. No había para esto más que un medio. Apoderarse de la Bastilla en nombre de la ciudad y hacer entrar en ella la guardia burguesa. El preboste vacilaba demasiado, Fauchet insistía; otros electores hicieron presión también. Fueron como diputados del Municipio, pero entre el fuego y el humo no fueron vistos; nadie se fijó en ellos. Ni la Bastilla ni el pueblo cesaron de tirar. Los diputados corrieron grandísimo peligro.

Una segunda comisión, con el procurador de la ciudad a la cabeza, llevando al lado un tambor y una bandera, apareció en la plaza. Los soldados que estaban en las torres, enarbolaron una bandera blanca y suspendieron el fuego. El pueblo cesó de tirar, y siguiendo a los diputados, penetró en el recinto. Una furiosa descarga de la Bastilla tendió muchos hombres en tierra, al lado mismo de los diputados. Probablemente los suizos que estaban abajo con de Lau-

nay no se enteraron de las señales que habían hecho los inválidos en las torres¹.

La rabia del pueblo no tuvo límites entonces. Desde por la mañana se decía que el gobernador había facilitado engañosamente la entrada del pueblo en el primer recinto para fusilarlo a mansalva; se creyeron dos veces engañados y resolvieron perecer o vengarse de los traidores. A los que aconsejaban prudencia les respondían: "Nuestros cadáveres servirán al menos para llenar los fosos". Y se lanzaban obstinadamente sin desanimarse jamás contra la fusilería, contra aquellas torres asesinas, creyendo que a fuerza de morir podrían destruirlas.

Pero entonces, y cada vez más, gran número de hombres generosos que no habían tomado parte en la lucha, se indignaron de aquella pelea tan desigual, que era un asesinato cometido a mansalva, y todos se pusieron de parte del pueblo. Fueron a buscar los comandantes nombrados por la ciudad y les obligaron a entregar cinco cañones. Se formaron dos columnas: de obreros y burgueses una, y la otra de guardias franceses. La primera nombró jefe a un joven de estatura y fuerza heroicas, a Hullin, relojero de Ginebra, que había abandonado su oficio para ser criado y cazador del marqués de Conflans; el vestido del cazador fué tomado, sin duda, por un uniforme; las libreas de la servidumbre guiaron al pueblo al combate de la libertad. El jefe de la otra columna fué Elie, un afortunado oficial del regimiento de la reina que, estando vestido de paisano, se puso su brillante uniforme, señalándose bravamente, en medio de la multitud, a los suyos y al enemigo. Entre sus soldados había uno admirable por su valentía, juventud y pureza, una de las glorias de Francia, Marceau, que se contentó con combatir y no reclamó nada en los honores de la victoria.

Cuando llegaron estas dos columnas el pueblo había conseguido poco. Se había logrado con tres carros de paja hacer arder los pabellones y las cocinas, pero no se sabía qué más hacer ni cómo hacerlo. La desesperación del pueblo recaía en el Hotel de Ville. Se acusaba al preboste y a los electores, y les pedían con amenaza ordenasen el sitio de la Bastilla. Jamás se les pudo arrancar la orden. Diversos medios raros y extraños eran propuestos a los electores para tomar la fortaleza. Un carpintero aconsejaba una obra de madera, una catapulta romana para lanzar piedras contra los muros. Los comandantes de la ciudad decían que era preciso hacer el sitio en regla y abrir una mina. Durante estos largos y vanos discursos se lee una carta que Besenval escribía a de Launay y que fué interceptada, en la que le recomendaba que se defendiera hasta el último extremo.

Para calcular el valor del tiempo en esta crisis suprema, para explicar el terror de la tardanza, conviene saber que cada momento circulaba una nueva falsa alarma. Se suponía que la corte, a dos horas de distancia estaba enterada del ataque a la Bastilla comenzado al medio día y se preparaba a lanzar sobre París sus suizos y sus alemanes. Los de la Escuela Militar pasarian el día con los brazos cruzados? No era verosímil. La poca confianza que Besenval tenía en sus tropas era o parecía una excusa. Los suizos se mostraban firmes y fieles en la Bastilla, haciendo una carnicería. Los dragones alema-

¹ Esta es la única manera de conciliar las declaraciones, opuestas en apariencia, de los sitiados y la diputación.

nes habían hecho muchas descargas el día 12 y matado algunos guardias franceses. Estos, a su vez, habían matado algunos dragones. El odio de cuerpo aseguraba la fidelidad.

El barrio Saint-Honoré se despoblaba creyéndose atacado de un momento a otro. La Ciudadela estaba en el mismo peligro y efectivamente fué ocupada por un regimiento, pero demasiado tarde.

Toda lentitud parecía al pueblo traición. Las tergiversaciones del preboste le hacían sospechoso, y del mismo modo acontecía a los electores. La multitud, indignada, comprendió que perdía el tiempo con ellos. Un viejo grita: "Amigos, ¿qué hacemos entre estos traidores? ¡Vámonos todos a la Bastilla!" La indicación fué atendida por todos. Los electores, estupefactos, se encuentran solos... Uno de ellos sale y vuelve pálido, con el rostro de un espectro: "Si permanecéis aquí no os quedan más que diez minutos de vida... En la plaza ruge la multitud rabiosa... Ya suben..." No intentaron huir y esto les salvó.

Todo el furor del pueblo se concentra contra el preboste. Los enviados de los distritos se presentan uno tras otro, arrojándole su traición a la cara. Algunos de los electores, viéndose comprometidos delante del pueblo por su imprudencia y sus mentiras, se vuelven contra él y le acusan. Otros el buen viejo Dussaulx (el traductor de Juvenal) y el intrépido Fauchet, intentaron defenderle, salvarle la vida, inocente o culpable. Obligado por el pueblo, pasa del despacho en que estaba a la gran sala de San Juan, sus amparadores lo rodean y Fauchet se sienta a su lado. Las huellas de la muerte se marcaban ya en su rostro, dice Dussaulx. Rodeado de papeles, de cartas, de gentes que iban a hablarle, en medio del vocerío, de los gritos de muerte, se esforzaba para responder a todos con afabilidad. Los del Palais-Royal y los del distrito de Saint-Roch, eran los que más furiosos estaban. Fauchet corrió allí a pedir gracia, con miseria. El distrito estaba reunido en Asamblea en la iglesia de San Roque y dos veces Fauchet subió al púlpito, rogando, llorando con las palabras más ardientes que su gran corazón podía inspirarle; su ropa, acribillada a balazos en la Bastilla, era elocuente también; rogaba por el pueblo mismo, por el honor de aquel gran día, para dejar puro y sin mancha el triunfo de la libertad.

El preboste y los electores permanecían en la sala de San Juan entre la vida y la muerte. "Cuántos estaban allí —dice Dussaulx— parecían salvajes; muchas veces escuchaban, miraban en silencio; otras un murmullo terrible, un rugido sordo, como el estremecimiento de un terremoto, salía de la multitud. Muchos hablaban y gritaban, pero los más estaban aturdidos por la novedad del espectáculo. Los rumores, las voces, las noticias, las alarmas, las cartas detenidas, los descubrimientos falsos o verdaderos, tantos secretos revelados, tantos hombres llevados ante el tribunal, oscurecían el espíritu y la razón. Uno de los electores decía: "¿No es este el juicio final?"... El aturdimiento había llegado a tal grado, que todo se había olvidado; el preboste y la Bastilla.

Eran las cinco y media. Un inmenso grito estalla en la plaza del Hotel de Ville, en la Grève; luego un clamoreo que viene de lejos, que avanza y se acerca con la rapidez de la tempestad... ¡La Bastilla ha sido tomada!

En la sala, ya llena, entran de una vez mil hombres y diez mil empujan detrás de ellos. El suelo tiembla, los bancos ruedan, la verja es empujada hasta la mesa del presidente.

Todos vienen armados, unos casi desnudos; otros vestidos con retazos de todos colores. Un hombre era llevado en un sillón y coronado de laureles; era Elie; le rodeaban todos los prisioneros. A la cabeza, en medio del inmenso ruido, en que no se hubiera escuchado un cañonazo, marchaba un joven en actitud de religioso recogimiento; llevaba clavada en su bayoneta una cosa impía, tres veces maldita, el reglamento de la Bastilla. También llevaban las llaves monstruosas, innobles, groseras, usadas por los siglos y por los dolores de los hombres. La casualidad o la Providencia quiso que fuesen a parar a manos de un hombre que las conocía demasiado, a un antiguo prisionero. La Asamblea nacional coloca en sus archivos estas viejas máquinas de los tiranos, al lado de las leyes que destruyeron la tiranía. Todavía hoy conservamos las llaves en el armario de hierro de los archivos de Francia... ¡Ah! ¡Si pudieran encerrarse en la misma vitrina las llaves de todas las Bastillas del mundo!

La Bastilla, forzoso es reconocerlo, no fué tomada; se entregó ella, turbada, enloquecida por la conciencia de su maldad.

Allí adentro, unos querían que se rindiera; otros seguían disparando, sobre todo los suizos, que durante cinco horas, sin riesgo ni temor alguno, se divertieron escogiendo y apuntando bien a las víctimas que querían. Allí mataron ochenta y tres hombres e hirieron a ochenta y ocho. Veinte de los muertos eran pobres padres de familia que dejaron mujeres e hijos, condenados a morir de hambre.

La vergüenza de aquella guerra sin riesgo y el horror de ver derramada sangre francesa por los suizos, que la odiaban, acabaron por hacer caer las armas de los inválidos. Los suboficiales, a las cuatro, rogaron, suplicaron a de Launay que pusiera término a aquellos asesinatos. El gobernador sabía cuál era su destino y lo que merecía. Pensaba sólo en morir matando. Un momento tuvo una idea horriblemente feroz: volar la Bastilla; hubiera destruido un tercio de París. Sus ciento treinta y cinco barriles de pólvora hubieran lanzado a los aires, deshecha en pedazos, la inmensa mole de la Bastilla y al caer las piedras hubieran arrasado todo el barrio, todo el Marais y todo el arrabal del Arsenal... Tomó la mecha de un cañón. Dos oficiales impidieron el crimen; cruzaron sus aceros y le impidieron la entrada en el depósito de la pólvora. Entonces intentó suicidarse y desenvainó un cuchillo, que le fué arrebatado.

Estaba trastornado y no podía dar órdenes. Cuando los guardias franceses colocaron en batería sus cañones y dispararon (según algunos), el capitán de los suizos comprendió que era necesario entregarse; escribió y envió un mensaje¹ en que se pedía salir de la fortaleza con los honores de guerra. Negativa. Después pidió que se respetara la vida de los sitiados. Hullin y Elie lo prometieron.

La dificultad estaba en hacer respetar la promesa. ¿Quién podía impedir una venganza deseada desde hacía tantos siglos, irritada ahora con tantos asesinatos como acababa de hacer la Bastilla...? Una autoridad que tenía una hora de existencia, surgida en la Grève y que apenas era conocida por más de dos grupos que peleaban en la vanguardia, no era suficiente para contener a los cien mil hombres que la seguían.

¹ Desde la mañana, según testimonio de Thuriot.

² Para tomar el mensaje se colocó una plancha de madera sobre el foso. El primero que se atrevió a pasar cayó; el segundo, que fué Maillard, fué más afortunado y recogió la carta.

La multitud estaba ciega, orgullosa de su mortandad misma. En la plaza no mata más que a un hombre; mira con desden a los suizos a quienes toma por prisioneros o por criados y hierre y maltrata a sus amigos los inválidos. Hubiera querido poder exterminar la Bastilla; rompe a pedradas los dos esclavos del reloj; sube a las torres para insultar a los cañones; muchos se agarran a las piedras, ensangrentándose las manos por querer arrancarlas. Bajan rápidamente a los calabozos para librar a los prisioneros; dos se habían vuelto locos. Uno, asustado del ruido, quería defenderse; quedose sorprendido cuando los que abrieron la puerta de su encierro se arrojaron en sus brazos, mojándole el rostro con sus lágrimas. Otro, que tenía una barba hasta la cintura, preguntó cómo se portaba Luis XV; creía que reinaba todavía. A los que le preguntaron su nombre respondió que se llamaba el Mayor de la Inmensidad.

Los vencedores no habían concluido; en la calle de San Antonio sostenían otro combate. Avanzando hacia la Grève encontraron algunos grupos de hombres que, no habiendo tomado parte en el combate, querían hacer algo, asesinar a los prisioneros cuando menos. Uno de ellos quedó muerto en la calle de Joureillos, otro en el arrabal. Algunas mujeres, desgredadas, que acababan de reconocer a sus maridos entre los muertos de la Bastilla, corrían detrás de los asesinos; una de ellas, loca de dolor, pedía a todo el mundo que le diesen un cuchillo.

De Launay era llevado, sostenido y defendido en este gran peligro por dos hombres de corazón y de una fuerza poco común: Huillin y otro. Conducir a aquel hombre de la Bastilla a la Grève, que estaba tan cerca, no era obra menor que los doce trabajos de Hércules. No sabiendo ya cómo defenderle y viendo que la gente conocía a Launay solamente en que iba sin sombrero, tuvo la idea heroica de ponerle el suyo, recibiendo en aquel momento los golpes que a Launay iban dirigidos. Llegó en fin al pórtico de San Juan; si conseguía lanzarle en la escalera, todo había concluido. La multitud lo comprendió e hizo un furioso esfuerzo. La fuerza de gigante que Huillin había desplegado no le sirvió entonces de nada. Estrujado por aquella enorme boia que la masa formaba alrededor de él, apretándole, perdió tierra y fue empujado de uno a otro lado hasta caer al suelo. Se levantó dos veces. A la segunda vió en el aire, clavada en una pica, la cabeza de Launay.

Otra escena se desarrollaba en la sala de San Juan. Los prisioneros estaban allí en gran peligro de muerte; la multitud se encarnizaba, sobre todo contra tres inválidos, en quienes creía reconocer a los artilleros de la Bastilla; uno estaba herido; el comandante de La Salle, haciendo increíbles esfuerzos, invocando su título de comandante, logró salvarle; mientras lo llevaba fuera, los

La tradición realista, que tiene la difícil preocupación de hacer interesantes a los hombres menos interesantes, ha querido hacer creer que de Launay, más heroico aún que Huillin, le había devuelto el sombrero, volviendo a colocárselo en la cabeza, prefiriendo perecer a exponerlo a morir. La misma tradición obsequia con el mismo hecho, algunos días después, a Berthier, el intendente de París. Se cuenta también que el Mayor de la Bastilla, reconocido y defendido en la Grève por uno de sus antiguos prisioneros, a quien había tratado con cariño, le alejó de sí diciéndole: "Os perdéis vos sin salvarme". Este último relato da idea de si diciéndole: "Os perdéis vos sin salvarme". Los precedentes de de Launay y Berthier, no ofrecen nada que pueda hacer creer en el heroísmo de sus últimos momentos. El silencio de la biografía Michaud, en el artículo sobre de Launay, redactado con informes facilitados por su propia familia, prueba que ella misma no creía en esta tradición.

otros dos fueron arrastrados y colgados en el farol del rincón de la Vannerie, frente al Hotel de Ville.

Este gran movimiento, que parecía haber hecho olvidar a Flesselles, fue, sin embargo, lo que le perdió. Sus implacables acusadores del Palais-Royal, descontentos de ver a la multitud ocupándose de otras cosas, se mantenían cerca de su mesa, le amenazaban, le invitaban a seguirles... Concluyó por ceder, acaso porque una espera tan larga de la muerte le pareciera peor que la muerte misma, o porque confiaba poder escapar en la universal preocupación del gran suceso del día. "Pues bien, señores —dijo—, vamos al Palais-Royal". No habían llegado al portal, cuando un joven le desahizo la cabeza de un pistoletazo.

La masa del pueblo, acumulada en la sala, no pedía más sangre; la veía correr con estupor, dice un testigo ocular. Miraba con la boca abierta este prodigioso espectáculo, extraordinario, capaz de volver loco al más fuerte y sereno. Las armas de la Edad Media de todas las edades se confundían allí; los siglos estaban presentes. Elie, subido sobre una mesa, con el casco en la cabeza, su enorme espada en la mano, parecía un guerrero romano. Estaba rodeado de prisioneros y pedía gracia para ellos. Los guardias franceses pedían por única recompensa el perdón de los prisioneros. En este momento la multitud se apodera de un hombre seguido de su mujer: era el príncipe de Montbarey, ex ministro. La mujer se desmayó; el hombre es arrojado encima de la mesa, sostenido por doce hombres con el cuerpo doblado... El pobre diablo, en esta rara actitud, explicó que no era ministro desde hacía mucho tiempo, que su hijo había tomado gran parte en la revolución de su provincia... El comandante de La Salle habla en su favor exponiéndose mucho. Los hombres que le habían apresado no querían soltarle; pero La Salle que era más fuerte, libra al desgraciado y le pone de pie... Este rasgo de fuerza gusta al pueblo y aplaude...

En aquel mismo momento el bravo y excelente Elie encuentra medio de concluir de un golpe con todo proceso y todo juicio. Vió a los niños de servicio en la Bastilla, que eran conducidos a la sala y se puso a gritar: "¡Perdón para los niños! ¡Perdón!"

Hubierais visto entonces los rostros y las manos ennegrecidas por la pólvora y el humo comenzarse a lavar con gruesas lágrimas, como caen después de la tempestad gruesas gotas de lluvia... Ya no se hizo más justicia ni venganza. El tribunal había sido destruido. Elie había vencido a los vencedores de la Bastilla. Hicieron jurar a los prisioneros fidelidad a la nación y los dejaron libres; los inválidos se fueron tranquilamente a su hotel; los guardias franceses se apoderaron de los suizos y los llevaron, según su rango, a sus propias casas, donde los alojaron y alimentaron.

Las viudas, ¡hecho admirable!, se mostraron también magnánimas. Indigentes y cargadas de hijos, no quisieron recibir solas una modesta cantidad que les fue repartida; hicieron también entrar en el reparto a la viuda de un pobre inválido que había contribuido a impedir la explosión de la pólvora de la Bastilla y que fue muerto por error. La mujer del sitiado fue protegida por las mujeres de los sitiadores.

29

CAPÍTULO IX

EL PUEBLO LLEVA AL REY A PARÍS EL 6 DE OCTUBRE DE 1789

Continuación del 5 de Octubre. — La primera sangre derramada. — Las mujeres y el regimiento de Flandes. — Lucha de los guardias de corps y de los guardias nacionales de Versalles. — Espanto de la corte. — Las mujeres pasan la noche en la sala de la Asamblea. — Lafayette obligado a marchar a Versalles. — 6 de Octubre. — El castillo asaltado. — Peligro de la reina. — Los guardias de corps salvados por los ex-guardias franceses. — Vacilaciones de la Asamblea. — Conducta del duque de Orleans. — El rey llevado a París.

Un miliciano de París, arrastrado por un grupo de mujeres y hecho su jefe, a pesar suyo, que exaltado por el camino se encontraba en Versalles más fogoso que los demás, se aventuró a pasar detrás de los guardias de corps; allí, viendo la verja cerrada, insultó y amenazó con su bayoneta al portero colocado detrás. Un teniente y dos guardias nacionales sacaron los sables y persiguieron al osado para darle caza. El infeliz, huyendo en loca carrera, quiso refugiarse en una barraca; y huyendo siempre, tropezó y cayó al suelo pidiendo socorro. Los guardias nacionales de Versalles no pudieron contenerse; uno de ellos, un mercader de vinos, se abalanza sobre él y lo detiene después de romperle el brazo con que manejaba su sable.

D'Estaing, comandante de esta guardia nacional, estaba en el castillo creyendo a cada momento que partía con el rey. Lecoindre, teniente coronel, estaba en su puesto pidiendo órdenes a la municipalidad, que ésta no le daba. Temía, con razón, que aquella multitud hambrienta se decidiera a recorrer la ciudad y lograra alimentarse por sí misma.

Pide viveres, solicita de la municipalidad que los arbitre y no se reúne más que un poco de arroz, que resulta nada para tanta gente. Entonces hizo buscar en todas partes, y gracias a su loable diligencia se calmó un poco el pueblo.

Al mismo tiempo se dirigía al regimiento de Flandes y preguntaba a los oficiales y a los soldados si harían armas contra el pueblo. Estaban éstos influidos ya por otra más poderosa recomendación.

Las mujeres se habían arrojado entre ellos y les rogaban no hicieran daño. Apareció entonces una de ellas, de la que volveremos a hablar más adelante. Era la linda señorita Théroigne de Méricourt,

una lieguesa, viva y arrebatada como tantas otras mujeres de Liega que hicieron las revoluciones del siglo XV y combatieron valientemente contra Carlos el Temerario. Enardecedora, rara, original, con su sombrero de amazona y su rendigot rojo, el sable a la derecha, hablando a la vez, con encantadora elocuencia el francés y el liegués... Los soldados reían, pero cedían... Impetuosa, encantadora, terrible, Théroigne no sentía ningún obstáculo... Había tenido varios amores, pero entonces no sentía más que uno, violento, mortal, que le costó más que la vida, el amor de la Revolución; la siguió con entusiasmo, no faltaba a una sesión de la Asamblea, recorría los clubes y las plazas, tenía en su casa un club donde recibía a muchos diputados.

No más amantes, había declarado que no quería a otro hombre que al gran metafísico, siempre enemigo de las mujeres, al abstraído, al frío abate Sieyès.

Théroigne se había apoderado de aquel pobre regimiento de Flandes, le trastornó la cabeza y lo dominó tan bien, que fraternalmente le arrebatara sus cartuchos y los daba a los guardias franceses de Versalles.

D'Estaing hizo decir entonces a los soldados de Flandes que se retiraran. Algunos parten; otros responden que no se van mientras los guardias de corps no partan antes. Los guardias recibieron orden de desfilar.

Eran las ocho de la noche. Noche demasiado sombría. El pueblo seguía hostilizando a los guardias con sus silbidos. Marcharon sable en mano y se abrieron camino; los últimos, que se encontraban más embarazados, tiraron algunos pistoletazos. Tres guardias nacionales resultaron tocados por las balas; uno en la mejilla y los otros en el uniforme. Sus camaradas responden, tiran también. Los guardias de corps disparan sus mosquetes.

Muchos guardias nacionales rodean a d'Estaing, pidiéndole municiones. El mismo quedó maravillado de su ardimiento, de la audacia que mostraban, solos allí, en medio de las tropas: "Verdaderos mártires del entusiasmo" —decía más tarde a la reina.

Un teniente de Versalles declara al guardia de artillería que si no le da pólvora le levantará la tapa de los sesos. Entrega un tonel, que se abre en la misma plaza, y se cargan los cañones colocados frente a frente de la rampa donde están colcadas las tropas que cubren el castillo y los guardias de corps que volvían a la plaza.

Las gentes de Versalles habían mostrado la misma firmeza dentro del castillo. Cinco coches se presentaron en la verja para salir; era la reina —decíase— que marchaba a Trianon. El suizo abre y se forma la guardia.

"Hay peligro para su majestad —dice el comandante— en alejarse del castillo". Los coches vuelven a entrar sin escolta. No hay paso. El rey estaba prisionero.

El mismo comandante salva a un guardia de corps, al que la multitud quería hacer pedazos por haber disparado contra el pueblo. Lo hizo tan bien aquel jefe, que la multitud dejó al hombre; se contentó con el caballo, que fué despedazado; se comenzó a arrastrarlo hacia la plaza de armas, pero la multitud tenía demasiado hambre y el caballo fué comido casi crudo.

Caja la lluvia. La multitud se refugiaba donde podía; unos forzaron la entrada del local donde se albergaba el regimiento de

Flandes y se mezclaron con los soldados. Otros, cerca de cuatro mil, se habían quedado en la Asamblea. Los hombres estaban bastante tranquilos, pero las mujeres soportaron impaciente aquel estado de inacción; hablaban, gritaban y alborotaban.

Maillard solamente pudo hacerlas callar y no lo consiguió sino arengando a la Asamblea.

Aumentó el desorden el hecho de que algunos guardias de corps fueron a buscar a los dragones que estaban a la puerta de la Asamblea y a preguntarles si querían ayudarles a apoderarse de los cañones que amenazaban al castillo. Antes de que la multitud se echara sobre ellos, los dragones los hicieron escapar.

A las ocho de la noche otra tentativa. Llevan a la Asamblea una carta del rey, donde, sin hablar de la Declaración de los derechos, prometía vagamente la libre circulación de los granos. Es probable que en aquel momento la idea de la fuga dominara en el castillo. Sin haber respondido nada a Mounier, que esperaba a la puerta del Consejo, se enviaba aquella carta a la Asamblea, intentando entretener a la multitud que aguardaba.

Una aparición singular había aumentado el terror de la corte. Un joven del pueblo entra, mal vestido, descompuesto... Gran extrañeza... Era el duque de Richelieu que, bajo aquel traje, se había mezclado a la multitud, a aquella nueva ola del pueblo que había partido de París. A mitad de camino se había separado de ellos para llegar corriendo y advertir a la familia real... había escuchado frases que revelaban propósitos horribles, amenazas atroces... cortarles los cabellos... Y diciendo esto estaba tan pálido, que cuantos le oían palidecieron...

El corazón del rey comenzaba a acobardarse; veía a la reina en peligro.

Costara lo que costase a su conciencia consagrar la obra legislativa del filosofismo, firmó a las diez de la noche la Declaración de los derechos.

Al fin pudo Mounier partir. Tenía impaciencia por ocupar la presidencia ante la llegada de aquel gran ejército de París, cuyos proyectos no se conocían...

Entra presuroso cuando la Asamblea había levantado ya la sesión...

La multitud, cada vez más agitada y exigente, había pedido que se disminuyera el precio del pan y el de la carne.

Mounier encuentra en su puesto, en el sillón del presidente, una mujer alta y gruesa que tenía la campanilla en la mano. Dió órdenes para que se buscara a los diputados, y esperando anunció al pueblo que el rey acababa de aceptar los artículos constitucionales.

Las mujeres se estrechan alrededor de él y le piden de copias a cada una; otras decían: "Pero señor presidente, ¿será esto ventajoso? ¿hará que tengan pan los pobres de París?"

Otras gritaban: "Tenemos mucha hambre. No hemos comido hoy". Mounier anunció que se iba a buscar pan en las panaderías. De todos lados llegaron víveres. En medio de la sala, con gran alboroto, se pusieron a comer.

Las mujeres, comiendo, hablaban con Mounier: "Pero querido presidente, ¿por qué habéis defendido ese veto inútil?... ¿Pensad en la farola donde ahorcamos!..."

Mounier les respondió con firmeza que no estaban en estado de

juzgar, que eran engañadas y que él quería mejor exponer su vida que traicionar su conciencia. Esta respuesta causó gran efecto; desde entonces le testificaron mucho respeto y amistad.

Mirabeau solo hubiera podido hacerse oír, dominar el tumulto; pero no aparecía, seguramente estaba inquieto. Durante la noche, según afirmación de muchos testigos, se había paseado por entre el pueblo, con un gran sable, diciendo a los grupos: "Hijos míos, estamos con vosotros". Después se fué a dormir. Dumont, el ginebrino, fué a buscarle y le condujo a la Asamblea. En el momento en que llegó exclamó con su voz atronadora: "Quisiera saber cómo se atreve nadie a venir a perturbar nuestras sesiones... ¡Señor presidente, haced respetar a la Asamblea!" Las mujeres gritaban: "¡Bravo!" Hubo un poco de calma.

Para pasar el tiempo se reanudó la discusión de las leyes criminales.

"Estaba yo en una galería —cuenta Dumont—, donde una mujer dirigía con gran autoridad a un centenar de jóvenes que a una señal suya gritaban y se callaban. Llamaba familiarmente a los diputados por su nombre o bien preguntaba: —¿Quién es ese que habla allá abajo? ¡Haced callar a ese majadero!; ¡no se trata de eso!, ¡se trata de tener pan!... Que hable nuestra madrecita Mirabeau..." Y las demás gritaban: "Nuestra madre Mirabeau". Pero Mirabeau no quería hablar.

Lafayette, que había salido de París de cinco a seis de la tarde, no llegó a Versalles hasta pasada la medianoche.

A las once de la mañana, avisado Lafayette de la invasión del Hotel de Ville, se dirigió allí, encontró a la multitud alborotada y se puso a dictar un despacho para el rey. La guardia nacional, la asalariada y la no asalariada, llenaba la ancha plaza; todos convenían en que era preciso ir a Versalles. Muchos ex guardias franceses recordaban su antiguo privilegio de guardar al rey y querían renovarlo. Algunos de ellos suben al Hotel de Ville y llaman en la puerta del despacho donde estaba Lafayette. Entran, y un joven granadero, de hermosa figura, que habla maravillosamente, le dice con firmeza:

"Mi general, faltar de pan al pueblo, la miseria llega a su colmo; o el comité de subsistencias os engaña o es engañado. Esta situación no puede durar, y no hay más que un medio: ¡ir a Versalles!... Se dice que el rey es un imbécil; colocaremos la corona en las sienes de su hijo, se nombrará un consejo de regencia y todo marchará admirablemente."

Lafayette era hombre muy firme y muy obstinado. La multitud lo fué todavía más. Creía Lafayette, con razón, en su ascendiente; entonces pudo ver que se le había hecho creer en un error. En vano arengó al pueblo, en vano permaneció muchas horas en la Grève sobre su caballo blanco, ora hablando, ora imponiendo silencio con ademanes o, por hacer algo, acariciando a su caballo. La dificultad iba aumentando; ya no eran solamente guardias nacionales los que le rodeaban y oprimían, sino grupos de los barrios Saint-Antoine y Saint-Marceau, que no querían escuchar ni entender de nada, que le hablaban con signos elocuentes, preparando para él la farola de las ejecuciones.

Entonces Lafayette baja del caballo y quiere entrar en el Hotel de Ville, pero sus granaderos le impiden el paso: "General, estaréis con nosotros, no nos abandonaréis".

Felizmente traen del Hotel de Ville una carta autorizando al general a partir "en vista de la imposibilidad de negarse a ello".

"Partamos" —dice—. Y resuena en toda la plaza un grito de alegría.

De los treinta mil hombres que formaron la guardia nacional marcharon quince mil. Agregáronse algunos millares de hombres del pueblo. El ultraje inferido a la escarapela nacional era un doble motivo para la expedición. Todo el mundo aplaudía al paso de la comitiva. En la orilla del río una multitud elegante miraba y batía palmas. En Passy, donde el duque de Orleans había alquilado una casa, madame de Genlis estaba gritando, agitando un pañuelo, no olvidando nada para ser vista.

El mal tiempo hacía penosa la marcha. Muchos guardias nacionales, siempre ardientes, se desanimaron. Aquello no era el hermoso día del 14 de Julio. Caía una fría lluvia de Octubre. Algunos se quedaban en el camino; los demás renegaban, pero seguían. "Es duro —decían ricos mercaderes— para gentes que en el buen tiempo no van a sus casas de campo sino en coche, andar cuatro leguas bajo esta lluvia..." Otros decían: "No podemos hacer tal caminata en vano". Y aludían a la reina; hacían locas amenazas para aparecer contentos.

El castillo los aguardaba con la más grande ansiedad. Creían allí que Lafayette aparentaba ir forzado, pero que se aprovecharía de las circunstancias. A las once de la noche se quiso ver si, habiéndose dispersado la multitud, podrían salir los coches por la puerta del Dragón. La guardia nacional de Versalles vigilaba y cerró el paso.

La reina persistía en no querer salir sola. Creía, con razón, que separándose del rey no habría para ella seguridad en ninguna parte.

Cerca de doscientos gentilhombres, muchos de los cuales eran diputados, se ofrecieron a ella para defenderla y le pidieron una orden para tomar caballos en sus cuadras. La reina los autorizó para el caso de que el rey estuviera en peligro, según ella decía. Lafayette antes de entrar en Versalles hizo renovar el juramento de fidelidad a la ley y al rey. Advirtió al rey de su llegada y éste le repuso "que lo vería con placer y que acababa de aceptar su Declaración de los derechos".

Lafayette entra solo en el castillo con grande asombro de los guardias y de todo el mundo. En el salón llamado Ojo de Buey un hombre de corazón dice locamente: "He ahí a Cromwell". Y Lafayette, muy sereno, responde: "Señor, Cromwell no hubiera entrado solo como yo".

"Aparecía muy tranquilo —dice Madame de Staël (que estaba presente)—, nadie lo había visto jamás de otro modo; su delicadeza sufría con la importancia de su papel".

Fué tanto más respetuoso cuanto más fuerte parecía. De otra parte, la violencia que sobre él había hecho el pueblo le hacía más realista que nunca lo había sido.

El rey dió a la guardia nacional los puestos exteriores del castillo; los guardias de corps conservaron los interiores. Los mismos de fuera no fueron enteramente confiados a Lafayette. Quiriendo pasar una de sus patrullas al parque, no pudo hacerlo por haberles cerrado la verja.

El parque estaba ocupado por guardias de corps y otras tropas;

Rev.
inglesa

hasta las dos de la mañana esperaron al rey, en el caso de que se decidiese por la fuga. A aquella hora, tranquilizado el rey por Lafayette, se envió orden a las tropas de que podían retirarse a Rambouillet.

A las tres de la madrugada levantó la Asamblea la sesión. El pueblo se había dispersado y acostado donde había podido, en las iglesias y en los soportales.

Maillard y muchas mujeres, entre ellas Luisa Chabry, habían marchado a París, poco después de la llegada de Lafayette, llevando los decretos sobre los granos y la Declaración de los derechos.

Costó mucho trabajo a Lafayette alojar sus guardias nacionales; mojados y estropeados buscaban dónde comer, secarse y descansar. El mismo, creyéndolo todo tranquilo, fué al hotel de Noailles y durmió como se duerme después de veinte horas de esfuerzos y agitaciones.

Muchas gentes no dormían, sobre todo los que habiendo salido de París aquella noche no estaban agotados por las fatigas del día precedente. La primera expedición, en que dominaban las mujeres, muy espontánea, muy inocente, por decirlo así, determinada e impulsada por la necesidad, no costó sangre. Maillard alcanzó la gloria de conservar algún orden en el desorden mismo. El crescendo natural que se observa siempre en tales agitaciones, no permitía creer que la segunda expedición sería tan tranquila, aunque fuese hecha bajo el cuidado de la guardia nacional y como de acuerdo con ella. Además, había hombres decididos a obrar individualmente; muchos eran furiosos fanáticos que hubieran querido matar a la reina (1), otros que se tenían por tales y parecían los más violentos, eran, sin duda alguna, ladrones conocidos por la policía. Estos calculaban su obra en un asalto e invasión del castillo, ya que en la Bastilla no encontraron cosa digna de su rapacidad... ¡Pero ahora aquel maravilloso Palacio de Versalles donde todas las riquezas de Francia se habían acumulado durante un siglo, se abría para el pillaje, presentando una hermosa perspectiva!

A las cinco de la mañana, antes del día, una enorme multitud rondaba ya alrededor de las verjas con picas, hoces y hachas. No tenían fusiles. Viendo a los guardias de corps de centinela en las puertas, obligaron a los guardias nacionales a disparar sobre ellos; éstos obedecieron, pero cuidando de tirar muy alto.

Entre aquella multitud que vagaba o se mantenía quieta, calentándose junto a las fogatas que había hecho, se encontraba el abogado Verrières montado sobre un gran caballo. Pasaba por ser uno de los fanáticos más violentos. Desde la noche se le esperaba, diciéndole las gentes que nada se haría sin él. También estaba allí Lecointre, que peroraba, iba y venía.

Las gentes de Versalles estaban, acaso, más animadas que las de París, cuyo odio a la corte y a los guardias de corps era ya antiguo; pero los versalleses habían desperdiciado la ocasión de caer sobre los guardias y la corte y querían ahora saldar la cuenta que tenían pendiente. Entre ellos había numerosos obreros (¿de la fá-

1 No veo el motivo en *El Amigo del Pueblo* para que se pueda atribuir a iniciativa de Marat las violencias sangüinarias. Es cierto que Marat se agitó mucho. "Marat vuela a Versalles, vuelve como el rayo, hace él solo tanto ruido como las cuatro trompetas del juicio final; gritándonos: ¡Oh, muertos, levantaos!" Camille Desmoullins. *Las Revoluciones de Francia y de Bravante*, tomo III, pag. 359.

brica de armas?), gentes rudas que se calentaban demasiado con el fuego y la excesiva bebida.

A las seis de la mañana, esta mezcla de parisienses y versalleses escaló o forzó las verjas, avanzando por las avenidas del castillo, temerosa y vacilante. El primer muerto, según los realistas, lo fué de una caída sobre un escalón de mármol. Según otra versión más verosímil, fué muerto de un tiro disparado por los guardias de corps.

Unos se dirigían a la izquierda, hacia las habitaciones de la reina; otros a la derecha, hacia la escalera de la capilla, más cerca de las habitaciones del rey.

En la izquierda, un parisién que corría de los primeros, sin armas, encuentra a un guardia de corps que le hiere con su espada; se mata al guardia de corps y se sigue.

En la derecha iba delante un miliciano de la guardia de Versalles con las manos agarrotadas por el frío.

Aquel hombre y otro, sin responder al guardia que les hablaba desde la escalera, se esforzaban por tirarle para librar a la multitud que venía detrás. Los guardias los atrajeron y mataron, pero costó la vida a dos de ellos, y los demás huyeron por la gran galería hasta el Ojo-de-Buey, entre los departamentos del rey y de la reina. Otros guardias estaban ya allí.

El ataque más furioso fué al departamento de la reina. La hermana de su ayuda de cámara, madame Campan, entreabrió la puerta y vió un guardia cubierto de sangre que detenía a los furiosos. Cierra la puerta y rápidamente quiere poner un jubón a la reina y conducirla a las habitaciones del rey... ¡Momento terrible!... La puerta anterior está cerrada por fuera. Se llama en ella a puñetazos... Nadie responde... El rey no estaba en sus habitaciones; había tomado otro camino para dirigirse a las de la reina... En aquel momento se oye un pistoletazo disparado muy cerca; después un tiro de fusil.

"Amigos míos, mis queridos amigos —gritaba la reina deshecha en lágrimas—, salvadme y salvad a mis hijos".

La reina llevaba consigo al delfín. La puerta, al fin, se abre y la reina se salva en las habitaciones del rey.

Queriendo entrar la multitud, llama en el Ojo-de-Buey. Los guardias habían hecho allí una barricada con bancos, taburetes y otros muebles... Esperaban la muerte... De pronto cesan los golpes en la puerta. Una voz enérgica dice: "¡Abrid!" Como no quisieran abrir, la misma voz repite: "Abrid, señores guardias de corps; habíamos olvidado que los vuestros salvaron a nuestros guardias franceses en Fontenoy".

Eran los guardias franceses, hoy guardias nacionales; era el bravo y generoso Hoche, entonces sargento mayor solamente; era el pueblo que iba a salvar a la nobleza. La puerta se abrió, y llorando todos, se arrojaron unos en brazos de otros.

En aquel momento el rey, creyendo el paso forzado y tomando a los salvadores por los asesinos, abrió él mismo su puerta por un movimiento de valerosa compasión, y dijo: "No hagáis daño a mis guardias".

El peligro había pasado. La multitud estaba tranquila. Sólo los ladrones no cesaban en su obra, apoderándose de cuanto encontraban. Los granaderos arrojaron del castillo a esta canalla.

Una escena de horror ocurrió entonces a la entrada del edifi-

cio. Un hombre de larga barba trabajaba afanosamente cortando con su hacha las cabezas de dos cadáveres, de los dos guardias muertos en la escalera.

Aquel miserable, a quien algunos creyeron un famoso bandleiro del Mediodía, era sencillamente un modelo de la Academia de pintura, que para aquel día se había colocado una pintoresca túnica de esclavo antiguo que extraño a todo el mundo y aumentó el terror.

Lafayette, despertado demasiado tarde, llegó entonces a caballo. Vió a un guardia de corps apresado y amarrado junto al cadáver de un hombre de los que los suyos habían muerto. Se le iba a matar como represalia.

"He dado mi palabra al rey —dijo Lafayette— de salvar a los suyos. Haced cumplir mi palabra". Se salvó el guardia, pero Lafayettet corría peligro. Un furioso gritó: "¡Matadle!" Lafayette, muy sereno, ordenó detenerle. La multitud, obediente, lo apresó y lo llevó junto al general, arrojándolo al suelo e hiriéndole en la caída.

Lafayette entra. Madame Adelaïda, cuñada del rey, le abraza: "Sois vos quien nos ha salvado" —le dice. Corre Lafayette al gabinete del rey. ¿Quién creería que subsistía la etiqueta? Un gran oficial le detiene un momento y después le deja pasar, diciéndole: "Señor el rey os otorga entrada franca".

El rey se asoma al balcón. Un grito unánime se eleva: "¡Viva el rey! ¡Viva el rey!".

"¡El rey a París!" es el segundo grito. Todo el pueblo y la tropa lo repiten.

La reina estaba allí junto a la ventana; su hija abrazada a ella; delante el delfín. El niño, jugando con los cabellos de su hermana, dice: "¡Mamá, tengo hambre!".

¡Dura reacción de la necesidad!... El hambre pasa del pueblo al rey!... ¡Oh, Providencia, Providencia!... ¡Gracias! porque aquel que primero siente el hambre es un niño, y con él el corazón de su madre!...

En este momento surge un grito formidable: "¡La reina!".

El pueblo quería verla en el balcón. Ella vacila. "¡Cómo! ¿Sola?" —"Señora, no temáis nada!" —le responde Lafayette.

Va al balcón, pero no sola, sino teniendo una salvaguardia admirable: de una mano su hija y de la otra su hijo.

La gran escalera de mármol, llena de pueblo, aparecía terrible, engendradora de rumores irritados; los guardias nacionales colocados alrededor no podían responder del centro. Había allí hombres furiosos, ciegos, con armas de fuego cargadas.

Nicolás, éste era su nombre, no había dado jamás señales de violencia ni de mala inclinación, según declaró su patrón. Los niños tiraban de la barba a aquel hombre terrible sin que se enfadase. En el fondo era un hombre vanidoso, un poco loco, que creyó hacer una cosa fuerte, energética, original y reproducir, acaso, las ascenas sangrientas de que había sido modelo en pinturas o comparsa en el teatro. Cuando hubo realizado aquel acto horrible y notó que las gentes se apartaban de él horrorizadas; tuvo sentimiento de aquella soledad, y tristemente conmovido y con diversos pretextos, buscó amigos pidiendo tabaco a un criado, un poco de vino a un suizo pagándolo él, y finalmente huyendo, deseperándose y rasurándose la barba. (Véanse las declaraciones en el Monitor). Las cabezas fueron llevadas a París en lo alto de dos picas; una de ellas la llevaba un niño. Según algunos testigos, fueron llevadas aquella misma mañana; según otros, poco antes del rey y, por lo tanto en presencia de Lafayette, cosa poco verosímil. Los guardias de corps habían matado cinco hombres del pueblo o guardias nacionales de Versalles. La multitud mató siete guardias de corps.

Lafayette estuvo admirable; arriesgó por aquella mujer temblorosa su popularidad, su porvenir, su vida. Apareció con ella en el balcón y le besó la mano.

La multitud se conmovió. El enternecimiento fué unánime. Se vió en ella a la mujer y a la madre nada más... "¡Ah, qué bella!... Pero qué, ¿es la reina?... ¡Cómo acaricia a sus hijos!..."

¡Gran pueblo, que Dios te bendiga por tu clemencia y tu olvido!

El rey estaba demudado y tembloroso cuando la reina entró en el balcón. Pasado el peligro, dijo también a Lafayette: "¿No podríais hacer algo también por mis guardias?" —"Dadme uno" —respondió el general—. Lafayette le lleva al balcón, le pide preste el juramento y enseñe al pueblo su sombrero con la escarapela nacional. El guardia le abraza y el pueblo estalla en un grito: "¡Vivan los guardias de corps!" Para mayor seguridad los granaderos tomaron los sombreros de los guardias y les dieron los suyos, mezclándose así de tal modo que no se pudiera disparar sobre ellos.

El rey tenía la más viva repugnancia a partir de Versalles. Abandonar la resistencia real era para él lo mismo que abandonar la corona. Pocos días antes había rechazado los ruegos de Malouet y otros diputados que para alejarse de París le rogaban trasladara la Asamblea a Compiègne. Y ahora era preciso abandonar Versalles para ir a París en medio de aquella terrible multitud... ¿Qué ocurriría a la reina? No osaba pensarlo.

El rey rogó a la Asamblea se reuniera en el castillo. Una vez allí, la Asamblea y el rey unidos, con el apoyo de Lafayette, se hubiera conseguido que los diputados rogaran al rey no marchara a París. Este ruego se hubiera presentado al pueblo como un voto de la Asamblea. Todo aquel gran movimiento concluiría allí; el cansancio, el abandono, el hambre, poco a poco hubieran agotado las energías del pueblo.

Hubo en la Asamblea, que comenzaba a reunirse, dudas y vacilaciones.

Nadie tenía prejuicio hecho, idea preconcebida. El movimiento popular había tomado a todo el mundo de improviso. Los espíritus más penetrantes no habían previsto nada de ello; ni Mirabeau, ni Sieyès. Cuando recibió la primera noticia, dijo éste: "No comprendo nada. Esto marcha en sentido contrario".

Creo que quería decir: "Contrario a la Revolución". Sieyès en aquella época era todavía revolucionario y acaso partidario de la rama de Orleans.

Que el rey abandonara su vieja corte de Versalles, que viviera en París, en medio del pueblo, eran motivos, sin duda alguna, para que Luis XVI se hiciera popular.

Si la reina (muerta o fugada) no le hubiese seguido, los parisienses hubieran sentido renacer en sus corazones el amor a su rey. Durante mucho tiempo habían sentido debilidad por aquel hom-

La declaración más curiosa es la de la valiente mujer La Varenne. En ella se ve perfectamente el comienzo de una leyenda. Aquella mujer es testigo ocular y actriz; por salvar a un guardia de corps recibe una herida; siente todo el espectáculo y agrega a ello su buena fe: "La reina aparece en el balcón; Lafayette dice: La reina ha sido engañada... Promete amar a su pueblo y permanecer agregada a él como Jesucristo a su Iglesia. En señal de aprobación, la reina, derramando lágrimas, levanta dos veces la mano. El rey pide gracia para sus guardias, etc".

bre gordo que aparecía a los ojos de la multitud con aire de bondad y paternal buena fe.

Antes hemos visto cómo las mujeres del mercado le llamaban un *buen papá*; este era todo el pensamiento del pueblo.

Aquel traslado a París que aterraba al rey, asustaba en sentido inverso a los que querían continuar y afirmar la Revolución, y todavía más a los que por miras patrióticas o personales querían dar la intendencia general o más aún al duque de Orleans.

Lo peor que podía ocurrir a éste, a quien se acusaba locamente de querer matar a la reina, era que la reina muriese, y que el rey solo, libre de aquella impopularidad viva, fuese a establecerse a París, amparándose en manos de los Lafayette y los Baillys.

El duque de Orleans era perfectamente inocente del movimiento del 5 de Octubre. No supo qué hacer ni como aprovecharlo. Aquel día y la noche siguiente se agita, va y viene. Las declaraciones de los testigos prueban que se le ve en todas partes, entre París y Versailles y que en ninguna parte hace nada.

En la mañana del día 6, entre ocho y nueve, aparece el duque de Orleans en los alrededores del castillo, manchados de la sangre de los asesinatos, saludando al pueblo sonriente con una enorme escarapela en el sombrero.

Para reunir la Asamblea, apenas había cuarenta diputados propicios a dirigirse al castillo. La mayor parte, bastante inciertos, estaban reunidos en la sala. El pueblo, que llenaba las tribunas, concluyó con aquella incertidumbre; apenas se comenzó a hablar de ir al castillo, el pueblo prorrumpió en gritos.

Mirabeau se levantó entonces, y siguiendo su costumbre de encubrir con su lenguaje fiero sus obediencias al pueblo, dijo: "que la libertad de la Asamblea se comprometería si deliberaba en el palacio de los reyes, que no era digno de ella abandonar el lugar de sus sesiones y que bastaría con enviar al rey una diputación".

El joven Barnave apoya a Mirabeau. En vano contradice Mounier, que presidía.

Al fin se sabe que el rey consiente en marchar a París y la Asamblea decide, a propuesta de Mirabeau, que para la reunión actual era ella inseparable del rey.

El día avanza. Es cerca de la una de la tarde... Es preciso partir, abandonar Versailles... ¡Adiós, vieja monarquía!

Cien diputados rodean al rey y todo un ejército y todo un pueblo. El rey se aleja del palacio de Luis XIV para no volver allí jamás.

La multitud se pone en movimiento delante y detrás del rey.

Hombres y mujeres van como pueden, a pie, a caballo, en carros, en las cureñas de los cañones. A mitad de camino se encuentran con placer con un convoy de harinas. ¡Excelente cosa para la ciudad hambrienta!

Las mujeres llevan en sus picas pedazos de pan, ramas de árboles, ya amarillos en Octubre. Iban muy alegres, y a su manera.

Todo lo que parece haber hecho, fué autorizar, en la noche del día 5, al cantinero de la Asamblea para que diese viveres al pueblo que había en la sala. — No hay tampoco indicio de que hubiera trabajado mucho desde el 14 de Julio al 5 de Octubre, salvo una torpe y frustrada tentativa hecha por Danton en su favor cerca de Lafayette. (Véanse las Memorias de éste).

eran amables, menos las que rodeaban el coche de la reina. "Aquí llevamos — gritaban — al panadero, a la panadera y al marmitón".

Creían todas que teniendo al rey no podrían morir de hambre. Todas eran aún realistas y marchaban muy alegres, por poder al fin poner en buenas manos aquel *buen papá*; no tenía mucho talento ni era hombre de palabra, pero de esto tenía la culpa su mujer. Una vez en París no faltarían buenas mujeres que le aconsejaran mejor.

Todo esto es, a la vez, alegre, triste, violento, gozoso y sombrío.

El cielo no contribuía a aumentar ni mantener siquiera aquellas esperanzas. Había llovido. Se marchaba lentamente, convertido el camino en un barrizal. A cada momento, alguno, por regocijo o por descargar su arma, dispara un tiro.

El coche real avanza escoltado, con Lafayette junto a la portezuela.

La reina estaba inquieta. ¿Estaba segura de llegar? Preguntó a Lafayette lo que pensaba, y éste lo preguntó a su vez a Moreau de Méry, que habiendo presidido el Hotel de Ville en los famosos días de la Bastilla, conocía el terreno que pisaba.

Moreau respondió con estas significativas palabras: "Dudo que la reina llegue sola a las Tullerías, pero una vez en el Hotel de Ville volverá".

He aquí al rey en París, en el único lugar donde debía estar, en el corazón mismo de Francia. Esperemos que sea digno de ella.

La revolución del 6 de Octubre, necesaria, natural y legítima fué completamente espontánea, imprevista verdaderamente popular, perteneciendo, sobre todo, a las mujeres, como la del 14 de Julio fué hecha por los hombres.

Los hombres tomaron la Bastilla y las mujeres tomaron al rey.

El 1º de Octubre todo fué echado a perder por las damas de Versailles.

El 6 todo fué reparado por las mujeres de París.

CAPÍTULO IV

NOCHE DEL 4 DE AGOSTO

Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. — Desórdenes; peligro de Francia. — La Asamblea crea el comité de las informaciones, 27 de Julio. — Tentativas de la corte; quiere impedir el juicio de Besenval; el partido realista quiere convertir en arma la caridad pública. — La nobleza revolucionaria ofrece el abandono de los derechos feudales. — Noche del 4 de Agosto; abandono de los privilegios de clase; resistencia del clero; abandono de los privilegios de provincia.

Por encima de este gran movimiento, en una región más serena, sin dejarse distraer por los rumores y los gritos, la Asamblea nacional pensaba, meditaba.

La violencia de los partidos que la dividía, parece dominada, contenida en la gran discusión con que realizaba su labor. Se vio entonces que la aristocracia, adversaria nata de los intereses de la Revolución, encerraba en su corazón las ideas mismas que la engendraron. Ante todo, todos eran franceses, todos hijos del siglo XVIII y de la filosofía.

Ambos lados de la Asamblea, manteniendo su oposición, no contribuyeron menos con un sentimiento de religión al solemne examen de la Declaración de los derechos

No se trataba de una petición de derechos como en Inglaterra, de una apelación al derecho escrito, a las cartas comprobadas, a las libertades, verdaderas o falsas de la Edad Media.

No se trataba, como en América, de ir a buscar de Estado en Estado los principios que cada uno de ellos reconocía, reasumirlos, generalizarlos y construir a posteriori la fórmula total que aceptaría la federación.

Se trataba de dar desde lo alto, en virtud de una autoridad soberana, imperial, pontifical, el Credo de la edad nueva. ¿Qué autoridad? La razón, discutida por todo un siglo de filósofos, de profundos pensadores, aceptada por todos los espíritus y compenetrada en las costumbres, formulada, en fin, por los logistas de la Asamblea constituyente... Se trataba de imponer como autoridad a la razón lo que ésta había encontrado en el fondo del libre examen.

Era la filosofía del siglo, su legislador, su Moisés, que descen-

día de la montaña, llevando en la frente los rayos luminosos y en las manos las tablas de la ley...

Se ha discutido mucho en el vacío e inútilmente la Declaración de los derechos.

Nada tenemos que decir a los Bentham, a los Dumont, a los utilitarios, a los empíricos que no conocen de la ley más que la ley escrita, que no saben que el derecho no es derecho sino en cuanto está conforme con el derecho y la razón absoluta. Simples procuradores y nada más, bajo la apariencia de filósofos, ¿qué razón han tenido para despreciar a los prácticos? Su ideal era escribir la ley sobre papel y pergamino; nosotros no: nosotros queremos grabar nuestra ley sobre la piedra del derecho eterno; sobre la roca en que descansa el mundo: es decir, la invariable justicia y la indestructible equidad.

Para responder a nuestros enemigos nos basta con ellos mismos y sus contradicciones. Combaten la Declaración y se someten a ella; le hacen guerra treinta años prometiendo a sus pueblos las libertades que la Declaración consagra. Vencedores en 1814, la primera palabra que dirigen a Francia la toman prestada del gran capital que la nación posee... ¿Vencedores? No; vencidos siempre, vencidos demasiado, vencidos en su propio corazón, puesto que su acto más personal, el tratado de la Santa Alianza, reproduce el derecho del que había blasfemado.

La Declaración de los derechos reconoce al Ser Supremo garantizador de la moral humana. Respira el sentimiento del deber. El deber no expresado no está allí menos presente; por todas partes se siente su gravedad austera. Algunas palabras tomadas al idioma de Coudillac no impiden reconocer en ella el verdadero genio de la Revolución, revestido de gravedad romana y de espíritu estoico.

En aquel momento es del derecho de lo que hay que hablar¹, es el derecho lo que es necesario asegurar, reivindicar para el pueblo. Hasta entonces se había creído que no había más que deberes.

Por alto y general que sea, y realizado para durar siempre, ¿se le puede exigir que no recuerde en nada la agitada hora de su nacimiento ni lleve las señales de la tempestad?

La primera palabra fué pronunciada tres días antes del 14 de julio y de la toma de la Bastilla; la última algunos días antes de que el pueblo lleve al rey a París (6 de octubre)... Sublime aparición del derecho entre los claros de dos tormentos populares.

No ha habido circunstancias más terribles ni discusión más majestuosa, más grave, más llena de emoción. La crisis daba argumentos a los dos partidos.

Pensadlo, decía uno; enseñáis al hombre su derecho que él mismo siente demasiado; le transportáis sobre una alta montaña y le mostráis desde allí su imperio sin límites... ¿Qué ocurrirá cuando al descender se vea detenido por las leyes especiales que os veréis

¹ Prestamo bien voluntario, puesto que fué hecho por todos los reyes de Europa a la cabeza de ochocientos mil soldados. Reconocieron entonces que cada pueblo tiene derecho a elegir su forma de gobierno. (Véase Alejandro de Lamet, pág. 121).

² De derecho y de libertad y no de otra cosa alguna, se debía hablar en aquella carta de franquicias. Explico esto antes en la introducción y más concretamente en los otros volúmenes.

obligados a hacer, cuando encuentre obstáculos a cada paso? (Discurso de Malouet).

Había para esto más de una respuesta; pero ciertamente la más vigorosa estaba en la situación. Se vivía en plena crisis, en un combate dudoso todavía. Podía ocurrir que no se encontrara una montaña bastante alta donde enarbolar la bandera... Era preciso colocarla tan alta que la tierra entera la viese, que su llama tricolor uniese las naciones. Reconocida por bandera común de la humanidad, sería invencible.

Hay todavía gentes que creen que aquella gran discusión agitó y armó al pueblo, que provocó la guerra y el incendio. La primera dificultad para que esto fuese cierto, es que las violencias comenzaron antes que la discusión. El pueblo no tuvo necesidad de metafísicas para ponerse en movimiento. Aun después influyó poco. Lo que armó las campañas —ya lo hemos dicho— fué la necesidad de rechazar el pillaje y defenderse de los bandidos, influyendo el contagio de las ciudades que tomaban las armas; pero verdaderamente fué, más que ninguna otra cosa, la fiebre y la exaltación que produjo la toma de la Bastilla.

La grandeza de este espectáculo, la variedad de sus accidentes terribles ha turbado la vista a la historia, haciéndola mezclar y confundir tres hechos distintos y aún opuestos que ocurrieron al mismo tiempo:

1^a Las correrías de los vagabundos, de los hambrientos que se gaban los trigos durante la noche y arrasaban la tierra como plaga de langostas. Estas partidas, cuando eran numerosas y fuertes, asaltaban las casas solitarias, las granjas y aun los castillos.

2^a El labriego, para rechazar estas partidas, tuvo necesidad de armas y las pidió, las exigió en los castillos. Armado y dueño de sus actos, destruyó las cartas, donde veía un instrumento de opresión. ¡Desgraciado del señor aborrecido! No se atentaba sólo contra sus pergaminos, sino contra su persona misma.

3^a Las poblaciones cuyo armamento había provocado el de los campos, fueron obligadas a reprimir al labriego. Los guardias nacionales, que no tenían entonces nada de aristocráticos, puesto que podía serlo todo el mundo, marcharon para restablecer el orden; fueron a socorrer a aquellos castillos que detestaban. Los guardias conducían a la ciudad a los labriegos prisioneros, pero eran liberados bien pronto.

Me refiero a los labriegos domiciliados en vecindad. En cuanto a las partidas de gentes desconocidas, a los bribones, a los bandidos, como se les llamaba, los tribunales, las municipalidades miserables, como se les llamaba, los tribunales, las municipalidades miserables hicieron en ellas crueles justicias y castigos ejemplares; gran número de malhechores fueron muertos. La seguridad fué restablecida a la larga y el cultivo quedó asegurado. Si hubieran continuado los desórdenes, toda labranza hubiera terminado y Francia hubiera muerto de hambre al año siguiente.

Extraña situación de una Asamblea que discute, calcula y pesa las sílabas en medio de aquel incendio. Dos peligros la cercan, a la derecha e izquierda. Para reprimir desórdenes no tiene, al parecer, más que un medio: restablecer el orden antiguo, que es un desorden peor.

Comúnmente se supone que estaba impaciente por apoderarse del poder; esto es verdad respecto de algunos de sus miembros; es

falso, muy falso, respecto a la mayoría. El carácter de aquella Asamblea, tomada en conjunto, su originalidad como producto de la época, era una fe singular en la potencia de las ideas. Creía firmemente que la verdad, una vez encontrada y formulada en leyes, era invencible. Según el cálculo de hombres graves, sólo faltaban dos meses para hacer la Constitución; con su virtualidad todopoderosa iba a contener a la vez al poder y al pueblo; la Revolución terminaría entonces y el mundo resurgiría, se cubriría de nuevas flores.

Esperando, la situación era verdaderamente atrevida. El poder estaba aquí herido; allá muy fuerte; en tal punto organizado y en tal otro en disolución completa; débil para la acción general y regular; formidable todavía para la corrupción, la intriga y la violencia acaso. Las cuentas de aquellos últimos años, que aparecieron más tarde, demuestran bien claramente los recursos que tenía la corte y cómo los empleaba, cómo trabajaban los periódicos y la Asamblea misma. La emigración comenzaba y con ella el llamamiento al extranjero, al enemigo; todo un sistema perseverante de traición y de calumnia contra Francia.

La Asamblea se sentía colocada sobre una barrica de pólvora. Necesitaba para la salvación común descender de las alturas donde hacia la ley y mirar de cerca lo que pasaba sobre la tierra. ¡Enorme caída! Legisladores que tienen la grandeza de Solón, Licurgo y Moisés, se entregaban a los cuidados miserables de la vigilancia pública, viéndose obligados a espiar a los espías y a convertirse en jefes de policía.

La primera señal de alarma dierónla las cartas de Dorset al conde de Artois, sus explicaciones, la noticia de la conjura de Brest, ocultada tanto tiempo por la corte. El 27 de julio, Duport propone crear un comité de averiguaciones, compuesto de cuatro personas. Pronunció estas palabras siniestras: "Dispensadme de entrar en ninguna discusión. Se traman complots... No es este asunto para enviar sospechosos ante los tribunales. Debemos adquirir informes y tener de ello conocimiento exacto e indispensable".

El número cuatro recordaba demasiado los tres inquisidores de Estado. Se aumentó a doce.

El espíritu de la Asamblea, fuesen cualesquiera sus necesidades, no era en modo alguno el de policía e inquisición. Hubo una discusión muy grave para saber si se violaría el secreto de las cartas, si se abriría la correspondencia sospechosa dirigida a un príncipe que, por su fuga precipitada, se declaraba enemigo. Gony d'Arcy y Robespierre querían que las cartas fueran abiertas. La Asamblea, por consejo de Chapelier, Mirabeau y Duport mismo, que acababa de pedir una especie de inquisición del Estado, declaró magnánimamente inviolable el secreto de la correspondencia, rehusó abrir las cartas y las hizo restituir.

Esta decisión devolvió el valor y el ánimo a los partidarios de la corte. Hicieron entonces tres cosas hábiles.

Sieyes iba a ser nombrado presidente. Pusieron enfrente de él un hombre demasiado estimado, demasiado agradable a la Asamblea, el eminente jurisconsulto de Rouen, Thouret. Tenía para los cortesanos el mérito de haber votado el 17 de junio contra el título de *Asamblea nacional*, sencilla fórmula de Sieyes que contenía la Revolución. Oponer uno contra otro aquellos dos hombres, mejor di-

cho, aquellos dos sistemas en la lucha de la presidencia, era poner en litigio la Revolución, intentar hacerla retroceder al 16 de junio.

El segundo intento era impedir el juicio de Besenval. El general de la reina contra París había sido detenido en su fuga. Juzgarle, condenarle, era condenar también las órdenes en virtud de las cuales había obrado. Necker, a su regreso, se había cruzado con él en su camino y le había dado esperanzas. No fué difícil obtener de su buen corazón una petición solemne a la ciudad de París. Envolver la amnistía general en la alegría de su regreso, concluir la Revolución, restablecer la tranquilidad, aparecer como arco iris en las nubes después del diluvio: qué podría haber más encantador para la vanidad de Necker?

Fué al Hotel de Ville y lo obtuvo todo de los que allí se encontraban: electores, representantes de distrito, simples ciudadanos, una multitud abigarrada, confusa y desigual. La alegría y el entusiasmo habían llegado al colmo en el salón y en la plaza. Se asomó a una ventana con su mujer a la derecha y su hija a la izquierda, que lloraban y le besaban las manos... Su hija, madame de Staël se desmayó de felicidad.

Hecho esto, no se había hecho nada. Los distritos de París reclamaron con razón; aquella clemencia sorprende a una Asamblea enmudecida; concedida en nombre de París por una multitud sin autoridad, resultaba una cuestión nacional resuelta por una sola ciudad, por algunos de sus habitantes... Y esto, en el momento en que la Asamblea nacional creaba un comité de informaciones, preparaba un tribunal... era extraño, audaz. A pesar de Lally y Mounier que defendían la amnistía, Mirabeau, Barnave y Robespierre, consiguieron que se celebrara el juicio. La corte fué vencida una vez más, pero sacaba de ello un gran consuelo digno de su sagacidad ordinaria; había comprometido a Necker y destruido la popularidad del único hombre que tenía alguna probabilidad de salvarla.

La corte fracasó también en el asunto de la presidencia. Thouret se alarmó por la agitación del pueblo, por las amenazas de París, y desistió.

La tercera tentativa del partido realista, de mucha mayor gravedad, fué realizada por Malouet; fué una de las más duras pruebas, de las más peligrosas que la Revolución había encontrado en su camino, donde cada día sus enemigos colocaban una piedra donde se estrellase o abrían un abismo que no pudiera saltar.

Recuérdese aquel día en que, no estando aún los órdenes reunidos, fué el clero hipócritamente a enseñar al Tercer Estado un pedazo de pan negro que el pueblo comía y a pedirle en nombre de la caridad que abandonase vanas disputas para ocuparse con él en el bien de los pobres. Esto fué precisamente lo que hizo un hombre (respetable por lo demás, pero ciego partidario de una realeza imposible); esto fué lo que hizo Malouet.

Propuso organizar un *impuesto de los pobres*, crear oficinas de socorro y de trabajo, cuyos primeros fondos serían constituidos por los establecimientos de beneficencia y el resto por un impuesto sobre todos y por un empréstito.

Hermosa y respetable proposición, apoyada en aquel momento por la necesidad urgente, pero que daba al partido realista una formidable iniciativa política. Ponia en manos del rey un triple fondo, de los que el último, el empréstito, era ilimitado; lo convertía en

jefe de los pobres, acaso en el general de los mendigos contra la Asamblea... Aquella proposición lo tomaba destronado y lo colocaba sobre un trono más absoluto, más sólido, haciéndolo rey del hambre, reinando por lo que hay más alto y superior, el alimento y el pan... ¿Qué sería de la libertad?

Para que la cosa llamara menos la atención y pareciera menos importante, Malouet rebajaba el número de pobres a la cifra de cuatrocientos mil, evidentemente falsa.

Si la Asamblea aceptaba, Malouet no obtenía menos ventaja, la de dar a su partido, al del rey, una hermosa apariencias a los ojos del pueblo, la gloria de la caridad. La mayoría, demasiado comprometida rechazando, iba a verse obligada a secundar, a obedecer, a colocar en manos del rey aquella gran máquina popular.

Malouet, en último lugar, proponía se consultara a las cámaras de comercio, las ciudades fabriles, con objeto de ayudar a los obreros, "aumentar el trabajo y los salarios".

Una especie de competencia iba a establecerse entre los dos partidos. Se trataba de atraer o rechazar al pueblo. A la proposición de dar a los indigentes, sólo podía oponerse otra proposición; una que autorizara a los trabajadores a no pagar más y que cuando menos permitiera a los trabajadores de los campos no pagar los derechos más odiados, los derechos feudales.

Estos derechos abrumaban demasiado. Para destruirlos mejor, para hacer añicos las actas que los consagraban, habían sido quemados muchos castillos. Los grandes propietarios que tenían asiento en la Asamblea, estaban inquietos. Una propiedad tan odiada, tan peligrosa, que comprometía el resto de su fortuna, comenzaba a parecerles una carga. Para salvar aquellos derechos era preciso o sacrificar una parte o defenderlos a mano armada, reuniendo amigos, clientes y criados y comenzando una guerra terrible contra todo el pueblo.

Salvo un pequeño número de viejos que habían tomado parte en la guerra de los Siete años o de jóvenes que habían estado en la de América, nuestros nobles no habían hecho otras campañas que las de cuarteles y guarniciones. Sin embargo, en las querellas privadas, individualmente eran bravos. La nobleza de Vandée y de Bretaña, hasta entonces desconocida, surgió de pronto y resultó heroica. Muchos nobles emigrados se significaron en las grandes guerras del Imperio. Acaso si se hubieran unido y entendido, hubieran detenido algún tiempo la Revolución. Pero ésta los encontró dispersos, divididos, aislados y débiles en su aislamiento. Otra causa de su debilidad, muy honrosa para ellos, es que muchos de ellos estaban de corazón contra ellos mismos, contra la vieja tiranía feudal; que eran a la vez herederos y discípulos de la filosofía del siglo; aplaudían aquella maravillosa resurrección del género humano y hacían votos por ella, debiendo costarles su ruina.

El más rico señor después del rey en propiedades feudales era el duque de Aiguillon. Tenía derechos en dos provincias del Mediodía, verdaderas regalías de odioso origen, sin más fundamento que haberse las otorgado a sí mismo su tío Richelieu. Su padre, compañero de Terray, ministro de la bancarrota, había sido, más que odiado, despreciado. Por esto mismo, acaso el joven duque de Aiguillon sentía más la necesidad de hacerse popular; era con Duport y Chapelier, uno de los jefes del club bretón. Presentó una proposición ge-

nerosa y política, en la que se pretendía aislar aquel gran incendio, destruir una parte del edificio para salvar el resto; quería no sacrificar los derechos feudales (algunos nobles no tenían ninguna otra fortuna), sino ofrecer al labriego medios de desembarazarse de ellos en condiciones moderadas.

El vizconde de Noailles no estaba en el club, pero tuvo noticia de la proposición y le arrebató la gloriosa iniciativa. Segundón de familia y no poseyendo por lo tanto derecho feudal alguno, fué todavía más generoso que el duque de Aiguillon. Propuso no solamente que se permitiera la condonación de los derechos, sino que fueran abolidos sin compensaciones los dominios señoriales y otras servidumbres personales.

Esto se interpretó como un ataque, como una amenaza y nada más. Llegaron doscientos diputados. Se acababa de leer un proyecto de decreto donde la Asamblea recordaba el deber de respetar las propiedades, de pagar las rentas, etc.

El duque de Aiguillon produjo un efecto completamente distinto. Declaró que al votar el día anterior medidas de rigor contra los que atacaban los castillos, habíale asaltado un escrúpulo, preguntándose si eran culpables aquellos hombres... Y continuó hablando con calor, con violencia contra la tiranía feudal, es decir, contra él mismo.

Esto fué el 4 de agosto a las ocho de la noche, hora solemne en que el feudalismo, al término de un reinado de mil años, abdica, abjura, se maldice.

El feudalismo ha hablado. El pueblo toma la palabra. Un bajo bretón, vestido con el traje de su país, diputado desconocido que no había hablado jamás antes ni habló después, M. Le Guen de Kerengal, sube a la tribuna y lee unas veinte líneas, acusadoras y amenazantes. Acusó a la Asamblea con fuerza y autoridad singulares de no haber evitado el incendio de los castillos, arrancándoles las crueles armas que contenían, aquellas actas inicuas que igualan al hombre con la bestia, que uncen al mismo carro al hombre y al animal, que ultrajan el pudor... "Seamos justos; que se les entreguen esos títulos, monumentos de la barbarie de nuestros padres".

"¿Quién de nosotros no sería destructor expiatorio de estos infames pergaminos?... No tenéis un momento que perder; un día de tardanza ocasionará nuevos ataques e incendios; ¿la caída de los imperios ha sido anunciada con menos estrépito? ¿Es que no queréis dar leyes más que a Francia devastada?"

La impresión fué profunda. Otro bretón la exacerba recordando derechos crueles, increíbles; ¡el derecho que tenía el señor para destripar dos de sus vasallos cuando regresase de sus cacerías y meter los pies en sus cuerpos ensangrentados!

Un gentilhombre de provincia, M. de Foucault, atacando a los grandes señores que habían iniciado esta escabrosa discusión, pidió que, ante todo, sacrificaran los grandes las pensiones y prebendas, los donativos monstruosos que sacaban al rey, arruinando doblemente al pueblo por el dinero que acaparaban y por el abandono en que dejaban a las provincias, puesto que todos los ricos seguían su ejemplo abandonando sus tierras y agregándose a la corte.

Mrs. de Guiche y de Mortensart creyeron personal el ataque y respondieron yivamente que aquellos a quienes se señalaban estaban dispuestos a sacrificarlo todo.

El entusiasmo aumenta. M. de Beauharnais propone que la penalidad fuese igual para todos, nobles y plebeyos, y los empleos públicos asequibles a todos. Alguno pidió la justicia gratuita; otro la abolición de las justicias señoriales, cuyos agentes inferiores eran el terror de los campos.

M. de Custine dice que las condiciones propuestas por el duque de Aiguillon eran difíciles; que era preciso simplificar la cosa, acudir en ayuda del trabajador.

M. de la Rochefoucault, extendiendo su amor al bien, al género humano, pidió se procurara la redención de los esclavos negros.

Jamás ha estallado el carácter francés en un desbordamiento semejante de sensibilidad, vivacidad y generosidad. Aquellos hombres que invertían tanto tiempo en discutir la Declaración de los derechos, en contar y pensar las sílabas, cuando se apeló a su desinterés respondieron sin vacilación ni duda, despreciando el dinero y los derechos honoríficos, que estimaban más que el mismo dinero... ¡Gran ejemplo que la nobleza expirante ha legado a nuestra aristocracia burguesa!

Entre el entusiasmo y la ternura se notaba la vivacidad insaciable de un noble jugador que goza en tirar el dinero. Los ricos y los pobres hacían aquellos sacrificios con igual alegría y malicia gozosa.

"Y yo, entonces, ¿qué podré ofrecer?, decía el conde de Vrienne... Al menos daré la moneda de Catulo..." Y propuso la destrucción de las palomas destructoras del castillo feudal.

El joven Montmorency pide que todos aquellos votos se convirtieran en el acto en leyes. Lepelletier de Saint-Fargeau deseaba que el pueblo entrara inmediatamente en posesión de aquellos bienes. El mismo, inmensamente rico, quería que los ricos, los nobles, los exceptuados de impuestos se cotizaran con dicho objeto.

El presidente Chapelier, obligado a proceder a votación, advierte maliciosamente que algunos miembros del clero no habían podido aún entenderse y le parecía violento cerrar la tribuna sin que ellos hablaran.

El obispo de Nancy expresó entonces en nombre de los señores eclesiásticos su deseo de que la anulación de los derechos feudales no alcanzara a los actuales poseedores, quienes se obligaban a crear un beneficio para los que les sucedieran.

Esto, más que generosidad, era una prudente economía que les garantizaba la cobranza y administración de los derechos.

El obispo de Chartres, hombre de ingenio, que habla en seguida, encuentra medio de aparecer generoso a costa de la nobleza. Declaró que sacrificaría los derechos de caza, muy importantes para los nobles, mínimos para el clero.

Los nobles no retrocedieron; pidieron que se consumara esta renuncia, que dañaba grandemente a muchos aristócratas.

El duque de Châtelet dice sonriendo a los que le rodeaban: "El buen obispo quiere arrancarnos el derecho de caza; voy a arrancarle sus diezmos." Y propuso que los diezmos en géneros fuesen convertidos en impuesto voluntario, pagado en metálico.

El clero dejó caer esta peligrosa palabra y siguió su táctica de poner a la nobleza por delante.

El arzobispo de Aix habla lenta y ceremoniosamente contra el

feudalismo, pidiendo que se prohibiera para lo sucesivo toda organización feudal.

"Quisiera poseer terrenos —decía el obispo de Uzés— y gozaría poniéndolos en manos de los labradores. Pero nosotros no somos más que depositarios..."

Los obispos de Nîmes y de Montpellier no ofrecieron ni dieron nada, pero pidieron que los industriales y artesanos quedaran libres de impuestos señoriales.

Únicamente los pobres sacerdotes fueron generosos. Los curas declararon que su conciencia no les permitía disfrutar más de un beneficio. Otros dijeron: "Nosotros ofrecemos nuestros derechos todos..." La Asamblea se emocionó y rechazó este sacrificio.

La exaltación y ternura fué creciendo hasta llegar a un punto extraordinario. La Asamblea era todo aplausos, felicitaciones, expresiones de mutua alegría. Los extranjeros que desde las tribunas asistían a la Asamblea estaban asombrados; por primera vez habían conocido a Francia y visto la inmensa riqueza de su monstruoso roble feudal cortado de un golpe, el árbol hereditarias, la antigüedad, la tradición misma... el corazón... Lo que siglos enteros de esfuerzos no habían logrado realizar en sus naciones, veíanlo ejecutado en pocas horas por el desinterés y el sacrificio... El dinero, el orgullo inmolado, todas las viejas insolencias, árbol maldito cuyas ramas cubrían la tierra de una sombra fría en tanto que sus infinitas raíces se hundían en las profundidades del suelo, buscando, absorbiendo la vida, impidiendo que saliese a flor de tierra y viese la luz.

Todo parecía concluido. Una escena no menos grande comenzaba.

Después de los privilegios de clase fueron abordados los de las provincias.

Aquellos que se llamaban Países de los Estados, que tenían privilegios y ventajas diversos para sus libertades e impuestos, se avergonzaron de su egoísmo y quisieron ser Francia, sacrificando su interés personal y sus añejos y queridos recuerdos.

El Delfinado, desde 1788 lo había ofrecido magnánimemente por su propia iniciativa y aconsejado a las demás provincias que le secundaran. Renovó entonces este ofrecimiento.

Los más obstinados, los bretones, aunque ligados por sus mandatos, ligados por los antiguos tratados de su provincia con Francia, manifestaron con no menos entusiasmo su deseo de reunirse. La Provenza dice otro tanto, y después la Borgoña y la Bresse, la Normandía, el Poitou, la Auvergne, el Artois.

La Lorena en términos conmovedores dice que no volvería a recordar la dominación de sus adorados soberanos, que fueron los padres del pueblo, si tuviera la felicidad de reunirse a sus provincias hermanas, de entrar con todas ellas en esta casa maternal de Francia, en esta inmensa y gloriosa familia.

Todas las ciudades imitaron el ejemplo. Sus diputados vinieron a París, formando una verdadera multitud, para depositar sus privilegios sobre el altar de la patria.

Los oficiales de la justicia no podían contener a la multitud que rodeaba la tribuna para aportar su tributo. Un miembro del Parlamento de París renunció a la herencia de la nobleza transmisible.

El arzobispo de París pidió que se recordara a Dios en aquel gran día, que se cantase un *Te-Deum*.

"Y el rey, señores —dijo Lally— el rey que nos ha convocado, después de un larga interrupción de dos siglos, ¿no debe tener su recompensa?... ¡Proclamémosle el restaurador de la libertad francesa!"

Había avanzado la noche; eran las dos de la madrugada.

Aquella noche borraba el inmenso y penoso sueño de mil años de Edad Media. La aurora que comenzaría bien pronto, iba a ser la de la libertad.

Después de aquella maravillosa noche, no más clases, sino franceses todos; ¡no más provincias, sino una Francia!

¡Viva Francia!

CAPÍTULO IV

LOS JACOBINOS

Peligro de la Francia. — El suceso de Nancy hace sospechosa a la guardia nacional. — Nuevos trastornos en el Mediodía. — Federación contrarrevolucionaria de Jalés. — El rey consulta al Papa; protesta dirigida al rey de España (6 de Octubre de 1790). — Acuerdo de la Europa contra la Revolución. — La Europa obtiene una fuerza moral del interés que inspira Luis XVI. — Necesidad de una grande asociación de vigilancia. — Origen de los jacobinos (1789). — Ejemplo de una federación jacobina. — Qué clases reclutaban los jacobinos. — ¿Tenían un credo terminante? — ¿En qué modificaban el antiguo espíritu francés? — Formaban un cuerpo de vigilantes y acusadores; una inquisición contra otra inquisición. — La sociedad de París es por lo pronto una reunión de diputados (Octubre del 89). — Prepara las leyes y organiza una policía revolucionaria. — La Revolución toma de nuevo la ofensiva (Septiembre del 90). — Fuga de Necker. — Terror de los nobles duelistas. — Los jacobinos le oponen el terror del pueblo. — El palacio de Castries saqueado (13 de Noviembre de 1790).

La matanza de Nancy es una era verdaderamente funesta, de la que se podría hacer datar los primeros comienzos de divisiones sociales que más tarde, desenvueltas con el industrialismo, han llegado en nuestros días a ser el gran obstáculo, el atolladero real de la Francia, el secreto de su debilidad, la esperanza de sus enemigos.

La aristocracia europea, su gran agente, la Inglaterra, deben dar gracias aquí a su buena fortuna. La Revolución tendrá un brazo en cabestrillo y sólo con el otro podrá luchar contra ellas.

Este pequeño combate de Nancy tuvo los efectos de una gran victoria moral. Hizo sospechosas de aristocracia a las dos fuerzas que acababa de crear la Revolución, sus propias municipalidades revolucionarias, su guardia nacional.

Se dijo, se repitió, se creyó y aún lo creen muchos que la guardia nacional había combatido por Bouillé, y sin embargo ya hemos visto que con las cartas de Lafayette, con los esfuerzos de sus ayudantes de campo, enviados expresamente de París, Bouillé no pudo reunir, en una ruta bastante larga, más que setecientos guardias

nacionales, probablemente nobles, o sus arrendadores, sus guardabosques, etc. Pero los verdaderos guardias nacionales, los paisanos propietarios de la comarca de Nancy, formando ellos solos dos mil hombres, tomaron parte por los soldados, y a pesar del abandono de los dos regimientos franceses, tiraron sobre Bouillé.

Por último, al saberse que los austriacos habían obtenido el pasaje, treinta mil guardias nacionales se habían puesto en movimiento.

Cosa extraña. Fueron principalmente los amigos de la Revolución los que dieron fuerza y crédito a este rumor, que la guardia nacional se había decidido por Bouillé. Su odio hacia Lafayette, hacia la aristocracia burguesa que tendía a aumentar su fuerza con la guardia nacional de París, les hizo escribir, imprimir, divulgar lo que la contrarrevolución quería hacer creer en Europa.

La conclusión fué para la Europa, que era necesario que la Revolución francesa fuera una cosa muy execrable para que las dos fuerzas creadas por ella, la guardia nacional y las municipalidades, se volvieran en contra suya.

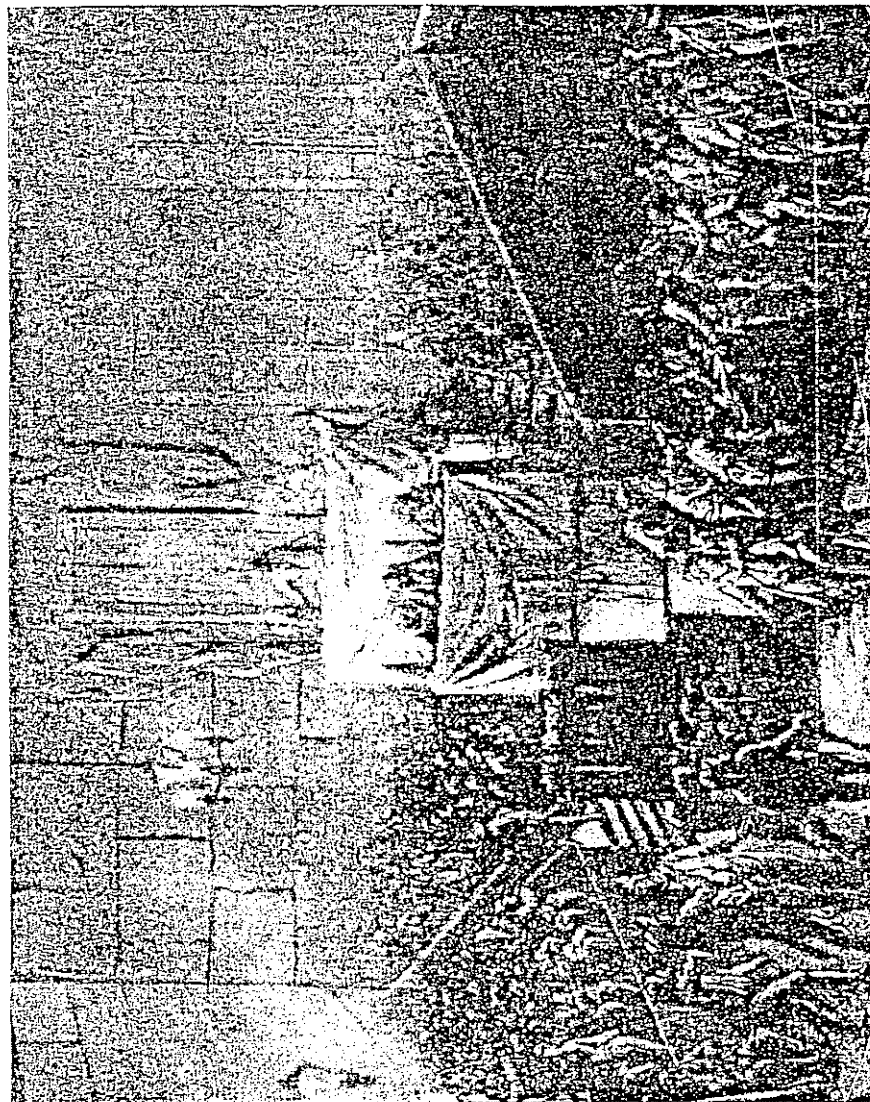
¡Lafayette armando a Bouillé! ¡La autoridad revolucionaria no pudiendo restablecer el orden más que con la espada de la contrarrevolución! ¿Qué cosa más abonada para persuadir que ésta, la contrarrevolución, era la verdadera fuerza, que era el verdadero partido social? El rey, los sacerdotes, los nobles, se afirmaron más en la convicción que ellos tenían sobre la legitimidad de su causa. Se entendieron y se aproximaron; divididos e impotentes en el período anterior, quieren unirse en éste fortaleciéndose mutuamente.

Las asociaciones que se creía habían muerto, volvieron a levantar fieramente la cabeza. El Parlamento de Tolosa anula los procesos formulados por una municipalidad contra los que despreciaban la escarapela tricolor. La Cámara de subsidios concedía ganancias a los que rehusaban los pagos asignados. ¡Los cobradores no los quieren!

Los arrendatarios generales prohíben a sus dependientes que los reciban. Rechazar la moneda de la Revolución es el medio más sencillo de sitiarla por hambre, de obligarla a la bancarrota y de vencerla sin combate.

Pero los fanáticos quieren el combate; todo esto es para ellos muy lento. Los de Montaubán persiguen a pedradas a las patrullas de un regimiento patriota. En uno de los mejores departamentos, el de Ardeche, los de la emigración, los Froment, los Antraigue, organizan un vasto y atrevido complot para emplear las fuerzas de la guardia nacional contra ella misma, para convertir las federaciones en instrumento de la ruina del espíritu que las creó.

Se llama a una fiesta federativa, cerca del castillo de Jalés, a los guardias nacionales de Ardeche, de Herault y de Lozère, bajo el pretexto de renovar el juramento cívico. Hecho esto, al concluir la fiesta el comité federativo, los alcaldes y los oficiales de guardias nacionales, los diputados del ejército suben al castillo de Jalés y allí determinan que el comité será permanente, que quedará constituido en cuerpo autorizado, asalariado, que será el punto central de los guardias nacionales; que entenderá en las peticiones del ejército, que hará rendir las armas a los católicos de Nimes, etc. Y todo esto no tenía la más pequeña parte de conspiración aristocrática oculta. Había una base de fanatismo popular. Guardias nacionales tenían en el sombrero la cruz de las hermandades del Medio-



Una sesión en el club de los jacobinos: "son necesarias las asociaciones mucho más fuertes; son necesarios los jacobinos."

dia; batallones enteros llevaban la cruz por bandera. Un tal abate Labastida, general de los cruzados, teniendo cinco guardias de corps por ayudantes de campo, caracoleaba sobre un caballo blanco excitando a los paisanos a marchar sobre Nîmes para libertar a sus hermanos prisioneros, mártires de la fe.

La Asamblea Nacional, advertida y alarmada, dió un decreto para disolver esta Asamblea de Jalés, decreto tan poco eficaz que la Asamblea duraba aún en la primavera.

La idea que cundía afirmándose en los espíritus de que una gran parte de la guardia nacional era favorable a la contrarrevolución, debió contribuir más que a hacer salir al rey de sus vacilaciones y a hacerle realizar en Octubre dos actos decisivos. Se encontraba en esta época irrevocablemente firme en la cuestión religiosa, la que más vivamente le tocaba el corazón. En Julio había consultado al obispo de Clermont para saber si podría sancionar la constitución del clero sin peligro para su alma. A fines de Agosto había hecho la misma pregunta al Papa. Aunque el Papa no diera una respuesta clara, temiendo irritar a la Asamblea y hacer precipitar la reunión de Avignon, no pudo caber duda que en Septiembre, el Papa hizo saber al rey su vivísima desaprobación de los actos de la Asamblea. El 6 de Octubre Luis XVI envió al rey de España, su pariente, una protesta contra todo lo que pudieran obligarle a sancionar. Adoptó en seguida la idea de la huida, que siempre había rechazado hasta entonces, no como una huida pasiva a Rouen como la había aconsejado Mirabeau, sino una huida al Este en son de guerra para volver a mano armada.

Este proyecto va recomendado siempre por Breteuil, el hombre del Austria, el hombre de Maria Antonieta; fué reproducido en Octubre por el obispo de Pamiers que le hizo agradable al rey y obtuvo plenos poderes para Breteuil de tratar con las potencias extranjeras, y fué reenviado a París para entenderse con Bouillé. Estas negociaciones, comenzadas por el obispo, fueron continuadas por M. de Fersen, un sueco muy personalmente, muy tiernamente adicto a la reina hacía largos años, que había venido expresamente de Suecia y le era muy querido.

España, el emperador y la Suiza respondieron favorablemente, prometiendo recursos.

España e Inglaterra, que parecían próximas a hacer la guerra, hicieron traición el 27 de Octubre.

El Austria no tardó en unirse con los turcos, la Rusia con la Suecia. De manera que en algunos meses la Europa se encontró reunida de un lado y la Revolución sola del otro.

Procedamos con orden y método. Es bastante matar una revolución por año. Este año la de Brabante; el año próximo la de Francia.

¡Hermoso espectáculo! La Europa contra el Brabante; el mundo unido marchando en son de guerra; la tierra temblando bajo el peso de los ejércitos... Y todo para aplastar una mosca. Y todavía con estas fuerzas los valientes empleaban las armas de la perfidia para completar su obra. Los austríacos, por Lamarck, amigo, agente de la reina, se habían dirigido a los belgas, complaciendo a sus *progresistas*, dándoles esperanza de progreso, mostrándoles un mundo de oro en el corazón del filántropo y sensible Leopoldo. El día en que Leopoldo estuvo seguro de Inglaterra y de Prusia, se burló descaradamente de ellos.

He aquí lo que había sucedido entre nosotros a los Mirabeau, a los Lafayette, a los que sostenían al rey, fuese por interés, fuese por una adhesión cordial llena de piedad. Cosa grave y que hacía que aquel peligro fuese quizás el más profundo de la situación, que la realeza tan cruelmente opresiva en Europa, tan brutalmente tiránica para los débiles (poco hacía se había visto en Ginebra, en Holanda y al mismo tiempo en Bruselas y en Lieja), la realeza, repito, al mismo tiempo que interesaba en París obtenía por Luis XVI y su familia una incalculable fuerza de simpatía y de consideración. Así ella se aprovechaba de la espada y del puñal y ella era, sin embargo, la que lloraba. La situación del rey, objeto de todas las conversaciones en todas las naciones del mundo, verificaba lo que hay de más raro en nuestros tiempos modernos, lo que hay más poderoso, más temible, ¡una leyenda popular!, una leyenda contra la Francia. Todo el mundo hablaba de Luis XVI y nadie hablaba de la pobre Lieja bárbaramente ahogada por el cuñado de Luis XVI. Lieja, nuestra vanguardia del Norte, que en otro tiempo para salvarnos había perecido dos o tres veces; Lieja, nuestra Polonia de Meuse... desdenosamente destrozada entre estos colosos del Norte, sin que nadie lo mirase. ¿Pero cómo explicar que el corazón humano tenga caprichos tan injustos en su piedad?...

Desde cualquier punto que yo mire, veo un inmenso, un terrible lazo tendido por todas partes, por fuera y por dentro. Si la Revolución no encuentra una fuerza de asociación muy concentrada, si no se afirma con un violento esfuerzo sobre sí misma, entiendo que irremisiblemente perecemos. No son seguramente las inocentes federaciones que mezclaban indistintamente los amigos y los enemigos por un ciego impulso de sensibilidad fraternal; no son ellas, no lo esperamos, las que nos han de sacar de aquí.

Son necesarias las asociaciones mucho más fuertes; son necesarios los jacobinos.

Una organización vasta y fuerte de vigilancia inquieta sobre la autoridad, sobre sus agentes, sobre los sacerdotes y los nobles. Los jacobinos no son la Revolución, sino el ojo de la Revolución, el ojo avizor para vigilar, la voz para acusar y el brazo para herir.

Asociaciones espontáneas, naturales, a las que inútilmente se buscaría un origen misterioso o unos dogmas ocultos, salían de la situación misma, de la necesidad más imperiosa; la de la salvación. Ellas fueron una pública y patente conjura contra la conspiración, en parte visible, en parte escondida de la aristocracia.

Sería muy injusto para esta asociación poner su origen, enerrar su historia entera en la sociedad de París. Esta, mezclada más que otra alguna de elementos impuros, poco escrupulosa en la elección de medios, ha lanzado frecuentemente a sus hermanas, las sociedades de provincias, que la seguían dócilmente, en las vías del maquiavellismo.

El nombre de *sociedad madre* que se emplea frecuentemente, haría creer que todas las otras fueron sociedades sucursales de la calle de Saint-Honoré. La sucursal central fué *madre* de sus hermanas; pero lo fué por adopción. Estas nacían de ellas mismas. Son todas o casi todas clubes improvisados en cualquier peligro público, en cualquier emoción viva. Multitudes de hombres se reúnen entonces. Algunos persisten, y aunque la crisis haya concluido, continúan reuniéndose, comunicándose sus temores, sus desconfianzas;

se inquietan, se informan, escriben a las ciudades vecinas, a París. Estos, éstos son los jacobinos.

La situación, sin embargo, no consiste completamente en la formación de estas sociedades. Su origen corresponde también a una especialidad de carácter. El jacobino es una especie muy original y particular. Hay muchos hombres que han nacido jacobinos. En el arrebatado entusiasmo tan general de la Francia, en los momentos de simpatías fáciles y crédulas en que el pueblo sin desconfianza se arroja en brazos de sus enemigos, esta clase de hombres más clarividentes o menos propensos a la simpatía, se mantienen en prudente y firme desconfianza. Se los ve en las federaciones, aparecer en las fiestas, mezclarse en la multitud, formando siempre un cuerpo aparte, un batallón de vigilancia que en el entusiasmo mismo avisa los peligros de la situación.

Algunos hicieron su federación aparte entre ellos, a puertas cerradas. Citemos un ejemplo.

Veo en un acta inédita de Rouen que el 14 de Julio de 1790 tres amigos de la Constitución (este es el nombre que tomaban entonces los jacobinos) se reunieron en casa de una señora viuda, persona rica y considerada en la ciudad; allí prestaron en sus manos el juramento cívico. Se cree ver a Catón y a Mario en Lucano:

Junguntur taciti contentique, auspice Bruto...

Enviaron valientemente el acta de su fundación a la Asamblea nacional, que recibía al mismo tiempo el acta de la gran federación de Rouen, en la que aparecían las firmas de los diputados de sesenta poblaciones y de medio millón de hombres.

Los tres jacobinos son: un sacerdote, limosnero de la Conserjería y dos cirujanos. Uno de ellos ha llevado a su hermano, impresor del rey en Rouen. Añadid dos mocitos, nieto y sobrino de la dama, y dos mujeres probablemente de su casa. Los ocho juntos hacen el juramento en manos de esta nueva Cornelia; en seguida presta ella sola el juramento. Pequeña sociedad, pero completa. La dama (viuda de un negociante o armador) representa las grandes fortunas comerciales. El impresor es la industria. Los cirujanos, he aquí las capacidades, los talentos y la experiencia. El sacerdote, he aquí la revolución misma; ya no será sacerdote en lo sucesivo; él es quien escribe el acta, la copia, la notifica a la Asamblea nacional; él es el agente de este negocio, como la dama es el centro. Por él se completa esta sociedad, aunque no se vea el personaje que es la clave de toda esta sociedad reunida, el abogado y procurador. Capellán del Palacio de Justicia, en la Conserjería limosnero de los presos, confesor de los condenados al suplicio, dependiente del Parlamento ayer, jacobino hoy declarándose como tal a la Asamblea, vale por su audacia y su actividad más que tres abogados.

No hay que admirarse de que una dama sea el centro de esta pequeña sociedad. Muchas mujeres entraban en estas asociaciones, mujeres muy serias, con todo el fervor de sus corazones femeninos, con un ardor ciego, confuso, de afecciones y de ideas, espíritu de proselitismo, las pasiones todas de la Edad Media al servicio de la fe nueva. Esta mujer de que hablamos había sido seriamente probada; era una dama judía, que vió convertirse a toda su familia y quedó ella sola israelita; había perdido a su marido, después a su hijo (por un accidente espantoso) y persistía en aceptar la Revolución rica y sola. Debíó ser fácilmente llevada por sus amigos,

lo supongo, a dar su protección al nuevo sistema y a comprometer su fortuna con la adquisición de fincas nacionales.

¿Por qué esta pequeña sociedad hace su federación aparte? Porque Rouen en general le parece demasiado aristócrata, porque la gran federación de sesenta ciudades con sus jefes M. d'Estouteville, d'Herbouville, de Sévrac, etc., esta federación, mezclada de nobleza, no le parecía bastante pura; porque al fin fué hecha el 6 de Junio y no el 14, día sagrado de la toma de la Bastilla. Por esto el 14, estos ocho valientemente aislados, lejos de los profanos y de los tímidos celebran el día santo. No quieren confundirse; por muchos conceptos ellos son escogidos, como lo eran la mayor parte de estos primeros jacobinos, una especie de aristocracia, o del dinero, o del talento, o de la energía en competencia natural con la aristocracia del nacimiento.

Nada de pueblo en esta época; en las sociedades jacobinas nada pobres. En las ciudades, sin embargo, o donde había rivalidad de dos clubs, donde el club aristocrático (como sucedía muchas veces) usurpaba el título de amigos de la Constitución, el otro club del mismo nombre no dejaba de prestarse más fácilmente a las admisiones, con el fin de competir en número, y admitía gentes de clase inferior, tenderos e industriales de poca fortuna. En Lyon, y sin duda en otras ciudades manufactureras, los obreros asistían temprano a las discusiones de los clubs.

El verdadero fondo de los clubs jacobinos consistía, no en los primeros, tampoco en los últimos, sino en una clase distinguida, aunque secundaria, que desde hacía largo tiempo había hecho una guerra sorda contra el magistrado que la rechazaba con su orgullo. El procurador, el cirujano, querían elevarse al nivel del abogado y del médico; el clérigo abrazábase contra el obispo. El cirujano, en este siglo, a fuerza de mérito había roto la valla y alcanzado casi la igualdad. El Châtelet sostenía una guerra incesante contra el Parlamento; vencía en el 89 y hubo un momento (¿quién lo había querido?) en que fué el gran tribunal nacional. El célebre fundador de los jacobinos de París, Adrián Duport, era un hombre del Châtelet que llegó hasta el Parlamento, pero que desde la Revolución reaparecía hombre del Châtelet y deshizo a los parlamentarios.

Todo esto, en conjunto, hacía de los jacobinos una clase de hombres áspera, desconfiada, muy ardiente y muy contenida, más positiva y más hábil que habría podido esperarse de sus teorías poco precisas y concretas. Aunque las antiguas envidias y rivalidades y las ambiciones nuevas hayan sido un potente estímulo para ellos, aunque las intrigas de diversos partidos hayan explotado estas sociedades, su carácter en general claramente expresado en el ejemplo que hemos citado, es originariamente el de asociaciones naturales, espontáneas, formadas por una verdadera religión patriótica, una devoción austera a la libertad, una pureza cívica muy exigente y con tendencias constantes a la depuración.

¿Cuál era el símbolo de estas pequeñas iglesias? Esta fe ardiente ¿había tenido un Credo bien formulado? No; muy vago todavía, presentaba aún indudablemente principios contradictorios. Todos, casi todos, realistas en esta época, eran muy desabridos para con el rey. Todos ellos estaban dominados por Rousseau, por el famoso principio de la filosofía del siglo: retornar a la naturaleza. Y sin embargo, con esto muchos se creían cristianos, se adherían, al

menos de nombre, a las antiguas creencias que condenan la naturaleza, que la proclaman pervertida, decaída.

Esta misma contradicción, esta ignorancia, esta fe en el principio nuevo, poco profundamente conocido aún, tiene algo de respetable. Es la fe en un Dios desconocido. Y esta fe en ellos no es menos activa. Ella eleva, fortifica las almas. Como su maestro Rousseau, estos creyentes levantan sus miradas, dirigen su emulación hacia los nobles modelos de la antigüedad, sienten al menos su austeridad moral, su fuerza estoica, y sacan de ella su inspiración para los acontecimientos civiles; aprenden lo que cupo mejor, lo que ellos mismos habrían necesitado saber y abrazar en sus caminos peligrosos: ¡la muerte!

¡Cosa ardua y difícil de explicar! Ellos sacan de allí una profunda modificación del espíritu de la antigua Francia.

Este espíritu tendía a dos cosas imposibles de conciliar con la Revolución, con la lucha violenta que debía sostener. Por una parte cierta facilidad de confianza y de creencia, una deferencia muy grande hacia los demás, cierto barniz de buen trato y de dulzura, encantadoras y fatales cualidades que tantas veces nos han sido funestas. El otro carácter del viejo espíritu francés tendía a lo que se llama el honor, a ciertas delicadezas de procedimientos, a ciertos prejuicios también, a la facilidad, por ejemplo, con la cual se admitía que un hombre por haberos insultado debe degollaros también; opinión que en teoría parte de la estima en que se tiene el valor, y que en la práctica entrega con frecuencia a los valientes en manos de los hábiles. Estos dos caracteres de la antigua Francia fueron despreciados por los jacobinos.

Adversarios de los sacerdotes, obligados a luchar contra una vasta asociación donde la confesión y la delación constituyen los primeros medios, los jacobinos emplearon medios análogos, se declararon audazmente amigos de la delación; proclamándola el primer deber de todo ciudadano. La vigilancia mutua, la censura pública, hasta la delación oculta, he aquí lo que enseñaron y publicaron, apoyándose a este fin en los más ilustres ejemplos de la antigüedad. La ciudad antigua, griega y romana, la pequeña ciudad monástica de la Edad Media que se llama convento, abadía, tienen por principio el deber de perfeccionar, de depurar siempre, por la vigilancia que todos los miembros de la asociación ejercen unos sobre otros. Tal es también el principio que los jacobinos aplican a la sociedad entera.

Nacidos en un gran peligro nacional, en medio de una inmensa conspiración que negaban los conspiradores (como ellos se han jactado luego), los jacobinos formaron, para la salvación de la Francia, una legión, un pueblo de acusadores públicos.

Pero a diferencia, y grande, de la Inquisición de la Edad Media que por el confesionario y otros mil medios diferentes penetraba hasta el fondo de las almas, la Inquisición revolucionaria no tenía a su disposición más que medios exteriores, indicios frecuentemente inseguros.

De ahí una desconfianza excesiva, malsana, un espíritu tanto más susceptible cuanto que tenía menos certidumbre de tocar al fondo. Todo alarmaba, todo inquietaba, todo parecía sospechoso.

Temores muy naturales en el peligro en que se veía a la Francia, a la Revolución, a la causa del género humano. ¡Esta feliz Re-

volución, esperada por miles de años, llegada al fin ayer y ya próxima a perecer! Amenazada de un golpe a todas horas para los que la habían abrazado, puesta en el fondo de su corazón como la parte más preciosa de ellos mismos. No era un bien exterior el que se trataba de quitarles, sino la vida... Ninguno había sobrevivido.

Para hacer justicia a los jacobinos, hay que colocarse en su momento histórico y en su situación; comprender las necesidades que los cercaron.

Estaban frente a una asociación inmensa, mitad de idiotas, mitad de cobardes; lo que se llamaba, y lo que se llama el mundo de las buenas gentes.

Por una parte dos delatores: el rey, que a todas horas denuncia su pueblo a la Europa y el sacerdote que denuncia el pueblo a los necios, a las mujeres, a la Vendée.

Por otra parte la inepta alianza de Lafayette con Bouillé, en provecho de éste, y que (con buena intención) pondría la Revolución en las manos de sus enemigos.

¿Quién puede precisar al detalle, ciudad por ciudad, en los campos, en las aldeas, lo que era esta asociación del mundo llamado de las buenas gentes, del mundo de los curas, del mundo de las mujeres, del mundo de los nobles y de los casi nobles?

¡Las mujeres! ¡Qué poder! Con tales auxiliares ¿qué necesidad había de la prensa? La palabra femenina es un vehículo mucho más eficaz. Verdadera fuerza, tanto más decisiva cuanto que no tiene dureza alguna, que cede, que es elástica, y se dobla para mejor levantarse de nuevo. Decidles una palabra al oído; pronto corre, llega, y agita, de día, de noche, por la mañana, en la cama, en el salón, en los mercados y por la noche en las conversaciones, en los corrillos de las puertas, por todas partes, con el hombre, con el niño, con todos... ¡Fuerte ha de ser quien resista!

He aquí un obstáculo real, terrible para la Revolución. ¿Y qué es esto si no el avance del extranjero, el ataque de todos los ejércitos de Europa?... Tengamos piedad de nuestros padres.

¿Quién, sin embargo, quería entrar en el detalle irritante del mundo noble y casi noble? De toda la podredumbre antigua de los parlamentarios, de su antigua política, el obstáculo más real que Lafayette asegura haber encontrado en París es la clientela baja, servil de comerciantes, renteros pobres, prestamistas insignificantes que se unían al clero y a los nobles. Y estos nobles volvían a encontrarse, gracias a Lafayette y a las leyes revolucionarias, jefes, oficiales de sus clientes en la guardia nacional.

Para resistir a todo esto hacía falta a la nueva asociación una organización muy fuerte, y la encontró en la sociedad de París. La originalidad primitiva de ésta fué menor en las teorías que en el genio práctico de sus fundadores.

El principal fué Duport, y él quedó por algún tiempo como cabeza de los jacobinos. "Lo que Duport ha pensado, se murmuraba, Barnave lo dice y Lameth lo hace". Mirabeau los llamaba *triumvirs* (triumvirato de tunos). Por el vigor de los golpes que dirigieron a la realeza, se los creyó republicanos, se les atribuyó un designio profundo, un proyecto bien definido de cambiarlo todo de arriba abajo. Ellos mismos estaban orgullosos de esta mala fama. No la merecían. No eran más que inconsecuentes. Resultó en el día crítico, que eran partidarios de la monarquía que ellos mismos habían destruido.

Duport era siempre un pensador, una cabeza firme y más completa que la de sus colegas: hombre de especulación tenía al mismo tiempo demasiada experiencia revolucionaria antes de la misma Revolución. Rival de Eprenesnil en el Parlamento, había sido uno de los principales motores de la resistencia contra Colonne y Brienne. Debían conocer a fondo la acción secreta de la policía parlamentaria, la organización de las sublevaciones de los curiales y del pueblo en favor del Parlamento.

Durante las elecciones del 89, empezó a reunir en su casa hombres políticos (calle del Grand-Chantier, cerca del Temple). Mirabeau y Sieyes fueron allí y no quisieron volver. "¡Políticos de caverna!", dijo Sieyes. El gran metafísico no quería tratar más que de ideas.

Duport quería llamar en auxilio de las ideas a la intriga subterránea, a la agitación popular, al motín si era necesario.

Nueva reunión en Versalles. Esta, cuyo fondo era la diputación de Bretaña, se llamó el Club-Breton. Allí se preparaban bajo la influencia de Duport, de Chapelier, etcétera, muchas medidas audaces que salvaron la Revolución naciente. La minoría de la nobleza, mitad de ella compuesta de señores filántropos y de señores descontentos, se mezcló al club y llevó a él un espíritu muy diverso, bastante equivoco. Cortesanos revolucionarios, los más intrigantes, los más audaces eran amigos de Lameth, coroneles jóvenes, de familias favorecidas por la corte pero poco satisfechas.

Nobles de Artois, querían ser erigidos en Franco-Condado. Un diputado de esta última provincia fué quien en Octubre del 89, cuando la Asamblea estuvo en París, alquiló un local a los frailes llamados Jacobinos para reunir a los diputados. Los frailes alquilaron su refectorio por doscientos francos y por otros doscientos el mobiliario mesas, cajas, etc. Más tarde el local no era suficiente, el club se hizo prestar la biblioteca y por fin la iglesia. Las tumbas de los antiguos religiosos, la comunidad sepultada de Santo Tomás, los hermanos de Jacobo Clemente se vieron mudos testigos y confidentes de las intrigas revolucionarias.

Por otra parte, los miembros del Club-Breton, muchos diputados que jamás hubieran venido a París y que no estaban tranquilos después de las escenas de Octubre, creyéndose como perdidos en este océano de pueblo, se habían instalado en la calle de Saint-Honoré, cerca los unos de los otros, para encontrarse pronto si era necesario. Ellos estaban a la puerta de la Asamblea que funcionaba entonces en el Manège, hacia el lugar en que se cruzan las calles de Rivoli y de Cartiglione. Les era muy cómodo reunirse casi enfrente del convento utilizado por los jacobinos.

El primer día hubo cien diputados, luego doscientos, luego cuatrocientos... Tomaron el título de Amigos de la Constitución. En realidad ellos la hicieron. Fué enteramente preparada por ellos: estos cuatrocientos más unidos, más disciplinados, más exactos por otra parte que los otros diputados, fueron dueños de la Asamblea. Ellos aportaron las leyes y las elecciones: ellos solos nombraron los presidentes, los secretarios, etcétera. Ocuparon por algún tiempo todo este poder tomando a veces presidente en otras esferas que las suyas.

En el invierno del 89 toda la Francia vino a París. Muchos hombres de gran representación querían entrar en los jacobinos. Estos admitieron, por lo pronto, a algunos escritores distinguidos: el pri-

mero fué Condorcet, después otras personas conocidas que debían ser presentadas y recomendadas por seis miembros. No se entraba sin papeletas, que eran cuidadosamente examinadas en la puerta por dos miembros allí colocados al efecto.

El club de los Jacobinos no podía limitarse por largo tiempo a ser una comisión legislativa para preparar leyes. Pronto fué un gran comité de policía revolucionaria.

La situación lo quería así. ¿De qué servía hacer la Constitución si la corte por un golpe hábil derribaba esta construcción hábilmente erigida? Se ha visto que a la noticia del complot de Brest, que según se decía iba a ser entregado a los ingleses, Duport había hecho crear el 27 de julio del 89 el Comité de Investigaciones. El comité no tenía otros agentes que los mismos del gobierno que él debía vigilar. Estos agentes que le faltaban los encontró en los jacobinos. Lafayette, que aprendió a costa suya a conocer la organización, dice que el centro era una reunión de diez hombres que ellos mismos llamaban *el sábado*, y que todos los días tomaban órdenes de Lameth; cada uno de los diez las transmitía a otros diez representantes de batallones y secciones diferentes, de manera que todas las secciones recibían a un mismo tiempo la misma denuncia contra las autoridades, la misma proposición de levantamiento, etc.

Lafayette tenía de su parte al Comité de Investigaciones de la ciudad, y muchos adictos en la guardia nacional. Estas dos policías se cruzaban entre sí y con la de la corte. La de los jacobinos, obrando en el sentido del movimiento popular, de la ola que subía, encontraba tanta facilidad como obstáculos las otras. Se entendía bien en todo, se organizaba en cada ciudad frente a las municipalidades, oponía a cada cuerpo civil o militar una sociedad de vigilancia y de denuncia.

Ya hemos hablado del Club del 89, que Lafayette y Sleyès intentaron oponer por el momento a los jacobinos. Este club conciliador que creía enlazar la monarquía con la Revolución, no hubiera logrado en el caso de prosperar más que destruir la Revolución. Hoy que tantas cosas secretas de entonces han salido a plena luz, podemos declarar con toda seguridad que sin la más fuerte, la más enérgica acción, la Revolución hubiera perecido. Si no se volvía agresiva estaba perdida. La imprudente asociación de Bouillé y de Lafayette le había dado el golpe más grave. Por los jacobinos pudo tomar la ofensiva.

El 2 de septiembre se supo en París la noticia de Nancy, y el mismo día, pocas horas después, cuarenta mil hombres llenaban las Tullerías y asediaban a la Asamblea gritando: ¡La destitución de los ministros! ¡La cabeza de los ministros! ¡Los ministros a la linterna!

El efecto de la noticia fué amortiguado, la emoción dominada por la emoción, el terror por el terror.

La rapidez singular con que fué dispuesto este movimiento, prueba a la vez el estado inflamable en que se hallaba el pueblo y la vigorosa organización de la sociedad jacobina que podía, en cuanto diera la señal, realizar el hecho.

Y M. de Lafayette, con sus treinta y tantos mil hombres de guardia nacional, con su policía militar y municipal, con los recursos del Hotel de Ville, con los de la corte, un momento aproximado a él para dar el golpe de Nancy, Lafayette, digo, con tantos recursos diversos no podía hacer nada en esto.

El ministro contra el cual se lanzaba de pronto al pueblo, era el que en este momento hacía menos. Necker, ministro de Hacienda, todo lo que hacía era escribir. Acababa de publicar una memoria contra los asignados. Se enviaron algunas bandadas de gente a gritar contra él y a amenazarle. Lafayette, que hería tan fuerte a Nancy, no osó herir a París, y aconsejó a Necker ponerse en seguridad. A propuesta de un diputado jacobino, la Asamblea decretó que ella misma dirigió el Tesoro público. Grave decisión; uno de los golpes más violentos que se pudo dar a la realeza.

He aquí los dos partidos, el jacobino y el constitucional, ambos empleando la violencia y el terror; Lafayette herido por Bouillé, los jacobinos por la conmoción, terror de Nancy y terror de París. ¿Cuántos siglos distamos de la federación de Julio? ¿Quién lo creería? Distamos solamente dos meses. Esta hermosa luz de paz ¿dónde está ya? El sol brillante de Julio se anubla poco a poco. Entramos en un tiempo sombrío de complots, de violencias. Desde Septiembre todo queda obscuro. La prensa, ardiente, inquieta, marcha a ciegas. Atisba, busca, pero no ve; tan sólo adivina. La inquisición de los jacobinos que comienza, da débiles y falsos reflejos que a un mismo tiempo alumbran y se oscurecen, como esas luces de la gran nave del convento de la calle de Saint-Honoré, donde se reúnen.

Una sola cosa aparecía clara en esta oscuridad; era la insolencia de los nobles.

Habían tomado en todas partes la actitud del reto y de la provocación. Por doquiera insultaban a los patriotas, a las gentes más inofensivas, a la guardia nacional. Muchas veces el pueblo intervenía y resultaban escenas muy sangrientas.

Para no citar más que un ejemplo, en Cahors, dos hermanos, ambos nobles, tuvieron el capricho de insultar a un guardia nacional que había cantado el *Ca ira*. Se quiso detenerlos; pero hirieron y mataron a los que lo intentaban. Luego se metieron en su casa, y desde allí, haciéndose fuertes, pues tenían muchos fusiles cargados, dispararon sobre el pueblo y mataron a un gran número de hombres. Para terminar esta carnicería hubo que prender fuego a la casa.

En la Asamblea misma, en el santuario de las leyes, no se oía más que insultos y retos de gentileshombres. M. d' Ambly amenazaba a Mirabeau con su bastón.

Otro llegó hasta decir: —¿Por qué no caemos sobre esa gente espada en mano?

Un quidam, enviado por ellos, persiguió por espacio de dos días enteros a Carlos de Lameth para obligarlo a batirse. Lameth, muy valiente y muy discreto, rehusó obstinadamente honrarle con una estocada. Al tercer día, como nada podía acabar con su paciencia, todo el lado derecho en masa le acusó de cobardía. El joven duque de Castries le insultó; salieron, Lameth fué herido y de allí un gran furor en el pueblo. Se dijo que la espada de Castries estaba envenenada y que Lameth iba a morir.

Los jacobinos creyeron buena la ocasión para aterrar a los dueñistas. Sus agentes lanzaron a la multitud contra el hotel de Castries; no hubo golpes, ni muertes, ni robos, pero todos los muebles fueron destrozados y tirados a la calle. Todo esto tranquilamente, con método; los invasores pusieron un centinela ante el retrato del rey, único objeto respetado. Lafayette llegó, vió aquello y no pudo

hacer nada; la mayor parte de los guardias nacionales estaban indignados por la herida hecha a Lameth, y creían que después de todo los amotinados tenían razón (13 de Noviembre de 1790).

Desde este día el terror que inspiraban los duelistas, que poco a poco iba disminuyendo el ascendiente de la nobleza, fué reemplazado por otro terror: el de las venganzas del pueblo.

La superioridad que tenían los nobles en la esgrima, desaparecía ante la fuerza de la multitud. Habían intentado los nobles hacer cuestiones de honor, todas las cuestiones de partido y abusaban de su destreza. Se les opuso el número.

Los revolucionarios más bravos, los que probaron después su valor en los campos de batalla, rehusaron dar a los espadachines la ventaja fácil de los combates individuales.

CAPÍTULO XXXIV

EL 10 DE AGOSTO

El pensamiento del 10 de agosto. — Los vencedores del 10 de agosto. — Las secciones nombran comisionados y los envían al Hotel de Ville. — Precauciones militares de la corte que retiene a Pétion en las Tullerías. — Pétion en libertad. — La nueva Comuna prepara el camino a la insurrección. — Estado interior del castillo. — Los nobles, suizos, la guardia nacional. — El rey intenta pasar revista. — El rey universalmente abandonado. — La Comuna detiene al comandante de la guardia nacional. — Muerte de Mandat. — El rey abandona el castillo con la reina. — La vanguardia de la insurrección se presenta en las Tullerías; es sorprendida, degollada, dispersada. — ¿Esperaba la corte descargar un golpe sobre la Asamblea? — La insurrección ataca a las Tullerías. — El rey manda que cese el fuego cuando ya no tiene esperanzas. — Defensa obstinada de los suizos, su heroica retirada. — La guardia nacional en masa se decide en favor de la insurrección. — Matanza de los suizos. — Clemencia y moderación de los vencedores del 10 de agosto.

La noche del 10 de agosto fué muy hermosa, iluminada dulcemente por la luna, tranquila hasta media noche, y aun un poco después. A aquella hora no había aún nadie o casi nadie por las calles. En particular el barrio de San Antonio estaba silencioso. La población dormía esperando la hora del combate.

Y sin embargo, por la tarde había corrido el rumor de que una columna enviada por las Tullerías iba a atacar el Hotel de Ville. Se temía una sorpresa. Fuertes patrullas de guardia nacional iban y venían por el barrio. Todas las ventanas estaban iluminadas. Tantos luces en una noche tan hermosa, aquellas luces solitarias para no alumbrar a nadie, eran de un efecto extraño y siniestro. Se comprendía que aquella iluminación no era la de una fiesta.

¿Cuál era el pensamiento dominante con que se había dormido el pueblo y que sirvió de almohada a tantos hombres cuya última noche fué aquella? Uno de los combatientes del 10 de agosto, que vive todavía, me lo ha explicado claramente: "Se quería acabar con los enemigos públicos; no se hablaba ni de república ni de monarquía; se hablaba del extranjero, del comité austriaco que nos le iba

a traer. Un rico panadero del Marais, vecino mío, me dijo cuando era más vivo el fuego en el patio de las Tullerías: "Es un gran pecado el matar tantos cristianos; pero al fin éstos serán menos para abrir la puerta al Austria".

El 10 de agosto, digámoslo, fué un gran acto de la Francia. Sin género ninguno de duda habría perecido si no hubiera tomado las Tullerías.

La cosa era muy difícil. No fué nunca manera alguna ejecutada, como se ha dicho, por un *hacinamiento de populacho*, sino verdaderamente por el pueblo; quiero decir, por una masa compuesta de hombres de todas clases: militares y no militares, obreros y burgueses, parisienses y provincianos. Varios barrios de París enviaron sin excepción a todos los hombres que podían combatir; en la sección de los Mínimos, por ejemplo, de mil hombres inscritos se presentaron seiscientos, proporción considerable, cuando se sabía que no se trataba de una parada, sino de una cosa muy seria. Los hombres con picas componían casi en su totalidad las primeras bandas que se presentaron muy temprano ante el castillo; pero el ejército de la insurrección, el que se apoderó de él, tenía pocas, en comparación; estaba armado de fusiles. Su columna principal, que se reunió entre siete y ocho, se escalonó desde la Bastilla a la Grève, y constaba de ochenta o cien compañías, cada una de cien hombres armados regularmente; eran cerca de ocho o diez mil guardias nacionales. Había allí dos o tres mil hombres armados de picas, mezclados entre los batallones de aquellas diez mil bayonetas. Esto es lo que nos han referido los testigos y actores aun vivientes del 10 de agosto. En cuanto a la vanguardia que afrontó el primer peligro, forzó la entrada del castillo y realizó la más ruda y peligrosa operación; se componía, como es sabido, de quinientos federados marseleses, escogidos con cuidado entre antiguos militares, de trescientos federados bretones, el honor y el valor en persona, de los cuales habían servido muchos. Y lo que no se ha dicho en ninguna parte, pero es más que verosímil, aquellos valientes debieron ser apoyados por otros valientes, mucho más animados todavía, por la masa de los guardias franceses, convertidos por Lafayette en guardia nacional a sueldo y licenciados recientemente con tanta imprudencia como ingratitud. Ya volveremos sobre esto.

Todo ello fué obra de un mismo movimiento de indignación y de patriotismo. No hubo ningún preparamiento, ningún jefe, a pesar de cuanto se ha dicho. Lejos de que hubiera ningún individuo con bastante influencia en aquel momento para sublevar al pueblo, los mismos clubs hicieron muy poco para ello. Estaban menos frecuentados en el mes de agosto que en ninguna otra época del año. Se cansaban de su charla eterna; se comprendía que lo que se necesitaba eran actos. Sus mejores oradores predicaban en el desierto.

Lo que provocó la insurrección y la hizo estallar un día poco ordinario, un viernes, es que los marseleses, que carecían de recursos en París, querían combatir o marcharse. Parece que el somatén sonó primero en los Franciscanos, donde se hallaban alojados. Respondió el barrio de San Antonio y siguió luego el resto de la ciudad. Las secciones, como ya hemos visto, estaban de acuerdo; de cuarenta y ocho habían votado el destronamiento del rey cuarenta y siete. El 8 de agosto, antes de media noche, había hecho el acto decisivo de



Matanza de los suizos (10/8/1792). "... los suizos que habían defendido palmo a palmo la escalera, la capilla, las galerías, habían sido arrollados en todas partes, perseguidos, muertos."

nombrar cada una tres comisionados, para que se reunieran en la Comuna y salvaran a la patria. Tal fué el poder general y vago que recibieron. Aquellos comisionados fueron en su mayor parte hombres oscuros, desconocidos, o por lo menos secundarios. No fueron nombrados ni Marat, ni Robespierre, ni ninguno de los grandes jefes de la opinión. Danton, lo mismo que Marat, pertenecían a la antigua municipalidad. Los comisionados fueron de uno en uno al Hotel de Ville, sin armas, y les dejaron entrar. Se encontraron con el antiguo consejo de la Comuna en sesión permanente, pero muy poco numeroso, disminuyendo de día en día su número. Cerca del Hotel de Ville, en el arco de San Juan, principal salida de la calle de San Antonio que desembocaba en la Grève había sido apostada una fuerza considerable por el comandante de la guardia nacional, Mandat, lafayettista entusiasta y realista constitucional. Aquella fuerza le respondía del Hotel de Ville y guardaba el paso; su consigna era dejar que pasaran los del barrio y atacarlos por la retaguardia.

Además había situado Mandat artillería en el Puente Nuevo, de suerte que si el barrio llegaba hasta allí, era ametrallado y no podía operar su unión con los Franciscanos y el barrio de San Marcelo.

Todo esto no era lo más a propósito para dar ánimos a los comisionados de las secciones enviadas al Hotel de Ville. ¿Cómo había de reemplazar a la antigua Comuna realista y constituirse en autoridad soberana de París? Esta era la cuestión. El somatén tocaba en todas partes sin producir grandes resultados. El ejército de la corte estaba en pie hacía largo tiempo, arma al brazo; el ejército de la insurrección estaba acostado; alrededor de los Quinze-Vingts no había reunidas mil quinientas personas. Únicamente escudriñando en las largas y profundas callejuelas que desembocaban en las calles del barrio de San Antonio se empezaban a ver luces en movimiento, hombres que iban y venían. Algunos, más diligentes, estaban en las puertas, preparados con armas, esperando otros. Muchos estaban perezosos; oían tocar a somatén pero no era costumbre empezar una asonada a media noche; había sobre esto una tradición reconocida.

Aquel retraso era espantoso. Varios comisionados de las secciones, reunidos en el Hotel de Ville, se lamentaban de que se hubiera tocado a somatén. La antigua Comuna se había evaporado o poco menos. Pero para constituir la nueva, no se veían los comisionados suficientemente apoyados. Lo que aumentaba su confusión era que, en aquel momento, tenía la corte en rehenes al popular alcalde de París, Pétion. También a Roederer, procurador síndico del departamento. En caso necesario podía hacer hablar a las dos primeras autoridades de la ciudad, al departamento y a la alcaldía. Pétion, al que llamaron a las once desde el castillo, no se había atrevido a negarse a ir. Su primera conducta en los días precedentes había sido muy extraña. El 4, como ya hemos visto, había declarado la guerra a la monarquía. El 8 pareció que se interesaba todavía por la monarquía, y advirtió al departamento que no podía responder de la seguridad del castillo. El 9 había pedido que se estableciese un campamento en el Carrousel.

¿Aquel campamento de guardias nacionales dominando la plaza la hubiera defendido? ¿o, por el contrario, habría hecho imposible

toda defensa? Esto es lo que no pueda asegurarse. El castillo no hubiera podido disparar desde sus ventanas si no haciendo fuego sobre sus defensores. El 9, todavía, Pétion, sea para adormecer a la corte, sea por cansancio, o por convicción de que el movimiento no se verificaría, había pedido al departamento la suma de 20.000 francos para despedir a los marseleses que, desanimados, querían alejarse de París.

Pétion entró, pues, de buena o de mala gana en la cueva de los leones. Jamás había tenido el castillo un aspecto tan sombrío. Sin contar una masa de tropas de todas armas, de la artillería formidable que ocupaba los patios, tuvo que atravesar una muralla de oficiales franceses o suizos que le miraban de una manera poco tranquilizadora. En cuanto a los guardias nacionales, su actitud no era más satisfactoria; los que estaban allí eran únicamente los más violentos realistas de los batallones, conocidos por su realismo. de los Filles-Saint-Thomas, de los Petits-Pères y de la Butte-des-Moulins. Los nombres de traidor y de Judas eran lanzados al rostro del alcalde de París. Demostró su flema acostumbrada. Llegó sin obstáculo a las habitaciones del rey, llenas de gente, sombrías, a aquella misma habitación donde en la noche del 21 de junio le había hablado Luis XVI con tanta dureza; aquel mismo diálogo, si se hubiera repetido la noche del 10 de agosto, habría sido la sentencia de muerte para Pétion. Había allí muchos caballeros de rostro pálido a los que la sola presencia del alcalde de París producía estremecimientos nerviosos, Mandat, el comandante de la guardia nacional, sin calcular que acaso exponía a Pétion a ser asesinado, le sometió a esta especie de interrogatorio: "¿Por qué habían distribuido los administradores de la ciudad cartuchos a los marseleses? ¿Por qué el, Mandat, no había recibido más que tres cartuchos para cada uno de sus guardias nacionales?" —La corte, que desconfiaba mucho de la guardia nacional, no había exigido que estuviese mejor provista de provisiones. En cambio, cada uno de sus suizos podía disparar cuarenta tiros.

Pétion, sin admirarse, repuso con el aire tranquilo que le era peculiar: "Habéis pedido pólvora, pero no estabais en regla para tenerla".

La respuesta no era muy satisfactoria; el mismo alcalde, Pétion, era el que debía hacer que la municipalidad lo acordase y diera poder al comandante; si éste no estaba en regla, era porque el alcalde no le ponía.

La conferencia tomaba mal giro; todo el mundo estaba conmovido, excepto el rey, que se separaba de su confesor, acababa de poner en paz su conciencia y no se inquietaba mucho por lo que pudiera suceder. Pétion no se encontraba bien. La habitación era pequeña, había en ella mucha gente y la atmósfera estaba viciada. "Se ahoga uno aquí, dijo; bajo para tomar el aire". Y sin que nadie se atreviera a impedirselo, bajó al jardín.

Su paseo fué largo, mucho más de lo que él hubiera deseado. El jardín estaba cuidadosamente cerrado. Pétion no estaba arrestado, pero le seguían y vigilaban de cerca. Los guardias nacionales que iban y venían le llenaban de injurias y de amenazas. Por un momento se tomó del brazo de Roederer, procurador síndico del departamento, y se sentó hablando con él, sobre la terraza que

rodea el palacio. La luna iluminaba el jardín; pero aquella terraza, envuelta en la sombra que proyectaban los edificios, había sido iluminada por una fila de farolillos. Los granaderos de los Filles-Saint-Thomas los apagaron. Varios decían: "Ya lo tenemos; su cabeza responderá de todo". Otros, más jóvenes o más exaltados por el vino y el peligro, aparentaban no comprender cuánto importaba conservar una cabeza tan preciosa. A cada momento llegaba el ministro de justicia a decirle: "Subid, no os vayáis sin haber hablado con el rey; el rey quiere hablaros a toda costa". A lo cual respondía flemáticamente: "Está bien", y así ganaba tiempo.

En el Hotel de Ville no podían hacer nada hasta que hubieran rescatado a Pétion. Se ideó pedir a la Asamblea que le reclamase. Algunos diputados, al toque de rebato, se habían reunido, aunque en pequeño número; sin embargo, decretaron como Asamblea nacional que el alcalde debía presentarse en la barra. Pétion, obligado en nombre del rey a quedarse y en nombre de la Asamblea a partir, optó desde luego por la Asamblea, no hizo más que atravesarla y se volvió a pie a su casa. Entretanto, esperaba su coche en el patio de las Tullerías, como en representación suya; hasta las cuatro tuvieron en el castillo la candidez de creer que iba a volver de un momento a otro, entregándose nuevamente en manos de sus enemigos.

Los amigos de Pétion le recibieron con demostraciones de alegría, pero le pusieron a buen recaudo, encerrándole cuidadosamente, creyendo con razón que, en los momentos de acción, el ídolo popular no servía para nada. Teniéndole ya en seguridad eran libres de obrar. Los comisionados de las secciones reemplazaron a la antigua Comuna en nombre del pueblo, mantuvieron en su puesto al procurador de la Comuna, Manuel, y a su sustituto Danton, y dieron como primera orden la de que desalojase la artillería del Puente Nuevo, en donde estaba por mandato del comandante de la guardia nacional. De este modo restablecieron la comunicación entre las dos orillas y abrieron el paso al barrio de San Marcello a los Franciscanos y a los marseleses.

Este era, en realidad, el acto decisivo de la insurrección. Danton, que hasta entonces había permanecido en el Hotel de Ville, volvió tranquilamente a su casa a tranquilizar a su mujer. La suerte estaba echada, y no había más que fiarla al destino.

El interior del castillo en aquel instante ofrecía un espectáculo cómico y terrible. Todo era indecisión, debilidad, ignorancia. La única autoridad popular que había en el castillo era Roederer, procurador síndico del departamento. Uno de los ministros le preguntó: "¿No nos permitiría la Constitución proclamar la ley marcial?". El procurador sacó la Constitución del bolsillo y buscó en vano el artículo. Pero aunque se hubiera proclamado la ley, ¿quién la habría ejecutado?

Cuando se supo que Manuel había ordenado que se desalojase el Puente Nuevo, es decir, que se había asegurado el paso a la insurrección, ni los ministros ni Roederer quisieron cargar con la responsabilidad de dar una orden contraria. Roederer dijo que no podía hacer nada sin saber si Manuel había obrado con la autorización de la municipalidad; que era preciso, para discutirlo, hacer que fuesen todos los miembros del departamento a las Tullerías (cosa difícil a aquella hora). El departamento envió únicamente a

dos de sus miembros; Roederer quería que fuesen todos. Para esto se necesitaba una orden del rey. El rey dijo que constitucionalmente no podía ordenar nada sino por medio de un ministro. El ministro no estaba allí y se aplazó la cosa hasta el momento en que volviese.

Eran cerca de las cuatro. Se oyó el ruido de un coche; abrieron un balcón: era el coche del alcalde que, cansado de esperar, se iba vacío. El día comenzaba a clarear; madame Isabel se acercó a una ventana y dijo a la reina: "Hermana, venid a ver cómo levanta la aurora". La reina fue, el día era ya espléndido, pero el cielo tenía color de sangre.

El núcleo de la guarnición eran 1.330 suizos, excelentes soldados, valientes y disciplinados, obedientes hasta morir. Este número es el que acusa en su libro el comandante Pfyffer. Pero hay que agregar a él un número bastante considerable de guardias constitucionales licenciados, que habían adoptado el uniforme rojo de los suizos y fueron a combatir bajo aquel disfraz. Sus cadáveres, después del combate, se distinguían fácilmente en lo fino de sus ropas interiores y en la elegancia de sus peinados; los verdaderos suizos llevaban el pelo cortado al rape; sus camisas eran ordinarias. La presencia de aquellos falsos suizos en las filas de los verdaderos extrañó sin duda a éstos y no dejó de causarles inquietud. Pudieron entonces comprender mejor que se trataba de una guerra civil, de una querrela entre franceses, en la que no debían intervenir los extranjeros sin ciertas precauciones. El viejo coronel suizo Affry se abstuvo positivamente y no quiso pelear. Los otros prometieron hacer únicamente lo que hiciera la guardia nacional, y nada más ni menos.

Aquella, con mayor razón, se preocupaba con parecidos pensamientos. Aunque hubiesen sido escogidos entre los batallones realistas y minuciosamente escogidos entre estos batallones, aunque todos ellos hubiesen respondido al llamamiento supremo de aquella noche por ser partidarios decididos del rey, aquellos defensores burgueses del castillo no podían ver sin envidia a los nobles caballeros, a los que se había llamado para compartir el peligro, y a los que sin duda alguna hubiera atribuido la corte todo el honor de la defensa. Aquellos nobles eran por regla general los mismos *caballeros del puñal* que la guardia nacional, mandada por Lafayette, había arrojado de castillo en abril del 90. Sin embargo, aceptaron el peligro y fueron a defender al rey el 10 de agosto del 92. Peligro real en más de un sentido. Para llegar al castillo tenían que atravesar por entre una multitud hostil sin armas ostensibles, con puñales o pistolas. Y allí se encontraban con la malquerencia y la envidia natural de los guardias nacionales. Había motivos para vacilar, pero les habían enviado tarjetas personales de llamamiento a domicilio. Seiscientos acudieron al llamamiento, a los que hay que añadir la servidumbre de los castillos reales, los antiguos servidores que no hicieron falta en el día del peligro. El todo constituía una corte muy seria, sin orden, ni etiqueta, pero verdaderamente imponente y militar. Aquellas gentes, vestidas de negro, todos oficiales o caballeros de San Luis, llevaban el traje civil, y por un extraño contraste, los comerciantes, los empleados, los proveedores, eran los que como guardias nacionales vestían de soldados. Al aspecto de aquellas fisonomías burguesas, las gentes de armas creyeron que no

estaría de más el animarles algo, y dándoles palmadas en los hombros, les decían: "Vamos, caballeros de la guardia, éste es el momento de demostrar valor". — "¡Valor?, estad tranquilo, replicó un capitán de la guardia nacional, ya lo demostraremos, creedlo, pero no a vuestro lado".

En realidad no se tenía mucha confianza en la guardia nacional. Los nobles ocupaban las habitaciones más inferiores, los puestos de confianza. Los suizos tenían cuarenta cartuchos cada uno, y los guardias nacionales tres. Sobre todo la artillería de la guardia nacional fue objeto de una desconfianza excesiva, lo cual hizo, como sucede siempre, que la mereció de veras. Colocaron detrás de los artilleros de cada pieza, pelotones de suizos o de granaderos de los Filles-Saint-Thomas, que los vigilaban, con los sables desenvainados, prontos a lanzarse sobre ellos. Aquellos artilleros se hallaban colocados precisamente debajo de los balcones, a tiro de los mismos. Varias veces intentaron cambiar de sitio la batería; pero otras tantas fueron colocados por el estado mayor en puntos donde podían fusilarlos a mansalva.

¿Quién mandaba en el castillo? Los guardias nacionales no reconocían más jefe que Mandat. La Comuna le mandó llamar. Su instinto le aconsejaba el no ir. Al segundo llamamiento vaciló y consultó a los que le rodeaban. Los ministros le incitaban a que no fuera. El constitucional Roederer le dijo que con arreglo a la ley el comandante de la guardia nacional estaba a las órdenes de la municipalidad. Entonces ya no dudó. Le pareció que en efecto había que aclarar lo de los cañones del Puente Nuevo, y sin duda también asegurarse del puesto que había situado en la Grève para atacar y destrozarse al barrio cuando pasase. En su consecuencia trató de convencerse a sí mismo, ahogó sus presentimientos, hizo un esfuerzo y partió.

Su marcha debilitaba la defensa del castillo. Dejó el mando a un oficial muy poco sereno. La reina, que también tenía sus presentimientos, llamó aparte a Roederer y le preguntó qué creía él que debía hacerse.

Y precisamente en aquel momento habían hecho los consejeros de la reina, sin saberlo los ministros, una verdadera imprudencia. A aquella guardia nacional indecisa y de mal humor, que se preguntaba por qué iba a pelear, y si no cometía una locura tirando con los nobles contra la guardia nacional, idearon mostrarle lo mejor que debía convencerla de que tenía razón para dudar. Para confirmar a todo el mundo en la convicción de que la monarquía era imposible, nada mejor que enseñarles el rey.

Aquel pobre hombre pesado y poltrón, ni aún en aquella noche suprema para la monarquía había podido velar hasta el fin; había dormido una hora y acababa de levantarse. Se adivinaba en su peluca aplastada y desrizada de un lado. Entonces se pudo apreciar lo peligroso que eran aquellas modas péfidas en tiempo de Revolución. ¿Quién podía tener la seguridad, en una de aquellas crisis, de tener en el momento preciso dispuesto al peluquero?... Tal como estaba, le hicieron bajar aquellos torpes, le mostraron y le pasearon. Para colmo de la mala suerte, iba vestido de color de violeta: este color es el luto de los reyes; entonces era el luto de la realeza. Aun en esto había algo, sin embargo, que podía conmover, pero tuvieron

la desgracia de convertir una escena trágica en otra sumamente ridícula. El viejo mariscal de Mailly se arrodilla a los pies de aquel rey despeinado, desenvaina su espada y en nombre de los gentiles-hombres que la rodean, jura vencer o morir por el nieto de Enrique IV. El efecto fué de lo más grotesco y excedió a cuanto inventó la caricatura de los volatineros de 1815. El rey gordo y pálido, paseando una mirada triste que no se fijaba en nadie, apareció, en medio de aquellos nobles, lo que era realmente: la sombra y el espectro del pasado.

Por un movimiento natural, todos aquellos guardias nacionales y hombres de todas clases, pasando violentamente de aquel pasado a la realidad viviente, exclamaron: "¡Viva la nación!".

Decididamente la nación no quería degollarse a sí misma; aquella matanza impía era imposible. A las insinuaciones de los oficiales municipales habían contestado los guardias nacionales: "¿Podemos disparar contra nuestros hermanos?". El aspecto de aquel rey y de los nobles acabó de decidirlos. Aquello fué una deserción universal. Los artilleros no solamente querían marcharse, sino que querían llevarse los cañones. No pudiendo hacerlo expuestos al fuego que les amenazaba desde los balcones, inutilizaron las piezas, introduciendo en ellas a la fuerza una bala sin pólvora; para extraerla se hubiera necesitado una operación larga y difícil, imposible de realizar en el momento en que iba a empezar el combate.

El rey volvió sofocado, jadeante por el ejercicio que había hecho, entró en su habitación, se sentó y descansó. La reina lloraba sin pronunciar palabra; pero se repuso pronto y se presentó con el delfín, valerosa y con aire despreocupado, con los ojos secos, aunque enrojecidos. La multitud de los concurrentes se hallaba reunida en la sala de billar, muchos de pie sobre las banquetas para presenciar mejor lo que iba a suceder. M. d'Hervilly, con la espada desenvainada, dijo en alta voz: "Ujier, abrid las puertas a la nobleza de Francia". El efecto del golpe de teatro que se creía que produciría aquellas palabras, fué muy mediano. Doscientas personas entraron en la sala, otras se alinearon en las habitaciones precedentes. Una parte no pequeña de aquella nobleza se componía de burgueses. Muchos de ellos estaban ridículamente armados y se burlaban unos de otros. Un paje y un escudero del rey, por ejemplo, llevaban sobre los hombros, a guisa de mosquete, un par de tenazas que se acababan de dividir. La mayor parte, sin embargo, tenía armas inocentes, puñales, pistolas y cuchillos de caza. Otros llevaban trabucos.

Se colocaron en orden de batalla en las habitaciones. Los que quedaban de la guardia nacional para defender el castillo, creyeron que se dirigía contra ellos la maniobra de aquella nobleza tan bruscamente llamada. El comandante de los guardias nacionales había ido a recibir órdenes y no se las habían dado. Se aprovechó aquel momento de ausencia para dividir su tropa, colocando veinte hombres en otro puesto. La guardia nacional, manifestamente suspicaz, no se obstinó ya en defender a los que no querían ser defendidos por ella; y acabó por desfilar salvo un número insignificante. Entre éstos estaba Weber, el hermano de leche de la reina: trastornado de dolor y de inquietud por ella, volvió, entró en sus habitaciones, y la encontró llorando: "Pero Weber, ¿qué hacéis?, le

dijo ella, no podéis continuar aquí... Sois el único de la guardia nacional".

El abandono de las Tullerías era mucho más grande de lo que creía la reina. El castillo estaba ya solo y como una isla en medio de París. Toda la ciudad se mostraba hostil o en una neutralidad menos que simpática. La Revolución acababa de verificarse en el Hotel de Ville; se había vertido la primera sangre, la de Mandat, comandante de la guardia nacional.

Mandat, al llegar a la Grève, lo había encontrado todo cambiado. Una multitud inmensa llenaba el Hotel de Ville y toda la plaza. La guardia que había puesto en el arco de San Juan había sido alejada de allí. Avanzar era peligroso; retroceder imposible. Se abandonó a la fatalidad, subió y se encontró enfrente de la nueva Comuna, en presencia de la insurrección que había prometido sofocar. Apresado en el lazo que él les había tendido, interrogado en virtud de qué orden había reforzado la guardia del castillo, pretextó una orden del alcalde (orden ya antigua, sin relación con la jornada del 10); luego manifestó que no podía presentar más acta que una requisición dirigida por él al departamento. Por fin, no sabiendo ya qué decir, alegó que un comandante tenía el derecho de tomar precauciones súbitas para un suceso imprevisto. Se le recordó que había dicho en el castillo, hablando de Pétion: "Su cabeza nos responde del menor movimiento". La de Mandat pendía de un cable. Lo que decidió su suerte fué que arrojaron sobre la mesa la misma orden que él había dado al comandante del puesto del arco de San Juan para que hiciese fuego sobre las columnas del pueblo, atacándole por detrás. Un clamor universal se alzó contra él: le tomaron por el pescuezo y le llevaron a la prisión de la ciudad; pero alguien objetó que le matarían en el acto y trataron de llevarle a la Abadía.

Hasta entonces había, al parecer, vacilación entre los jefes. Incertidumbre sobre las disposiciones reales del pueblo, temor y dudas. El somatén pareció al principio que no producía resultado, y por un momento tuvieron la idea de hacerlo cesar; acaso lo habrían hecho si se hubiese podido; pero hubiera sido muy difícil circular por todo París la contraorden, y las campanas habían sido ya echadas a vuelo. A eso de las seis, cuando se presentó Mandat en el Hotel de Ville y fué detenido, intentó la Comuna justificar aquel acto. Envío a la Asamblea nacional para que acusaran a Mandat, asegurando que era él el que había hecho tocar a somatén y que por esta causa le habían reprendido. Un accidente imprevisto desbarató estas intrigas políticas. Los exaltados no permitieron que Mandat llegase vivo a la Abadía. A la salida del Hotel de Ville le abrieron la cabeza de un pistoletazo.

Al perder así la Comuna su rehén más precioso no podía ya retroceder; se arrojó decididamente y sin escape en la insurrección. y dió orden de tocar generala. Eran las siete de la mañana, y ya, desde la Bastilla hasta la iglesia de San Pablo, en la parte espaciosa y ancha de la calle de San Antonio, había, como hemos dicho, 80 ó 100 divisiones, compuesta cada una de cien hombres, armados de fusiles, sobre ocho o diez mil guardias nacionales. Su apresuramiento había sido extraordinario, contra lo que podía esperarse dada la lentitud de la víspera. La masa, aumentada en la calle de

San Antonio por cada una de sus laterales que habían servido de afluentes a aquel río, pasó sin dificultad el fatal arco de San Juan, donde se había jactado Mandat que la destrozaría. Una hora permaneció en la Grève, sin poder obtener ninguna orden: los unos decían que la Comuna esperaba todavía algunas concesiones de la corte, los otros que el barrio San Marcelo se atrasaba, que se temía que no pudiera realizar a tiempo su unión en el Puente Nuevo.

A las ocho y media, un millar de hombres con picas perdieron la paciencia y tomaron su partido, rompiendo las filas de la guardia nacional y diciendo que se pasarían sin ella. Estaban muy mal armados; entre todos no tenían una docena de fusiles; muchos ni aun picas tenían, sino navajas, o simplemente herramientas de sus oficios. Algunos federados, marseleses y otros que no lo eran, soldados aguerridos, no pudieron ver que aquellas gentes se marchasen solas, con tan pocas probabilidades de vencer; trataron de dirigirles y se arriesgaron a marchar a su cabeza a arrostrar el primer fuego.

La familia real acababa de dejar las Tullerías. El procurador síndico Roederer había unido su ruego al de los celosos servidores que a toda costa querían librar al rey del peligro. Por ambas partes se parlamentaba.

Un joven pálido y delgado, que entró como diputado de los asaltantes, había obtenido de Roederer autorización para que entrasen veinte diputados en el castillo. Mientras tanto, varios, sin más ceremonia, se habían subido a caballo sobre las murallas y hablaban familiarmente con los pocos guardias nacionales que aun quedaban en los patios.

Roederer creyó el peligro inminente. Entretuvo al joven parlamentarario con el ofrecimiento de introducir a los diputados de la insurrección, corrió a escape al castillo, atravesó rápidamente por entre la multitud que llenaba los salones y dijo al rey: "Señor, Vuestra Majestad no tiene que perder un momento: no hay salvación para ella más que en la Asamblea nacional".

Un administrador del departamento (proveedor de la reina, celoso constitucional), habló también en este sentido. "Callaos, M. Gerdret, le dijo la reina: el que ha hecho el daño no tiene el derecho de hablar... No os está permitido alzar aquí la voz". — Luego, volviéndose hacia Roederer: "Pero tenemos fuerzas..." — "Señora, todo París marcha... Señor, no es un ruego lo que acabamos de dirigirnos... no tenemos más que un partido que tomar... os pedimos el permiso para llevaros". El rey levantó la cabeza, miró fijamente a Roederer, y luego dirigiéndose a la reina, dijo "¡Marchemos!", y se levantó.

El rey, al dirigir esta palabra a la reina, resolvió una cuestión delicada, que en otro caso se hubiera suscitado. ¿Iría él solo a la Asamblea?, ¿o se presentaría a ella acompañado de una esposa tan impopular? Esta era acaso en aquel momento la cuestión decisiva de la monarquía. Monsieur de Lally-Tollendal, en las supuestas memorias de Weber, confiesa lo que han disimulado todos los demás historiadores, a saber, que según el rumor público, el departamento y la municipalidad debían invitar al rey a que saliese solo de las Tullerías y se fuese solo a la Asamblea nacional. Este proyecto ofre-

cía a la monarquía alguna esperanza de salvación. Verdad es que la reina quedaba en peligro; acaso estaba menos expuesta a que la matasen que a que la apresasen y la juzgasen (cosa que ella temía más), sujetándola a un proceso escandaloso que la habría sepultado deshonrada y degradada en el fondo de un convento.

Roederer, obligado a llevar a la reina con el rey, insistió para que al menos no les acompañase nadie de la corte. Pero la reina quiso que la siguiesen madame Lamballe y madame de Tourzet, institutrices de los niños. Las otras damas quedaron aterradas, inconsolables al ser abandonadas.

"Cuando estuvimos al pie de la escalera, dice Roederer, me dijo el rey: "¿Qué va a ser de las personas que han quedado allá arriba? — Señor, están con trajes de calle. Dejarán las espadas y os seguirán por el jardín. — Es verdad, dijo el rey... Pero no hay mucha gente en el Carrousel. — ¡Ah! señor, doce piezas de artillería, un pueblo inmenso que llega..."

Este último recuerdo, esta vacilación, es todo lo que merecieron de Luis XVI sus defensores. Se dejó llevar y los abandonó a la muerte.

Un oficial suizo, d'Affry, ha declarado que la reina le había ordenado que obligase a los suizos a que hicieran fuego. Otro, el coronel Pflyffer, en su libro publicado en 1821, dice que el viejo mariscal de Noailles anunció que el rey le dejaba el mando y que no debía dejarse forzar. — La reina no dudaba de que la defensa sería victoriosa: al marchar dijo a las damas que dejaba: "Vamos a volver".

Los que se quedaban se afectaron de diferentes modos con la marcha del rey. Un oficial suizo preguntó tristemente a Roederer: "¿Creéis salvar al rey llevándole a la Asamblea?". Algunos se desesperaron al verse abandonados de aquella suerte; otros se arrancaron las cruces de San Luis y rompieron sus espadas.

Varios, por el contrario, no teniendo ya que cuidarse del rey ni que proteger mujeres y niños, experimentaron como un acceso de alegría furiosa por el combate a muerte que iban a entablar. Sirvieron a los suizos aguardiente sin tasa, y sin cuidarse de defender la larga línea de murallas que existían entre el patio y el Carrousel, dieron órdenes al conserje para que levantase las barras de la puerta real. La multitud que golpeaba aquella puerta se precipitó por ella con ciega confianza, se lanzó a través del estrecho patio, sin fijarse en las ventanas de enfrente erizadas de fusiles, ni en las barracas laterales que cerraban el patio por derecha e izquierda, y les acechaban con ojos feroces.

Los que entraban eran los impacientes de que ya hemos hablado, aquellos hombres armados con picas que habían tomado la delantera, y que en el camino habían ido aumentando hasta llegar a dos o tres mil hombres. Llegaron sin detenerse, corriendo, hasta el vestibulo. Allí, al fin, se pararon. El vestibulo del palacio, mucho más grande que hoy, estaba verdaderamente imponente. La escalera grande por donde se subía majestuosamente a la capilla y a las habitaciones, tenía ocupados todos sus escalones por una línea de suizos. Inmóviles, silenciosos, desde el pie hasta lo último de la escalera, apuntaban a los asaltantes. ¿Cuáles eran las intenciones de aquellos suizos? Muy diversas, difícil de expresar. Muchos, sin duda, deseaban no hacer fuego. Un gran número de aquellos soldados

eran del cantón de Friburgo, otros del Vaud, es decir franceses, franceses por el idioma y franceses por el carácter. Sin duda les parecía odioso e impío disparar sobre su verdadera patria, la Francia.

Un momento antes de la irrupción habían ido algunos artilleros de la guardia nacional a buscar a aquellos pobres suizos, que con lágrimas en los ojos se habían arrojado en sus brazos. Dos de ellos no vacilaron en abandonar el castillo y siguieron a los artilleros. Estaban bajo un balcón desde donde les veían sus oficiales. Se oyeron dos disparos con tan certera puntería que cayeron los dos suizos, sin ser heridos los franceses.

Dura lección para los demás. La disciplina, además, y el honor de la bandera, el juramento, les mantenían inmóviles. La turba de los asaltantes, al ver aquellos hombres de piedra, no tuvo miedo. antes bien se echó a reír. Empezó a dirigirles pullas; pero los suizos no se reían. Se hubiera podido dudar de que estuviesen realmente vivos. El pilluelo se envalentona pronto, y en cierto modo todo el pueblo parisense se compone de pilluelos. Aquellos con doce fusiles viejos, unas picas y unas navajas, no estaban en disposición de combatir con aquel ejército de suizos armados hasta los dientes. Sabían que varios suizos habían intentado pasarse a la guardia nacional y trataron de aprovechar aquellas buenas disposiciones. Algunos que llevaban garfios en las puntas de los palos, idearon arrojar aquella especie de anzuelos y enganchar primero uno y luego otro prendiéndoles del uniforme y tirando de ellos con grandes carcajadas. La pesca de los suizos dió buen resultado. Cinco o seis se dejaron prender sin hacer resistencia. Los oficiales empezaron a temer que llegasen a entenderse los atacados y los que atacaban, y dieron orden de hacer fuego.

Entonces pudo apreciarse toda la fuerza de la disciplina. Disparaban sin vacilar. El efecto de aquel fuego escalonado de arriba a abajo, convergiendo todo y casi a boca de jarro sobre una masa viviente, fué espantoso. Jamás hubo en un sitio tan estrecho una carnicería tan horrible. Todos los tiros hacían blanco. La masa vaciló y cayó a un tiempo. Ninguno de los que entraron en el vestibulo salió vivo. Las referencias únicas que tenemos son las de los realistas que estaban en las escaleras. Dos horas después uno de los asaltantes que atravesó el vestibulo y vió aquella montaña de muertos, dijo que sofocaba aquel olor de carnicería y que no se podía respirar.

No hay para qué decir que todos los que se hallaban en el patio echaron a correr con toda la celeridad que les permitieron sus piernas. No pudieron huir, sin embargo, tan a prisa, que se libraran de ser acorralados al paso por el fuego de las barracas de derecha e izquierda, que estaban llenas de soldados. Fué verdaderamente una caza a la espera; los cazadores tenían la caza en la boca de los fusiles y podían escoger. Tres o cuatrocientos hombres perecieron en aquel fatal desfiladero sin que pudiesen disparar un tiro.

Dos salidas se hicieron a la vez de aquel palacio asesino, una por los suizos en el centro, bajo el pabellón del Reloj, otra por los nobles, que salieron del pabellón de Flora, llevaron la persecución a lo lejos del muelle, hacia las callejuelas del Louvre y a la calle de San Honorato. Los suizos, formados en batalla en el Carrousel, ha-

ciendo fuego en todas direcciones, fusilaron la retaguardia de los que huían y sembraron toda la plaza de cadáveres.

El castillo se creyó vencedor, imaginando que había aplastado la insurrección; pero no era más que a la vanguardia. En medio del fuego, mientras que los suizos disparaban todavía sobre la multitud amontonada en las embocaduras de las estrechas calles, M. d'Hervilly se dirige a ellos, sin sombrero, sin armas, y les dice: "No es eso, hay que ir a la Asamblea, con el rey". El viejo Viomenil gritaba: "Adelante, valientes suizos, adelante; salvad al rey; vuestros antepasados le salvaron más de una vez".

Entonces creyó Roederer (y varios de los actores del 10 de agosto lo creen todavía), que aquel momento había sido previsto, y que con esta esperanza había deseado la corte el combate. Vencida la insurrección, o al menos descorazonada por el rigor del primer golpe, se replegaría la guarnición sobre la Asamblea nacional; se proclamaba su disolución, y el rey, rodeado de sus tropas, salía de París, huía a Rouen, donde era esperado y se encontraba otra vez.

Yo creo que la reina, si no se hubiera creído segura del resultado, jamás habría abandonado en las Tullerías a tantos fieles servidores. Esperaba en la Asamblea, pálida y palpitante, el éxito de aquel terrible golpe a lo Jarnac dado a la Revolución. Por un momento, la misma Asamblea creyó llegada su última hora, esperando ser acuchillada, o por lo menos prisionera del rey que había acogido en su seno.

Y sin embargo, lejos de haber vencido la contrarrevolución, era la revolución la que avanzaba.

La unión de San Antonio y San Marcelo se había verificado en el Puente Nuevo. Desde el pabellón de Flora podía verse allí en el muelle del Louvre al ejército vengador del pueblo, el bosque de sus bayonetas reflejando las luces de la mañana.

Había tropezado con muchos obstáculos; el ejército, poco acostumbrado a las maniobras, había perdido mucho tiempo, teniendo que avanzar en columnas por aquellos muelles entonces tan estrechos. Los quinientos marseleses, los trescientos bretones y los otros federados, tropas muy militares, iban en el puesto de honor; caminaban al fuego los primeros; debían entrar en el Carrousel por los postigos próximos al puente Real. Los del Marais y las otras secciones de la orilla derecha debían penetrar por el Louvre; San Marcelo y la orilla izquierda se encargarían del puente Real, del muelle de las Tullerías, del de la Concordia y de la plaza, de modo que el castillo quedase entre dos fuegos. San Antonio tenía dos cañones pequeños y San Marcelo otros tantos; ésta era toda su artillería.

Si la masa de los fugitivos hubiese sido rechazada hacia el muelle, hubiera podido producir confusión y pánico entre las columnas que venían; pero, como hemos dicho, fué repelida hacia la calle de San Honorato y las callejuelas del Louvre. Los marseleses y el barrio de San Antonio no vieron aquel desconsolador espectáculo; llegaron frescos, confiados, con la cabeza alta. Sabían en general que habían atraído y fusilado a sus hermanos, y redoblaron el paso furiosos. Las secciones del Marais, que llegaron al Carrousel por las encrucijadas del Louvre, vieron infinidad de heridos; pero aquellos heridos, llenos de entusiasmo, de odio y de cólera, pedían venganza.

por la perfidia de los suizos: "íbamos a besarles en las mejillas, cuando han derramado nuestra sangre".

Los marselleses atravesaron los postigos del muelle, vieron a los suizos formados en batalla en el Carrousel, se abrieron bruscamente dando paso a sus cañones y dispararon a boca de jarro dos metrallazos. Los soldados se entraron sin esperar un tercer disparo, abandonando sus heridos, sin duda un poco sorprendidos al encontrar viva hasta aquel punto la insurrección que se figuraban haber muerto. Los federados de San Antonio avanzaron a paso de carga y ocuparon dos de aquellos patios: el real o del centro y el de los príncipes, próximo al pabellón de Flora y al muelle. Las secciones que habían venido por el Louvre habían llenado el Carrousel, mucho menos grande en aquella época; empujaban a los que habían llegado primero y penetraban en los patios todo cuanto podían. La inmensa y sombría fachada vomitaba rayos por sus cien ventanas. Además de todos los fuegos del frente, los nobles, al acecho desde las ventanas del pabellón Flora y de la galería grande del Louvre, tiraban sobre el flanco. Detrás del pabellón del Reloj, bajo los fuegos cruzados que detenían a los asaltantes, estaban formados los granaderos suizos, que contestaban con salvas a los tiradores de la insurrección. El tiempo estaba en calma, el humo era muy espeso; no había ni un soplo de aire para disiparle; se tiraba a ciegas, lo cual era desfavorable a los asaltantes, pues apenas distinguían las ventanas, y sus tiros se estrellaban contra las paredes. Por el contrario, sus enemigos, apuntando a murallas vivas, quiero decir, a masas de hombres, tenían que dar en el blanco a la fuerza: cada tiro mataba o hería. Cansados los federados de recibir sin dar, en medio de una lluvia de balas, colocaron en batería, en la puerta grande, una pieza de a cuatro, dos de cuyos disparos obligaron a los suizos a abandonar el patio. Se replegaron al vestíbulo en buen orden, y de cuando en cuando salían por pelotones para tirar todavía.

En el momento en que los federados pasaron del Carrousel al patio, las barracas colocadas paralelamente al castillo hicieron fuego por detrás, creyendo obtener el mismo éxito que habían logrado una hora antes. Pero desde la primera descarga se lanzaron con furia los marselleses sobre las aberturas de las barracas, y no pudiendo forzarlas lanzaron sobre ella dos cartuchos de artillería cuya explosión hizo saltar los techos, derribó las paredes y lo incendió todo.

El fuego se propagó en un abrir y cerrar de ojos de un extremo a otro, recorrió toda la línea desapareciendo todo entre torbellinos de llamas y de humo, escena horrible de la que los mismos asaltantes apartaron las miradas con horror.

¿Fue entonces o mucho antes cuando un capitán suizo, Turler, fué a preguntar al rey si era preciso rendir las armas? Grave cuestión histórica que, resuelta en un sentido o en otro, debe modificar nuestras ideas sobre el carácter de Luis XVI.

Según una tradición realista, los suizos, un momento vencedores, iban a marchar contra la Asamblea; un diputado les detuvo, les intimó que entregasen las armas, y el capitán consultó al rey, sin obtener otra respuesta sino que era preciso entregarlas a la guardia nacional.

Según otra versión más creíble, puesto que consta en el proceso

verbal de la Asamblea, *después que el rey oyó el informe* del procurador general Roederer anunciando a la Asamblea que *el castillo se había rendido*, entonces y después del terror pánico que se apoderó de la Asamblea, fué cuando el rey advirtió al presidente que había hecho dar la orden a los suizos para que no hiciesen fuego.

Esto aclara la cuestión que se ha intentado oscurecer. El rey quiso evitar una mayor efusión de sangre, *cuando supo que el castillo había sido tomado*, cuando ya no tuvo ninguna esperanza. Esta orden podía tener la doble ventaja de disminuir la exasperación de los vencedores y de dejar a cubierto el honor de los vencidos, de suerte que éstos pudiesen decir, como efectivamente dijeron, que únicamente la orden del rey pudo quitarles la victoria.

A aquella hora había sido tomado el castillo; los suizos que habían defendido palmo a palmo la escalera, la capilla, las galerías, habían sido arrollados en todas partes, perseguidos, muertos. Los más afortunados habían sido los nobles, que dueños de la galería grande del Louvre, tenían siempre una salida dispuesta para escapar. Todos o casi todos se escaparon; entre los muertos no se encontró ninguno. Los cadáveres vestidos con ropa fina, llevaban también vestido rojo, eran los falsos suizos, antiguos guardias constitucionales, y no los nobles.

Los uniformes rojos eran muy numerosos, muchos más de los 1.330 verdaderos suizos que menciona su capitán. Suizos o no se portaron admirablemente. Se retiraron lentamente por el jardín, aguardando, recogiendo a sus camaradas con la sangre fría y el aplomo de tropas veteranas, maniobrando como en una parada, estrechando tranquilamente sus filas a medida que el fuego enemigo las aclaraba. Hicieron quizás diez paradas al atravesar el jardín (dice un testigo ocular) para rechazar a los asaltantes cada vez con dos fuegos de fila perfectamente ejecutados.

Una cosa debió extrañarles mucho, la prodigiosa multitud de guardias nacionales que invadía el jardín y que iba siempre en aumento. A las ocho, antes del combate, había habido en la Grève ocho o diez mil guardias nacionales armados con fusiles; entre doce y una, inmediatamente después del combate, el mismo testigo vió en las Tullerías hasta treinta o cuarenta mil.

Descontando la parte ordinariamente numerosa de los hombres que corren siempre en auxilio de la victoria, resulta sin embargo evidenciado que el 10 de agosto fué realizado o consentido, ratificado en cierto modo, por el conjunto de la población, no por una parte del pueblo, y de ningún modo por una parte ínfima como tantas veces se ha repetido. Había un gran número de hombres uniformados entre los que tomaron el castillo. Estos mismos uniformes ocasionaron una fatal equivocación. Los federados bretones, que llevaban trajes rojos, fueron equivocados por los oficiales del castillo con suizos pasados al enemigo, y objeto de preferente puntería cayeron ocho al primer disparo.

La espantosa unanimidad de la guardia nacional, que de momento en momento se manifestaba a los suizos, acabó por quebrantarlos. Cuando llegaron cerca de la fuente grande, hacia la plaza de Luis XV, vacilaron sus filas, comenzaron a desbandarse; la idea mortal de la salvación del individuo, que casi siempre pierde a los hombres, se apoderó visiblemente de ellos. Vieron, o creyeron ver que su valor, su admirable disciplina les había perdido retrasando

su retirada. Algunos centenares se lanzaron como ciervos furiosos al abrigo de los grandes árboles, rechazaron a los tiradores enemigos y ganaron la puerta que está enfrente de la calle de San Florentino; trescientos próximamente escaparon; un grupo, perseguido muy cerca, se refugió en el hotel de la marina; allí fueron encontrados y degollados.

Los que permanecieron unidos intentaron pasar desde las Tullerías a los Campos Eliseos; pero apenas pusieron el pie en la plaza, un batallón de San Marcelo, que tenía dos piezas colocadas en batería a la bajada del puente, les disparó un cañonazo con metralla: un solo tiro, que derribó por tierra a treinta y cuatro. Los otros, dispersos por aquel terrible fuego, arrojaron sus fusiles y desenvainaron los sables, arma inútil contra las picas de sus encarnizados enemigos. Unos treinta se defendieron un instante cerca de la estatua de Luis XVI (donde ahora está el obelisco), al pie de aquel triste monumento de la monarquía, tan poco digna de su abnegación y de su fidelidad.

Otros que tuvieron la suerte de ganar los Campos Eliseos, fueron ocultados por buenas gentes que les disfrazaron y les hicieron escapar por la noche.

En general en aquella jornada sangrienta no hubo término medio; los vencidos encontraron o la muerte o la hospitalidad más cariñosa, generosa hasta el heroísmo, que en caso necesario, llegó hasta afrontar la muerte para salvarlos. Y esto prescindiendo de toda opinión política; violentos revolucionarios se condujeron como realistas.

En el mismo castillo, la multitud, horriblemente irritada por sus enormes pérdidas y por lo que creía la perfidia de los suizos, no se mostró tan bárbaramente ciega como podía suponerse. Las damas de la reina, infinitamente más odiadas que los hombres, como *consejeras y confidentes de la austriaca*, no sufrieron la menor indignidad. La princesa de Tarento había hecho abrir las puertas y recomendó a los primeros que entraron a una joven, señorita, Paulina de Tourzel. Algunas mujeres, madame Campan entre otras, fueron detenidas un momento y amenazadas de muerte; pero no fué más que el susto; las dejaron libres con estas palabras: "Bribonas, la nación os perdona". Los mismos vencedores las escoltaron para que se escapasen y las ayudaron a disfrazarse para que se librasen de las bandas de verduleras que las seguían gritando que debieran matarlas.

Uno de los asaltantes, M. Singler (luego conocido y estimado como director de teatro), ha contado que al entrar en la habitación de la reina vió que la multitud rompía los muebles y los arrojaba por las ventanas; un magnífico clavicordio, lleno de pinturas preciosas, iba a seguir el mismo camino. Singler no perdió un momento, y se puso a tocar en él cantando la Marsellesa. Todos aquellos hombres furiosos, sangrientos, olvidaron en un momento su furor; hacen coro, se colocan alrededor del clavicordio, y se ponen a bailar, entonando el himno nacional.

No, aquella multitud, tan abigarrada, de los vencedores del 10 de agosto no era, como tanto se ha dicho, una banda de bandidos, de bárbaros. Era el pueblo entero: sin ninguna duda se hallaban allí reunidos todos los caracteres, todas las condiciones, todas las naturalezas. Allí se encontraron las pasiones más furiosas; pero nada indica que en aquel momento de exaltación heroica se mostraran en nadie las pasiones bajas o las innobles. Hubo muchos actos magnánimos. Y la conmovedora frase del panadero que citamos al principio

de este capítulo, demuestra suficientemente que el peligro, que con tanta frecuencia hace feroces a los hombres que lo afrontan por vez primera, no había apagado de ningún modo en el corazón de los asaltantes los sentimientos de humanidad.

Una escena extraordinaria, patética en sumo grado, se desarrolló en la Asamblea nacional. Que pase a la posteridad, para atestiguar eternamente la magnanimidad del 10 de agosto, del noble genio de la Francia, que conservó aún en medio de los furores de la victoria. Un grupo de vencedores penetró en la Asamblea confundido con los suizos. Un grupo de ellos tomó la palabra: "Cubiertos de sangre y de polvo, con el corazón traspasado de dolor, venimos a depositar en vuestro seno nuestra indignación. Desde hace mucho tiempo una corte páfida ha preparado la catástrofe. No hemos podido penetrar en este palacio sino pasando por encima de nuestros hermanos asesinados. Hemos hecho prisioneros a estos desgraciados instrumentos de la traición; muchos de ellos han rendido las armas: contra ellos sólo emplearemos la generosidad (se arroja en brazos de un suizo, y por el exceso de la emoción se desmaya; los diputados le auxilian. Entonces recobra el uso de la palabra): Necesito una venganza. Ruego a la Asamblea que me permita llevarme a este desgraciado; quiero darle habitación y mantenerle".

CAPÍTULO XII

EL JUICIO DE LUIS XVI

(15 - 20 de enero)

No puede acusarse de barbarie a los que votaron la muerte del rey. — No se puede acusar de débiles a quienes votaron el sobreseimiento, el destierro, etc. — La Gironda aborrecía al rey tanto como la Montaña. — La Gironda, por respeto al pueblo, quiso ahorrar la sangre del rey. — Testamento republicano de la Gironda. — Los dos partidos piden la publicidad de los votos. — Descorazonamiento de Danton (15 de enero). — Es declarado culpable por unanimidad. — El juicio no sometido al pueblo (15 de enero). — Danton ocupa de nuevo la vanguardia de la Montaña contra el rey y la Gironda (16 de enero). — El rey sentenciado a muerte (16-17 de enero). — Discusión acerca del sobreseimiento. — El sobreseimiento rechazado. — Asesinato de Lepelletier (20 de enero). — Enérgica actitud de los jacobinos (noche del 20-21 de enero).

Ningún acontecimiento ha desfigurado tanto la historia como el proceso de Luis XVI. Escritores de gran celebridad han acogido y autorizado las más vergonzosas injurias que se han lanzado contra Francia.

Rogamos al lector que no se deje arrastrar por este surco que ha trazado una historia equivocada; deseamos que el lector examine espontánea y personalmente el proceso y que juzgue por su criterio. Le pedimos al lector que no sienta parcialidad contra Francia.

Aunque la Gironda y la Montaña se hayan equivocado (en nuestra opinión) merecen nuestro profundo respeto por la sinceridad con que ambos organismos trabajaron y por el valor de que dieron prueba.

Lo que parece de pronto sorprendente es que entre quienes deseaban la muerte del rey hubiera hombres de tiernos sentimientos, de buen corazón, sencillos, ingenuos. Jamás ha existido un hombre tan profundamente honrado, ni de alma más sensible, que el gran hombre que organizó el ejército de la República, el bueno, el excelente Carnot. Quizás no hayan existido dos seres más noblemente magnánimos que los hermanos políticos bordeleses Ducos y Fonfrède. Nadie hubo que expresara como ellos la encantadora dulzura y el espíritu eminentemente humano del país de Montesquieu. La

Francia podía mostrar al mundo entero a estos dos jóvenes como modelo de hombres bajo el régimen de la libertad y de la civilización. Espíritus independientes, educados en una elevada filosofía, salidos de familias compuestas de comerciantes, más de una vez protestaron contra la aristocracia mercantil. Admirables por la pureza de sus sentimientos, por su candor, por su sinceridad, llegaron hasta a conmover a Marat. Este trató de salvarlos de las maquinaciones de la Gironda; Ducos y Fonfrède hablaron con arrogancia, siguiendo la misma suerte, buscando los mismos laureles.

No acuséis de barbarie a quienes votaron la muerte del rey. No fué un bárbaro el gran poeta André Chénier, el autor del canto de la victoria. No era un bárbaro Guyton-Morveau, el ilustre químico. No era un bárbaro el modesto Lakanal, quien tomó parte activísima en todas las instituciones creadas en el período revolucionario, el Museo, la Escuela Normal, el Instituto, la reforma radical de los métodos de enseñanza. No era Cambon un bárbaro; la violencia de su resolución financiera no fué obra suya; sino de su tiempo. No hemos de juzgar tampoco a la Montaña por el furor de las declaraciones de sus representantes, que tan mal tradujeron su pensamiento muchas veces. Juzguémosla por el carácter de individuos: que, menos turbulentos, menos fogosos, más útiles, se sentaban a la izquierda. Juzguémosla por estos laboriosos obreros que, en presencia de los grandes males que pesaban sobre la patria, organizaron allí dentro la República y la defendieron en la calle, batiéndose en primera línea, cubriendo masas de soldados con el heroísmo de su pecho y su banda tricolor que respetaban las balas.

Por otra parte, tampoco hubo cobardía entre los que votaron *el destierro, la reclusión, el llamamiento al pueblo, la muerte con sobreseimiento*...

Sobre este punto me encuentro solo completamente. Los historiadores están en contra de mi tesis. ¡Qué importa! Pese a ellos, la historia me da la razón. Entiendo por historia los sucesos que provoca el estado, la condición social, la cultura, el amor patrio de la época. Y entiendo por historia también los testigos serios, irrecusables de aquellos sucesos. Los realistas han inventado esta vergonzosa tradición que hemos continuado nosotros.

Acostumbrados a saquear a Francia, lo mismo han hecho con su honor que hicieron con su territorio. Maliciosamente han urdido la leyenda de que la Convención sintió miedo, no a su conciencia, cuando se trató de votar la muerte del rey, sino al regreso de los emigrados, a la venganza de los realistas.

Lo más curioso que puede observarse es que su odio se concentra precisamente en la Gironda, en el partido que trata de salvar al rey. Robespierre les disgusta menos; han indultado a los jacobinos y han besado la mano del feroz duque de Otranto.

Los girondinos merecieron tal odio. La prensa girondina fué la que fundó la República. Los jacobinos, aun en el 91, cometieron la torpeza de creer que la forma de gobierno, república o monarquía, era una cuestión accesoria, exterior, secundaria. Robespierre dijo en esta época: "Yo no soy republicano ni monárquico".

La Gironda dió dos veces su vida al ideal. Nacida de la filosofía del siglo XVIII, llevó la lógica a los bancos de la Convención. Un principio político les indujo a atacar a la realeza, y este mismo principio les inspiró para salvar al rey: *la soberanía del pueblo*.

Escribieron este principio y lo aplicaron en el Campo de Marte el 91; lo escribieron también sobre los muros de las Tullerías, con las balas y las granadas de la legión marsellesa. Los girondinos fueron consecuentes. En el proceso del rey sostuvieron (ilógica o racionalmente) aquel principio, manifestando que no podían comenzar el camino de la República violando el dogma cuya pureza se proclamó la víspera.

La Montaña sostuvo abiertamente el derecho de la minoría: pretendió salvar al pueblo sin respetar su soberanía. Ardientemente sincera, la Montaña entró con heroísmo en un camino escabroso. Si la mayoría no es nadie, ni el bien es sólo quien debe prevalecer, por poco numeroso que sea, este bien cabe que se presente en forma numérica en las funciones políticas, en las funciones de gobierno: puede estar representado, por ejemplo, por el supremo Consejo de los Diez de Venecia o por un hombre solo, un papa, un rey. Estas deducciones revelan en aquellos principios notorias contradicciones. La Montaña, al atacar al rey, debió hacerlo en el sentido de derribar la significación, el principio de su autoridad, la monarquía.

Sería ignorar singularmente las cosas de aquel tiempo, desconocer el alma de los hombres de entonces, si afirmásemos que en la Gironda se profesó a Luis XVI menos odio que en la Montaña.

Los realistas, muy bien informados, negaron esta diferencia. La Montaña jamás se aproximó a Luis XVI. En sus sentimientos era muy furiosa, pero no fué más hostil que la Gironda respecto al rey. La corte y la Gironda se conocían bien y se aborrecían, no con un odio vago, sino con la rabia encarnizada. Los montañeses persiguen al rey como si fuera un monstruo. Los girondinos lo aborrecían como rey y como hombre. La pena capital votáronla muchos girondinos como si ejercieran una venganza personal. Después del respeto debido al principio político, fué la razón misma la que los decidió a adoptar su actitud. Era su enemigo.

Madame Roland sentía hacia Luis XVI una antipatía natural, instintiva. El carácter débil y falso del rey le repugnaba más que si hubiese sido un hombre perverso. La discípula de Esparta y Roma, admiradora de Plutarco, sentía horror hacia los jesuitas. Prescindía para juzgar a Luis XVI de las circunstancias atenuantes del hombre que nace rey. No podía admitir la tradición odiosa de la realeza.

Si madame Roland hubiera tenido asiento en la Convención, hubiera procedido con mucho rigor.

Sus amigos dividióronse. ¿Quién de ellos expresaba los sentimientos de madame Roland? Difícil es asegurarlo. Sin duda el que ella amaba, aunque nadie fué entonces tan alto que pudiera ser su ideal absoluto. ¿Qué amigo votó lo que quería ella?

¿Fué el animoso Barbaroux? Éste votó por la muerte. ¿Sería el ilustre Buzot, el verdadero corazón de la Gironda, a quien ella profesaba profunda estimación? Salvo la rectificación del pueblo, Buzot votó por que el rey fuera guillotinado. Lanthenas, que vivía muy aproximado a ella, pero como un amigo de categoría inferior, como un criado distinguido, también votó la muerte con sobreseimiento. Bancal, a quien ella amó, votó por la reclusión. Y así fué el voto de su periodista, de su cronista, el ardiente, romancesco y fanático Louvet. Los que vieron a Louvet abrumado bajo el peso de las acusaciones de los realistas ¡hasta de su propia mujer! han

debido comprender su situación. En lo más profundo de su corazón tenía grabada la República. Odiaba al rey. Votó por el respeto a la soberanía del pueblo. Más aún que guillotinar al rey, le gustaba matar el principio político que él representaba. El pueblo no quería la muerte y Louvet votó porque viviera el rey. Seguro que los verdaderos republicanos habrán derramado lágrimas de sangre al leer las memorias de Louvet, en las que no se encuentra otro sentimiento que su invencible amor a la República, su odio al federalismo y su amor hacia la unidad.

Me conmuevo aún recordando la impresión que me causó el 30 de septiembre de 1849 la lectura de dos papelotes manoseados, tintos en rojo. Eran nada menos que los últimos pensamientos de Buzot y Pétion, su testamento de muerte. El rojo del papel no era de su sangre. Llevaban el testamento guardado en el chaleco colorado. Sus cuerpos fueron abandonados a la lluvia y el papel tomó el color del chaleco. Están rotos por las orillas. Pétion, en una carta a su mujer, asegúrale que se podrá dudar de la honestidad de su vida, pero no de la bondad de su conciencia. Buzot, en un manuscrito de firme y enérgica letra, protesta "en el momento en que van a terminar sus días" contra las imputaciones que, deshonran a su partido, contra la injuria que se le lanzó al asegurar que quería dividir a la Francia. La adoración a la patria palpita en cada línea. ¡Santas reliquias! ¿Quién no os creará?... Cuando se piensa que estos documentos fueron escritos en el momento en que, sintiéndose perseguidos (por la jauría de perros, que dicen en sus cartas), abandonaron la casa en que vivían para no comprometer a su huésped y se fueron a la calle tranquilamente a morir juntos, sin otro abrigo que el cielo, se siente emoción profunda.

Invocan a la Providencia. La Providencia ha respondido. Los perros, devorando una parte de su cuerpo, dejaron intactos estos documentos que la lluvia enrojeció.

¿Quién dijo que fueron unos cobardes los que murieron así, con esta dulzura heroica! ¿Que la Convención tuvo miedo, que Roland murió como Catón, que Vergniaud murió como Sidney, temblando y sollozando?... Las amenazas y los gritos pudieron turbar a un Barrère, a un Sieyès, quiero creerlo. Pero ¿cómo osáis decir, con qué pruebas afirmáis que la derecha y la izquierda votaron por miedo? Os dicen que tuvieron miedo frente a probables peligros y yo os afirmo que no sintieron desfallecimiento ante la muerte misma; sonrieron sobre el carromato y muchos cantaron sobre el patíbulo el himno de la libertad. No me convenceréis si decís que los que llevaron la cabeza levantada, mirando valientemente la fatal cuchilla, se sintieran sobrecogidos de temor ante los gritos de la muchedumbre, porque quien no se asustó ante su propia ejecución en el mes de octubre o de termidor, no pudo turbarse ante las contingencias del mes de enero.

En su empeño de empequeñecer las figuras más grandes de la Convención, y en defecto de detalles precisos, han inventado historias pintorescas, melodramáticas, conociendo que se difundirían al menos por sus efectos literarios. Según ellos, Vergniaud juró a su mujer la víspera que no votaría por la pena de muerte, y después, entamente sube a la tribuna y en medio de un profundo silencio, bajo las fascinadoras miradas de los montañeses y de las tribunas,

bajando los ojos, sintiendo, sin duda, cómo se le debilitaba el corazón, dijo con voz sorda: "¡Muerte!".

¡Indigna y vergonzosa historia!

¡No hay otras pruebas que el infame libelo de un reaccionario! ¡No hay otro testigo que un hombre que durante el proceso del rey cambia varias veces de opinión!

El fondo de la historia es el siguiente:

Vergniaud creía al rey culpable de haber llamado en su auxilio al extranjero, delito de lesa nación, que merecía la muerte por castigo. Sin embargo, existían según él circunstancias atenuantes por las que el pueblo podía otorgar gracia al rey. Vergniaud deseaba esto sin duda y sostuvo el llamamiento al pueblo, para que éste juzgara o ratificara la sentencia, pero habiéndose rechazado esta proposición votó por la muerte del rey, como los demás diputados de Burdeos, como Ducos, Fonfrède, añadiendo que admitía la probabilidad de un sobreesimiento. En todo esto ni hay debilidad ni contradicción.

Supongamos que Vergniaud sintiera miedo de que estallara la guerra civil si se salvaba la vida del rey, y ante el temor de que se derramen torrentes de sangre inocente vota por la muerte de Luis XVI. Le culparemos de haber sido severo en el cumplimiento de un deber de humanidad, pero no diremos que ha sido cobarde.

Los dos partidos estimulábanse. La Gironda pidió por medio del órgano de Birodeau que los oradores revelaran desde la tribuna con toda franqueza su opinión y la actitud que observarían.

El montañés Leonardo Bourdon logró que se acordara la obligación de que cada uno firmase su voto. Un hombre de la derecha, Rouger, de acuerdo con el montañés Saint-André, pidió que se nombrara una comisión de lista, la cual haría constar los nombres de los diputados que faltaran a las sesiones, enviando además una comunicación a los departamentos.

Esta disposición caía de lleno sobre Danton.

El día 15 de enero, día decisivo en que se votó la culpabilidad del rey y el llamamiento al pueblo, permaneció Danton lejos de la Asamblea. Lo ocurrido el día 14 había disgustado, descorazonado a Danton. Ésta es la sola explicación que cabe dar de su deplorable ausencia. Dolorido el corazón por desgracias íntimas, tenía aún menos fortaleza para sobrellevar los reveses públicos. La derecha se había dividido y por lo tanto anulado, y no era difícil ver que el centro, débil y mudo, sería arrastrado por la izquierda, que la Asamblea en masa perdería su equilibrio. Desde entonces no hubo ya Asamblea. Quedó la Montaña. Pero la Montaña, a pesar de su fuerza, de su energía, de sus estrepitosas manifestaciones, no sufría menos la presión de fuera, es decir, la presión de los jacobinos. Este poderoso instrumento de la Revolución, los jacobinos, no servía más que para desnaturalizar su espíritu introduciendo el de policía, el de inquisición, el espíritu mismo tiránico y antipático de la reacción. Al penetrar el jacobinismo en la Revolución era preciso que pereciera ésta; encontró una fuerza ruinosa.

Danton meditó todo esto. Vió claramente, cuando otros apenas lo vislumbraban, que perdida completamente como estaba la derecha se había perdido la Asamblea. Vióse allí, él, Danton, sirviendo a la mediocridad jacobina, condenado perpetuamente a obedecer a Robespierre, como dueño, doctor y maestro, siguiendo su pesada, lenta y abrumadora marcha.

Estas ideas tuvieron como anonadado a Danton durante el 15 de enero, cuando su mujer se despedía de él para siempre.

El rey fué declarado *culpable por unanimidad* (recusáronse treinta y siete diputados). Esto se preveía. Lo que no podía adivinarse es que no se aprobara *El envío del proceso al pueblo para su ratificación*.

Cerca de cuatrocientos votos, contra trescientos, tomaron parte en la votación. Y aun en esto la derecha aparece en desorden, dividida. Algunos diputados como Condorcet, Ducos, Fonfrède, etc., etc., pronunciáronse contra la ratificación que solicitaba la Gironda.

El día 16, Danton encontró fuerzas en su propio furor. Tonante, terrible, volvió a la lucha, y de individuo de la Gironda pasó a representar la vanguardia de la Revolución. ¿No era Danton el más fuerte de la Comuna? ¿Quiénes eran los de la Comuna? ¿Jacobinos? No. La mayor parte seguían a Danton con entusiasmo, al Danton convertido otra vez en el instrumento de las venganzas populares, al Danton de la cólera y de la muerte.

Este día levantábase una tempestad en torno de la Convención. Se habla de un 2 de septiembre. En París cundió el pánico y mucha gente se dio a la fuga. Roland escribió a la Convención una carta desesperada. Un hombre de la izquierda, Lebas (crédulo y ardiente patriota), confesó que participaba de las inquietudes de la derecha y expresó el temor de que serían sacrificados.

La Comuna pidió cañones para la defensa de las secciones de París.

Entonces se decidió Danton por la Comuna. Hablando de *El amigo de las leyes*, dijo: "Se trata de una comedia que anticipa la tragedia que representaremos ante las naciones; se trata, señores, de la cabeza de un tirano que haremos caer bajo el hacha de las leyes". Ante la Comuna, Danton habló de su misión en Bélgica, manifestando que se opuso a que el poder fuera entregado a la Gironda para evitar que el ejército sufriera la inspección de Roland.

Discutióse la mayoría de votos que era necesaria para acordar la muerte del rey. Muchos pidieron que la mayoría la compusieran dos tercios de la Asamblea. "¡Cómo! —dijo enérgicamente Danton—. ¿Con una simple mayoría reglamentaria habéis decidido la suerte de la nación, de la República, habéis votado la guerra, y ahora, para juzgar a un individuo reclamáis una mayoría verdaderamente extraordinaria? Se quiere que el fallo de la Asamblea no sea definitivo. ¿Acaso la sangre que en el campo de batalla se derrama por este hombre tiene remedio?" Estas palabras recordaron una reciente carta de Rewbell, Merlin de Thionville escrita entre los muertos y heridos del ejército, en la que preguntaban a la Convención si aun existía el autor de estos males. Se acordó que para aprobar la muerte del rey bastaba con la mitad más uno de los miembros.

Eran las ocho cuando se hizo la tercera pregunta: *¿Qué pena se le impondrá?* La sesión duró toda la noche, una fría noche de enero, y todo el día siguiente, un pálido día de invierno, hasta las ocho de la noche. Terminó a la misma hora que comenzó. Cuando aun no se había proclamado el resultado, se recibió una carta de España. Danton saltó de su asiento y tomó la palabra sin pedirla... Louvet hizo una hermosa frase: "Danton —le gritó—, que aun no eres rey".

"Me asombro —dijo Danton— de ver la audacia con que una nación quiere intervenir en nuestras deliberaciones. ¡Cómo! ¿No reconocen el poder de la República y quieren dictarnos leyes?... Esto es absurdo. Ahora debiéramos votar la guerra contra España. Responded, presidente, al rey español, que los vencedores de Jemmapes no perderán sus fuerzas hasta que no hayan exterminado a los reyes".

La Gironda pidió y obtuvo que la carta, sin leerla, pasara al orden del día.

Los defensores de Luis XVI quisieron hablar antes de proclamado el escrutinio. Danton consintió, pero Robespierre se opuso.

Un diputado del Alto Garona, Juan Mailhe, montañés, pero moderado, expresó su voto de modo que reunió varios elementos de la derecha y en el centro para votar en idéntica forma. *Vota la muerte*, pero añade la siguiente proposición, que él comienza declarando independiente de su voto: "Deseo que una vez votada su muerte, discuta la Asamblea si es de interés público que se aplacé la ejecución o que sea inmediata".

El efecto de esta demanda fué fatal para el rey y fácil de prever al mismo tiempo. ¿Es posible creer que los que votaron en esta forma, como Vergniaud, por ejemplo, desconocieran el resultado que esto iba a ofrecer? ¿Quién osará decirlo? Cada uno especificó expresamente su voto manifestando que votaban por la muerte del rey, pero esto independientemente de la cuestión a discutir, del *sobreseimiento*.

Por la muerte hubo 387 votos y por la reclusión o por la *muerte condicional* 334. Mayoría de cincuenta y tres votos.

El presidente (Vergniaud) con acento de dolor: "La pena que la Convención impone a Luis Capet es la de muerte".

Defensores del rey introducidos en la Asamblea, leyeron una carta del rey protestando de su inocencia y apelando a la nación. Sèze y Tronchet hicieron notar que era muy duro aprobar tan dura sentencia por tan reducida mayoría y más aún si se tiene en cuenta que cuarenta y seis pedían el sobreseimiento después de sentenciado el rey, de suerte que no tuviera la sentencia más que su efecto moral. Sólo siete pedían la muerte a todo trance.

El infortunado Malesherbes se asombró del resultado, turbóse, balbuceó algunas frases, perdió su orientación, solicitó que se le reservara la palabra hasta el día siguiente. Toda la Asamblea sintió profunda emoción. Robespierre declaró que, efectivamente, estaba emocionado, y añadió que el llamamiento al pueblo era imposible hacerlo porque se colocaría a la nación en una situación violenta. Manifestó que quienes trabajaban para despertar la piedad hacia el rey en los corazones, merecían ser perseguidos como perturbadores del reposo público.

Guadet no admitió tampoco el llamamiento, pero pidió que Malesherbes pudiera hablar al día siguiente. La Convención no aprobó ninguna de las dos cosas, acuerdo verdaderamente político, pues era imposible sostener durante más tiempo una situación tan sumamente peligrosa. Sentíase fuego bajo los pies.

La sesión terminó a las once de la noche. Al objeto de que los representantes pudieran caminar seguros por París, ordenóse una iluminación general. Nada más siniestro. Desde las ventanas, hachas y otras luces iluminaban la calle, dando a París un falso

color de fiesta. Toda la noche estuvo oyéndose el mismo grito: "¡La muerte!".

El 18 se vió la cuestión del sobreseimiento, cuestión mucho más grave de lo que podía suponerse. El sobreseimiento era un medio para eludir la sentencia, dando tiempo a los realistas, a quienes se abría la puerta de la guerra civil. La muerte del rey, aplazada, podía causar miles de muertes.

La Montaña habló en este sentido, pero muy torpemente. Reproduciendo las palabras que Robespierre patrocinó (interés público, salud pública, bien de la humanidad), todos repiten lo mismo: "Nada de sobreseimiento —dijo Couthon—; la humanidad exige la ejecución, es necesario abreviar sus angustias, es brutal tenerlo en expectación algunos días más, haciéndole concebir esperanzas que no se realizarán..."

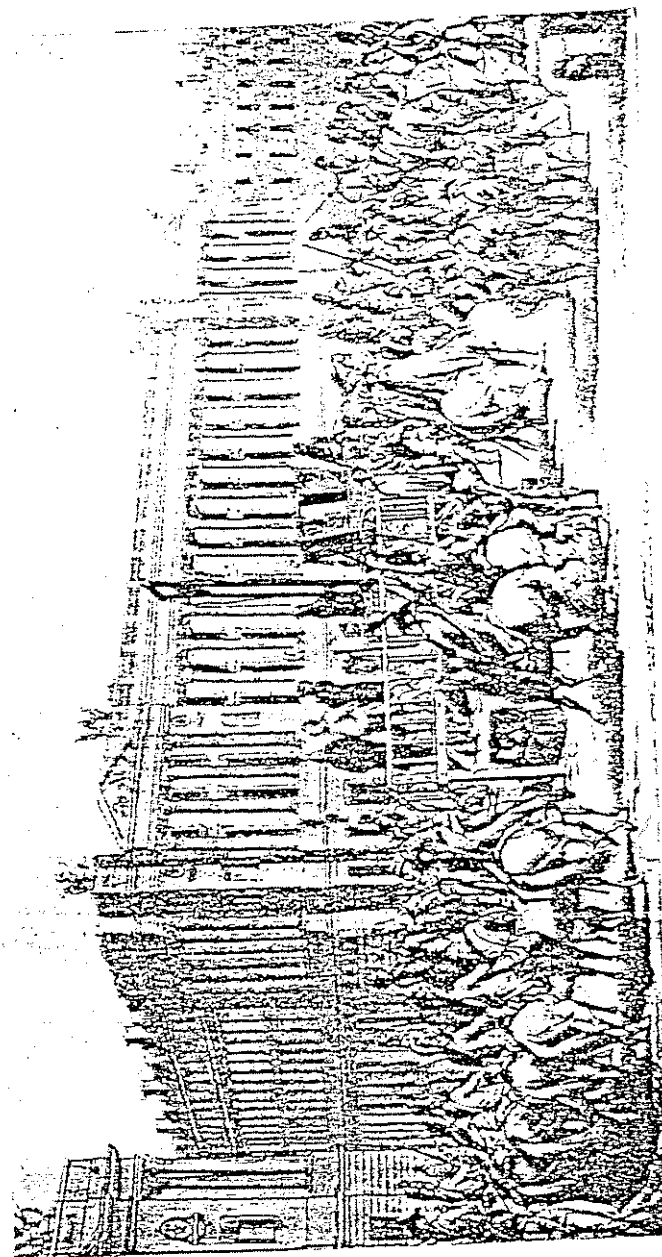
"Nada de sobreseimiento —dice Couthon—; la sentencia se tiene que cumplir porque así lo exige la humanidad, como toda otra sentencia, durante las veinticuatro horas subsiguientes". Robespierre repite no se cuántas veces la palabra *humanidad*. La Convención perdía la paciencia. Cambon, Danton, Reveillère-Lepeaux, expresaron su indignación contra este modo de hablar dulzón e hipócrita. Aunque la sesión terminó poco antes de las once, la Montaña estuvo deliberando hasta las doce, llevando su exaltación hasta el extremo de proponer la muerte de los realistas y de los brissotistas. Acordáronse de Lacroix y se avergonzaron de este acceso de hidrofobia. Legendre los persuadió finalmente de que no debían perturbar a París.

Nada más incoherente que la discusión del 16. La Gironda, descombinada, corría aquí y allá buscando la brújula. Buzot y Barbaroux renovaron sus ataques contra el duque de Orleans, ataques absurdos, intempestivos.

Condorcet evidenció la falta de leyes de organización política para demostrar que la muerte del rey no significaría un acto de inhumanidad. Mostró el estado de Europa y dijo que, precipitando la ejecución, se popularizaba su causa y se haría a los pueblos aliados de los reyes y los reyes constituirían una liga temible contra Francia.

Un espectáculo sorprendente en una Asamblea tan conmovida, fué la aparición en la tribuna de la severa, muda y glacial figura de Tomás Paine. Quería *proponer la misma pena que deseaba la nación*: reclusión o destierro. Preguntó si la Francia quería perder a su único aliado, a los Estados Unidos, potencia amiga por gratitud hacia Luis XVI. Declaró que esto sería una gran satisfacción para Inglaterra. Sería vengarla del libertador de América. Y añadió con admirable buen sentido: "Convened a la opinión, sed grandes y justos y nada tendréis que temer de la guerra; la opinión os dará armas si lográis que esté de vuestra parte; la guerra contra la libertad no puede durar a menos que los tiranos logren interesar a los pueblos...". Después, con asombrosa claridad, penetrando con profunda intuición en lo porvenir, contó, predijo lo que sobrevendría después de muerto el rey. Los reyes explotarían la piedad pública, la indignación de los pueblos, aprovecharían su ignorancia, la propensión a la leyenda, y crearían una poderosa fuerza contrarrevolucionaria.

El espíritu de su discurso respondió a su buen sentido. Barère contestó a Paine. Fué sutil, ingenioso, certero. Resumió con habilidad



Ejecución de Luis XVI (21 de enero de 1793): "Haced lo que queráis; beberé el cáliz hasta las heces."

parecían hechos expresamente: obscuras galerías, cuevas tenebrosas donde vivían los guardias...

Uno de éstos, llamado Pâris, hijo de un empleado de la casa del conde de Artois, salió una noche del domicilio de su amante, una joven perfumista, con dirección al palacio real. Era Pâris alto, valeroso, inteligente, audaz. Maldecía a su partido porque era impotente para salvar al rey, y quiso eximirse de esta tacha de impotencia e incapacidad; lo más bello, debió pensar, sería matar al duque de Orleáns. Pâris paseábase alrededor del palacio real. El 20 lo encontró un amigo y le invitó a que descendiera a una tienda del hostelero Favrier, instalada en los bajos del palacio real. Allí vió a Saint-Fargeau. Éste había comido en la casa de Favrier, para recoger seguramente los rumores que circulaban por palacio, saber lo que se decía de su voto. Saint-Fargeau pagó su cuenta y se levantó. Acercóse Pâris: "¿Sois Saint-Fargeau? —Sí, caballero. —Tenéis, pues, aire de hombre de bien. No habréis votado la muerte del rey... —He votado, caballero, por su muerte; mi conciencia así me lo exigía... —He aquí, pues, tu recompensa". Pâris le dió una cuchillada en el corazón, dejándolo muerto. Después se disfrazó, pero tan audaz era, que al día siguiente se paseaba por el palacio real, buscando al duque de Orleáns. Malamente herido en Normandía, se levantó la tapa de los sesos.

Este trágico acontecimiento pudo tener resultados que no se preveían. ¿Pasaría el terror de los realistas a los jacobinos? Se pudo temer esto. Estos últimos mostraron admirable firmeza. Tomaron entre sus manos, digámoslo así, la cosa pública.

Cuando hizo Thuriot su proposición, declaráronse en sesión permanente; cerraron la puerta, impidiendo que saliera nadie a revelar sus deliberaciones, sus acuerdos, antes que estuvieran discutidos y aprobados. Los dantonistas, patrióticamente unidos a los jacobinos, acordaron que la Comuna doblara todos las guardias de París y que se dieran órdenes a las cuarenta y ocho secciones para que detuvieran a todos los enemigos del orden. Los jacobinos encargáronse de visitar los cuerpos de guardia y de asegurar por todos los medios la represión del complot realista.

Robespierre, con gran presencia de ánimo, pide algo más que excitar el celo del jefe de la guardia nacional. Infunde valor a los débiles y no permite que se hable de la muerte de Lepelletier. "Se ha inferido un *ultraje* a un diputado —dijo—; pero dejemos esto y vayamos derechos al *tirano*... ¡Mañana, alrededor del patíbulo, reinará una calma imponente y terrible!..."

¡Cosa extraña y que revela la exaltación de aquellos ciudadanos! Thuriot no dudó que entre los comprometidos en el complot realista figurase la Gironda. Y Robespierre, abundando en su opinión, pide una información en la que los jacobinos descubrirán las maniobras de los intrigantes para destruir a los patriotas al día siguiente de la ejecución.

CAPÍTULO XIII

LA EJECUCIÓN DE LUIS XVI

(21 de enero de 1793)

Interés que Luis XVI inspira a los guardias. — Cambio de los sentimientos de la reina respecto al rey. — Se apasiona por él. — El rey somete su conciencia al examen de los curas. — Se le hace creer que es un santo. — Ejecución del rey. — Su confesor da carácter de Pasión de Jesucristo a la muerte del rey. — Efectos dolorosos de la muerte de Luis XVI. — Furor de la Montaña contra la Gironda. — Danton pide la unión. — Un juicio sobre otro juicio.

Existía un daño real y evidente, que no era ni la Gironda ni los realistas, los cuatrocientos o quinientos que tomaron a empeño la salvación del rey. El daño era la piedad pública. El peligro eran las mujeres sollozantes, gimiendo, derramando lágrimas ante la guardia nacional, entre el pueblo. No es a la realeza a la que atribuyen las equivocaciones que se han cometido, sino al carácter del rey, y esto no merece castigarse nada menos que con la pena de muerte. En su cautiverio de muchos meses, ganó el corazón de todos los que le visitaron en el Temple, guardias nacionales, oficiales municipales, a la misma Comuna.

Un guardia nacional expresó ingenuamente a Cléry la ternura que sobrecogía a quienes visitaban al rey. Un hombre del arrabal expresó su vehemente deseo de verlo. Cléry accedió. "¡Qué bueno es el rey —decía después—; cuánto quiere a sus hijos! ¡Ah! jamás podré creer que nos haya hecho tanto daño como han dicho".

El rey conversaba con los guardias municipales; hablábales de su estado, de sus deberes, de si eran instruidos, juiciosos. Se informaba al mismo tiempo de su familia, de sus hijos... La familia era el punto vulnerable de Luis XVI.

¿Quién no sintió emoción al oírle decir el 10 de diciembre: "Me habéis privado de pasar una hora feliz con mi hijo"? La separación de los suyos era perfectamente inútil en un proceso en que, como éste, no había que temer las comunicaciones entre los prisioneros.

La reina dió lugar a escenas dolorosas que enternecieron el corazón de todos. El 19 de diciembre dijo a Cléry, ante los guardias municipales: "Hoy es el cumpleaños de mi hija...". "¡Tal día como hoy nació, y hoy no puedo verla!..." Algunas lágrimas rodaron

sobre sus mejillas. Los guardias municipales respetaron su dolor y alguien de ellos hizo esfuerzos para no llorar también.

En su desgracia, Luis XVI tuvo una compensación, y fué el cambio total de los sentimientos de la reina respecto a él. Cerca de la muerte consiguió el rey que lo amara su esposa.

La reina era muy romántica. Hacía mucho que había dicho: "Mientras no estemos mucho tiempo en una torre no nos salvaremos". Ella se salvó moralmente. El cautiverio la elevó y la purificó. Fundióse de nuevo su alma; pasó por el crisol del dolor. El mejor cambio que se operó en ella fué el regreso a los puros y santos afectos de la familia, de los que se alejó desde el 89. Despreciaba a su marido porque no descubrió en él más que pesadez y vulgaridad. Su escasa resolución cuando lo de Varennes y el 10 de agosto, hicieronle creer que a su esposo le faltaba valor, pero en el Temple vió que en realidad estaba dotado de fortaleza de ánimo; tenía su alma una fuerza pasiva que se basaba principalmente sobre la resignación religiosa. Su esposa participó del interés general viéndole tan tranquilo en situación semejante, tan paciente entre los ultrajes, bueno con los hombres y fuerte en la adversidad. La frialdad natural de las mujeres mundanas, se convierte en estos casos en ternura inefable hacia el esposo. ¡Quedan tan pocos días para amarle!

Más que amarlo con ternura, la reina se apasionó por él. Cuando cayó enfermo, hasta ayudó a hacer la cama. A ese nuevo amor, la separación iba a darle un carácter trágico y doloroso. La reina dijo que quería morir y que no comería. No lloraba, no derramaba lágrimas, gritaba desesperadamente, traspasando el alma con sus voces. Un guardia municipal no pudo contenerse durante más tiempo, y con el asentimiento de los demás y bajo su responsabilidad reunió a la real familia para que al menos comieran un día juntos. La idea sola de que iba a reunirse con los suyos hizo vibrar de alegría a la reina. Abrazó a sus hijos, y cuando les participaron la noticia la hermana del rey levantó las manos hacia el cielo agradeciendo a Dios el favor del guardia. La piedad venció, ante este cuadro, a todos los presentes, y hasta el zapatero Simón, el feroz guarda del Temple, dijo llevándose las manos a los ojos: "¡Creo, en verdad, que estas... mujeres me harán llorar!".

El rey parece que siente el amargo placer de ser amado profundamente poco antes de morir. Esta cruel herida fué la que mostró a su confesor en el instante de su separación: "¡Tanto que la amo y tanto como soy amado!".

En su testamento, por un sentimiento de generosidad y de clemencia que honra su corazón, evita con fina delicadeza que su mujer pueda sentir remordimientos por lo pasado y comienza pidiéndole perdón a ella por los pesares que le haya podido proporcionar: "Ella puede estar segura de que no le guardo ningún rencor si ha cometido algún acto digno de censura".

La religión fué su ayuda en los supremos momentos. Desde que ingresó en el Temple, estuvo repasando el breviario, fortaleciendo su alma. Leía algunas horas del día, y por la mañana, al levantarse, permanecía largo rato arrodillado. Su libro predilecto era la *Imitación*, que le proporcionaba el consuelo de sus sufrimientos contemplando los de Jesucristo. Su familia y la servidumbre creían que

era un santo. Depuró su carácter. Desaparecieron sus debilidades, sus defectos naturales.

Se habló de lo menguado de su mesa, y lejos de irritarse, dijo: "¡Mientras haya suficiente cantidad de pan!...". Lo que indica su fuerte temple de alma es que al pedir a la Convención que le deje ver a sus hijos, se le contesta que la Convención no puede acceder a ello: "Esperaré algunos días más. La Convención no me los negará".

Era muy estrecho el espíritu de su devoción. Diariamente, en las protestas de su inocencia dirigidas al arzobispo de París, sumiso como una oveja a su pastor, observábase el carácter de su devoción acendrada. Luis XVI no tuvo más que un solo vicio, del que no se pudo purgar. Habló siempre de la legitimidad del poder absoluto, y en su consecuencia, de los medios de violencia que él creyó legítimos también y que podía emplear para sostenerse en el poder. Esto explica que no rectificara ninguno de los errores que sustentó, ni aún a la hora de la muerte. Decía que él era el rey, y esto creía que era suficiente para cohonestar todos sus actos. En su testamento, al recomendar a sus hijos que reinen sujetándose al espíritu de las leyes y de la Constitución, dice: "*Un rey no puede hacer el bien de su país mientras no se le conceda la suprema autoridad: la inviolabilidad de su persona*". Todo debe estar legislado, excepto la autoridad del rey. Éste debe ser absoluto. Luis XVI murió así, en la impenitencia regia, sustentando el principio que hace antipática a la monarquía.

En nuestro concepto, esta creencia del rey perjudicaba la pureza de su conciencia. Confirmaba la existencia de su orgullo, de su altivez más que regia. Era como una extraña deificación de sí mismo.

Sus guardias pidieronle objetos, prendas de vestir para conservarlas como reliquias. "Sus despojos —dijo Cléry— antes de morir eran sagrados para sus guardias".

A uno le dió su corbata, a otro sus guantes. ¿Qué opinión tenía de sí mismo el hombre que creyó que las menores bagatelas se convertían en prendas preciosas por el hecho de haberlas tocado él? Luis XVI estaba muy lejos de profesar la humildad cristiana.

La Convención le autorizó para que escogiera el cura que le había de auxiliar en sus últimos momentos. Él designó al director espiritual de su hermana Isabel, un irlandés discípulo de los jesuitas en Tolosa, el abate Edgeworth de Firmout. Este cura pertenecía a la iglesia de los que perdieron al rey, iglesia no juramentada, iglesia oculta, pero que existía sobre la tierra y causaba estragos con su propaganda misteriosa. Esta iglesia se apoderó del corazón de Luis XVI, hasta el extremo de que su último acto fué de solemne simpatía hacia estos enemigos de las leyes.

Cléry escribió la última dolorosa entrevista entre el rey y su familia. Si no la reproducimos no es porque no participamos de las mismas emociones que experimentaron los que pudieron presenciar tan patético cuadro. Estas emociones las sentimos en la mayoría de los actos que ocurrieron el 93; y no todos los que perdieron su vida por la patria tuvieron el consuelo del rey, que llegó al momento supremo sintiendo las caricias, el amor, el consuelo de su familia que lo rodeaba, lo abrazaba, amándolo con delirio mayor cuanto más se aproximaba la muerte. Luis XVI fué al patíbulo ocu-

pando la imaginación de todos, dominando los latidos del corazón de todos; movió a piedad su desgracia y lo lloró toda la tierra.

¡Desigualdad execrable que aun subsiste, la de que un rey sea más llorado que un hombre! ¿Quién ha contado los infinitos detalles y accidentales patéticos, conmovedores, dramáticos, que rodearon la muerte de los héroes de la Montaña y de la Gironda? Nadie. Sin embargo, el género humano aprendería a morir de ellos, tal fué el heroísmo, la fe inquebrantable con que llegaron a la guillotina tantos patriotas franceses. Ninguno de éstos ha obtenido ni una palabra de elogio. Sólo alguna injuria baja y cobarde se les ha deslizado. ¡Vergonzosa ingratitud de la especie humana!

Luis XVI escuchó la sentencia en el Temple con notable firmeza. Durmió profundamente la víspera de la ejecución. Se despertó a las cinco y se arrodilló, escuchando misa. Expresó su confianza en la justicia de Dios.

Prometió la víspera a su esposa que la volvería a ver por la mañana, pero su confesor obtuvo de él que evitara tan terrible momento a su familia.

A las ocho, fortalecido y provisto de la bendición del cura, salió de su gabinete y marchó a su alcoba, donde le esperaban los guardias. Vió que todos tenían cubierta la cabeza y pidió su sombrero. Después entregó a Cléry su anillo nupcial, diciéndole: "Entregad este anillo a mi esposa y decidle que me separo de ella con profundo dolor". Para sus hijos entregó un sello del escudo de Francia, transmitiéndoles la insignia principal de la realeza. Quiso entregar su testamento a un hombre de la Comuna, a un exaltado, un furioso, Jacques Roux, quien se retiró sin decir una palabra; y lo más notable es que después este Roux se preciaba de haber contestado al rey ferozmente: "Yo no estoy aquí más que para conducirlos al patíbulo". Otro guardia municipal se encargó del testamento.

El rey vestía una casaca oscura, calzón negro, medias blancas y el chaleco de muletón.

Subió a su coche pintado de verde, acompañado de su confesor y dos guardias. Leía los Salmos.

Había poca gente por las calles. Las tiendas estaban entreabiertas. Nadie había en las puertas ni a nadie se veía por las ventanas.

A las diez y diez minutos llegó a la plaza. Cerca de las columnas de la Marina estaban los comisarios de la Comuna; alrededor del patíbulo colocaron una línea de cañones y las tropas se extendían hasta perderse de vista. Los espectadores, pues, estaban extremadamente alejados del sitio de la ejecución. El rey desciende de su coche y habla con el confesor. El mismo se quita la corbata.

Según un relato, parece que el rey se contrarió al no ver más que soldados, y dando con el pie en tierra, gritó fuertemente a los tambores: "¡Callad vosotros!". Y como continuara el redoble, añadió: "¡Estoy perdido, estoy perdido!".

Los verdugos quisieronle atar las manos. El rey se resistió. Iban a pedir auxilio a la fuerza. El rey miró a su confesor pidiéndole consejo. Éste se quedó mudo de horror y de espanto. Finalmente pudo decirle: "Señor, este último ultraje hace que sea mayor el parecido entre vuestra majestad y Jesucristo".

El rey elevó sus miradas al cielo y dijo: "Haced lo que queráis,

beberé el cáliz hasta las heces". Apoyado el rey en el cura llegó a la última grada y corrió como si se escapara al otro extremo. Luis XVI estaba rojo, como congestionado.

Los tambores cesaron un momento y el rey extendió sus miradas sobre la muchedumbre. Algunas voces gritaron a los verdugos: "¡Cumplid con vuestro deber!". Cuatro hombres se apoderaron de él y le sujetaron las manos por detrás fuertemente; el rey lanzó un grito terrible.

El cuerpo del rey, colocado en una cesta grande, fué conducido al cementerio de la Magdalena y arrojado en la cal.

Por veneración o excediéndose la gente en sus ultrajes al rey, los soldados y otros individuos mojaron papel, sus armas, pañuelos, en la sangre que quedó en el patíbulo. Los ingleses compraban a subido precio las reliquias de este nuevo mártir.

Muy pocos se atrevieron a pedir gracia para el rey; pero después de su muerte se sintió una sacudida de dolor. Una mujer se arrojó al Sena; un barbero se cortó la garganta; un librero se volvió loco; un viejo oficial murió de pasmo. La realeza, muerta en Varennes, envilecida por el egoísmo de Luis XVI el 10 de agosto, resucita por la fuerza de la piedad y la virtud de la sangre.

Al día siguiente, apenas cumplida la fatal sentencia, humeando aún la sangre del rey, se recibió en la Convención una carta de sencillez terrible, amargo ataque a las conciencias. Un hombre pedía "el cuerpo del rey para enterrarlo cerca del cuerpo de su padre".

La Montaña estaba muy agitada. La muerte de Lepelletier, relatada por Thuriot, produce tremenda sensación. El relato lo terminó Duquesnoy (un fraile enclaustrado en continuo estado de furor), quien arrojó las sospechas sobre la Gironda, diciendo: "¡Son los que hace un mes nos injuriaban, nos amenazaban hasta el extremo de dirigir contra mí una espada!". El golpe iba bien dirigido. La Montaña exigió nuevamente la constitución del Comité de seguridad general, cuya mayoría se componía de girondinos.

Sobre la Gironda cae un torrente de acusaciones. Toda la derecha es confundida y acusada. Robespierre, llorando la muerte de Lepelletier, recomendando la unión, prepara un nuevo golpe. Pide que el nuevo Comité de seguridad comience sus trabajos examinando la conducta de Roland. La Convención, dócil, suprime las oficinas de los periódicos en el ministerio de Roland.

Pétion, torpe entre los torpes, cometió la imprudencia de mezclarse en la cuestión; subió a la tribuna y habló de la desconfianza que reinaba en la Asamblea.

En un instante surgen contra él innumerables acusaciones; gritos, protestas, injurias. El pobre hombre quedó como estupefacto: no sabía qué decir.

Danton tuvo piedad. Comprendió que no era aquella ocasión para dar el último golpe al viejo idolo popular, que representaba todavía en la Asamblea la época humana de la Revolución.

Descendió Pétion de la tribuna y subió Danton, quien dijo que seguramente se habían sufrido equivocaciones y que él, Danton, no podía acusar a Pétion. Jamás la unión y la paz fueron más necesarias. Nada de medidas violentas; las visitas domiciliarias propuestas por alguien creyólas Danton inútiles. Pidió el cambio del ministerio girondino; que Roland abandonase el del Interior; por otra parte, tampoco le complacía que en el ministerio formado por

jacobinos figurase Pache como ministro de la Guerra. Habló expresando sus sentimientos: "Tranquilidad, fraternidad, paz, que cese la discordia interior y unámonos contra el enemigo extranjero. Que olvide cada uno sus odios y piense en la patria para darle su vida". Danton recuerda a Lepelletier, no para llorarlo. "¡Dichosa muerte! —dijo con acento doloroso, penetrante, profundamente sincero—. ¡Ah, si yo pudiera morir así!...". Con solemne silencio escucháronse estas palabras; conmoviéronse los corazones; toda la Asamblea pensó en el porvenir y quizás todos repitieron las frases de Danton.

Una tumba cerrada es silenciosa; parece que está satisfecha del ser que lleva en sus entrañas; pero se había abierto una tumba hambrienta, exigente, sedienta...

La cal del cementerio de la Magdalena es devorante, cálida; humea, necesita mucho pasto. Luis XVI es muy poca cosa. Necesitaba nuestros grandes patriotas, nuestros primeros hombres, los héroes, los ciudadanos ilustres.

Aunque se haya abierto la tumba hemos de decir algunas palabras: hemos de juzgar el juicio del rey.

Este proceso, lo hemos dicho ya, tuvo el efecto fatal de mostrar al rey ante el pueblo rodeado de guardias, entre el aparato de la fuerza y de la violencia, hasta crear un héroe legendario cuyo nombre repetían las personas inocentes de buen corazón. Luis XVI, en Versalles, rodeado de cortesanos, de guardias, del mundo oficial, permanecía desconocido para el pueblo.

En el Temple aparece como debe ser un rey, en continua comunicación con el pueblo, comiendo, leyendo, durmiendo a los ojos de todos; comensal, por decirlo así, del comerciante y del obrero. He aquí un rey culpable que aparece ante el pueblo con todo lo que tenía de tierno, de inocente, de respetable. Es un hombre, un padre de familia; todo se olvida. La Naturaleza y la piedad desarman a la justicia.

Al mostrar al rey, éste sufre un cambio. El pueblo hace de él un hombre. En Versalles era un prosaico, vulgar, bonachón, sencillote, sensible y blando de corazón, siervo de sus propias costumbres, sujeto a su familia, fanático, pero con devoción viciosa, sensual en los manjares.

Un encarcelamiento humanitario hubiera permitido al rey continuar este mismo régimen; pero se le prodigaron los insultos, llorieron ultrajes, injustos muchos, atroces y mortificantes todos, y el rey templó su alma, haciéndose fuerte en aquella adversidad. Su pesada y vulgar naturaleza se esconde tras la cortina del dolor. La resignación, la paciencia, el valor, lo ennoblecen, lo elevan; sagrado por sus infortunios, sus desgracias, resulta un personaje poético; este cambio afecta a su misma familia. ¿Quién pudo decir a la reina en el 88 que amaría a Luis XVI?

Y sin embargo, ¿el fondo del hombre había cambiado? No; nada lo indica. Ante la Convención continúa mintiendo; el nuevo santo aparece lo mismo en lo que afecta a su fondo; su doblez no le abandona; siempre es un discípulo del jesuita la Vauguyon.

En torno suyo se hace un trabajo terrible de conspiración para afirmarlo en el dogma de su poder absoluto, en la convicción profunda que él tiene de su derecho ilimitado. Muere sin tener la menor noción de sus pecados. Resulta inaudito, entre cristianos,

creerse inocente y justo. ¿Qué digo? Al rey se le hace creer que es un santo, una reproducción de Jesucristo, y al aceptar esta similitud, el rey muere diciendo: "¡Beberé hasta las heces el cáliz!".

Torpe proceso que en vez de purificarlo (verdadero fin de la justicia) envía ante Dios a un hombre que necesitaba mucho tiempo para comprender y expiar sus faltas; su prisión, en vez de servir como medio para comprender sus torpezas, colocando al rey en el sitio del hombre, afirma la convicción de su poder absoluto, perturbando su razón.

El resultado de su muerte en el patíbulo fué funesto. El falso mártir desposó dos *grandes mentiras*.

La *iglesia* vieja, decadente, y la monarquía, abandonada por Dios desde hacía mucho tiempo, terminan esta larga lucha uniéndose, reconciliándose ante la *pasión* de un *rey*.

La sangre de éste les da nueva vida: engendra la muerte del rey un nuevo ser, una nueva raza que pulula por Francia exprimiendo sus pechos: el mundo del error y de la mentira, un mundo de falsa poesía, una raza de sofistas impíos y desalmados.

Fuesen los que fueron los resultados del proceso del rey, han de merecer nuestro respeto profundo y eterno. No se deben juzgar por sus frutos, sino por el espíritu noble que los inspiró. Los que juzgaron sabían demasiado cuánto les costaría su trabajo en lo porvenir. Sabían que matando al rey, se dictaban su sentencia de muerte, y así pudo decir Carnot: "¡Ningún deber me ha costado tanto!".

Pensaron estos valientes que si perdonaban en el proceso del rey el llamamiento del extranjero, la inviolabilidad de la patria sería un mito en lo sucesivo. Creyeron que no se podría arraigar la creencia de todas las naciones: la patria es sagrada, y quien atente contra ella morirá.

Cuando aun no existíamos nosotros, ellos nos garantizaron el respeto a la Francia, la integridad del territorio, la religión de los límites. ¿Vivieron en el error? Nosotros, a quienes ellos pensaron salvar, no tenemos autoridad para censurarlos. ¡No, hombres heroicos! Vuestros hijos reconocidos os tienden la mano a través del tiempo... Hasta vuestros enemigos, que son los de la Francia, han de respetar y honrar en vosotros a los vencedores, a los fundadores de la República, su *vencedor para el porvenir*.

CAPÍTULO IX

LYON.—MUERTE DE LOS GIRONDINOS

(13 de octubre - 8 de noviembre del 93)

La victoria salva a Robespierre de Collot y Philippeaux. — Proceso de los girondinos. — Muerte de los girondinos. — Débil efecto de la ejecución. — Muerte de madame Roland. — Muerte de Roland.

Todo el mundo esperaba con ansiedad noticias de las batallas. Pero el más impaciente era Robespierre. Si se obtenía la victoria de Wattignies se debilitaría la victoria de Lyon, pasando quizás ésta como un acto imperceptible. Dubois-Grancé estaba ya en camino, prisionero, llevando sus banderas.

Temeroso de lo que pudiera ocurrir, Robespierre aprovecha una ocasión para ponerse a alguna distancia de Couthon. Para defenderse del ataque al *indulgente*, ataca él a un dantonista, Juliano de Tolosa, quien logró que Hébert, en la Comuna, aprobase la apología sobre los girondinos de Burdeos.

"No —dijo Robespierre—; no puedo hacer negocio o cuestión de mercancía de la sangre humana como Juliano. La toma de Lyon no ha satisfecho en absoluto al espíritu de los buenos ciudadanos. ¡Cuántos traidores, cuántos ladrones impunes! ¡No; es preciso que no sean negadas las víctimas y sean desenmascarados los monstruos o que yo muera!"

Así retrocedía Robespierre abandonando a Couthon. Hébert retrocede y quema la apología de Juliano.

Hubiera sido poco digna la retirada de Robespierre si al mismo tiempo no hubiera dado otro golpe.

Un jacobino influyente, amigo de Hébert y de Carnot, desapareció en la mañana del 15, sin que nadie pudiera saber dónde se hallaba.

Collot llegó por la noche a los Jacobinos tan furioso, que los robespierristas pidieron una información. Se trata de Desfieux, el espía del comité de Salud Pública, que vivía con un hombre más sospechoso todavía, con el austriaco Proly. Habían desaparecido los dos. Collot arroja combustible a las llamas, queriendo adivinar qué misterio es el que el comité tiene tanto empeño en ocultar. Grita, gesticula, llora, ríe y dice: "Se nos hará desaparecer a todos: hoy uno, mañana otro...".

De allí marcha a la Comuna, reanudando la escena ante las tribunas conmovidas y la Asamblea del Consejo general.

Nadie sabe nada todavía. Por fin parece que Collot adivina que el autor de la desaparición es el comité de Seguridad. ¡Un individuo que ha desaparecido! ¡La Inquisición! La sociedad en masa se puso en movimiento. ¡Ni en Venecia había ocurrido semejante atropello! Fué al comité de Seguridad general y le arrancó a Desfieux.

Collot el mismo día luchó contra Couthon y Robespierre. Couthon, para reconciliarse con la sociedad, pidió cuarenta jacobinos para tranquilizar a Lyon.

Robespierre propone después que los cadáveres de Marat, Chabier y J. J. Rousseau yacían juntos en el Panteón.

Después de las discusiones que hubo aquel día parecía probable que Dubois-Grancé tuviera una buena acogida. Con él llegó la víctima de los girondinos, el segundo Chabier, Gaillard, quien durante todo el sitio estuvo sumido en los calabozos.

Llegaron a París el 19, el mismo día en que Philippeaux pronunció contra Robespierre un terrible discurso por la protección que éste prestó a Rousin y a los exaltados.

Pero el mismo día cae del cielo como enviada de la Providencia la nueva victoria.

Robespierre estaba salvado y atenuado el esfuerzo de sus enemigos para perderla. Dubois-Grancé, recibido en la Convención, no fué autorizado para hablar. En los Jacobinos, conducido por Collot, demostró mucha prudencia, justificándose sin acusar a nadie. Aduela a los Jacobinos, ofreciéndoles la bandera lionesa que recogió con sus manos.

Gaillard, mostrado por Dubois como una víctima, como una reliquia, produjo grande emoción. Antes de que se le dejara hablar ocurrieron mil pequeños incidentes que enfriaron la sesión. Habla finalmente, pero con extraordinaria sequedad y una brevedad desesperante. Treinta días después se suicidó.

Los jacobinos demostraron en estas circunstancias que eran buenos políticos, menos fanatizables que lo que generalmente se creía.

Couthon, que los conocía perfectamente, mostró más serenidad que Robespierre. Neutralizó en Lyon todos los anhelos de venganza. Se dedicó a organizar poco a poco los tribunales. Cuando recibió el decreto exterminador respondió con entusiasmo a la Convención, pero nada hizo en este sentido. Apenas si habían perecido algunos hombres. Couthon esperó hasta el 25 sin tomar ninguna medida contra la emigración. Más de 20.000 hombres que se encontraban en peligro de muerte salieron de Lyon, y la mayor parte pobres obreros.

La muerte de los girondinos pedida desde hacía mucho tiempo era el calmante que se creyó dar para aplacar el furor de los exaltados.

Los veintidós diputados arrestados el día 2 de junio se redujeron a doce, pues los demás se fugaron y otros murieron.

Se añadió a otros que no estaban en la Gironda.

Fouquier-Thionville por décima vez había pedido las pruebas. Se sabía que los jacobinos se habían apoderado de ellas. Por fin se encuentra un expediente, pero tan insignificante, que Fouquier

prescinde de él. Ningún expediente se dió a los defensores anticipadamente.

No se sabía cómo iba París a presenciar esta hecatombe. La inmensa mayoría de las secciones eran girondinas, pero aunque no lo fueran el espíritu revolucionario terrible, que entonces dormía, podía despertarse ante nuevos y atroces derramamientos de sangre. París había envejecido y los girondinos lo mismo.

Se les exhumó para matarlos.

Mujeres vestidas de hombre, armadas, llevando en la cabeza el gorro frigio, corrieron a los mercados. Entonces se comenzó a discutir los derechos de la mujer.

La Convención termina decretando que la mujer tiene derecho a asociarse.

Tan tremenda cuestión social surge de pronto en el mar borrasco de la revolución política.

Otra cosa contrarió grandemente a los girondinos. Se comienza su proceso inmediatamente después del diputado Perrin, condenado por especulaciones escandalosas.

La muchedumbre ve ejecutar sin conmoverse. Si los ejecutados son ladrones o realistas, ni siquiera los mira.

Realistas y girondinos fueron mezclados hábilmente.

La reina pereció el 16, los girondinos el 30, madame Roland el 8 y al día siguiente un monárquico, Bailly; el girondino Girey Dupré el 21 y poco después el realista Barnave. En diciembre las ejecuciones de girondinos se hicieron también mezclando a Kersaint, Raubaud y Dubarry.

¡Cuánto mejor hubiera sido perecer el 2 de junio sobre los bancos de la Convención! No hubieran subido a la guillotina después de la ruina.

Mostraron los girondinos extraordinaria virtud en sus principios. Republicanos sinceros, invariables, jamás cesaron en sus odios a los reyes. Siempre fueron fieles a la filosofía de su siglo; excepto dos, el marqués y el obispo, Sillery y Fauchet, el resto eran de la religión de Voltaire y Condorcet.

Aun se puede ver las celdas que ocuparon los girondinos, cuyos muros están llenos de inscripciones. No hay más que una vez el nombre de Dios. Todas respiran el sentimiento del heroísmo antiguo, el genio estoico.

Vergniaud escribe:

Potius mori quam foedari.

La muerte y no el crimen.

Las memorias de Brissot, escritas en su larga prisión, atestiguan el mismo carácter.

No hay un solo hombre que no se apoye sobre el deber y el derecho, sobre el sentimiento de inocencia, sobre la esperanza del progreso y de la futura dicha de los hombres. ¿Se creará que uno de aquéllos, puesta la cabeza bajo la guillotina, no se preocupa más que de una cosa: la esclavitud de los negros? Indiferente a su infortunio, se preocupa sólo del género humano.

Los tres grandes procesos del tribunal revolucionario (los de la reina, de los girondinos y de Danton) fueron instruidos por el mismo individuo, Herman, presidente del tribunal.

Era natural de Arras y amigo de Robespierre. Entre las listas de hombres a quienes se debía conceder altos cargos, en primer lugar figura el de Herman, de Arras. Era un hombre de siniestra figura y dulce voz.

No fué con hipocresías en el proceso. Se vió desde el primer instante que se trataba de matar. Prescinde de las formalidades empleadas hasta entonces en el tribunal revolucionario. Nada de piezas manuscritas. Los acusadores Hébert y Chaumette, recibidos como testigos. Ninguna defensa de abogado. Muchos acusados ni siquiera pudieron hablar, cosa bien necesaria en un proceso en que los distintos procesados lo eran atribuyéndoles a cada uno un delito distinto. Lo más curioso fué ver que los jueces estaban también condenados a muerte.

Desfieux, arrancado violentamente por el motín de los jacobinos, también quiso arrojar una piedra a estos murientes, falsificando una carta. "¡Eh, buen amigo! —le dijo Vergniaud—; si hubiésemos tenido interés en perder a alguien, no hubiese sido a ti, sino a Robespierre".

Chabot estaba en el mismo caso y no era cruel, pues cuando Marat fué a Robespierre a pedir favor para los girondinos, se encontraba presente y dejó entrever gran interés hacia ellos. Pero Chabot moría de puro cobarde. Cuando más grueso se hacía, volvía más pusilánime. Delante de Robespierre se desvanecía.

Se entretuvo escribiendo un largo y pesado romance, en el que se ataca a todos los partidos y habla de la declaración de guerra a la Gran Bretaña.

En realidad fué Brissot quien por esta terrible declaración rompió la horrenda trama de la traición de Dumouriez, cortó las alas a su fortuna.

La declaración de guerra a todos los reyes les fué imputada en el proceso. Esto les pertenece, y esto es su mayor timbre de gloria.

De lo demás, si eran culpables o no, lo primero que había que hacer era separar a los que por error se habían introducido entre los girondinos.

Fonfrède y Ducos, por ejemplo, sentados a la derecha, votaban con la Montaña casi siempre. El mismo Marat defendió a Ducos el 2 de junio. Estos dos jóvenes representantes, que entonces no corrían peligro alguno, se quedaron ante los girondinos, pareciéndolo mucho más de lo que eran para defenderlos. Nadie había en la Montaña que no se interesara por ellos.

Dos nombres había aparte que no se podían confundir con la Gironda. La Francia no podía tocar a Mainvielle y Duprat, que se perdieron por ella, y que, inspirados por su frenético patriotismo, se inmolaron, se deshonraron, para darle su más bella victoria: la conquista de Avignon.

¿A quiénes habían tenido por aliados y amigos en esta guerra de Avignon? El alcalde de Arlés, Antonelle, era precisamente quien presidía el jurado. Antonelle, ex marqués, obligado a ser implacable, áspero, rudo, amante sincero del terror, no se turbó menos al ver entre esos desgraciados a los dos hombres que con él rindieron a Francia tan inmenso servicio.

Duraba ya siete días el triste proceso. No se adelantaba un paso ni se sabía cómo continuar. El enredo que se hacía era terrible. Pri-

mero era necesario guillotinar el proceso y después guillotinar a los acusados.

Fouquier-Thionville leyó el día 20 de octubre la ley sobre aceleración de juicios.

Herman pregunta a los jurados si están suficientemente informados. Antonelle responde negativamente.

Se quería terminar. Se corre a los Jacobinos y se obtiene una diputación para pedir a la Asamblea que decrete que al tercer día del juicio el jurado *podía decir que estaba informado y cerrar los debates*. La minuta del decreto se encontró escrita por Robespierre.

¡Cosa extraña! Un indulgente fué quien apoyó el decreto, Osse- lin, hombre aterrorizado y en peligro de perder su vida. Juntamente con él vivió un emigrado a quien arrojó, y después para salvarse entregó el cuchillo para rematar a los dantonistas. Él mismo fué detenido algunos días después.

Herman, para evitar que hablase Gensonné, de la Gironda, que había de resumir todas las defensas, consultó a éste, al otro; hizo como que reflexionaba, empleó mil ardidés. A las ocho de la noche llega el decreto. ¿Podía aplicarse a un asunto que pertenecía a otra legislatura? ¿De dónde este efecto retroactivo?

Todos son condenados a muerte.

Muchos no lo creían: Vergniaud estuvo impasible. Conocía su destino. Otros lanzaron gritos de maldición: Valazé se atravesó el corazón.

La escena fué tan terrible, que hasta los gendarmes quedaron paralizados.

Los acusados hubieran podido asesinar a sus acusadores sin que se lo hubiese impedido nadie.

Pero lo más trágico de la escena tuvo lugar entre el auditorio: "¡Ah, desgraciados! —gritó Camilo Desmoulins—; ¡soy yo, es mi libro quien los ha muerto!".

Era ya media noche. El muerto y los vivos descendieron a las tenebrosas salas de la Conserjería.

Los girondinos cantaron con voz dolorosa los versos de *La Marsellesa*:

Contre nous de la tyrannie
Le conteau sanglant est levé.

Los demás prisioneros escucharon y preguntaron. Se les respondió a gritos desde todas partes. Un amigo les envió licores para su último banquete. Los curas quisieron confesarlos. Sólo aceptaron el obispo y el marqués, Fauchet y Sillery.

Si se ha de creer a uno de estos curas, quien él mismo confiesa no haber entrado en la sala donde estaban todos los girondinos, éstos pasaron toda la noche discutiendo acerca de la religión. Para creerlo sería necesario desconocer los tiempos y el carácter de la Gironda.

¿De qué, pues, hablaron? ¡Pobres gentes! No son dignas de saberlo.

Hablaron de la Francia salvada por la gloriosa batalla que detuvo la invasión. Y en esto encontraron el consuelo de su desgracia y de sus pecados. Sin ninguna duda, si ellos hubiesen comprendido a tiempo sus errores, se habrían arrepentido de haber comprome-

tido a la unidad de la patria. Vergniaud dijo: "Yo no he escrito esas cosas más que cuando estaba traaspasado de dolor". ¡Noble y sincera confesión ante la muerte de un hombre que despreciaba la vida! Fundadores de la República, eran dignos de entrar en el templo de la inmortalidad.

El día 30 de octubre amaneció triste y lluvioso.

El cadáver de Valazé, puesto en los mismos carros que conducían a los girondinos, colgándole la cabeza, causaba pánico.

Cuando salió el fúnebre cortejo en los carromatos de la Conserjería comenzó un coro ardiente y fuerte, una sola voz con la fuerza de veinte hombres que hizo enmudecer a la muchedumbre: "¡Allons, enfants de la patrie!...".

Esta patria victoriosa sostuvo su espíritu hasta el último instante.

Fuertes en su fe, en su amistad, en su amor a la patria, ignorando sus errores, cantaron sobre los carros y continuaron cantando el himno patrio al descender. Sólo la pesada masa de hierro del patíbulo pudo hacerles callar.

A medida que la guillotina iba segando cabezas, la voz palidecía. Cuando quedó solo Vergniaud se creyó la voz desfallecida de la República y de la ley, mortalmente heridas y que ya poco habían de sobrevivir.

La impresión que este hecho causó en París fué débil. Este terrible acontecimiento no excitó más que el asunto de Custine. Las muertes estoicas afectaban poco. Las masas juzgaban estas tragedias sólo desde el punto de vista de sensibilidad.

La emoción llegó a su grado máximo el día en que fué ejecutada la más indigna de las víctimas, la señora Dubarry. Su desesperación, sus gritos, tocan una fibra sensible.

La muerte de madame Roland, justamente por su estoicismo, no llamó la atención. Esta reina de la Gironda ocupó a su vez la Conserjería cerca del calabozo de la reina. Murió noble y valerosamente, arrojando, como Vergniaud, el veneno que poseía. Quiso morir en el patíbulo. Creyó honrar a la República con su heroísmo y su firmeza ante la muerte. Joven, apenas si tenía treinta y nueve años, encantadora, era un tesoro de hermosura y de vida.

Razonadora, persuasiva, dulce, poseía un tesoro moral.

En la cárcel se divirtió escribiéndole a Robespierre. Murió el día 8 de noviembre, un día frío que parecía hecho adrede para entristecer aún más el alma.

Cuando llegó al patíbulo se volvió hacia la gigantesca estatua de la Libertad, para decirle: "¡Oh, Libertad; cuántos crímenes han cometido en tu nombre!".

Ella hizo la gloria de su partido, la felicidad de su esposo y, sin embargo, no ha contribuido poco a que su nombre se oscurezca en lo porvenir.

Cuando estuvo a punto de envenenarse escribió a su marido pidiéndole perdón por haber dispuesto de su vida durante un momento. Sabía que el único amor de Roland, la única pasión era ella. Cuando se la juzgó, dice: "Roland se matará".

Después de muerta, su esposo se entrega al dolor.

Se aleja de sus amigos. Atraviesa los campos dominado por una idea fija. Parecía hallar en las praderas, en los valles, el alma de su esposa.

Roland sacó un dardo, y apoyándolo sobre un roble se atravesó. En sus ropas se encontró un papel que decía: "Respetad los restos de un hombre virtuoso". Hasta sus adversarios le han estimado, incluso Robert Lindet.

Al público no llama la atención el final de los girondinos. La Gironda era un organismo caduco. El día 8 murió madame Roland, pero el 7, para sus vencedores los jacobinos, quedaba por resolver una cuestión tan desconocida para ellos como para los girondinos.

LIBRO UNDÉCIMO

CAPÍTULO I

LA REVOLUCIÓN POLÍTICA NO ERA NADA SIN LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

Aspectos en la Revolución. — Impotencia de los girondinos y jacobinos. — Clotz y Chaumette. — Registros de la Comuna. — Inspiraciones humanitarias.

El fundador de los Jacobinos, Adrien Duport, tuvo una frase genial. A cuantos deseaban una revolución a la inglesa, les decía: "Trabajad por lo más hondo del alma".

Saint-Just había sintetizado su opinión en la siguiente forma: "Los que hacen las revoluciones a medias se construyen sus propias tumbas".

Estas palabras no sólo se aplicaban a los revolucionarios, sino a los dos partidos razonadores.

A los girondinos, a Vergniaud, a madame Roland.

A los jacobinos, a Robespierre, a Saint-Just mismo.

Girondinos y jacobinos no fueron más que polemistas políticos, los lógicos de la Revolución, más o menos consecuentes. Poco distanciados en sus principios, forman como la escala de la revolución política.

El más avanzado, Saint-Just, no osa tocar la religión, ni la educación ni el fondo mismo de los destinos sociales; apenas se entreyé lo que opina sobre la propiedad.

Esta revolución, superficialmente política, corriera mucho o poco, debía de caer en el abismo.

¿Por qué? No está sostenida ni a izquierda ni a derecha, por lo más poderoso, por la revolución religiosa.

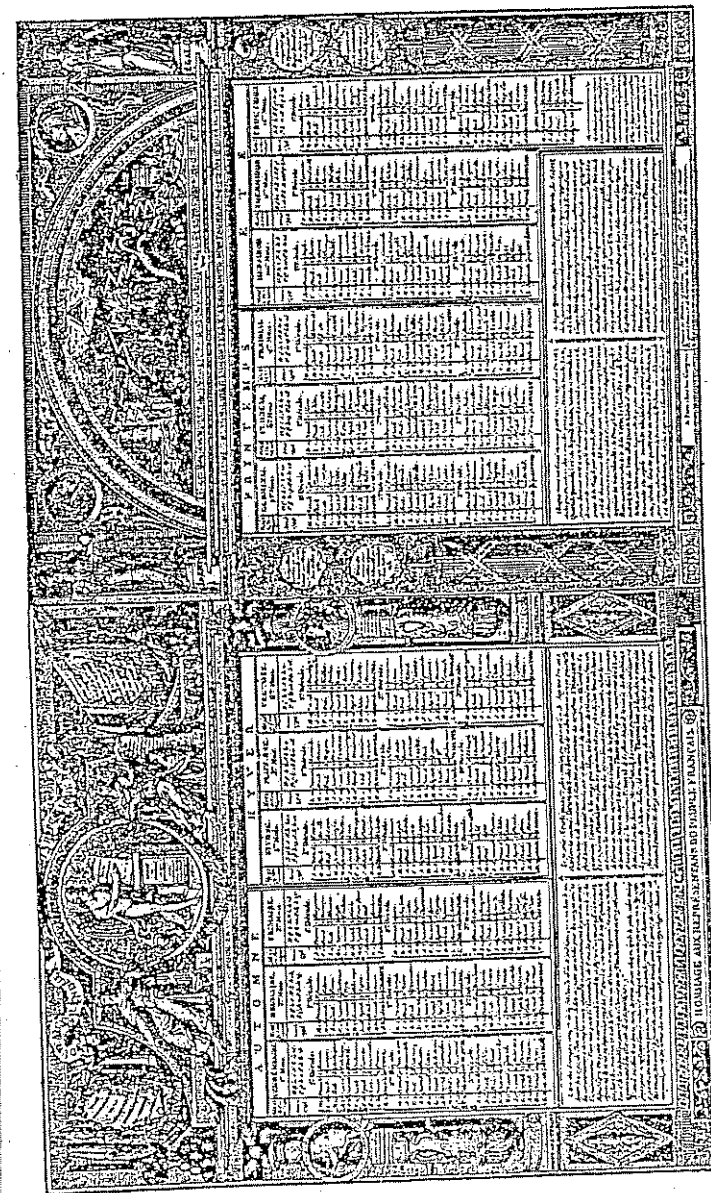
Esta le faltaba para asegurarse, para encontrar su sostén.

Una ley de la vida es que ésta disminuye si no aumenta.

Una ley de la Revolución era su muerte, porque no aumentaba el caudal de las ideas vitales que le había legado la filosofía de su siglo. Realizaba en sus instituciones una parte de sus ideas, pero faltaban las nuevas. Fecunda en leyes, estériles en dogmas.

La ley es el modo de acción, la rueda. Pero ¿qué fuerza le da movimiento? Los dos partidos olvidaron los dogmas.

El furor de los bandos no les permitía ver la cantidad de vida que tenían sus doctrinas. Unos y otros, ardientes escolásticos, dife-



Calendario para el año II de la República Francesa, según el almanaque adoptado por la Convención Nacional y que abarca desde el 22 de septiembre de 1793 al 21 de septiembre de 1794: "No hay lucha tan grande como la de los almanaques católico y republicano. Es la batalla del pasado con el presente."

rían más que por otra cosa por no haber estudiado el fondo de lo que les separaba.

Los dos genios de la Revolución, Mirabeau y Danton, y su gran hombre, Robespierre, no tuvieron tiempo para meditar acerca del carácter de la Revolución que debían convertir en una creación.

Bajo pena de muerte, esta Revolución debía de codificar el siglo XVIII, pero no hacer esto solamente, sino darle vida.

Debía demostrar que su negación de una religión arbitraria contenía *la afirmación de la justicia igual para todos*; demostrar que la negación del privilegio de la propiedad contenía *la afirmación de la propiedad no privilegiada, sino extendida a todos*.

He aquí lo que la Revolución debía a su ilustre padre, el siglo XVIII.

La Revolución reserva precisamente las dos cuestiones en las que existían los gérmenes de la vitalidad. Cerró la iglesia, pero no creó otro templo. Cambió la propiedad de manos, pero continuó el monopolio. Lo explotó el usurero disfrazado de patriota en sus agios con los bienes nacionales.

¿Qué remedios? La represión individual, la severidad, viejos moldes de gobierno, fueron ineficaces. Por la fuerza se había de cambiar la savia. ¿Y quién la podía dar? La aparición de una idea dominante y soberana que creara un nuevo hombre, un nuevo pueblo, neutralizando, matando todo lo gastado, lo caduco, lo anacrónico e infundiendo a las almas un regenerador soplo de energía, de salud.

Todo debía refundirse. Dogmas viejos, religiones, propiedad, el hombre, la Naturaleza. Esa es y será la única revolución.

Los girondinos no hicieron nada, ni aun supusieron que había algo que hacer.

Los jacobinos no hicieron más que juzgar. Mostráronse incapaces de crear.

Los cordeleros intentaron. Solamente que, como estaban en permanente insurrección, lo que ensayaban no producía fruto alguno. El solo partido que parecía capaz de remover los cimientos de la Revolución era el que más se había demostrado como infecundo.

Como foco de anarquía, los cordeleros contuvieron todo elemento, lo que la Revolución tuvo de mejor y de más malo.

La mezcolanza causa horror y los jacobinos acaban con todo.

Lo que en los Jacobinos (verdadera sociedad) aparecía suavizado, en los Cordeleros alcanzaba una forma dura y cruel.

El ángel negro de los Cordeleros estaba en el desatentado Roussin, en Hébert, enmascarado bajo el nombre de *Père Duchesne*, y en el pequeño tigre Vincent.

El ángel blanco de los Cordeleros fué el infortunado, el inocente Anacharsis Clootz, el orador del género humano, el hombre del Rhin, hermano de Beethoven, francés por adopción.

Entre el ángel negro y el blanco se agitaban el bueno y el mal espíritu, como entre Hébert y Clootz se agitaba Chaumette.

Este fué muerto por su buen genio, por la influencia que sobre él ejerció Clootz. Una vez pretendió ser humanitario y fué muerto.

Es curioso el maridaje de estos dos hombres tan diferentes.

Clootz, como todo alemán, llegaba del fondo del panteísmo, de la Naturaleza, del infinito.

Chaumette, como todo francés (y aun los de pobre origen),

partía del individualismo, del yo filosófico convertido en aventura palpitante, cotidiana. Era el azar.

Una cosa les unía, y era lo que ellos aborrecían en la Gironda: el espíritu descentralizador.

La generosidad de Cloutz, su ardiente amor a Francia, donde fué llevado desde niño, le hicieron olvidar su patria. Era francés. Miraba el Rhin como un futuro departamento de la República francesa. En fuerza de amar a Francia era descentralizador de Alemania. Chaumette era lo contrario. No tenía que descentralizar ninguna patria extranjera: no conocía más que París. Era la voz, el agradable órgano del caos de la Comuna. Este caos en su boca era una armonía. Su vida era la vida municipal. Todos sus gritos contra los descentralizadores se convertían en provecho de la Comuna, que para él lo era todo. ¿El todo? ¿Es acaso Francia el todo? ¡Para Chaumette todo el mundo era París!

Sobre este terreno, pues, se encontraron el hombre de mundo, Anacharsis, y el hombre municipal, Chaumette.

Se han impreso algunas páginas del registro del Consejo General de la Comuna, las que recuerdan las grandes jornadas de la Revolución. Para conocer bien a la Comuna hay que estudiarla en momentos más tranquilos.

Abramos estos registros en noviembre del 93 y penetremos en la horrible, en la sanguinaria Comuna, como la llaman los historiadores.

Un niño de once años es maltratado por su madre. Pide trabajo. La Comuna se encarga de proveerle de lo necesario (19 brumario). Adopciones de niños se presentaron a cada instante.

Adoptar a un viejo, cosa rara hoy, se encuentra a cada paso en la historia de la Comuna.

Los cadáveres de los ajusticiados, que los bárbaros cometen la infamia de despojar, serán inhumados en presencia de un comisario del gobierno (17 brumario).

En Bicêtre y los demás hospitales se separará de los enfermos a los locos y a los epilépticos (17 brumario).

En la Salpêtrière se destruyan las aldeas inmundas que han habitado hasta ahora las locas. Se mejorará el alojamiento de los locos de Bicêtre (21 y 26 brumario).

Se tratará con especial solicitud a las mujeres encinta. Se les arreglará un local aparte (el de la Misión y más tarde el Arzobispado). Se colocará sobre la puerta la siguiente inscripción: "Respetad a las mujeres embarazadas. Ellas son esperanza de la patria".

En las ceremonias públicas se observa que a las mujeres embarazadas, a los viejos, se les protege contra los empujones de las muchedumbres.

Violenta diatriba de Chaumette contra las loterías y las mujeres públicas. Se declara responsables a quienes las alojan (24 brumario).

Se cerrará el teatro de la Montaigne del Palais-Royal por temor a que queme la Biblioteca Nacional, que se halla enfrente (24 brumario).

La sección de la Buena-Nueva pide que su biblioteca permanezca abierta todos los días.

La Comuna pone una guardia de diez hombres en el Museo del Louvre (la misma fecha).

Pide a la Convención que suspenda toda restauración de cuadros y que se abra un concurso para este objeto (13 frimario).

Una sección solicita que se escriban libros de educación para la niñez. La Comuna lo hace ante la Convención (28 brumario).

Se emplearán los medios para alojar a los indigentes, a los inútiles, a los viejos; se empleará a los mendigos útiles en beneficio de la República y en su propio interés (1º frimario).

Se quejan las mujeres de que no tienen noticias de sus hijos que están en el ejército. Se nombra a comisarios para invitar al ministro a que pida una lista de los soldados cuyos parientes tienen derecho a percibir socorros (7 frimario).

La organización de los Quince-Vingts. Se dará alojamiento a los ciegos. Se pedirá a la comisión de Beneficencia quince sueldos diarios para los ciegos que no tengan alojamiento en los Quince-Vingts (16 frimario).

Se nombra una comisión para formar la lista de enfermos.

Chaumette propone que la biblioteca de la Comuna recoja cuantos documentos puedan ser útiles a los historiadores.

Las sociedades populares y el poder municipal se convierten en guardadores de la moral pública. El hombre inmoral es sospechoso de aristócrata.

La comisión de correspondencia entregará dos ejemplares a todas las comunas de los libros interesantes que se publiquen, y especialmente a los hospicios.

¡Ideas encantadoras, hermosas, seductoras!

Ninguna administración mostróse más solícita, más celosa, ni se preocupó tanto por la especie humana. ¡Ojalá la administración de nuestros tiempos siguiera las inspiraciones de aquella!

Se repite hasta la saciedad que Chaumette pidió que en los jardines públicos se plantasen legumbres. La misma proposición hizo en Nantes un girondino. Un tal M. Laënnec hizo observar que a consecuencia de la emigración, jardines y parques inmensos quedaron desiertos, incultos, y que debían dedicarse al cultivo de plantas alimenticias. Esta juiciosa observación fué reproducida en París por Chaumette. En lo que se refiere a los jardines de los paseos, nos parece algo exagerada, pero es una frase muy hábil para calmar al pueblo, muy soliviantado entonces.

Los lectores que mediten acerca de los documentos a que antes hemos hecho referencia, llenarán su alma de grandeza ante las decisiones del poder más popular que hubo jamás.

Detengámonos sólo en un acuerdo. Enviar los libros especialmente a los hospicios, es decir, a los centros donde hay más tiempo para leerlos, enviarlos a los pobres enfermos y desocupados que se mueren de hastío, es algo así como decir: "Si tus parientes te olvidan, tu buena madre la Comuna de París se acuerda de ti. Viene a visitarte por el escrito que te envía... ¡Pobre hombre olvidado del mundo! Allí tienes la luz universal. Ella está en contacto contigo. Te falta la salud del cuerpo y te doy un asilo. Te falta la salud del alma y te doy un libro".

¿Dónde se encuentran cosas semejantes? El que ame al pueblo, el que lo respete, leerá esto conmovido.

Cloutz decía piadosamente cuando hablaba de las cosas superiores: "¡Nuestro Señor, el Género Humano!".

CAPÍTULO II

ALMANAQUE REPUBLICANO.—NUEVO CULTO

(noviembre del 93)

Por primera vez tuvo el hombre la medida del tiempo, del espacio, del peso. — Austeridad del almanaque romano. — Fiesta astronómica en Arras (10 de octubre del 93). — Fabre de Eglantine crea los nombres de los meses y de los días. — Chaumette pide la creación de un Conservatorio de Música. — Chaumette combate el federalismo tiránico de los comités de sección. — Quiere suprimir el salario al clero.

El 20 de septiembre, antevíspera del aniversario de la República, Romme leyó en la Convención el proyecto de almanaque republicano, adoptado el 5 de octubre. Por primera vez en el mundo el hombre tuvo exacta idea del tiempo, del espacio y del peso.

La uniformidad en las pesas y medidas hizo desaparecer el caos bárbaro e inexplicable que tenía en continuo azar las transacciones. Romme pudo decir: "El tiempo abre por fin un libro a la historia...". Hasta entonces era difícil poner fechas que resultaran válidas, juiciosas.

Quizás examinándolo detenidamente nada haya tan absurdo como nuestro almanaque. Los antiguos comenzaban el año en una época astronómica o histórica, con motivo de tal acontecimiento nacional. Nuestro 1º de enero no tiene ni uno ni otro carácter. Los nombres de los meses no tienen ningún sentido, o un sentido falso, como octubre, por ejemplo, para significar el nombre del décimo mes.

Los nombres de los días de la semana no recuerdan más que las falsedades de la astrología. En la longitud del año subsiste el error juliano, aumentado y corregido por el error gregoriano. Por primera vez, entonces, fué interrogado el cielo seriamente. La era fué histórica y astronómica a la par.

Histórica. No más era cristiana, recordada por la variable fiesta de las Pascuas, sino la era francesa, fijada en día preciso de un acontecimiento cierto: la fundación de la República francesa.

Los sucesores de Alejandro, siguiendo la tradición de Egipto y seguidos ellos mismos en todo el Oriente, comenzaron el año en el equinoccio de otoño. Fundándolo sobre esta era, la República abrió el año como debe hacerlo un pueblo agrícola en el momento en que la vendimia cierra el círculo de los trabajos, en que las siembras de octubre que confían el trigo a la tierra, comienzan una carrera

nueva. Momento lleno de gravedad en que el hombre cruza un instante sus brazos para contemplar a la tierra que se despoja de sus anuales vestiduras.

La tierra por primera vez respondió al cielo en las revoluciones del tiempo.

Aquel embrollo del tiempo existente hasta entonces era como constante objeción a todas las religiones. La ciencia, finalmente, se encarga de responder restableciendo la armonía, destronando el caos y entronizando la sabiduría y la prudencia.

Era muy fácil decir con Platón: "*La sabiduría y la prudencia son los dioses del mundo*". Pero ¿cómo fundar su altar cuando la aparente discordancia de su obra no nos mostraba nada de prudente?

El genio estoico de Romme, su fe austera en la Razón pura, aparece en el almanaque. Para nombrar los meses emplea palabras que encierran ideas de eterno valor: *Justicia, Igualdad*, etc. Dos meses se designaban por sus fechas sublimes: Junio se llamaba *Juramento del Juego de Pelota*, y Julio la *Bastilla*. Después no hay más que números. Los días no se designan más que por su número. Los días siguen a los días sin preferencias, iguales en su deber ante el trabajo. El tiempo ha adoptado el invariable rostro de la Eternidad.

Esta austeridad no implica que el almanaque se adopte inmediatamente. Se sentía sed de lo bueno y de lo verdadero. Con este motivo se efectuó el 10 de octubre en Arras una fiesta astronómica y matemática, y en la que en la tierra se imitaron los movimientos del cielo. Aquella fiesta tuvo más de veinte mil espectadores. ¡Esta fiesta seis días antes de la batalla que libertó a la Francia tan cerca del enemigo en esta ocasión solemne! Ante la idolátrica Bélgica, ante el ejército bárbaro que venía a importarnos los falsos dioses, la Francia republicana se mostró fuerte, pura, celebrando la nueva era, la más grande que ha visto nuestro planeta desde su primer día.

Los veinte mil hombres se dividieron en doce grupos, según la edad, representando los meses. El año desfiló en variaciones humanas, joven y riente unas veces, después mudo y grave, buscando el reposo por fin. Los vencedores de la vida, quienes habían llegado a los veinticuatro años en un pequeño grupo sagrado, eran los días complementarios que cierran el año republicano.

Detrás de un grupo de ancianos encorvados, y apoyados sobre sus bastones figuraba otro de niños, como las generaciones nuevas reemplazando a las viejas, que por ley natural buscan el reposo de la muerte. La gracia encantadora de la fiesta fué el batallón de vírgenes con la siguiente divisa interesante ante los graves peligros de la situación: "Ellos vencerán: nosotras los esperaremos". ¿Se referían a sus amantes o a sus hermanos? La virginal bandera no lo decía.

Todos los oficios que figuran en el sostén de la vida humana consagraron sus útiles tocando el árbol de la Libertad. El centenario elevó al cielo la Constitución. En torno del árbol tomaron asiento los viejos y merendaron. Servíanlos las vírgenes, los jóvenes. El pueblo los rodeaba como corona viviente.

Así se consagró el almanaque. La Convención estimó que al alma popular había que darle algo que la satisficiera más que el calendario cristiano, abstracto, cargado de fiestas incomprensibles, y

adoptó la base científica del de Romme. Fabre de Eglantine en un agradable escrito de 1793 daba la idea del calendario verdadero, en el que servía de base la misma naturaleza con el encantador idioma de sus frutos, de sus flores y las revelaciones de sus dones maternales, nombrando las fases del año. La vida del hombre se asocia día por día a la de la naturaleza. ¿Qué podía haber más apropiado a un pueblo en absoluto agrícola como el francés? Los nombres de los meses creados en el clima o en la cosecha de los meses, son tan expresivos y melódicos que al instante entraron en el corazón de todos y sin haberse olvidado jamás, forman una parte de nuestra herencia de la Revolución. Si el infortunado Fabre no vivió más que tres meses en su almanaque; si arrestado en pluvioso murió con Danton en germinal, su muerte, exageradamente vengada en terriblo, no impide que su nombre viva siempre por el hecho de haber entendido la naturaleza, creando el canto del año.

El almanaque es una cosa más grave de lo que opinan los espíritus fútiles. No hay lucha tan grande como la de los almanaques católico y republicano. Es la batalla del pasado con el presente.

Nada irrita tanto a los tradicionales. Un día el obispo Grégoire dijo indignado a Romme: "¿A qué tiende nuestro almanaque?". "A suprimir el domingo", contestó Romme fríamente. Grégoire afirma que todos los galicanos hubieran sufrido el martirio antes que transportar los domingos.

Mirabeau, que gustaba en ser profeta, decía: "Nada alcanzaréis no desecristianizando la Revolución".

El siglo XVIII gravitaba indudablemente en el culto a la razón pura.

Descartes, Rousseau y Voltaire descansan juntos en el Panteón. Se unen los siglos y los dogmas en la tumba.

Esta revolución necesaria del siglo XVIII produce en metafísica un Kant y la Razón pura; en práctica la tentativa de revolución religiosa de Romme y Anacharsis Clootz, el culto a la Razón.

Culto matemático, cuyos dioses serían los Newton, los Galileo. Culto humanitario, cuyos padres serían los Descartes, los Voltaire.

¿En qué sentido se entendía la palabra Razón?

Aquellos no veían más que la razón humana. Poseídos de la necesidad crítica de una época de lucha, no buscaban en la verdad más que la negación del error, un arma para destruir el viejo mundo.

Otras sociedades populares declararon que entendían por diosa Razón, la razón divina y creadora, o mejor dicho, el Ser Supremo.

¿Existe un límite entre la razón divina y la razón humana? Las ideas necesarias (origen, substancia, tiempo, espacio, deber) que existen en nosotros ¿constituyen nuestra propia razón, son nuestras o son de Dios?

Nadie duda de que la Razón es el punto más elevado de Dios. En ninguna parte se ha revelado tan elocuentemente como en la Humanidad. Cuando Anacharsis decía: "Nuestro Señor, el Género Humano", lo hacía enterneciéndose, reconociéndolo como único Dios, como el Ser Supremo.

El filósofo Clootz y el matemático Romme nada hubieran conseguido si no hubieran ganado a un hombre de positiva actividad, ingenioso, infatigable, el tribuno de la Comuna, Anaxágoras Chaumette.

El 26 de septiembre, Chaumette pide a la Comuna que se bautice un hospital con el nombre de Templo de la Humanidad. Volvía entonces de Nièvre, donde había conducido a su madre enferma. Testigo en Nantes de las matanzas realizadas por la Vendée, las vengaba secundando violentamente el movimiento popular de Nièvre contra el clero. Chaumette habla en la siguiente forma ante la Comuna: "El pueblo ha dicho a los curas: Vosotros nos prometéis milagros y no podéis hacerlos. Nosotros hemos instituido grandes establecimientos para los desgraciados. Esos son milagros. Vosotros veis a los ciegos, a los paralíticos, morir en medio de las calles. ¡Nuestras fiestas son las fiestas de la Humanidad!".

Chaumette para estas fiestas necesitaba cantos, himnos y pidió la creación de un Conservatorio de Música.

El venerable Gossec, rejuvenecido por el entusiasmo, dirigió esta escuela, en la que encontró los himnos del nuevo culto.

Chaumette para los versos se dirigió al fácil poeta Delille. El abate Delille, furibundo realista, niño encolerizado, encontró fuerzas en su dolor por la muerte de la reina, de la que había sido maestro. Talmadamente leyó a Chaumette los primeros versos de su ditirambo contra la Inmortalidad.

*Lâche soppresseurs de la terre
Tremblez, vous êtes immortels.*

Este era el camino recto de la guillotina. "Esto es bueno —dijo Chaumette al abate— pero servirá para otra vez". Guardó los versos en secreto y esto salvó la vida al abate. Lo mismo salvó al impresor que lo tomó del cuello cuando marchaba de la Comuna a la Asamblea.

Se ha visto la emoción de Chaumette durante el proceso del rey y el interés que demostró a M. Hué, ante el que llegó a llorar.

La fatalidad le había colocado junto a Hébert en la terrible dirección de la Comuna. En distintas ocasiones pudo hablar bastante vivamente contra Hébert, como lo hizo el 31 de mayo y el 14 de agosto. Hacia fines de este mes en los Jacobinos se suscitó una polémica acerca de si los sospechosos debían de ser deportados o encarcelados. Hébert y Robespierre opinaban esto último. Chaumette, lo contrario, inclinábase hacia lo primero porque entonces la cárcel estaba muy cerca del patíbulo.

Chaumette era muy débil de carácter. Desde cuando teme ser tomado en delito de moderación, se le ve retroceder a la más fiera crueldad. El día 10, día en que Saint-Just pronunció su espantable informe, Chaumette dió una lista de sospechosos, por la cual se hacía necesario el encarcelamiento de media Francia.

A todo esto Chaumette y el consejo general dirigido por él eran las mejores garantías contra la tiranía local de los comités de sección.

Al menos contaba con una publicidad ante la cual retrocedían los comités. Denunciados frecuentemente ante la Comuna, lo fueron después ante la Convención, el 9 de octubre por Leonardo Bourdon y el 18 por Lecointre. El mismo Collot-d'Herbois, que no podía ser sospechoso de moderantismo, denunció los abusos que se cometieron.

El comité de seguridad general se contentaba con dirigir después algunas amenazas.

En la Comuna, los días 3 y 26 de octubre, se escuchó con atención las quejas que se formularon contra estos comités.

Estas represiones eran peligrosas si no se abrían nuevos rumbos a la Revolución, compensando la moderación política con la audacia religiosa; así lo sintieron muchos representantes.

Levantaron el terror sobre las cosas y no sobre las personas; decapitaban imágenes y enviaban a la Comuna carretadas de santos guillotizados.

Para centro de su propaganda Chaumette eligió los Gravilliers, pasaje del Cairo. Era éste como el foco principal de la pequeña industria, la industria verdaderamente parisiense, que es poderosamente activa y comprende miles de oficios. Hay allí un espíritu más variado que en el arrabal de San Antonio. Leonardo Bourdon estableció su escuela para los hijos de la patria en el priorato de Saint-Martin, y desde allí secundaba a Chaumette. El primer punto de su predicación era *que el clero no debía ser retribuido*, principio adoptado por todas las secciones y aportado a la Convención.

El segundo punto, muy popular, fué la *igualdad de las sepulturas*.

El pobre, como el rico, debe ser enterrado decentemente, no entre dolorosos trapos negros, sino envuelto el ataúd en la bandera tricolor de la sección. La villa de París ha conservado aún algo de esta igualdad.

El mendigo va a la última morada conducido por un carro de dos caballos, precedido del comisario de pompas fúnebres.

Era así, bajo la bandera de la sección, como se debía de recibir a los hijos de la patria que se le llevaban para rebautizarlos con nombres revolucionarios. Nuestra gloriosa bandera republicana recibía a los seres así cuando nacían como cuando iban a la tumba.

El pueblo sentía la necesidad de ser bendecido por la Comuna. Los obreros vencedores de la Bastilla querían ser casados por la Comuna, no reconociendo otro matrimonio legítimo sin la mano de Chaumette.

Ocurrió con motivo de una adopción, una escena encantadora. Un cabo de veteranos presentó un niño, hijo de un guillotinado, que había dejado ocho. Este buen hombre preguntó si adoptando al hijo de un culpable no iba contra Francia. Chaumette tomó el niño y lo sentó a su lado: "¡Feliz ejemplo de las virtudes de la República! Las vemos ya aparecer mezcladas con el heroísmo de la libertad. No se trata aquí de la adopción del orgullo; es la razón la que pone a salvo la inocencia del niño. ¡Ciudadanos! Uníos todos a este noble soldado y que nuestros abrazos paternales sean la bienvenida dada a ese tierno hijo de la patria!"

Esta sesión dió frutos admirables. La Convención creó un hospicio de los Hijos de la Patria. Así se designa a los hijos de los condenados.

Esta aurora de moderación y de humanidad ilumina el dissentimiento secreto entre Chaumette y Hébert. Éste quería tender el arco y aquél detenerlo.

El 4 de noviembre la sección del Luxemburgo, dirigida especialmente por Hébert y Vincent, quiere que se publiquen los nombres de cuantos gimen en las cárceles para proscribirlos, incapacitándolos para ejercer cargos públicos.

Este movimiento de terror era contrario al sentimiento religioso por el que trabajaba Chaumette.



Piasta de la Razón (10 de noviembre de 1793): La diosa Razón es llevada, en su trono, a la iglesia de Nuestra Señora de París: "Entre el pueblo, la Comuna y la Convención estalla un sentimiento de fraternidad."

La Convención votó la destrucción de las tumbas de Saint-Denis. La ceniza de los reyes se unió a la de los muertos oscuros.

Sobrevino entonces una verdadera destrucción de santos conducidos a la Convención.

Se podía creer en la destrucción del viejo culto. El obstáculo era puramente personal. ¿Qué hacer de la Iglesia constitucional? Aun habiendo los sacerdotes jurado fidelidad a la República, no guardaban menos sus dogmas antirrepublicanos. Eran intolerantes, perseguidores, siempre curas.

La Iglesia aristocrática persigue al bajo clero, a los curas casados en el 91 y 92, matándolos de hambre, asediándolos. Del 15 de julio al 17 de septiembre aun se reciben en la Convención quejas dolorosas de curas casados, a quienes sus amos, los obispos republicanos, quieren impedir que sean hombres. La Asamblea, de mal humor, reduce a 6.000 francos el sueldo del obispo y los amenaza con la deportación.

Una parte más tolerante de la Iglesia constitucional la formaban los curas filósofos, tales como Gobel, obispo de París, Tomás Lindet, Daunou. Moralistas ante todo, aceptaron el cristianismo como vehículo de la moral. A pesar de su lealtad, sufrieron, porque su situación era falsa. Daunou abandonó a tiempo su puesto y los otros dos cometieron el error de esperar la presión de los acontecimientos.

Gobel reunía todas las noches con él a Chaumette y a Anacharsis Clootz.

Los dos demostraban que su cristianismo filosófico, sospechoso para los pueblos, era ineficaz, impotente. Excitáronle para que abandonase el desierto altar y depusiera sus funciones de ministro católico.

Cedió el día siguiente, y su clero le imitó. Convinieron en que al día siguiente, todos reunidos, entregarían su dimisión a la Asamblea.

CAPÍTULO III

FIESTA DE LA RAZÓN (10 de noviembre del 93)

El obispo de París y otros resignan sus poderes. — Los comités intentan aterrorizar a la Asamblea apoyándose en la resistencia de Grégoire. — Irritación de Robespierre. — Los comités atacan a la Convención. — Esta y Chaumette de acuerdo. — Fiesta de la Razón en Nuestra Señora de París (10 de noviembre del 93). — Bazire protesta del servilismo a que se somete la Convención y del envilecimiento de la Justicia. — La Convención acompaña a la diosa Razón a Nuestra Señora.

La sesión se abrió leyéndose una carta de un cura dictada por los comités enemigos de la Revolución religiosa, en la que el sacerdote abjuraba brutalmente de su fe y decía que tanto él como sus compañeros, eran unos farsantes y charlatanes que pedían para ellos, su mujer y sus hijos.

Carta hábilmente combinada para aminorar los efectos de la dimisión de Gobel, queriendo demostrar que la supresión del clero aumentaría las cargas públicas.

Gobel y su clero, conducidos a la Comuna, no abjuraron ninguna doctrina y se limitaron a dimitir. Muchos curas y obispos de la Convención lo imitaron, especialmente el hermano de Lindet que habló con gravedad y nobleza: "No dimitimos para destruir, sino para reemplazar".

Chaumette rogó a la Asamblea que en el almanaque se designara un día para celebrar la fiesta de la Razón.

En el nombre de esta diosa, un obispo católico y un ministro protestante se reunieron en la tribuna y presentaron su dimisión, dándose las manos. No abjuraron, diga lo que quiera el *Journal de la Montagne*, redactado entonces por un robespierrista.

En estos momentos solemnes, Amar, en nombre del comité de seguridad general, deja oír su dulce voz para pedir que se cierren las puertas de la Asamblea, como así se acordó. Amar leyó entonces una carta dirigida de Rouen a un miembro de la Asamblea, comunicándole que Rouen "iba en masa a socorrer a la Vendée". Lo contrario era quizás lo exacto. Los comités sabían perfectamente que los normandos estaban en marcha contra la Vendée. La invención pareció tan miserable, que la Asamblea pidió a voz en grito el nombre del que se atrevió a firmar semejante cosa. "¡Nuestra libertad —dice Bazire— depende de un anónimo! ¡Si esto basta para arres-

tar a un representante, se puede dar por hecha la contrarrevolución!" Amar descendió de la tribuna.

El último que habló en este sentido fué Grégoire, el obispo de Blois. Grégoire, galicano de colérico temperamento, sanguíneo, orgulloso, al tener que defender al gobierno hizose el valiente contra la Montaña. "Yo no tengo mi autoridad ni de vosotros ni del pueblo. Soy obispo y continúo siéndolo". La Montaña lanzó gritos; pero los galicanos podían desafiarlos al abrigo como estaban de los comités de Robespierre.

La irritación era extremada contra el acto incalificable de los comités. En los Jacobinos se osa atacar a un tal Leveaux, director del *Journal de la Montagne*, que había publicado un artículo religioso. Los jacobinos le quitaron la dirección del periódico y nombraron presidente de la sociedad a Anacharsis Clootz.

La misma noche de la gran sesión, Clootz, en los comités, había observado la irritación de Robespierre, pero tuvo prudencia. Robespierre, sin tocar el fondo de la cuestión, ni dejar presentir sus próximas denuncias, se limitó a decir: "¡Queréis conquistar a la Bélgica católica y la habéis puesto contra nosotros!"

Mientras Clootz hablaba con Robespierre, Chaumette, de regreso de la Comuna, se sentó en el consejo general y pidió que la fiesta a la diosa Razón, que había de celebrarse en el Circo del Palais-Royal, se celebrara en la iglesia misma de Nuestra Señora de París.

Tomaba una posición agresiva contra los comités. Éstos resolvieron responder con un golpe de terror contra la Convención. Aterrorizada, quizás ella misma inferiría una herida de muerte a la Comuna.

Poseían un medio para hacer temblar a la Montaña. No había ni un solo montañés que no hubiese salvado a algunos proscritos. Los más exaltados hablando, eran frecuentemente los más humanitarios. Se tenía la prueba de que uno de los más furibundos vivía con una emigrada. Esta mujer, muerta de miedo, se dirigió a la jaula misma del león: se entregó a Osselin, que era miembro del comité de Seguridad General. Fué descubierta en París. La salvó Osselin y la entregó después a su tío, vicario de un villorrio de Versalles. Osselin, para borrar toda sospecha, se hizo un furioso terrorista. En octubre acelera el decreto que causa la muerte de la Gironda. En noviembre hace arrestar a Soules, amigo de Chalier, administrador de policía, por haber libertado a gentes ligeramente sospechosas. El mismo día 9 de noviembre, el comité de Seguridad arranca a Osselin la máscara ante la Convención.

La Convención tembló. Otros muchos se sentían culpables.

El acontecimiento causó su efecto contra la Comuna.

La sección de Henriot pide que se persiga a los girondinos que votaron contra la comandancia de Henriot del ejército revolucionario. Chaumette dejó escapar gritos sinceros de su alma y habló enérgicamente contra este *sistema universal de denuncias*.

Bajo esta bandera de moderación, de indulgencia, se inaugura la nueva religión. Gossec había escrito himnos y Andrés Chénier había escrito las palabras.

En el templo de Nuestra Señora se levantó el altar de la Filosofía, adornado con las estatuas de hombres sabios y prudentes. Sobre una roca ardía la llama de la Verdad. Los magistrados sentábanse al pie de las columnas. Ni armas ni soldados. Dos filas de niñas

vestidas de blanco, llevando en la cabeza una corona de roble, no de flores como se ha dicho, completaban el adorno del templo.

¿Cuál sería el símbolo de la Razón? El día 7 aun se quería que fuese una estatua, pero se recuerda que ésta pueda evocar el recuerdo de la Virgen y convertirse en objeto de superstición. Se prefiere un objeto que en cada fiesta adopte una forma distinta para evitar la idolatría. Los fundadores del nuevo culto recomiendan desde las columnas de sus periódicos a quienes quieran celebrar la fiesta en otras poblaciones que escojan para ocupar un sitio tan augusto a personas respetables en las cuales exista el sentimiento de la más pura honestidad. Estos consejos se siguen al pie de la letra, y por grado o por fuerza siempre fueron hijas de familias estimadas las que representaban a la diosa Razón.

En París fué representada por una gran artista, amada y respetada, la señorita Maillard.

La Razón, vestida de blanco bajo un manto azul, sale del templo de la Filosofía y se sienta en una silla adornada con verduras.

Las niñas cantan el himno y la diosa mira dulcemente a todos, mostrando una encantadora y tierna sonrisa.

Entra en el templo nuevamente... Todavía cantan... Casta ceremonia, triste, seca, lánguida.

La Convención, que había prometido asistir, no lo hizo porque una violenta discusión la retuvo ocupada todo el día.

Aprovechando una ocasión, Bazire habla nuevamente del asunto Osselin. Él también había salvado proscritos. Habló con gran vivacidad, con franqueza, sin reserva, espontáneo, hasta el extremo de herir la sensibilidad de la Convención.

"¡Regresamos directamente a los tiempos del despotismo! ¡Sólo las muchas víctimas aplacan el furor que han despertado los insensatos! ¿Qué se quiere perseguir? Aterrorizar a la Asamblea para que enmudezca. Todo el mundo huirá entonces de las funciones públicas y todo terminará en la más completa soledad".

Ya se dejaba sentir. La desertión se observaba desde hacia algún tiempo. A los clubs no asistía nadie.

El club central de las sociedades populares fué visitado un día por los jacobinos, que no encontraron más que seis personas en su interior.

En esta época aun escaseaban los jacobinos. Cuando Couthon pidió cuarenta para pacificar a Lyon rechazaron la proposición por temor a quedarse despoblados. Aun los puestos retribuidos se aceptan muy forzosamente. Kleber dice que el nombramiento de general era un pasaporte para el patíbulo.

Volvamos al discurso de Bazire.

Los pocos culpables o traidores que había en aquella época eran incapaces de perder a la República. Hubiera valido más dejarlos libres que aterrorizar como se hizo a la Asamblea hasta el suicidio.

La Francia, salvada entonces por la victoria de Wattignies, tenía ante sí seis meses de tranquilidad para reconstituirse. Lyon se había entregado. Faltaba sólo tener dos puntos de la extrema frontera: Landau y Tolón. Esta situación no explica el aniquilamiento sistemático de las libertades de la tribuna.

Aunque Chabot, Thuriot, Desmoulins y otros hubieran hablado torpemente, la Asamblea siguió a Bazire y dictó que ninguno de sus miembros iría al tribunal sin haberse explicado antes en la Convención.

En este momento entró en la Asamblea la diosa Razón seguida del cortejo de niños vestidos de blanco.

La Razón, la Humanidad conducida por Chaumette por su iniciativa valerosa de la víspera, armonizó con el sentimiento de la Asamblea.

Entre el pueblo, la Comuna y la Convención estaba un sentimiento de fraternidad.

CAPÍTULO IV

LA CONVENCION SIGUE EL NUEVO MOVIMIENTO

(noviembre del 93)

La Convención cede a las iglesias y presbiterios a los pobres para fundar escuelas. — Suprime la herencia del crimen. — Hébert ataca a los convencionales. — La Convención, asustada, se acerca a Robespierre. — Posición de Chabot y Bazire. — Terror. — La monarquía de comités. — La Convención acoge los despojos de las iglesias. — Robespierre asegura que la Convención no atacará al catolicismo.

La iniciativa de la Comuna fué seguida sin dificultad por la Convención, y el 16 decretó que los templos que servían al culto y de alojamiento a sus ministros deberían servir también de asilo para los pobres y para establecer escuelas de instrucción pública.

La Asamblea declaró implícitamente la muerte del culto público.

La Convención pensó que el realismo y el catolicismo son dos cosas idénticas, dos formas del mismo principio: encarnación religiosa y encarnación política.

La Convención no se detuvo ante los Grégoire, ante la inconsecuencia absurda de los galicanos, que no saben lo que existe en el fondo de su dogma. Este clero, republicano de posición, por la fuerza de las cosas, observaba los principios más opuestos a la República. Su patriarca Grégoire murió en el dogma monárquico del mundo salvado por un hombre solo, en la fe contrarrevolucionaria de la herencia del crimen (o pecado original). Muere exactamente como Bossuet sometido al Papa. Es la invariable historia de esta iglesia ridícula y respetable al mismo tiempo: poseyendo un gran espíritu de resistencia, de lógica, finalmente se somete a Roma.

La Convención no persigue a ningún clero y deja que Grégoire se sienta donde quiera con sus hábitos de color violeta. Mantiene sus pensiones eclesiásticas y nutre a los galicanos, cuya mayor parte trabajaba por la destrucción de la República.

El decreto de Cambon de cesión de templos fué votado por todo el mundo sin protesta.

El día 26 la Convención suprime la herencia del crimen. Por fin Voltaire puede reposar tranquilamente en su tumba.

El principio terrible de la Edad Media (el pecado original) fué abolido, y la Convención adoptó a los hijos de los ajusticiados, llamándoles hijos de la patria. "Las faltas son personales. El suplicio

merecido del padre no impide a la nación que recoja a los niños inocentes." Saint-Just (17 ventoso).

Esta doctrina no era sólo de clemencia, sino de justicia.

La cuestión del movimiento era detener el terror cuando todo el mundo lo empleaba contra Francia. En defecto de los altos comités gubernamentales que nada hacían, la Comuna adoptó sus iniciativas. La hemos visto en otras ocasiones reformar los acuerdos descabellados tomados por los comités que aterrorizaban por su propia cuenta. El 15 de noviembre, Chaumette reivindicó para la Comuna el derecho de ejercer vigilancia sobre estos comités para evitar que se convirtiesen en inquisición.

Este gran movimiento de la Comuna que abría a la Revolución las vías religiosas, intentando guiarla en su vida política, revolucionó las provincias. Las iglesias se convirtieron en templos a la Razón, y los representantes que desempeñaban misiones organizaron la predicación religiosa y política.

El obstáculo se creó en la Comuna misma por la desertión de Hébert, que abandonó a Chaumette, despechado por su triunfo, por la altura moral a que se había colocado y por la enorme e inesperada mayoría que obtuvo al presentar su proposición.

La parte vergonzosa y vulnerable de Chaumette y Clotz era su amistad con Hébert. En su separación existía una nota simpática.

Hébert cometió después una interminable serie de locuras, que los robespierristas aprovecharon en beneficio propio. Por efectos inmediatos de su campaña se descubrieron los innumerables chanchullos realizados por él. Ciego, presa del vértigo del montón, había recibido cantidades a cambio de favores importantes que perjudicaban al país.

El terror se apoderó de la Montaña. Chabot era un bribón y otros había que no podían evadirse a ciertas acusaciones. Pero hay que confesar que la inmensa mayoría de la Montaña, hombres honrados, intachables, no se encontraban en menos peligro, sobre todo los que encargados de misiones habían tenido necesidad de erigirse en dictadores, debiendo hacer mil cosas en graves circunstancias. Sin embargo, los que por no hacer nada jamás se habían visto en peligro, ahora elaboraban la vasta trama de las acusaciones para sacrificar a sus colegas.

El día 18 presentaron los comités la gran ley gubernamental, fundando la monarquía de los comités de Salud Pública y de Seguridad general, destruyendo en su propio beneficio una parte del poder de la Comuna.

Esta ley fué presentada por Billaud-Varennes y se inspiraba en los deseos de toda la Francia, la unidad de acción y la supresión de pequeños tiranos.

Los representantes en misiones dependen en lo sucesivo de su comité de Salud Pública.

Los comités de Secciones de Comunas dependen de su comité de Seguridad general, de suerte que destruyendo el federalismo departamental se conserva el federalismo comunal.

La ley de unidad gubernamental tardó once días en discutirse. Al votarse nadie osó decir no.

Retrocedamos algo.

Los reaccionarios formaron agrupaciones católicas de mujeres en la iglesia de Saint-Eustache. La mayoría de estas mujeres eran prostitutas que rosario en mano son conducidas en procesión por las

calles para lavar la profanación cometida en Nuestra Señora de París, donde decían que se había cometido la infamia de colocar a una mujer desnuda sobre un altar. En la Vendée se empleaban otros procedimientos. Se imprimían hostias con animales grabados para hacer creer a los campesinos que los republicanos adoraban a las bestias.

La Asamblea y la Comuna entretanto recibían cartas como una del Loira, en la que se les comunicaba que los curas obligaban a los fanáticos a que quemaran vivos a los patriotas.

De todas partes llegaron a la Asamblea muestras del bárbaro fanatismo que inculcaban los curas, provocando esto en la Convención mayor entusiasmo. "No adoremos más imagen que la de la Libertad, la de la República, ni tengamos más culto que el de la Razón. ¡Jurémosla! ¡Jurémosla!"

Una voz de niño pidió que se redactara un pequeño catecismo republicano. Emoción general. Se decreta inmediatamente que el catecismo sea enviado a todos los departamentos.

La Asamblea parecía obrar por impulsos propios. Sentía deseos de emanciparse del comité de Salud Pública. ¿Llegaría así hasta el fin?

En el momento en que la Convención temblaba, Robespierre realizó un acto de audacia. El día 21 en los Jacobinos aseguró "que la Convención no atacaría el culto católico", que nunca cometería tal temeridad; añadió "que no existía ya más fanatismo que el de los hombres inmorales pagados por el extranjero para dar a nuestra revolución un carácter moral".

La cuestión planteada el 16 era si el clero católico compraría la posesión de las iglesias. Robespierre no dijo nada de esto, pero se extendió sobre la existencia de Dios.

Los católicos veían en Robespierre su defensor político, aun sabiendo que era muy mal católico.

Pronunció un discurso que aunque lo comprendieron en toda Europa, Francia entonces no acababa de comprenderlo. Era el discurso de un político sagaz, previsor, adivino del tiempo. Sabía ya Robespierre antes que ningún francés que la Revolución moría. En diciembre del 93, en junio del 94, en la fiesta del Ser Supremo, los reyes y los curas confían en Robespierre.

En este discurso se creyó ver un milagro, una conversión, el dedo de Dios.

Y como en el cielo hay más alegría cuando se pesca a un pecador que cuando llega un justo, la alegría fué íntima, profunda en la contrarrevolución. Robespierre, sin duda, por su discurso acababa de entrar en el mundo de los hombres intachables, honestos, impecablemente virtuosos.

Desde entonces no hubo ni una sola mujer católica de Europa que en sus rezos nocturnos no añadiera alguna oración por M. de Robespierre.

CAPÍTULO V

PAPADO DE ROBESPIERRE

(22 de noviembre - 16 de diciembre del 93)

Robespierre aterroriza a sus enemigos. — Resistencia de Chaumette. — Robespierre obra contra él. — Chaumette cierra las iglesias. — Danton empleado en la tarea de hundir a Chaumette. — Robespierre arranca a la Asamblea la libertad de cultos. — Hébert reniega de Chaumette. — Desmoulins empleado en la tarea de hundir a Clootz. — La sociedad Jacobina mantiene el clero.

El discurso de Robespierre terminó de un modo amenazador, pidiendo una depuración de responsabilidades, la "expulsión de los agentes del extranjero".

Era natural que esta amenaza aterrorizara a sus enemigos, pues tras ella veían una interminable serie de injusticias y coacciones.

So pretexto de una selección se iba a destruir a muchos enemigos de Robespierre.

Robespierre estaba encendido de ira desde que los jacobinos designaron presidente a Clootz. Sin embargo, su autoridad en la asociación era dominante, por mejor decir, absoluta. Pudo la sociedad cometer una pequeña infidelidad, pero era su esposa, le pertenecía.

Sin la inquebrantable fe de los jacobinos hubiera perecido cuando por dos distintos puntos se le atacaba terriblemente, por medio de Dubois-Grancé y Philippeaux. La sociedad nada quería saber contra su idolo.

Cambió después, pero siempre en beneficio de Robespierre. Despojada de casi todos sus primeros sostenedores, concentró su adoración en Robespierre. Dependía de él. La selección jacobina la depuraría, la realizaría él solo, su voz, su deseo, su capricho. Esta soberana autoridad era peligrosa para quienes como Danton y Desmoulins eran jacobinos *amateurs*, por afición, pero no por vocación decidida del espíritu.

El registro de esta sociedad era el libro de la vida y de la muerte. En la lista figuraban Brissot, Desmoulins, Bazire, Danton, quienes irían a la guillotina si no se encargaban de hundir a los enemigos de Robespierre. Este se aprovechó de su autoridad, y valiéndose de Danton y de Desmoulins mató a Chaumette y Anacharsis Clootz.

Las amenazas de Robespierre fueron en primer lugar para Clootz y Chaumette. Ninguno de los dos se inmutó. Como Galileo, continuaron diciendo: *E pur si muove*.

La debilidad de las creencias religiosas convertía los templos en hogares realistas.

El decreto de la Convención abriendo las iglesias a los pobres, quienes las habían de aprovechar como asilos, ponía en evidencia la miseria de París con sus cien mil indigentes.

Era necesario también que una autoridad robustecida, prestigiosa, impidiera la inquisición odiosa de los comités. No era necesario suprimir el Terror, sino hacerlo eficaz.

Cambon y Chaumette hicieron algunas demandas contra estos comités, y entonces Robespierre los puso bajo su protección.

¿Qué iba a ocurrir si se dejaba subsistir el raro federalismo de 40.000 comités completamente irresponsables? Que la Francia, aterrorizada por la tiranía local, se refugiara en la tiranía central. La asociación jacobina y la eclesiástica, partiendo de dos distintos puntos, iban a encontrarse bajo la misma dictadura de Robespierre.

El 23, Chaumette obtiene de la Comuna la organización de socorros, alojamiento y alimentación de los pobres a costa de los ricos y la represión de los movimientos que se intentaban en París, cierre de iglesias, los curas declarados responsables de las revueltas y *excluidos de toda función*. Se aprovecha la ausencia de Chaumette para añadir términos más graves, que después él hizo borrar.

Chaumette procedió entonces con valor, con serenidad, y añadió estas significativas frases: "Unámonos a la Convención. Que sepan nuestros enemigos que aun tenemos una campana y que si es necesario la tocará el pueblo".

De la Montaña mismo, a la que él acudía, sacó Robespierre al hombre que había de atacarle: a Danton. Este, algo inquieto por la terrible prueba a que iba a someterse, se aseguró a cambio de este servicio la asistencia de los jacobinos. La Convención, asombrada, vió el día 20 a un Danton robespierrista hablando del *Ser Supremo*, mascarada religiosa que la Asamblea no debía sufrir. En medio de este discurso abrió su corazón y comenzó a hablar de la clemencia, de Enrique IV y de un día en que el pueblo ya no necesitaría emplear rigores.

Esta clemencia inoportuna puso el colmo a la medida de la paciencia, a una situación en la que no se podía pedir más que *justicia severa*, como la que la Comuna quería exigir a los comités revolucionarios.

El golpe, sin embargo, fué terrible para Chaumette. Hizo éste un discurso el 20, hablando de la tolerancia religiosa y diciendo que el que quisiera el culto católico debía satisfacerlo de su propio peculio y que la Comuna venía obligada a garantizar a las secciones que habían renunciado al culto católico.

Billaud-Varennes habló contra Robespierre. La Comuna quedó maltrecha, pero los comités tampoco obtuvieron una victoria completa.

Merlin de Thionville, Thuriot y Dubois-Grancé ponen de manifiesto la falta de autoridad, la impotencia del comité de Seguridad general, y se introduce una reforma por medio de la cual los comités revolucionarios practicarían las detenciones de sospechosos, pero los representantes que desempeñaban misiones en los departamentos juzgarían durante las veinticuatro horas siguientes de la validez de la detención.

Al precio de esta concesión aparente Robespierre obtuvo la concesión de la libertad de cultos. El catolicismo, violentado duramente,

perdió la profesión de la ley, y ni tan siquiera se atrevió a abrir las iglesias. Sin embargo, a su lado estaban las mujeres y los políticos gastados, gentes todas que aman la obediencia.

Robespierre no quería nada de ésta. Seguía su instinto gubernamental. Quería llevar tras sí el pueblo que seguía a Grégoire.

¿Cómo se hizo este extraño tratado por medio del cual la Convención por una modificación dudosa en los comités desmintió cuanto había hecho?

1º) Porque trataba con ligereza las cuestiones profundas.

2º) Porque Cambon viéndose solo deslizó un pie.

3º) Porque Danton había muerto.

Había muerto en los Jacobinos, protegido y envilecido por Robespierre. Danton habló con elocuencia, con vehemencia extraordinaria, pero nadie le escuchaba. Antes de hablar estaba ya a diez codos bajo tierra, y cuando Robespierre le tendió la mano lo hundió otros diez más.

El día en que la Convención decretó la libertad del culto católico, Hébert comprendió que Chaumette había muerto e hizo que los Cordeleros declarasen que él era extraño al movimiento provocado por Chaumette.

Después confesó que él mismo había aconsejado a los campesinos que leyesen la Biblia, porque con esto sólo, con seguir sus máximas, se era un buen jacobino.

Chaumette, traicionado, fué a los Cordeleros y hubo de dar explicaciones. Además, dijo, no había hecho más que obrar de acuerdo con Anacharsis Clootz. Se arrimaba al apóstol, al profeta de los Cordeleros. Pero ya no quedaba nada del apóstol ni del profeta.

Esta misma noche Clootz perecía en los Jacobinos por consecuencia de un furioso ataque de Robespierre, que lo expulsó de la Sociedad.

Para explicar esta versatilidad de los jacobinos hay que advertir que Camilo Desmoulins había publicado un libelo contra Clootz y éste llegó a los Jacobinos medio destruido ya por los ataques de Camilo.

Robespierre encontró a su víctima medio muerta. Le fué muy fácil hundir el cuchillo.

Camilo había adelantado la obra. Su miedo hizo ser extraordinariamente hábil en su libelo contra Clootz. La sesión en que Danton habló contra Chaumette confundió el cerebro de Camilo, para quien no había más Dios ni más religión que Danton. Éste pereció, pero Camilo, creyéndose salvado, se abalanzó hacia Robespierre y le abrazó llorando: "¡Mi querido Robespierre!", dijo emocionado.

Camilo y Danton creyeron que Robespierre entraría en sus teorías de clemencia. La dulzura de Couthon en Lyon y otros indicios infundieron estas esperanzas. A cambio de esta hipótesis diéronle a Robespierre la muerte de Clootz, el abandono de la cuestión religiosa.

Hemos de hacer constar que Camilo Desmoulins, el primer escritor de su tiempo, ante la Asamblea de Jacobinos se sentía desfallecer. Pero apoyado por los robespierristas se atreve a decir en un libelo que el "prusiano Clootz es primo del austriaco Proly", que Clootz y Chaumette estaban "pensionados" por Prusia. Era tanto más cruel este libelo por cuanto la víspera de su publicación habían guillotinado a los Vandeyver, amigos y banqueros de Clootz.

Robespierre empleó las más atroces calumnias contra Clootz. Se burló del *ciudadano del mundo*, de la *República universal*.

Clootz, sin rencor alguno, se dirigió a la Francia, a su patria por adopción, para decirle: "¡Francia: te matan tus hombres!". ¡Cuán poco caso hizo Francia de esta frase profundamente genial!

Los jacobinos demostraron que eran una sociedad disciplinada. Tuviera o no razón Robespierre, ellos le seguían.

Contra Clootz no se objetó nada serio, *salvo una herejía*. Los ataques que se le dirigían eran del molde del siguiente: "Nada semeja tanto al federalismo como el predicador *intempestivo* de la indivisibilidad".

La Revolución, al pedir Robespierre que seleccionara a sus hombres, se convertía en algo delicado y difícil de determinar. No podría subsistir como no fuera con hombres tan puros como las vírgenes. Pero Robespierre mismo, ¿tenía la seguridad de serlo?

La carrera de depuración a que se lanzaba debía de conducirle muy lejos.

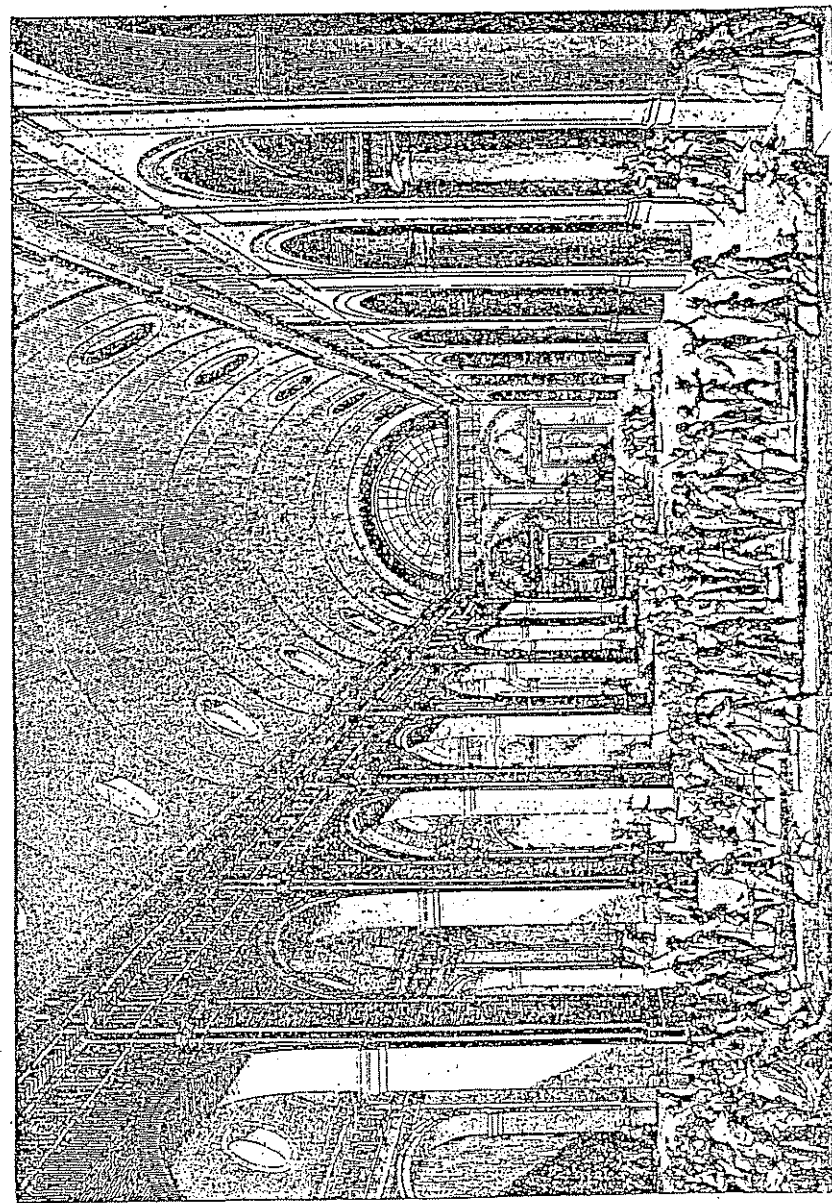
El 10, Anacharsis Clootz es declarado indigno de pertenecer a la sociedad jacobina. A Desmoulins se le admite el 12 a duras penas. El 16 se excluye a los nobles, a nobles como Antonelle, jefe del jurado contra la reina y los girondinos. Pero no se excluye a los curas. Dos días antes Robespierre, en una proclama dirigida a Europa "contra el filosofismo" decía: "No somos impíos, etc., etc.", y no lo dijo solamente, sino que lo demostró después *no impidiendo que los curas se sentaran en la sociedad*.

Los curas, primeros enemigos de la Revolución, eran considerados por él como buenos republicanos. Aceptados por el santo entre los santos, bien seguros podían estar dentro de la República, trabajando contra ella. ¡La sociedad depuradora mezclándose con los curas! ¡Qué extraña equivocación! ¡Qué fatal error de Robespierre! ¡Qué alta potencia había decidido que el cura cambiara su espíritu mezquino, menguado, por el del republicano?

La confianza del clero en Robespierre llegó hasta el extremo de realizar manifestaciones clericales en la vía pública, cantándose himnos a Jesús.

En la misma calle de Saint-André-des-Arts oía todo el mundo los oficios, casi en el mismo centro de París.

Aquello no podía ser la Revolución.



El 31 de octubre de 1793 los diputados de la Gironda marchan camino del suplicio: "era el cal-
mante que se creyó dar para aplacar el furor de los exaltados."

CAPÍTULO VI

PROCESO Y MUERTE DE DANTON, DESMOULINS, etc.

(2, 3, 4 y 5 de abril del 94; 15 y 16 germinal)

Admiración de los rusos hacia Robespierre. — Los robespierristas han sobrevivido a sus enemigos. — Aun dominan la historia. — Apertura del proceso (2 de abril). — Embarazo del acusador público, del presidente. — Recházanse las pruebas de los acusados. — Danton acusa a los acusadores. — Su discurso del 3, mutilado, desfigurado. — Se le quita la palabra por sorpresa. — División del jurado. — Lucila escribe en vano a Robespierre. — Se obtiene un decreto contra los acusados. — La noche del 4 al 5: el jurado. — Últimos momentos de los acusados. — Sus títulos ante la posteridad. — Desmoulins en el carromato. — Muerte de Danton y Desmoulins.

"El terrible Danton fué verdaderamente escamoteado por Robespierre", ha escrito un girondino rencoroso, del Riauffe, después significado reaccionario y subprefecto del Imperio.

Los realistas, los reaccionarios, todos aceptan como legítima esta idea, que en el fondo es absurda. Lo afirman así los enemigos de la República y se llenan la boca diciendo que la Revolución fué decapitada por la Revolución misma, la República por la República. Es éste un sentimiento común a todos los contrarrevolucionarios de Europa. Un confidente de la familia imperial de Rusia, el historiador Karamsin, secretamente enviado a París, quizá para impedir la alianza polonesa, quedó admirado ante la energía y el vigor desplegados por Robespierre. Desde entonces le dedicó toda su estimación, y al regresar a San Petersburgo, cuando se enteró del 9 termidor, derramó abundantes lágrimas.

Si los curas y los reyes en su lenguaje oficial maldecían al jefe de los jacobinos, es porque debían de desempeñar este papel; pero en su fuero interno pensaban de muy distinto modo. Quien mató a Cioetz y Chaumette, la Comuna de París, destruyendo el altar de la Razón, se creó un título de eterna gratitud en el clero. Quien mató a Danton y Desmoulins, la voz de la República y la vida de la Montaña, merece por esto solo el reconocimiento de los reyes.

Todos los gobiernos son hermanos, y Robespierre fué un gobierno. Resultaron de esto dos cosas: la tradición gubernamental de

Europa continuó fiel en el hombre que cambió la faz de la Revolución y de la República.

¿Quién mató la República? Su gobierno. La forma subyugó el fondo. Buscóse el orden y la calma en la extensión de las fuerzas vivas. Mató a la vez la libertad y la conciencia. Pero esto era precisamente lo que le proporcionaría defensores para el porvenir. Cuantos se encontraron afiliados a estos actos por fanatismo o cobardía se han convertido en amigos obligados de Robespierre.

Los dantonistas por una parte, de otra Clootz, Chaumette, la Comuna de París, todos desaparecieron a la vez. Sus matadores sobrevivieron.

Aun muchos han trabajado durante largos años para conseguir su rehabilitación, trabajando en los juicios de la posteridad.

Hebertistas y robespierristas, Choudieu, Levasseur, dos octogenarios, pudieron continuar la guerra contra Philippeaux; negar la evidencia y desmentir a Kieber y demás testigos oculares. Contra Danton y Desmoulins han podido hablar a su antojo los oráculos consultados continuamente, un Barère, un Soubrierbielle. Para colmo, la escuela de Babel, los católicos robespierristas, han acabado de embrollarlo todo.

En todo el periodo de la Revolución los robespierristas han seguido un método para matar a sus enemigos: una sola acusación. Contra Roux, Hébert, Fabre, Danton, se empleó la acusación del robo.

Los enemigos de Danton dicen que contra éste no tienen pruebas de su acusación; sin embargo, la tradición orleanista persevera, trabaja en este sentido. Luis Felipe ha empleado todos los medios para que no desaparecieran los vestigios de tanta impostura.

Ya se ha visto que Danton en Bélgica siguió el camino de Cambon, contrario precisamente al de Dumouriez y los orleanistas.

No fué Danton solamente el escamoteado, sino su historia, su memoria, que es la de los dantonistas, la de la Comuna, de Clootz, Chaumette, la de los representantes montañeses, cruelmente perseguidos en el 93, quienes salvaron la Francia. Toda la gloria de la Montaña fué monopolizada por el comité, y la del comité por Robespierre. Es decir, la historia republicana ha sido siempre escrita en un sentido monárquico.

Hemos demostrado que la dictadura de los comités fué en un momento la fuente de salud de la patria. Esta dictadura había desaparecido, pero entonces comenzaba la de un individuo. Se apoderó de todas las fuerzas, y en las seis semanas que siguieron a la muerte de Danton lanzó la Francia en una vía rápida de reacción monárquica que fué aplaudida por la Europa reaccionaria.

La caída de la República data para nosotros, no de termidor, en que ella perdió su fórmula, sino de cuando el genio de París desapareció con la Comuna, cuando la Montaña se recogió bajo el terror de la derecha. La prensa y el teatro perecieron.

El día 2 de abril condujeron a los acusados. El terror que inspiraban se demostró en el interés que tuvieron de colocar dos nuevos acusadores públicos. Ya no merecía confianza Fouquier-Thionville, pariente de Camilo Desmoulins.

Lo más trágico del proceso descubrióse por el adorno que se puso al banquillo de los acusados. Allí comparecieron Danton y Héroult, al lado de Delaunai; Fabre, cerca de Chabot y Lacroix; el

irreprochable Philippeaux al lado del agiotista Espagnac. Los dos alemanes Frey, el español Guzmán, el danés Deideriksen estaban también para justificar la palabra sacramental: *conspiración del extranjero*.

Cuando penetró Danton, todos los corazones sintieronse sobrecogidos. Un escribano, Fabricio París, prescindiendo de todo respeto humano, atravesó la sala y se arrojó en los brazos de Danton sollozando.

Aparecían allí las siniestras figuras de Herman, Nicolás, el impresor del tribunal, con los ojos encendidos por la cólera.

Aquel tribunal no podía comenzar. Fouquier no tenía pruebas ni testigos. El comité no le proporcionaba ningún medio.

¿Qué había de presentar, pues, el pobre Fouquier? ¿Su convicción personal? Lo dudo. En este mismo mes comió un día secretamente con Danton. Para suplir con la riqueza de palabras la pobreza de pruebas, pidió se leyera el extenso informe de Amar contra los agiotistas, y al final la atroz diatriba de Saint-Just. Después presentó su débil trabajo, y queriendo poner algo de su cuenta, no encontró más palabras que éstas: "Chabot no ha sido más correcto que Camilo Desmoulins". Esto no podía ser más cándido, más inocente.

Al sentarse advirtió que no había interrogado a los acusados.

"¿Cómo os llamáis? ¿Qué edad tenéis? ¿Cuál es vuestro domicilio?"

"Yo soy Danton; tengo treinta y cinco años; mi domicilio será mañana la muerte; mi nombre quedará en el panteón de la historia".

"Yo soy Camilo Desmoulins; tengo treinta y tres años, la edad del *sans-culotte* de Jesús".

Afortunadamente para la presidencia del tribunal, había tres asuntos que tratar y podía alejarse de estos terribles acusados, poner sordina a los debates.

Los informes de la audiencia fueron impresos por Nicolás, el hombre de Robespierre, antes de pasar a los periódicos. Las hojas aparecen arrancadas, y sobre Cambon recae la acusación, pero esto es increíble; Cambon era un hombre honrado, y en modo alguno pudo emplear procedimientos que eran la perdición de Fabre, que aparecía envuelto ante el tribunal, enfermo, balbuciente.

Fabre dijo enérgicamente que se empleaban documentos falsos contra él, Cambon enrojeció y se enfureció. A gritos se dirigió a Fabre, preguntándole qué opinaba de Danton y Desmoulins: "Son dos excelentes patriotas que desde que penetraron en la cárcel han dejado de prestar beneficiosos servicios a la patria".

El falsificador de todos estos documentos históricos suprimió también sin escrúpulos estas hermosas palabras. Ningún periódico las ha reproducido hasta mucho tiempo después. Si Fabre no pudo ver el documento por el cual se le condenaba, Héroult de Séchelles tampoco pudo examinar el documento en que se hacía constar que había traicionado la República en Tolón y que poseía Robespierre.

¿Cómo figuraba Héroult entre los acusados? Él quería saberlo. Se le mostró un abultado manuscrito, obra innoble de la policía. Nada prueba que conspirara con el extranjero. Los mismos jueces declararon que semejante conspiración no estaba demostrada. Por duro que tuviesen el corazón no podían ver sin horror que peligraba la vida de un inocente, de un justo.

Era necesario que hablase Danton. Él cambió la faz de las cosas. La sala se transfiguró, tembló el pueblo, los cristales trepidaron: Danton se convirtió en el juez acusador. Todas las miradas dirigieron hacia los verdaderos culpables, los miembros del Comité.

Danton dijo en su nombre, y en el de Philippeaux y Desmoulins, que acusaba al Comité porque éste se había convertido en acusador. Los jurados comenzaron a desfilar. Herman, Fouquier y Henriot, asustados ante la actitud del pueblo y la poderosa elocuencia de Danton, levantaron la sesión (3 de abril).

Fue un discurso de vencedor que hundió a los innobles jueces. Aquí se manifiesta evidentemente la falsificación de los documentos. Han mutilado su discurso, borrando sus períodos más brillantes y persuasivos. Se ha llegado a confundir la sesión del 2 con la del 3.

Danton habló durante toda la sesión del día 3, y el acta no da de su discurso más que seis páginas. Coffinhal lo ha cercenado todo; pruebas, testimonios, declaraciones; ha dejado sólo las palabras en que los acusados se expresaban con fiereza, con desesperación. El bárbaro mutilador, al truncar las supremas palabras de un hombre que se veía a dos pasos de la muerte, no tiene otra pretensión que la de presentarlo como un tipo burlesco.

La muchedumbre inmensa que oyó a Danton el día 3, lo encontró tan persuasivo, tan concluyente, que lo aplaudió con entusiasmo.

Herman dice a Danton: "Estás fatigado, Danton: cede la palabra a otro: te la reservaré para cuando hayas descansado".

Admirad la hipocresía del redactor de las notas para la prensa: "Su situación era penosa. Los jurados lo advirtieron y le invitaron a que suspendiera su discurso para que lo reanudara con más calma, con más tranquilidad".

Herman se aprovechó de este lapso y precipitó las declaraciones de todos, como si le faltara tiempo para acabar. Un acusado pidió que se citaran algunos miembros de la Convención, y el presidente expuso esta teoría extraña: "La Convención es tu acusadora, y ninguno de sus miembros puede testimoniar en este proceso".

Comenzó entonces a circular un rumor espantoso. Se dijo que en el proceso iba a realizarse una horrible maquinación. La agitación se manifiesta con visible fuerza. Los jurados conferenciaron con Robespierre; pero éste no pudo facilitarles ni ideas ni medios para que continuara la vista del proceso.

Los presos querían saber qué se decía de ellos en las calles. Chaumette, dos veces por día, recibía informes del estado de la opinión, y facilitó estas noticias a sus compañeros.

Las maquinaciones de los enemigos de Danton dieron buen resultado. Se susurró que Danton había sido vencido. Fue engrosando la opinión, y por todas partes oíase la fatal noticia. Horrorizáronse los prisioneros, enfurecieron. En el Luxemburgo no había armas.

Una mujer errante trabajaba por los prisioneros. La hermosa Lucila. Camilo le escribía todos sus sufrimientos de la cárcel. La pobre Lucila, enamorada locamente de su marido, se perdió por él, como él se había perdido por la Francia.

Le escribió a Robespierre. Le recordó que había sido testigo de su boda, que él había sido su primer amigo, que Camilo no había hecho más que trabajar por su gloria, añadiendo estas palabras de mujer enamorada, encantadora: "Vas a matarnos a los dos: matarlo a él es matarme a mí".

No obtuvo respuesta. Escribió después a su admirador Dillon: "Háblase de hacer otro septiembre. ¡Será de hombres de corazón defender al menos esos días!..."

Los prisioneros sintieron fortalecidos ante tan hermosa unión.

Dillon, tan bravo como hablador, bebiendo con Laffotte le entregó las cartas y le confió todo lo que conocía. Laffotte le oyó hablar hasta el final. Al día siguiente todo lo contó a Saint-Just, a quien le faltó tiempo para descargar el golpe.

La Asamblea durante estos días estaba muy desanimada. Del 5 de septiembre al 21 de diciembre la Convención formábase de unos doscientos miembros presentes. El día 4 de abril, en las primeras horas de la mañana, apenas había público. Los montañeses estaban abatidos. Se habían convencido de que a la voz de Robespierre, la derecha y el centro, los mudos, votaban como un solo hombre con el pequeño grupo de los robespierristas. Esto se observó el mismo 4 de abril.

La sesión se abrió de un modo grotesco y siniestro. Legendre ingenuamente expresó "su miedo y el de su esposa", cobijándose en cierto modo al amparo de la Asamblea. Las figuras prolongaron terriblemente cuando el arcángel de la muerte, Saint-Just, apareció en la tribuna. Habló contra los acusados y aventuró las siguientes palabras: "Notad la distancia que nos separa de los culpables".

"Todo acusado que se resista o que insulte será excluido de los debates". Esta era la fórmula del asesinato, inmediatamente votada como se hacía para diezmar la Montaña.

Cuando se votó el decreto apareció la mujer de Philippeaux bañada en lágrimas. "¡Abajo los privilegios!", dijo Robespierre, y rechazó a aquella mujer en nombre de la igualdad.

Legendre terminó dignamente la sesión, pidiendo que Simon, un ciudadano amigo suyo, fuese entregado al tribunal revolucionario.

Herman interrogaba a los comparsas, a los acusados secundarios. Mientras se desarrollaba esta farsa llegan tres miembros del Comité con el decreto votado en la Convención. Voullaud, enrojecido, entrega el decreto a Danton, y éste dice: "El decreto está aquí: ya no pueden escapar de nuestras manos".

Amar, lívido como un muerto, se esforzó para aparecer energíco. Nicolás y Arthur frotábanse las manos.

Danton: "Mira — dijo con voz de fuego a Desmoulins —, mira a estos asesinos cómo nos persiguen hasta la muerte".

Cuando se leyó el decreto, en la noche del 4, todo parecía terminado.

La resistencia de Naulin había sido contagiosa. Las palabras vibrantes de Danton llegaron al fondo del alma. Pero los jurados friamente dijeron: "Nosotros ya no somos jurados: somos hombres de Estado".

La noche del 4 al 5 fue de horrible discusión. Al amanecer todos estaban fatigados, extenuados. Desfilaban los jurados. Iban, no como hombres, sino como maniqués. Estaban horrorizados.

"Los jurados están satisfechos. Los debates han concluido."
"¡Han concluido!..." — dijo Danton. — "¡Si aun no han comenzado!..."
"¡Aun no habéis leído las pruebas ni oído a los testigos!..."
Desmoulins había escrito una violenta refutación a las calumnias de Saint-Just. En su rabia, en su desesperación, magulló, es-

trujó este papel, bañándolo con sus lágrimas y arrojándolo a sus verdugos. Este papel, hermoso documento histórico destinado a caer en manos interesadas, se salvó milagrosamente, pudiendo adquirirla la madre de Lucila.

¿Quién lo creería? Sus enemigos han explotado los últimos momentos de este reo, a quien no se quiso oír.

Danton no temía por su vida, en aquella calma sincera y suprema, sino por la Francia. A través de todos los cinismos se oía la voz dolorida de Danton: "¡Ah, bestias, cómo gritaréis ¡viva la República! cuando me veáis pasar!..."

Hasta Chabot se mostró superior.

— "¡Que yo muera me parece bien!... —decía Chabot a Bazire. — ¡Pero tú, pobre Bazire!... ¿Qué has hecho tú, pobre Bazire?..."

Bazire portóse heroicamente. Por indigno que fuera Chabot, Bazire permaneció fiel a su amistad.

— "¡Pobre Bazire! ¿Qué has hecho?"

Nada. Todo el crimen de Bazire consistía en haber tenido un corazón tierno.

— "¡Pobre Philippeaux! ¿Qué has hecho tú?..." ¡El mismo carromato los conducía a todos! Con las víctimas de la Humanidad, las de la Justicia. Philippeaux moría por haber amado al ejército. Muriendo por la humanidad sentíanse más fuertes.

"Danton —dijo un hombre—, mira al cielo... ¿Quién tendrá razón?..."

El sueño de Danton era pacificar la Francia, que desaparecieran los partidos para dar paso a la fraternidad.

Los dantonistas destruyeron el trono y crearon la República. Quisieron salvarla organizando la justicia, una justicia elevada, humanitaria.

No aborrecieron a nadie, y entre ellos amáronse hasta la muerte. He aquí su hermoso lema: "Inseparables en la guerra y en la amistad".

Que la República matara a sus creadores era cosa que no lo grababan comprender. Desmoulins, para consolar a Lucila, decía: "No temas nada, estaré con Danton".

Ya sobre la carreta, dijo: "Quiero compartir la suerte de Danton". Apenas admitía, camino del patíbulo, que Danton pudiera ser ejecutado. Amigos desesperados había en la muchedumbre que esperaban el despertar del alma del pueblo.

Brune, rugiendo como un toro, decía: "Los salvaré o pereceré con ellos".

El fundador del *Vieux Cordelier* sentíase fuerte. Sabía que había sido la voz del pueblo. Sobre el carromato dió el espectáculo más trágico que se había visto. Agitábase desesperadamente. Jamás creyó que el pueblo defendido por él con tanta elocuencia los abandonaría. "¡Pueblo... pueblo... pobre pueblo!... ¡Cómo te equivocas; vas a matar a tus amigos!... ¿Quién te guió a la Bastilla?... ¿Quién te dió la invencible escarapela? ¡Soy yo, Camilo Desmoulins!..." Rompió sus vestiduras este hombre y mostró su pecho enrojecido. ¡Qué terrible espectáculo! Parecía que iban a arrancarle el corazón a la patria! Cuando se llegó a la calle de Saint-Honoré, frente a la casa de Robespierre, cerrada, muda, el pueblo redobló sus gritos frenéticos, clamor de cobarde abdicación, siniestro saludo al César en nombre de la guillotina. Desmoulins calmóse un instante. "¡Esta casa desaparecerá!", dijo. En vano se la busca hoy.

Danton: "¡Yo arrastro a Robespierre. Robespierre me sigue!".

Hérault de Séchelles, Camilo y Bazire, estrecháronse en su amor a Danton. Para ellos había sido la energía sublime de la vida de la Revolución, el corazón de la República. ¡Grande consuelo para ellos que iban a morir por el ideal, juntos con su creador!

Hérault descendió primero y tiernamente volvióse para abrazar a Danton. El verdugo se interpuso. "¡Imbécil —dijo—, apártate! No podrás impedir que se besen nuestras cabezas en el cesto."

Camilo miró la brillante guillotina: "¡Magnífica recompensa para el primer creador de la libertad!".

Rogó después que el verdugo entregara uno de sus bucles a la madre de Lucila.

Danton murió sencillamente. Miró al pueblo con amor, con piedad. Y pasando su mirada de izquierda a derecha dijo con autoidad al verdugo: "Muestra mi cabeza al pueblo, pues vale la pena".

El ejecutor obedeció, mostrándola a todo el mundo.

Hubo un momento de silencio... Nadie respiraba... Por encima de la voz de la pequeña partida contratada por los realistas se oyó un grito formidable:

"¡Habéis decapitado la República!"

CAPÍTULO III

LAVOISIER. — LA QUÍMICA. — LAS COSTUMBRES EN EL 94

¿Podíase en un día curar un mal de mil años? — Estancamiento, abandono, desprecio de la vida. — Potencia, actividad de las mujeres. — Rápidas transformaciones. — El advenimiento de la química. — Muerte del inventor. — Ferocidad libertina del antiguo régimen, continuada bajo la República.

Aproximemos las dos siguientes frases:

Un constitucional pronunciaba estas amargas y escépticas palabras:

"Ahora que hemos hecho leyes para una nación nos falta hacer una nación para estas leyes."

Y un convencional decía: "Si llegamos a decretar la Educación habremos vivido mucho".

Decretar la educación era obra difficilísima para comenzada.

Mil años de educación antihumana, enseñando sistemáticamente la degradación del hombre, mostrando como principios de virtud la perfecta resignación del salvaje, es decir, la aceptación del estado de embrutecimiento de una sociedad, era obra terriblemente difícil que la Revolución debía destruir.

Era necesario inventar un remedio poderoso para curar de un solo golpe.

Muchos tenían el sentimiento de que era imposible curar tan grave y crónica enfermedad y arrojábanse en la desesperada idea de una terrible depuración, absoluta, universal.

Aparecía también una dificultad. ¿Podía ser individual esta depuración? ¿Eliminando este o el otro individuo se realizaba la depuración? ¿El mal existía en todos? Sí, no había uno solo que permaneciera inmaculado. Robespierre creyó que al morir Danton había desaparecido todo. Error. El mismo era materia de proscripción. En Robespierre había un cura, como en Saint-Just un tirano. Hacía falta un Robespierre para proscribir a Robespierre, el Robespierre impuro, enfermo, vengativo, hipócrita.

La mayor parte, aún sin darse cuenta, sentía instintivamente, confusamente, que cuanto se hacía no servía para nada. Los esfuerzos del Terror, el derramamiento de sangre fué inútil y de aquí surgió un gran descorazonamiento, una especie de cólera moral.

Herido precisamente el nervio moral, sobrevienen acontecimientos que revelaban estados especiales del alma. Unos quieren vivir

a toda costa y otros de fastidio, de cansancio, deseaban morir o por lo menos no huían de la muerte.

Se observó esto principalmente en Lyon. La frecuencia de las ejecuciones divertía a los espectadores. "¿Qué haré hoy para ser guillotinado?" preguntábase alguno. Uno de los condenados, que leía cuando se le llamó, continuó leyendo hasta que llegó al patíbulo y allí puso la señal en el libro. Cinco prisioneros, en París, escapáronse a los gendarmes. Querían solamente ver aún una función en el Vau-deville. Uno compareció después ante el tribunal: "¿Dónde están los gendarmes? —preguntó—. ¿Podéis decirme dónde están los gendarmes?". Lo más grave ocurrió en la Asamblea.

Un hombre que quería matar a Robespierre o a Collot d'Herbois fué a la Asamblea en la cual Barère contaba no sé qué historia de Madagascar. El hombre se durmió profundamente.

Este esfuerzo contra la naturaleza no podía continuar. La Naturaleza, la poderosa Naturaleza que en ningún sitio germina tanto como en las tumbas, reaparecía victoriosa, adoptando mil formas inesperadas. La guerra, el Terror, la muerte cuando parecía ir contra ella dábale más vigor, nuevos triunfos. Las mujeres jamás fueron tan fuertes. Se multiplicaban removiéndolo todo. Las atrocidades de la ley hacían legítimas las debilidades de la hermosura. Y decían ellas consolando al prisionero: "Si hoy no aprovecho, mañana ya será tarde". Estar embarazadas era una probabilidad de vivir.

Repetíase sin cesar una palabra como eje de todo el pensamiento de la época: "¡La Naturaleza, la Naturaleza! ¡Entreguémonos a la Naturaleza!". No quedaba rastro de respeto humano. El cautiverio era entonces el libertinaje completo. Hombres y mujeres, serios y graves, lanzábanse en el torbellino de la muerte. Su recreo favorito era el ensayo de lo que iba a ocurrir, del drama supremo, de las gracias que debían desplegarse en la guillotina. Estas lúgubres parodias daban por resultado audaces exhibiciones de la belleza, como queriendo despertar la pasión, el dolor por lo que la muerte iba a destruir. Si hemos de creer a un realista, aún en la sombra misma de la Conserjería, trágica y sagrada, testigo de las civiles predicaciones de madame Roland, vió frecuentemente a ciertas horas escenas poco edificantes. La noche y la muerte guardaban los secretos.

Así como el asignado no inspiraba confianza, el hombre tampoco tenía la seguridad de durar más que el papel, y los lazos rompíanse bruscamente, con extraordinaria volubilidad. La existencia, por decirlo así, se había volubilizado.

Nada había sólido. Todo era fluido, gas que se desvanecía. Lavoisier estableció y demostró un gran problema de la ciencia moderna: sólido, fluido y gaseoso, tres formas de una misma sustancia.

¿Qué es el hombre físicamente? Un gas solidificado.

El descubridor de esta idea grande, terrible, fecunda, que suprimía la inmortalidad de los cuerpos y el juicio postrero, Lavoisier, era el espíritu mismo de la Revolución contra la edad media.

Él fué quien, pasando por encima de los escrúpulos y supersticiones locales, removió las tumbas y extrajo cadáveres.

¿Qué revolución tan grande introdujo Lavoisier en el fondo mismo de la composición de los seres! ¡Él parecía el rival de la naturaleza!

Su ciencia comenzaba entonces a hacer milagros. Así de fecunda en aplicaciones como sublime en sus principios, ella proporcionaba medios para la patria. No sólo hizo una ciencia Lavoisier, sino

que engendró un pueblo. Una inmensa pléyade de químicos, lo llenaban todo con su actividad. Por todas partes veíanse las calderas para fundir el salitre. Se organiza una gran fiesta, la fiesta de la química. "Hace falta un trono para sentar al creador". Sí, sobre la fatal carreta en la plaza de la Revolución.

Comienza la marcha declarada de una nueva época, que por medio de juicios, proscripciones, batallas, hombres, en un año, del 94 al 95, lo disolvió todo, lo descompuso todo, dando reposo a la naturaleza revuelta, a esta enorme masa viviente de millones de hombres.

En toda esta época triste y sombría los hombres experimentan el placer de la destrucción. Destruyen y crean. Destruyendo parece que sientan a Dios. Muéstrase la Naturaleza estéril y parece que se piden alegrías a la muerte, al dolor. Eran los placeres de un pueblo siervo, sin fuerza moral, sin esperanzas de mejoramiento. El placer de los amos del pueblo se reducía al ultraje.

Reaparecían los tiránicos tiempos del feudalismo. La tiranía ilimitada de los grandes, de los nobles sobre los siervos: los vasallos del siglo XVIII.

Los placeres eran idénticos. La servidumbre del siglo de la Revolución mandada por los tiranos que ésta elevó, moría sonriente, recordando tiempos pasados de voluntarias inmolaciones. Eran miserables generaciones que heredaban los vicios, la atrofia de un mundo muerto, sin corazón, sin imaginación, insensible. Aún quedaba un heredero de los Condé. M. de Sade, de la noble familia de Avignon, quien hizo lo mismo que si viera en pleno siglo XV. Tantas atrocidades cometió que dió con su cuerpo en la cárcel, en la Bastilla. Sus amigos lograron sacarle, y en el 93 aún logró obtener consideraciones. No se sabía de él, o por lo menos no se recordaba más que había estado en la cárcel bajo el antiguo régimen. "¿Queréis ser secretario?". Por toda respuesta tomó la pluma.

Nuestro hombre calculó que no le convenía significarse mucho, en razón a sus precedentes y adoptó el papel de filántropo, y practicó visitas a los hospitales.

Cuando se trató de crear el ejército revolucionario apadrinó esta cuestión popular y llegó a nombrársele con grande entusiasmo presidente de la sección.

Esto irradió sobre él demasiada luz.

Hacia fines del 93 la Comuna intentó secundar el nuevo culto de la depuración moral, declarando la guerra a las prostitutas, a los libertinos, a los libros pornográficos, y Sade fué declarado sospechoso, por lo cual se le detuvo. Ya en la cárcel hizo el enfermo y obtuvo que se le trasladara a una casa de salud de donde lo sacó el 9 de temidor.

Tenía entonces cincuenta años y podía decirse que era el profesor del Crimen. Enseñaba con la autoridad de sus años y de sus elegantes formas, que la naturaleza es indiferente al bien y al mal, que la naturaleza no es más que una sucesión de crímenes y que el mundo, en suma, no es más que un gran crimen.

Las sociedades mueren por cosas monstruosas. La Edad Media muere por un Cilles de Retz, el célebre asesino de niños; el antiguo régimen por Sade, el apóstol de los asesinatos.

Terrible situación de una república naciente que en el inmenso caos del mundo estaba suspendida por estos espantosos reptiles.

CAPÍTULO II

LOS ROBESPIERRISTAS PRECIPITAN A SU JEFE HACIA EL PODER (abril-mayo del 94)

Todos los poderes en manos de Robespierre. — Oposición contra él. — Discurso de la primera fiesta del Ser Supremo (7 de mayo). — Se niega a ayudar a Polonia.

"Ese dictador, ese censor, ese gran juez que queréis elevar al poder más elevado que haya ocupado ningún hombre, ¿podrá descender libremente? Un partido lo eleva por propio interés del partido. Este partido, cubierto de la sangre más querida de la República, ¿puede creer que el dictador se inspirará en las ideas del bien y del respeto? Dueño una vez y reinando bajo la filosofía utopista, ¿encadenará para siempre a la nación a la dictadura, se erigirá rey en nombre de la Salud Pública?"

Así pensaban la mayoría de los republicanos, no sólo los que temían algo de Robespierre, los Fouché, los Tallien, los termidorianos, sino los más honrados montañeses, los Romme, los Soubray, los Manse, etc., irreprochables ciudadanos que lejos de ceder a la reacción combatíanla al precio de su sangre. Estos no apoyaron a Robespierre, convencidos como estaban de que su triunfo era sólo el de un partido, menos aún, el de una pequeña Convención.

Aun entre los termidorianos, muchos de aquellos que una ciega sensibilidad condujo muy lejos en el camino de la seducción, que se mostraron violentos, imprudentes, inconsecuentes, Lecointre, por ejemplo, no fueron menos desinteresados en su odio contra Robespierre. Aborrecieron en él la naciente dictadura.

Resultará extraño decirlo, pero quien lo combatió con energía comunicando a los débiles su entusiasmo y su valor, la fe en su audacia, fué Lecointre, en Versalles. Era un buen hombre, algo loco, excesivamente colérico. Nacido con figura grotesca, con una fisonomía atrayente por lo ridícula, parecía una de esas craturas hechas adrede por la Naturaleza para hacer reír. Burlesco en todo y en todo torpe, realizaba cosas audaces, asombrosamente atrevidas. Sólo Lecointre, después del aplastamiento en que cayó Legendre, tenía el poder de acusar a la Convención. Tenía muy buen corazón. En Sevrés había hecho muchas obras caritativas. Vestía a los pobres, los alojaba, les daba dinero. El día 6 de octubre tomó el mando de la guardia nacional, abandonada por su jefe. Llevado a la Legislatura, denunció a Narbonne, a Beaumarchais y a otros. En la Convención pidió en nombre de la humanidad que se permitiera al prisionero

del Temple comunicar con su familia. Se conoce ya la demanda de Lecointre, imponiendo vigilancia ilimitada a los comités revolucionarios. Pero lo que más asombra es que el 30 de agosto del 93, siendo Robespierre presidente, Lecointre creyó que Robespierre proclamaba como decretada una cosa que aún no se había votado: "Señor —dijo—, yo os recomiendo que respetéis la voluntad de la Convención nacional". Al salir de la Convención, Robespierre preguntó por qué le había apostrofado y Lecointre contestó: "Tú me conoces: yo no he destruido un tirano para respetar a otro". Hay que añadir que Lecointre votó por la muerte del rey sin clemencia alguna. Se le creyó loco.

Estas cosas de Lecointre, las de Bourdon, las de Bantabole, antiguos maratistas, prepararon el termidor.

Pocos días después de la muerte de Danton, Lecointre invitó a comer con él a dos individuos que no se conocían. Uno era Fouquier-Thionville, primo de Desmoulins, empleado por él en el tribunal; condenado a muerte. Fouquier, en relaciones íntimas con el comité de Seguridad, del que recibía órdenes todas las noches, era probablemente confidente suyo por su odio a Robespierre. El otro invitado era Merlin de Thionville, amigo de todos los dantonistas y aborrecido por Robespierre por su influencia en el ejército.

¿Cuál fué la conversación? Fácil es adivinarla. Sin duda se notó con espanto los agigantados pasos de Robespierre hacia el poder. Cada uno de los grandes juicios lo aproximaba gradualmente.

Después de todos los acontecimientos conocidos, en los que figuraron como protagonistas y víctimas sus enemigos, quedábale la Comuna, gobernada por Payan, amigo suyo, que podía armar la guardia nacional a su favor, mandada por Henriot, éste dependiente de Robespierre que lo salvó con motivo del proceso Hébert.

La guardia nacional era convocada en los días de peligro por medio de escritos personales a domicilio, dirigidos a los robespierristas.

Tampoco se tenía confianza en este ejército, y se creó un cuerpo especial, un colegio militar para tres mil alumnos de dieciséis años bajo la dirección de Lebas, el más devoto de los agentes de Robespierre.

Era imposible ir más directamente hacia la dictadura ni más rápidamente.

Nada de esto se comprendería por el carácter de Robespierre si no se observara detrás de él la impaciencia de su partido. No permitía éste que caminara su jefe, sino que lo llevaba arrastrado. ¿Por qué? ¿Por la ambición? No, sino por el secreto terror que había dejado la muerte de Danton, la desesperación súbita de todos los hombres conocidos.

El partido robespierrista confundió su seguridad con la de la Francia.

Entre tantas medidas adoptadas por el partido robespierrista, las solas que pertenecían a la iniciativa de su jefe eran la creación de un cuerpo de policía especial y la tentativa religiosa.

La primera, aun ejecutada por un hombre tan poderoso, llevóse a cabo sagazmente.

Se creó una administración de cárceles, y como simple apéndice un negociado de policía que se ocupaba en los atestados del gobierno con la policía común. El jefe de este negociado era Lame,

paisano de Robespierre, y director Herman de Arras. La alta vigilancia se concedió a Saint-Just, siempre ausente, para poder ser sustituido por Couthon o el mismo Robespierre.

Este negociado creció en importancia, adquirió facultades hasta ser en mesidor el rival del comité de Seguridad, elevándose a procurador de la guillotina.

La cuestión religiosa fué llevada con mucha prudencia. El 6 de abril se anunció sencillamente una fiesta sobre el Ser Supremo, una fiesta al Eterno. Un mes después, el 17 de mayo, se pronunció un discurso de alabanza a Dios, atacando a los curas, pero pidiendo al final lo que los sacerdotes deseaban: la libertad de cultos, la libertad de los católicos mejor dicho. Un mes después no sólo se pronunció un discurso, sino que se realizó un acto decisivo. Robespierre, puesto ante el pueblo como un pontífice civil, unió los dos poderes.

Una nueva educación no es cosa que puede organizarse en un solo día. Hasta entonces la educación moral del gran pueblo quedaba fuera del alcance del clero gracias a la ley de Robespierre.

El Ser Supremo, la inmortalidad del alma, la religión del deber, la creación de fiestas morales, serán nobles y elevadas ideas. Solamente que iban mezcladas con las injurias del rencoroso moralista, agarrado a la carne de tantas víctimas inmoladas, manchándose con las cenizas de Danton.

Lo que chocará siempre a los hombres verdaderamente religiosos es que la religión fuese recomendada como cosa útil. Esto es lo mismo que usar a Dios como un específico moral.

Los católicos, a quienes favorecía la ley, estaban descontentos. Deseaban más libertad de la que les daba.

Implicitamente Robespierre estableció el domingo para el descanso, es decir, se volvía al antiguo régimen. Los católicos ganaron la causa.

Todo esto se dejaba sentir con más fuerza en Europa que en el mismo París.

El discurso que pronunció el 7 Robespierre le dió fama de hombre gubernamental.

Mostróse partidario de la guerra defensiva, enemigo de las propagandas, adversario de los girondinos, que soñaron con la cruzada universal.

La rapidez con que se apoderó de todos los resortes del gobierno a las seis semanas de muerto Danton, hizo que se le designara como el hombre de orden del cual era tutor forzoso. El prusiano Hertzo así lo comunicó a su rey. Los tres gobiernos ligados para el reparto de Polonia, observaron la organización del poder robespierrista en abril y mayo como una oportuna compensación a la insurrección de Polonia, del 17 de abril.

El enviado polaco Bars llegó a París y encontró fría acogida. Se temía descontentar a Prusia.

Entre tanto recibíéronse noticias de los triunfos militares alcanzados por el hermano de Robespierre en Italia, ayudado por el poderoso talento de dos extranjeros, uno piemontés, el otro corso: Massena y Bonaparte. Treinta mil hombres estaban en plena Italia. Púdose observar el cambio notabilísimo que se verificó en el espíritu del ejército. Los soldados de Robespierre (así se les llama ya), políticos como su jefe, pasaron sobre el territorio italiano, respe-

tando las imágenes y las capillas. El joven Robespierre escribió a su hermano comunicándole estas noticias.

Se le detiene. La invasión de Italia era directamente contraria a la política de Robespierre. La de Bélgica se verificó porque Carnot y Lindet declararon que no podían alimentar al ejército, como no fuera invadiendo el territorio enemigo.

93

CAPÍTULO III

CONSPIRACIÓN CONTRA ROBESPIERRE

(mayo del 94)

Policia moral. — Robespierre (24). — Robespierre recuerda a Saint-Just. — Barère contra Robespierre.

La entronización del nuevo poder se señaló con nuevo rigor en las funciones de la policía y de la censura.

La policía, imprudente, detuvo en las Tullerías a oradores que ponían en circulación determinadas ideas sociales fomentando la ley agraria.

La administración de las cárceles se preocupa del alma de los prisioneros y les quita los libros de devoción con el pretexto de que exaltan el misticismo y los libros heterodoxos que introducían la corrupción.

El golpe más significativo se dió contra el teatro, pues no fué el comité de Salud Pública quien intervino, sino un hombre directamente, Jullien, quien el 9 de mayo asistió a la representación del *Timoleón* de Chénier y puso su veto a la obra. Esta tragedia, en la que un hermano mata a otro por tirano, pareció muy a propósito para engendrar muchas Carlotas Corday.

Los amigos de Chénier advirtiéronle que si no sacrificaba su obra sería sacrificado él. De buen o mal grado hubo de responder ante el comité de Seguridad. No respondió, pero quemó su obra.

Por dócil que fuese, la Convención no podía resignarse a ciertos actos y eligió presidente a los individuos menos simpáticos a Robespierre, tales como Lindet, Carnot, Prieur, la trinidad de obremos, opuesta a la trinidad de los robespierristas.

La noche del 9 de mayo, cuando Robespierre pronunció su famoso discurso religioso, la Asamblea, descontenta, eligió a Carnot para la presidencia.

Robespierre, para forzar a la Convención, obligó a la Comuna y a los jacobinos a que apoyaran su proyecto de ley y, cosa inesperada, hasta entre los suyos, entre los jacobinos, encontró oposición.

El hijo de Jullien tuvo la mayor parte de la culpa, porque al redactar el proyecto, su ciego fanatismo hizole escribir lo siguiente:

"Todo el que no crea en el Ser Supremo será desterrado de la República". Añadió que la Sociedad adoptaría como credo el discurso de Robespierre.

Royer se opuso a las afirmaciones de Jullien y hubo necesidad de llamar a Robespierre y a Couthon para triunfar.

Era la segunda vez que los jacobinos dudaron en seguir a Ro-

bespierre. Había una minoría contra éste entonces; pero ésta, al designar para la presidencia a Fouché, se convirtió en mayoría.

En París álzase clamoreo contra Robespierre y sus amigos.

Una niña realista es detenida cerca de Robespierre, hallándose dos cuchillos.

El día 24 de mayo (5 radial) algunos diputados preguntaron si había medios para destruir la dictadura. Lecointre, Laurent, Courtois, Barras, Fréron, Thirion, Garnier del Aube, Guffroy y todos los dantonistas se unieron en su odio contra Robespierre, recordando la muerte del sublime Danton.

Éste fué el germen de terrores. ¿Lo advirtió Robespierre?

El 24 de mayo escribió al jefe del ejército del Norte manifestando que se temía un complot de los hebertistas y de los aristócratas. Conocía indudablemente la unión de los dantonistas, pero quería darle distinto carácter. Firmaron la carta Carnot, Prieur, Billaud y Barère.

En esta carta se rogaba a Saint-Just que regresara a París por algunos días.

Por la noche, en los jacobinos se enterneció la gente ante aquellos peligros soñados por la imaginación de Robespierre y puestos en juego hábilmente. A Robespierre se le concedió una guardia. Robespierre sintió que el golpe venía de los dantonistas y rechazó el acuerdo, reconociendo que era aún más agudo que el cuchillo de la niña realista Renaud.

La verdadera guardia hubiera sido el pueblo. El ardiente meridional Payan, colocado en la Comuna para reemplazar a Chaumette, aprovechó una ley de Beneficencia votada por la Convención, y acordó que se dieran a los mendigos quince sueldos diarios. En caso necesario, estos mendigos se convertirían en ejército.

Robespierre, cuando escribió a Saint-Just, temiendo aparecer miedoso, sólo aprovechó su influencia con los demás compañeros y les hizo firmar la carta. Barère, ignorando esto, dió a Robespierre el golpe más terrible que recibió en su vida.

Habiase convenido en el comité de Salud Pública que en el momento en que nuestra flota combatiera con la flota inglesa se aprovecharían todos los medios para combatir a Inglaterra, incluso el asesinato, lanzarse en masa sobre Londres, crear a nuestra marina la necesidad de vencer, decretar que no se harían prisioneros de este pueblo asesino.

Pero lo que no estaba convenido era que Barère, en su informe, insertaría largos artículos de periódicos extranjeros en los que se hablaba de él como si fuera ya rey.

"Robespierre ha ordenado... Cuatrocientos soldados de Robespierre fueron muertos... Las tropas de Robespierre se han apoderado de tal plaza... etc."

Nadie esperaba esta lectura.

Barère preparó un gran discurso. Jamás habló tan sinceramente. Le aplaudieron amigos y enemigos.

Este gran discurso de Barère, apasionado de Robespierre, anunció las dos fórmulas fatales que lo llevaban al patíbulo.

"Los soldados de Robespierre". — Así a los ojos de Europa el ejército de Francia era el ejército de Robespierre.

Y la pequeña Renaud, al ser interrogada, dijo: "No me acerqué a Robespierre más que para ver su aspecto de tirano". Palabras que no son de una niña, pero que tenían entonces una terrible aplicación.

Sin embargo en Robespierre aun no aparecía la figura del tirano. Su mezquindad, la austeridad de sus costumbres, todo alababa la idea de su poder supremo. Pero lo citó la niña Renaud, lo repitió Barère al leer aquellos artículos extranjeros y todos lo dijeron después de ellos, mirando, concentrándose las miradas en Robespierre hasta decir: "Sí, sí; es un tirano".

Llegó Saint-Just el 27 cuando ya se había formado la bola de nieve y repitió lo de siempre: "Es necesaria la dictadura y nadie puede ejercerla más que Robespierre".

El 25 se le oye. El 27 se le vuelve la espalda.

Saint-Just estuvo pocos días en París. No quiso asistir a la fiesta del Ser Supremo.

Aislado en absoluto del robespierrismo, comprendió con profundo sentido que este acto era un regreso al pasado.

Robespierre se trazó invariablemente el camino del abismo.

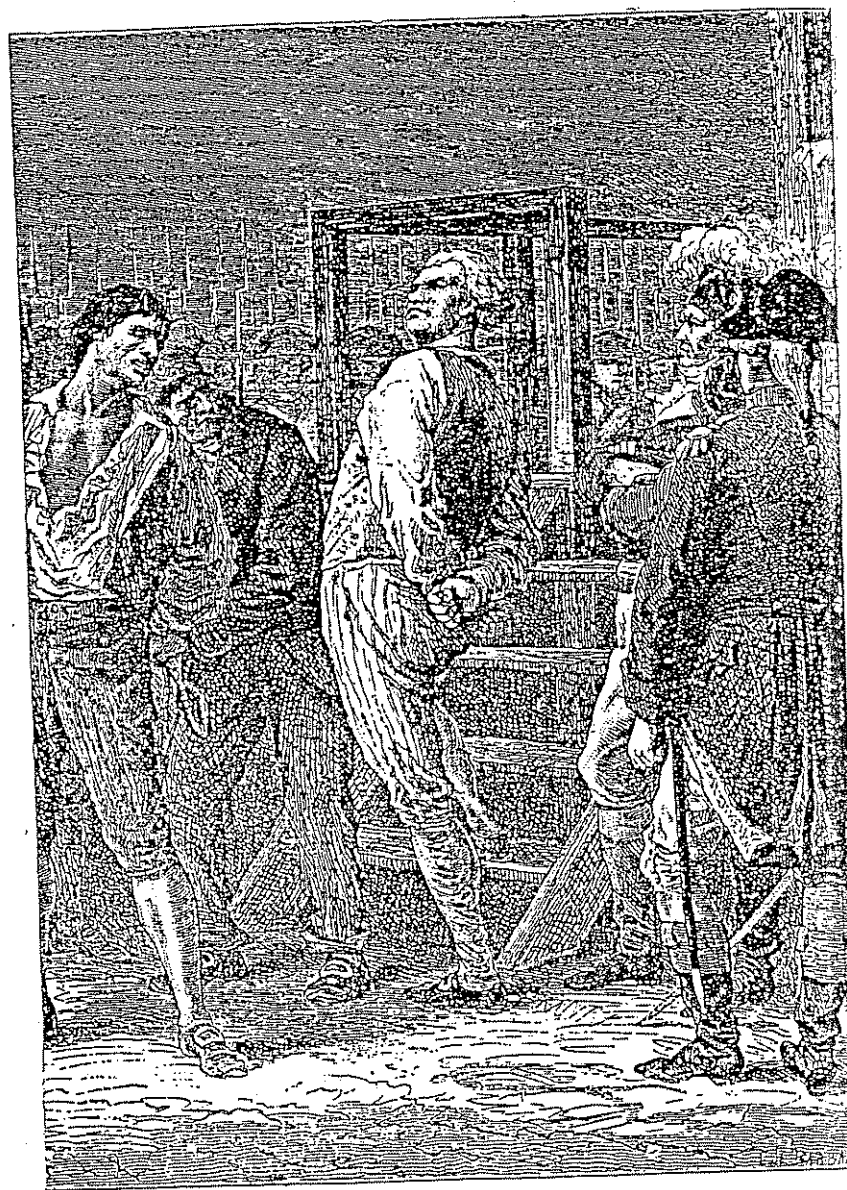
No preveía más que un peligro inmediato: el de ser asesinado.

Todo poder estaba en sus manos. Todo cargo ocupado por los suyos.

De las tres fuerzas colectivas de que disponía la Francia, la jacobina le pertenecía, la militar le afectaba y la del clero, protegida secretamente por él, le prestaba todo su apoyo acercándose al poder. El primer paso de aproximación sería la fiesta al Ser Supremo.

En el parque reservado del Monceaux, en sus paseos acompañado de Renaudin, Dumas, Payan, Coffinhal, sus amigos fieles, Robespierre entregábase a elucubraciones, deteniéndose, acelerando el paso sujeto a la fuerza de sus nervios. La muerte estaba a dos pasos. ¿Lo sabía él? ¿Pensaba que sólo un débil muro le separaba del lecho de cal devoradora donde había colocado a Danton y a Desmoulins, y que a los cincuenta días debía ser arrojado su cadáver?

La larga asociación en la tribuna de Danton, esta camaradería de elocuencia, el apoyo de Camilo que lo quería sinceramente, todo este pasado desgarrador estaba cerca de él. Estas sombras llamábanle, no como fantasmas irritados, sino como amigos antiguos en la elocuencia y en la naturaleza,



Danton y Desmoulins suben, el 5 de abril de 1794, al patíbulo:
"Habéis decapitado la República."

CAPÍTULO IV

LA FIESTA DEL SER SUPREMO (10 de junio del 94)

Lo que esperaba el pueblo. — Irritación. — Al regreso estalla el furor.

Ninguna fiesta se celebró con tanta alegría. La guillotina desapareció el 19 pradiar por la noche. Creyóse que era para siempre. Un mar de flores inundó París, cuantas hacían falta para adornar la personas y los edificios de una población de setecientos mil habitantes. Toda ventana debía estar adornada con guirnaldas y banderas. Las madres llevaban rosas, las hijas flores variadas, los hombres ramas de laurel y los viejos hojas de parra. Entre las dos filas inmensas de mujeres por la izquierda y hombres por la derecha marchaba el orgullo de las madres, sus hijos; jóvenes de quince o dieciséis años, satisfechos llevando una pica adornada con ramas.

Estos ríos vivientes del pueblo, estas riberas de flores, confluyeron como un mar a las Tullerías. Jamás lució en el cielo iris más encantador. Ante el sombrío palacio un largo pórtico improvisado ofrecía a la vista arcadas formadas con guirnaldas.

En el medio instaláronse parterres hasta el balcón que hay debajo del Reloj, donde en un vasto anfiteatro se esperaba a la Convención. Destacábase una tribuna colocada sobre las gradas.

Todos creían que desde aquella tribuna se pronunciarían las palabras de: "¡Gracia para todos: la Revolución ha terminado!".

¿Qué medidas tomaría Robespierre? ¿Se aventuraría a pronunciar estas palabras?

Sin ninguna duda, para responder al pensamiento de las masas era necesario jugar una sorpresa al Terror, peligrosa no para él solamente, sino para la Revolución. Robespierre no se aventuró.

Muy lejos de esto, en su propósito de asegurar a los terroristas fué a desayunarse al pabellón de Flora con Vilatte, un jurado revolucionario.

Robespierre temía que el tribunal se dejase influenciar por estos rumores que circulaban de clemencia y amnistía.

Ocurrió para Robespierre una cosa mortificante y es que el tribunal llegó muy tarde y que pasando la hora indicada, hizo él esperar a la Convención. Ésta tomó muy mal este retraso, interpretándolo como una insolencia real, como insulto. Su aparición fué recibida con un silencio glacial que hacía más hostil aun las sofocadas reclamaciones del pueblo. Robespierre distinguíase por una corbata de un azul más pálido que la de los demás. Su discurso quedó perdido en absoluto en tan inmenso espacio y sólo llegaron

a oídos de la muchedumbre algunas palabras: "Perezcan los tiranos. Continuaremos combatiéndolos, etc., etc."

Nada, en fin, de lo que se esperaba. Ni gracia, ni clemencia, ni dictadura siquiera.

Descendió de las gradas con la Convención y se detuvo ante un grupo de monstruos: el Ateísmo, el Egoísmo, etc., y le prendió fuego, surgiendo del grupo consumido la estatua de la Prudencia. Desgraciadamente apareció esfumada y negra, con gran satisfacción de los enemigos de Robespierre.

Se camina en largas filas hacia el campo de Marte. Robespierre, presidente entonces de la Convención, marchaba a la cabeza. Parecía despedir rayos. Creo que fué este día cuando David pintó su retrato. En ningún sitio muéstrase tan terrible su figura. Su sonrisa hace daño. Parece un cadáver galvanizado por el fuego nervioso de una pasión. Es un reptil que se endereza. La impresión que causa su imagen es de odio.

Robespierre habitualmente caminaba de prisa, agitadamente. La Convención no podía ir a este paso. Los primeros, quizás maliciosamente, se quedaron muy atrasados, dejando aislado a Robespierre. De vez en cuando volvía éste la cabeza y encontrábase solo.

En el campo de Marte elevábase una montaña simbólica para subir a la Convención, a los músicos, a dos mil quinientas personas enviadas de las secciones, que debían cantar el himno al Ser Supremo.

Cuando comenzó el canto, las jóvenes arrojaron flores al cielo, las madres levantaron a sus hijos, los jóvenes desenvainaron sus sables y recibieron la bendición de sus padres. La artillería se asoció a la emoción del pueblo lanzando voces que llenaban el espacio.

Robespierre llegó el primero y se encontró en una posición dominante, con la Convención a sus pies. Esta circunstancia, quizá fortuita, fué como la mecha aplicada a la pólvora: originó la explosión. Al regresar se desencadenó el furor. Bourdon, *el Rojo*, parecía un demonio. Merlin de Thionville se convirtió en el Merlin de las batallas, hablando fuerte y alto, enérgicamente. Sus palabras, lanzadas al espacio, las oyó el pueblo, las comprendió, las profundizó. La indignación de la Asamblea se apoderó de los *sans-culottes* que había entre la muchedumbre. Uno dijo después de lanzar contra Robespierre un rudo apóstrofe: "No se contenta con ser señor de todo: quiere ser Dios".

Las palabras más teatrales, digámoslo así, fueron las de un individuo que se acercó a Robespierre de modo que éste, la Asamblea y la muchedumbre pudieran oírlos: "Te desprecio y te aborrezco".

Este hombre enardecido era Lecointre, un poco ridículo y mucho más loco. Pero nadie se rió entonces. Ser ultrajado en su propia cara y ultrajado por Lecointre, era verdaderamente siniestro para Robespierre.

Este acto de osadía desencadenó todas las lenguas, creciendo el clamoreo a medida que las gentes entraban en París. El pueblo, no sin asombro, veía a la Convención como una maldición viviente seguir a Robespierre. Robespierre marchaba de prisa y la Convención, para poder seguirle, aceleraba el paso. No tenía este regreso

el aspecto de un triunfo, sino el de una fuga. El triunfador parecía perseguido. Más pálido que de ordinario, sus músculos se agitaban espantosamente. No menos lívidos, ni menos agitados, los que le seguían mostraban una cólera vibrante, envuelta en las frases desesperadas que les arrancaba el odio a Robespierre, que les ahogaba el corazón. El fantástico cortejo, cuando envuelto en densas capas de polvo penetró en el negro palacio, parecía el cortejo de las furias.

CAPÍTULO V

LEY DEL 22 PRADIAL (10 de junio del 94).
FRACASO DE ROBESPIERRE

Robespierre conducido fatalmente a la dictadura judicial. — La sedición en el Oeste y el Mediodía. — Ley del 22 pradial. — Irritación del Comité de Salud Pública. — Resistencia de la consecución.

La verdadera situación de Robespierre muéstrase claramente en lo que llevamos dicho de la fiesta.

Robespierre se amparó en el tribunal revolucionario. Éste, realmente constituía el solo poder. Representaba el Terror, de que era víctima el mismo gobierno, la Asamblea, el pueblo.

La autoridad moral, Robespierre, el censor, el depurador, el Mesías, era realmente el siervo del Terror y sin embargo parecía el amo. El horror del papel que representaba, estallaba con más fuerza.

Causó verdadera desolación cuando, después de la fiesta del Ser Supremo, en que se esperaban actos de clemencia, se ordenó que las ejecuciones se practicaran lejos de los distritos centrales, en el arrabal de San Antonio. Todo cambio de este género era un agravante. La guillotina después de haber llenado el cementerio de Monceaux parecía querer devorar con más avidez funcionando lejos de los barrios populosos.

Fueran los que fuesen los sentimientos de Robespierre, estos ensayos de moderación, pensando en el porvenir, la fatalidad llevábale a la dictadura judicial.

Sin embargo, Robespierre sentía en sí otra cosa. Su papel, aun tan eminente, esta realza negativa no contenía la aspiración ni los latidos de su corazón. Poco piadoso, no había nacido cruel tampoco. Era hijo del siglo XVIII, del gran siglo de la humanidad. La elevada idealidad, el amor al bien, que él había recibido, no podía ejercerlos más que abandonando su cargo de implacable acusador.

Allí estaba su fuerza y quizás en un momento la salud de la Revolución. De esto parten sus movimientos contradictorios. Obedeciendo a estos sentimientos fué timidamente humano algunas veces. Pero todo camino pacífico se le cerró para el porvenir. Fué lanzado violentamente al poder político, que no era entonces más que el de la guillotina.

Allá donde volvía la cabeza, la ferocidad del destino colocaba en su poder el fatal cuchillo.

“¿Dictador? Sí, lo serás, pero dictador del patíbulo.”
“¿Pontífice? Sí, lo serás, pero de la guillotina.”

La sangrienta ley de pradial, promulgada el 10, respondiendo a las injurias del día 8, no fué, como han dicho algunos, un acto circunstancial. Era también un incidente, necesario e inevitable de su marcha, de su destino.

Sigamos el orden de los hechos.

Cuando Saint-Just, el 31 de marzo pidió la muerte de Danton, dijo sencillamente a la Asamblea que era ya el último sacrificio y que después todo quedaría tranquilo. Toda la Francia lo creyó y más cuando el 15 de abril, Saint-Just hizo que se nombraran comisiones para purgar las cárceles. Couthon obtuvo después un decreto por medio del cual se suprimirían los tribunales revolucionarios departamentales y que la justicia se concentraría en París.

Surgió la esperanza reprimida durante tanto tiempo. Se esperó una poderosa reacción de indulgencia en los patriotas, de audacia en los realistas, señalándose ésta en el Mediodía y en el Oeste.

El resultado del deplorable sistema de exterminación seguida en el invierno en la Vendée, arrojaba a los espíritus en caminos contrarios. Las reclamaciones de Leguinio, vivamente apagadas por Carnot, decidieron al comité a emplear moderación. En la práctica esta moderación era debilidad y relajamiento. Bó y Bourbotte, sucesores de Carrier en Nantes, hebertistas como él, fueron arrastrados en esta reacción. Llegaron en el instante en que se ejecutaba, entre los aplausos de las gentes, a Lamberty, el agente de Carrier. Ellos mismos condenaron a muerte a los denunciadores de un tribunal que no pudieron aportar pruebas (28 de mayo).

Pocas semanas después, espantados de los asesinatos nocturnos que cometían los bandidos y los audaces reaccionarios, tuvieron que recurrir a medidas de Terror.

En el Mediodía los realistas se encargaron de organizar el *Terror blanco* en Avignon. El centro de sus operaciones era la pequeña población de Bedonin.

Denunciado a un militar terrorista, Suchet, después mariscal, éste enteró al comité de Salud Pública y ordenó que el pueblecillo fuera quemado. Un representante robespierrista reclamó la creación de un tribunal especial para el Mediodía. Llamábase Maignet y era hombre honradísimo, incapaz de cometer ninguna felonía. Él sorprendió a Jourdan y Rovère en sus vergonzosas operaciones. Las bandadas de agiotistas no se podían perseguir más que en el propio lugar de sus operaciones. Esto pidió Maignet, añadiendo que los jueces debían ser forasteros. Inmediatamente los comités crearon un tribunal revolucionario en Orange.

Esta creación realmente representaba una extralimitación de los poderes de los comités.

La ley permitía conservar el tribunal que creyeran necesario pero no crear ninguno nuevo y aun menos organizar uno en diversa forma, que era como declararse legisladores.

Nada de instrucción escrita. Nada de jurados. Había de ser el juicio en forma sumarisima.

Tal fué, sin embargo, el origen de la ley de pradial, en vigor en la Provenza desde el 3 de junio.

Había por lo mismo una diferencia notable. El tribunal de Orange organizado en un país amenazado por el *Terror blanco*, tenía como excusa los grandes peligros; como su misión era transitoria, obraba rápidamente, militarmente en cierto modo; con esta rapidez se juzgó a 300 hombres y se libertó a una muchedumbre que hubiera gemido largo tiempo en las cárceles.

Pero la ley de pradial pedida para la Francia entera, parece un tribunal central ante el que debían comparecer los acusados de todos los departamentos como para establecer un derecho de proscripción universal.

¿A quién se daba este derecho? A Robespierre. La ley conservaba un jurado suprimido en Orange, pero era un jurado personal compuesto de sus devotos, de sus fanáticos dispuestos a matar sin mirar.

¿Quién propuso esta ley para Robespierre? Robespierre (Couthon, que era lo mismo). Los comités no sabían nada. Saint-Just estaba fuera, de modo que tampoco la ley provenía del triunvirato. No tenía más que la débil garantía de tres firmas.

Esta ley lanzada sin oír a la Asamblea en momentos tan terribles para Robespierre, tenía una fúnebre significación. Presentada algunos días más tarde hubiera parecido amenazadora para la gracia y no menos para la Convención. ¿Por qué precipitó los hechos Robespierre? Porque aun permanecían enteras las fuerzas políticas, porque se le escapaba el fenómeno espantable del terror. No quería perder un momento por lo mismo para aplicar la ley una vez más.

La ley de pradial no podía ser más tremenda.

Cuando Couthon, con voz dulce, leyó el decreto, aún hubo un hombre, el maratista Ruamps, que dijo: "Si se aprueba me salto la tapa de los sesos".

Lecointre y Bourdon pidieron su aplazamiento. Robespierre apoyado por Barère, se dirigió a la derecha, al centro, y artículo tras artículo se aprobó.

La Asamblea, estupefacta, votó la prórroga de los poderes al comité.

Robespierre, en este asunto, obró reglamento, sin consultar a sus colegas. Bourdon había colocado las cosas en su verdadero lugar: *"La Asamblea sola tiene el derecho de enviar al tribunal a un miembro de la Asamblea"*.

Merlin obtuvo la declaración de la Asamblea de que no abdicaría este derecho. Bourdon, Couthon y Robespierre en la Asamblea y en el comité tuvieron que retroceder al día siguiente. Couthon aseguró que era criminal imputar al comité intenciones tan perversas. Y Robespierre se indignó porque en vez de acusar al Comité, ausente, no se le pidieron explicaciones fraternales.

Atacar a Robespierre en estas circunstancias, sin embargo, era una audacia. Muertos sus enemigos, hubiera podido provocar un 31 de mayo muy fácilmente.

Atacarlo y minar su reputación era peligrosísimo. ¿Cómo arruinar el edificio que se había elevado durante tantos años? Se sabía lo que les había costado a Danton y Desmoulins. Era necesario matarlo de un golpe, si no se era perdido.

La posición de Robespierre, fuerte materialmente, moralmente se había quebrantado. Aparecía como una figura ridícula, que es lo más peligroso en Francia.

Robespierre lloraba porque la Asamblea no quería purificarse ella misma.

Nótese que Robespierre no quería aplicarle el cauterio. Quería que fuese ella misma para poder decir: "Así es la ley: si diezmo a la Asamblea es porque ella lo acordó así".

Era éste un fariseísmo interior, la propia equivocación de su

conciencia que parecía encontrar medios para que se respetara la ley exterminándola.

Insoluble fuera para él tanta dificultad. Volvió la espalda a la Convención y a los comités, indignado contra estos enfermos que se negaban a la amputación exigida por él para curarse.

LIBRO DÉCIMOSÉPTIMO

CAPÍTULO I

LUCHA POLICIACA. — LOS SAINT-AMARANTHE.
CALUMNIA CONTRA ROBESPIERRE

(13-14 de junio del 94)

Ejecución de la ley de pradial. — Se ausenta Robespierre del comité (del 23 pradial al 3 termidor). — Excita a los jacobinos contra la indulgencia. — Los Comités intentan atacarlo. — El hermano de Robespierre. — La casa Saint-Amaranthe. — Robespierre se defiende por el Terror. — Omnipotencia de su negociado de policía.

Apenas votada la ley se apoderó de las gentes tal terror que muchos no osaron volver a sus domicilios. Más de sesenta diputados no habitaron sus casas hasta el 9 termidor. Apenas iban a la Convención, donde casi no se permitían tomar asiento, creyendo siempre que las puertas iban a cerrarse para ellos. Bourdon del Oise cayó enfermo como si hubiera oído ya su sentencia de muerte.

En las cárceles aumentó prodigiosamente el terror porque se adivinó que el que debía aplicar la ley, Fouquier-Thionville, estaba aterrizado. Veíase arrojado a un mar de sangre del que no saldría jamás. Hemos indicado ya sus relaciones secretas con los indulgentes y su comida con Lecointre y Merlin de Thionville. Siendo ya sospechoso se le nombró un adjunto, es decir, un vigilante en el proceso de su pariente Camilo Desmoulins.

Cuando sufrió el golpe de este decreto de pradial, perdido, se confió al comité de Seguridad. Convinieron en que la ley era inaplicable pero le ordenaron que la ejecutara.

Al regresar a media noche, todo el Sena le parecía de sangre. Las ejecuciones debían practicarse como ya se ha dicho, en el arrabal de San Antonio. Las carretas no atravesarían los estrechos pasajes de Pont-Neuf, las calles del Roule y Saint-Honoré. El patíbulo no pertenecería ya a la muchedumbre como quien dice. Se emancipó la guillotina. Iba a respirar otro ambiente, a ejecutar fuera del mundo civilizado para no enrojecer de vergüenza.

Pero el tribunal tenía aún más de condenable que la guillotina. Los que vieron funcionar la máquina se horrorizaron. Los jueces del 93 que observaron aquel mecanismo no pudieron soportarlo. Habíanse excluido del jurado a todo el que conservaba alguna indepen-

dencia, a Antonelle, Naulin y aún se les arrestó. El antiguo tribunal del 93, aún prodigando la muerte, era serio por el peligro de la crisis en que juzgaba y porque sus juicios motivábanse en causas dignas.

El tribunal de pradial, execrable por su rapidez furiosa, lo fue más por los insultos y cobardías cometidas con los acusados.

El primero de los jurados, Vllatte, el único letrado, ex cura y regente de un colegio, joven, libertino, imitando las elegancias ligeras de Barère, juzgaba con el reloj en la mano y en estas horribles hornadas de cincuenta hombres a la vez, no perdonaba a los murientes que le hicieran comer demasiado tarde.

Sin ninguna duda la idea fija fue la proscripción absoluta de todos los sospechosos, pero era necesario decirlo, imitar al menos la franqueza de Sila. Lo horrible eran estas comedias de jurados, la irrisión de la justicia; la multiplicidad de manos por las cuales pasaban las cosas inutilizaba toda garantía.

Una comisión establecida en el Louvre que tomaba entre los prisioneros quiénes debían de ser juzgados, enviaba las listas al comité. Este las firmaba y las enviaba a Fouquier-Thionville.

La comisión decía: "Nosotros podríamos equivocarnos por la confusión del trabajo: el comité examinará y después sancionará el tribunal".

El comité decía: "Nosotros podemos firmar siempre: la comisión ha examinado y el tribunal juzgará".

Y el tribunal a su vez: "Los que la comisión y el comité han juzgado acusables son indudablemente merecedores de la condena".

Eu suma: La responsabilidad mayor recaía sobre el comité de Seguridad. Esto era lo más maquiavélico en la ley de pradial.

Las listas llegábanle del Louvre y debía enviarlas rápidamente al tribunal. Por la ley robespierrista fue lanzado en una corriente de precipitación que debían en poco tiempo caer bajo el peso del odio público para librar del cuchillo a Robespierre.

¿Qué hacía él entretanto? Se retiró, se concentró en sí mismo (23 pradial) después de la terrible disputa diciendo: "Ya no soy nadie". Se lavó las manos de todo cuanto se iba a hacer.

La más cruel denuncia no lo era tanto como esta ausencia. ¿Traicionábanle los comités cuando el *incorruptible* no podía poner en ellos sus pies? ¿Residía aún en él todo el poder? ¿Quién gobernaba en el fondo? Su ley. No iba al comité de Salud Pública pero observaba las firmas y firmaba con él. (Existen de su puño y letra nombres de arrestados). Couthon se sentaba en su lugar y en el comité lo representaban David y Lebas. Poseía las cárceles y tribunales porque en ellas mandaban Payan, Herman, Dumas. El primero en la Comuna. Por la noche llegaba a los Jacobinos, entre Dumas, presidente, y Renaudin y otros jurados del tribunal revolucionario. Casi todas las noches pronunciaba Couthon un discurso *contra la indulgencia*, lo cual era muy extraño después de la generosidad de que había hecho gala en Lyon. Todo se olvida rápidamente en Francia. ¿Cómo no olvidar los actos de indulgencia de Robespierre con Collot de Herbois, Mauricio y Fouché?

Los comités, como conocían que por este camino se iba directamente al abismo, no perdieron ni una hora.

Había que acechar el momento para perder a Robespierre.

Este, más flaco de día en día, paseaba dos horas durante la jornada aceleradamente. ¿Qué hacía semejante hombre? Su preocupación era la de no tocar más dinero que la pensión que se pa-

saba a su hermano. Robespierre no poseía nada. No podía pagarle a Duplay. El 9 termidor le debía cuatro mil francos.

¿Dónde iba? A Monceaux, algunas veces a los Campos Elíseos a pasear las dos horas que le eran necesarias. Algunas veces hablaba con los obreros, preferentemente con los carpinteros, recordando el *Emilio*. Algunas veces entraba en un estanco en la calle de Saint-Honoré.

Al hablar de sus relaciones con mujeres parece que ninguna unió sus destinos a los de Robespierre.

Dícese que a Cornelia Duplay quería casarla con su hermano. Lo cierto es que ella velaba con inquietud los días de Robespierre. Instruida por la muerte de Marat jamás dejó que llegara hasta Robespierre la pequeña realista Renaud.

Robespierre, poco atacable en sí mismo, lo era en su familia. Este fué su flanco. Su hermana, la triste y áspera Carlota, tenía un amante. ¿Quién era? Touché, alojado en el granero de una casa de la calle de Saint-Honoré, concibió la idea de introducirse en la familia Robespierre y sorprender sus secretos. Este gran policía, cuya grotesca figura hacía temblar de miedo al amor, imaginó hacer la corte a la hermana de Robespierre. Muy alejada de Robespierre, si hubiera podido franquear la puerta de la casa Duplay, la esposa de éste y su hija Cornelia jamás hubieran dejado llegar hasta él a su hermana. Quedaba aislado el hermano de Robespierre. Éste, abogado, joven, orador fácil y vulgar, paseaba por todas partes a una mujer de sospechosa reputación. Creyó que su hermano podría suavizar el terrible espíritu de la Revolución. En la Provenza hizo gala de ser muy humanitario y en París tuvo el valor de salvar a muchas personas comprometidas.

En la precipitación de su celo antiterrorista llegó a humillar a exaltados patriotas, llegando a imponer silencio a Bernard y Saintes. Los contrarrevolucionarios adquirieron gran confianza, llegando a decir: "Tenemos la protección de los señores Robespierre".

En París, el joven Robespierre visitaba una casa muy sospechosa, el antiguo hotel Helvetius. Era aquello como el centro de los agiotistas, bolsistas informales, comerciantes en oro y asignados. Robespierre gustaba de encontrar allí restos de la antigua sociedad.

La casa en donde él jugaba, habitábanla dos mujeres hermosas: una, la hija, apenas tenía diecisiete años; la madre no llegaba a los cuarenta. Ésta, madame de Saint-Amaranthe, viuda de un guardia de corps que se hizo matar el 6 de octubre, había casado a su hija con un joven perteneciente a la familia de un famoso agente policiaco.

Madame de Saint-Amaranthe enseñaba a los jugadores los retratos del rey y de la reina que su hijo político, Sartine, le proporcionaba. Los ricos realistas acudieron a la casa de madame Saint-Amaranthe. La hija de ésta era amada con pasión del lacobino Desfieux, agente del comité de Seguridad, amigo íntimo de Proly y de Julio Grey, ex famoso banquero que dió su hermana a Chabot en matrimonio. Todo esto apareció en el proceso de Desfieux.

Robespierre vivía extraño a este mundo, hasta el punto de no enterarse que Desfieux y Proly intrigaban contra él.

Recuérdese que en octubre, en un momento en que la popularidad de Robespierre sufrió grave amenaza, se le hizo el servicio de encarcelar a Desfieux por orden del comité de Seguridad. A

Collet d'Herbois costóle grandes esfuerzos ponerlo en libertad. Antes de que fuera ejecutado Desfieux, Saint-Just ordenó que se encarcelara a las Saint-Amaranthe y a Sartine. Pero como el joven Robespierre era amigo también de la casa, esto les valió para que permanecieran mucho tiempo en la cárcel sin sufrir ningún juicio.

El comité recibió instrucciones, y en determinados momentos pudo lanzar a la publicidad la sospecha de que Robespierre era el protector de las casas de juego.

¿Robespierre? ¿Y quién de los dos? Se guardan muy bien de hacerlo constar.

Sin duda Robespierre fué advertido por su propio hermano, que le hizo plena confesión.

¿Habló a los comités? Nada se sabe: lo cierto es que en la noche del 25 de pradiel ocurrió algo terrible. El asunto era irremediable, y cuanta más resistencia opusiera Robespierre, más gravedad alcanzaría.

Cuando el viejo Vadier le anunció que informarían en el asunto de las Saint-Amaranthe, Robespierre contestó débilmente, pero sin llegar a creerlo.

Este mismo día hizo que se concediera a su negociado de policía el derecho a entregar a los procesados al tribunal revolucionario.

El comité de Salud Pública en masa firmó la autorización.

Esta concesión tenía grandísima importancia. El comité por la fuerza concedió al presidente Herman el derecho a interrogar a todos los prisioneros de Francia.

Lanne y Fouquier, para saciar su apetito, pidieron de primer intento trescientas cabezas, aunque se asegura que Lanne convenció después a su compañero para contentarse con treinta *solamente*.

Fouquier, atento a favorecer a sus amos, anunció después que enviaría al tribunal revolucionario a sesenta acusados.

Figuraban entre éstos cuatro enemigos de Robespierre: Marino, Soullès, Froiture y Dangé.

Marino, pintor alegre, díscolo, fué muy querido por sus compañeros de cárcel. Organizó una especie de mutualidad de socorro, de suerte que los indultados prisioneros ricos, favorecían a los pobres. La alimentación era horrible por culpa de los contratistas.

Los robespierristas borraron de la lista de los sacrificados los nombres de los cuatro enemigos de Robespierre.

CAPÍTULO II

LA MADRE DE DIOS. — ROBESPIERRE MESÍAS.
EJECUCIÓN DE SAINT-AMARANTHE

(15 - 17 de junio del 94)

Calumnias contra Robespierre. — Misticismo de la época. — Sus devotos. — Ensayos de comedia. — La Madre de Dios. — Terrible efecto de la ejecución de los cincuenta y cuatro "camisas rojas". — Dificultades para castigar a la mujer.

El primer informe de Elías Lacoste con los correspondientes comentarios fué recibido en la Montaña y la Convención como las primeras gotas de lluvia para la Judea expirante, después de la sequía de los tres años.

Todo se embrolló expresamente. Levantáronse calumnias que quedaban deshechas con mucha facilidad, con sólo decir: "Existen dos Robespierre".

No se perdió ni un solo recurso. Robespierre no podía ser atacado en sus costumbres. Lo fué por otro lado, quizás más sensible. En las luchas violentas a muerte resulta siempre que los principios juegan un papel secundario. La victoria lo es todo, y para conseguirla se emplean todas las armas, aun las más opuestas a los principios que se predicán.

Esta era la única acusación que podía dirigirse contra Robespierre. Emplear para la Revolución medios contrarrevolucionarios. Y Robespierre para encontrar estos medios no necesitaba ir muy lejos: residían en él.

Nacido en una población de curas, elevado por la protección de éstos, ellos mismos llegaron a nombrarle juez de la Iglesia.

Como su maestro Rousseau, se franquea por propia voluntad, pero desprecia el dinero. Prefiere el hambre con honor. Suenan el 89 y se deja oír la palabra de Robespierre, con la que se nutre la Francia.

Desde entonces queda Robespierre proclamado Mesías. Los actos políticos de determinados elementos militantes afectos a Robespierre tienden a proclamar la soberanía de Robespierre, su dictadura. Fué el Mesías sencillamente. Multiplicáronse las sectas religiosas. Se recrudeció el fanatismo después del Terror.

El duque de Orleans mezclábase con los francmasones, con los Templarios, de los que fué el Gran Maestro. Los jansenistas merecieron la atención de los jacobinos. Da una idea de este movimiento, de este cuadro, si podemos llamarlo así, la biblioteca de los

Jacobinos en 1790. Robespierre, durante los años 89 y 91, vivió en Saintonge, en el Marais, cerca de la calle de Touraine, en la puerta misma del santuario donde los energúmenos del jansenismo expirante hicieron sus últimos milagros: el primero de éstos fué crucificar a las mujeres.

En el castillo de la duquesa rogaba, oraba Gerle, colega de Robespierre en la Constituyente, quien pidió, con asombro general, que se declarara al catolicismo la religión del Estado. Gerle quería, al mismo tiempo, que se reconociera la verdad de las profecías de la joven Susana Labrousse, Gerle, quizás por complacerlo, vivía con Robespierre, o cuando menos visitábale frecuentísimamente.

Aunque buen republicano, Gerle sentaba plaza de profeta. Había experimentado la influencia de una mujer vieja idiota, apodada la Madre de Dios. Catalina Theot (éste era su nombre) era ayudada en sus misterios por dos jóvenes encantadoras. Allí acudían los realistas, los magnetistas, los tontos y los bribones. ¿Hasta qué punto podía mezclarse un hombre como Robespierre entre todas estas cosas? Lo ignora. Sólo se sabe que la vieja tenía tres sillones: blanco, rojo y azul. Sentábase ella en el primero y su hijo Gerle en el de la izquierda, en el segundo. ¿Por qué existía el sillón azul, el de la derecha, el sillón de honor? ¿Sería para el Salvador, para el Mesías?

El espía Severt, que quiso ser iniciado para traicionar a la secta y arrestar a los creyentes, dice que encontró una carta a Robespierre escrita por la Madre de Dios, como si él fuera su profeta, el hijo del Ser Supremo, el redentor.

A la Asamblea llegaron mil versiones distintas, hasta el extremo de desorientarse. Poco a poco comprendió.

Los dos gascones Barère y Vadier escribieron un informe sobre la Madre de Dios, el cual se acordó remitir a las cuarenta y cuatro mil comunas de Francia, a las administraciones y al ejército.

Robespierre estuvo lejos de mostrarse vigoroso, fuerte y energético. No había sesión aquella noche en los Jacobinos, y nada podía hacer por este lado. Fué al comité y pidió que se detuviera todo. El comité se obstinó, sosteniendo que el asunto no podía tener para él ningún interés. Robespierre ordenó que se llamara a Fouquier-Thionville. Vino Fouquier y ordenó todo lo contrario de lo que pedía el comité. Éste no osó decir una palabra.

Pero no era esto todo. Se había pronunciado una palabra que quería significar el restablecimiento del poder absoluto de la monarquía. "¡El lo quiere!", se decía cuando Robespierre dictaba una orden.

Vadier maliciosamente pretendió perseguir a Robespierre aun en los mismos Jacobinos. Aquí pretendía sacar partido entre los jacobinos enemigos de Robespierre, que habían votado la presidencia de Fouché.

Sin embargo, contó equivocadamente: al leer el informe, oyéronse susurros y después reinó un gran silencio. Vadier logró impresionar al auditorio, pero no convencerle.

Al día siguiente circuló por París una noticia que causó gran sensación: se trataba del suplicio de los asesinos de Robespierre.

El drama de la ejecución ofrecía cincuenta y cuatro víctimas, las cuales vestirían el traje que sólo Carlota Corday había llevado: la siniestra camisa roja de los parricidas y de los que asesinaban a los padres del pueblo, a los representantes. El cortejo tardó tres

horas en recorrer la distancia de la Conserjería a la plaza de la Revolución.

Durante estas horas el pueblo tuvo ocasión de conocer a los asesinos de Robespierre y de enterarse de toda la historia.

Las carretas iban escoltadas por las tropas y cañones; ¡precauciones que no se habían adoptado desde la ejecución de Luis XVII!

"¿Todo esto para vengar a un hombre? ¿Pues qué haría si hubiese sido rey?"

Figuraban entre las víctimas cinco mujeres muy bonitas, tres muy jóvenes. Las miradas del pueblo se dirigían hacia estas mujeres. La Saint-Amaranthe con todos los suyos: la niña Renaud con toda su familia. Una tragedia completa en cada carro de llantos, de gritos desesperados. Madame Saint-Amaranthe, que hasta entonces había hecho alarde de tanto valor, desfalleció.

Una actriz del teatro de los Italianos lograba atraer y concentrar todo el interés. Querida en otro tiempo de Sartine, que se había casado con la hija de Saint-Amaranthe, debía su muerte a él. Las dos mujeres iban en un mismo carro. La muerte-las hizo humanas. Circuló rápidamente un terrible rumor. Decíase que Saint-Just había querido poseerla y que los celos y la rabia de él la habían condenado. Figuraba entre las víctimas una pobre joven que nada había hecho, sino llevarle la comida a la señorita Granmaison.

Voullaud, temblando de gozo, de venganza, fué a ver el efecto en la escena. Se colocó en el ángulo que forman las calles de Richelieu y Saint-Honoré, y cuando desde lejos vió las cincuenta camisas rojas gritó: "¡Vámonos hacia adelante para asistir a la misa roja!"

Se produjo el efecto deseado. Un desbordamiento de piedad contenida se manifestó con gritos de muerte contra Robespierre, el hombre maldito.

Las muertes de mujeres eran espectáculos terribles.

La de Carlota Corday, sublime, fué como el origen de una religión.

La ejecución de Lucilla Desmoulins grabó en el corazón de los hombres el deseo de la venganza. Los principios más rudimentarios de política aconsejaban la supresión de la muerte para la mujer.

CAPÍTULO IV

LA CONSPIRACIÓN DEL LUXEMBURGO. — LOS JACOBINOS COMIENZAN A SEGUIR DIFÍCULTOSAMENTE A ROBESPIERRE.

(1º de julio, 12 - 28 mesidor)

Indignación de los "sans-culottes". — Irritase Robespierre contra esta indignación. — Terroristas filántropos. — Organízase la conspiración del Luxemburgo. — Abatimiento de los jacobinos. — Comienza en los Jacobinos el proceso de los representantes que desempeñaron misiones en el 93. — Obediencia de los jacobinos a pesar suyo. — Banquetes fraternales censurados por la Comuna. — Billaud-Varennes condena al tribunal revolucionario.

La muerte de Osselin marcó el límite de la paciencia pública. Los *sans-culottes* que formaban la guardia del comité de Seguridad general, al pasar Fouquier-Thionville aquel día, como de ordinario, a recibir órdenes, trataronle violentamente, elevando sus gritos de maldición contra el servil asesino.

Los mismos funcionarios encargados de la vigilancia de la sociedad encontraron una franca y enérgica repulsión en los *sans-culottes*.

Se había avanzado mucho para retroceder.

Los acontecimientos de aquellos días dieron a Robespierre el carácter de representante del Terror. Cuanto habían creído las sociedades acerca de los sentimientos secretos de indulgencia, de moderantismo en Robespierre, quedaba desmentido en absoluto.

El 1º de julio (13 mesidor) pronunció un discurso en los Jacobinos, el cual le dio esta elevada y terrible posición.

En este discurso se irritó contra la indignación de los *sans-culottes*, de la sensibilidad que se demostraba por los *que habían* conspirado contra la patria, sistema que tendía a sustraer a la aristocracia del poder de la justicia. ¿Qué aristócratas eran éstos?

De los setenta y dos ejecutados en Bicêtre, salvo Osselin, todos eran pobres miserables, condenados a diez años de cárcel primero y sentenciados a muerte después.

El grupo de los indulgentes aumenta. Se atreve a calumniar al tribunal revolucionario, a condenarlo públicamente. Circula el rumor de que se trata de ahogar la voz de la Convención.

Robespierre se atrevió a señalar por sus nombres a los que consideraba como difamadores. Dijo que se habían revestido primero

de un carácter sagrado, queriendo decir que se trataba de representantes.

Todo indicaba en Robespierre el propósito de continuar una guerra a muerte, de recomenzar el gran proceso contra los representantes. Esto se pidió a la Convención por medio de un escrito enviado desde Avignon. Repetíase el mismo párrafo del discurso de Robespierre pidiendo la muerte de cuantos seguían sosteniendo el mismo criterio político que Danton.

Constituía esta acusación una mortal, una infame calumnia. Se decía en ella que los dantonistas se habían declarado partidarios de Jourdan. Lejos de esto, fué el mismo Merlin de Thionville quien pidió que fuera conducido a París para que se le condenara. Los robespierristas desearon apoderarse más aún del Terror.

Lo ocurrido en Bicêtre, condenando a pobres diablos, no les daba popularidad.

El filántropo Herman fué acompañado de Lanne al Luxemburgo, para hacer una batida de prisioneros. Eran filántropos del Terror. Ejercían el mal bajo la capa del bien público. Se amparaban en lo más terrible, creaban una bandera roja y negra, la de la sangre y las tinieblas, para ejercer una filantropía que nadie lograba comprender, pues por grandes que fueran las predicciones humanitarias de Herman y otros ciudadanos, los hechos desmentían las palabras, presentando a la mayoría de los robespierristas como seres sin alma.

Se quería preparar un edén, un paraíso, guillotinando a todo el mundo, a la Convención, a los comités, etc., etc. El abogado general de Arras, Herman, imponía a su corazón este sacrificio. Los magistrados del antiguo régimen miraban la guillotina como un objeto indiferente.

Para escoger las trescientas cabezas que les hacía falta buscaron a quien les sirvió en el asunto del 2 de abril, al administrador de policía Wiltcheritz, agregado al Luxemburgo. Wiltcheritz era un extranjero admitido en el partido robespierrista, que a la caída de Hébert y Chaumette en la Comuna entró con Payan y Fleuriot como administrador de policía municipal.

Cuando fueron a buscarle Herman y Lanne encontraron en la cárcel a un vividor llamado Boyenval. Wiltcheritz lo llamó y envióle una lista de noventa y dos nombres, indicándole que podía desempeñar un servicio para immortalizarse en bien de la patria. El número le pareció exorbitante, pero ayudado por un amigo suyo, Beausire, y un carcelero, Verney, llegó a encontrar hasta cincuenta hombres útiles.

Se supo en el Luxemburgo lo que se pretendía hacer. Un detenido llegó hasta la desesperación y se arrojó por una escalera, matándose. El conserje escribía diariamente a Herman indicándole que no existía ninguna agitación, ni el menor indicio de que se conspirara. ¿Cómo pudo, pues, formarse una lista de acusación de tal naturaleza? Se acercó el tiempo y Boyenval, que debía sostener la acusación, tomó miedo.

Fouquier recibió esta enorme lista de condenados y llamó a un carpintero para que arreglase un tablado al objeto de poderlos recibir a todos a un mismo tiempo. Herman se enteró de esto y le llamó y díjole que a los condenados se les debía dividir en tres secciones.

Entre los ciento cincuenta y cuatro individuos que figuraban en la lista estaban los que componían el Parlamento de Tolosa, cinco

o seis hombres de gran significación monárquica, una docena de nobles puros y los demás eran gentes obscuras. Pero ni los unos ni los otros eran gente de acción.

El héroe fué naturalmente Boyenval. Testimonió contra todos, y hasta casi llegó a *convenir a los acusados*. Cuando llegó a la cárcel escribió sobre la puerta de su cámara: "Comisario nacional". Los prisioneros pasaban ante su puerta temblando de terror. Se portó como buen príncipe. Contentóse con la mujer de un individuo que por su acusación fué guillotinado. Paseaba frecuentemente tomado de su brazo por el Luxemburgo, humillándola.

Hay que señalar, sin embargo, un hecho extraño, y es que durante estos días en los Jacobinos se sintió terrible abatimiento.

El partido antirrobepierrista tomaba mucho aliento. Tres enemigos de Robespierre fueron nombrados presidentes en poco tiempo.

Barère pronunció un discurso valiente, enérgico, inspirado. Se reconoció él mismo. Las tres hornadas eran un paso a propósito para juzgar a los representantes. Barère se asustó grandemente, pero no perdió por esto los sentidos.

Robespierre, sin embargo, aprovechó todos los momentos de influencia en los Jacobinos arrancándoles acuerdos que justificaran el derramamiento de sangre. Logró separar de la sociedad a Dubois-Grancé, a Fouché. El 22 mesidor repitió por décima vez: *Dubois-Grancé ha salvado a lioneses*.

Robespierre el joven censuró en los Jacobinos la frialdad con que se acogían las palabras de su hermano.

Couthon llegó a tiempo para dar calor a la sesión. Habilmente dijo: "No sé qué hacer ante los acontecimientos. *Moderados hemos de ser para unos*, exagerados para otros. Yo pido para mi parte más peligrosa en todo lo que sea defender a la Francia". Esto lo dijo Couthon por Robespierre, y un grito resonó en la sala: "Nosotros también queremos correr esos peligros". Porque al fin y al cabo amaban a Robespierre, aunque sintieran gran inquietud por los caminos en que los precipitaba.

La sociedad, hay que decirlo, estaba dominada por él. Él la llevó a través de la Revolución, guiándola como si fuera su padre.

El día 14 de julio propuso que fuera borrado de la sociedad el presidente Fouché. Acusóle de inmoral, y logró que Fouché fuera expulsado.

Obedecieron los jacobinos, pero por la noche nombraron presidente a un individuo aborrecido por Robespierre, a Elías Lacoste.

La Convención, animada por esta campaña antirrobepierrista, nombró presidente suyo a Colliot d'Herbois, que entonces gozaba de gran popularidad.

Robespierre hizo entonces una cosa que asombró a París.

El 14 de julio, en favor de la expansión de la fiesta y de la belleza del momento, muchos individuos tuvieron la idea de colocar mesas en la vía pública para comer todos unidos, fraternizando. Había sido aquella idea de Danton. Juntáronse pobres y ricos y comieron celebrando el 14 de julio. El espectáculo fué tierno, admirable. Todo París se unió. Pero sólo duró un día. La situación en el fondo era distinta. Aquella aproximación era prematura. Aun debía emplearse la severidad, la justicia, difícil de ejercer entre aquellas efusiones fraternales.

Sin embargo, resultó de un efecto triste ver que al día siguiente la Comuna censuró la comida. Barère siguió esta línea de conducta porque sabía que con ello ofendía al partido robespierrista.

105

Éstos se exasperaron hasta el extremo de pedir sangre, sangre, incesantemente. En el Luxemburgo nada quedaba ya; fué necesario buscar gentes en las cárceles de la Force, Carmes y Lazare. Las listas eran un extraño hacinamiento de seres que iban a la muerte sin saber por qué. Herman pasaba tan terribles documentos al comité de Salud Pública para que los firmara y autorizara. Los más asiduos al comité eran los que vivían más lejos de estas sangrientas ideas. Ellos firmaban, compartiendo la responsabilidad de actos que no sentían. Se firmaba con los ojos cerrados.

¿Podía continuar semejante situación? No.

Se quejó uno solo, quien no podía ser acusado de indulgente, Billaud-Varennés.

Un testigo de esto es el mismo Saint-Just.

LIBRO DÉCIMO OCTAVO

CAPÍTULO I

LOS CEMENTERIOS DEL TERROR. — DECLARACIONES DEL ARRABAL DE SAN ANTONIO. MOVIMIENTO DE LOS DOS PARTIDOS. — ROBESPIERRE EN EL COMITÉ (Continuación de julio—mesidor—, 1-5 termidor; 19-23 de julio del 94)

Grandes calores y temores de una epidemia. — La Magdalena. — Monceaux. — Ejecución. — Sainte-Marguerite. — Picur. — Descontento en el arrabal. — Se busca otro cementerio. — La cremación de cadáveres. — Espanto de los delatores. — Amenazadora actitud de los robespierristas. — Robespierre acusa a Carnot. — Intento de aproximación. — Las cabezas que pide Robespierre.

El frecuente uso de la guillotina llegó a crear una extraña situación del espíritu.

París estaba espantado; por todas partes oíanse palabras de disgusto, de inquietud. Se temió que estallara una epidemia. Los vivos creyéronse arrastrados por los muertos. Lo que no se osó decir en nombre de la humanidad, se dijo en nombre de la higiene. Tan-
tos muertos, tanta sangre derramada por las calles, parecía que iba a desarrollar una enfermedad espantosa.

El arrabal de San Antonio, que desde hacía cincuenta años enterraba a sus muertos y los de los barrios vecinos en el cementerio de Santa Margarita, declaró que no podía admitir ningún muerto.

Los calores eran fortísimos, y esto agravaba la situación. La imaginación popular tenía horror a los cementerios de los ajusticiados.

Las quejas comenzaron el 7 de febrero (19 pluvioso), en pleno invierno.

La Comuna decidió que se enterrase en adelante en el cementerio de Monceaux. Del 5 al 25 de marzo, las secciones continuaban quejándose, pero los guillotizados estaban aún en el cementerio de la Magdalena. Hébert y Clootz fueron los últimos enterrados.

El 25 se acordó que los cadáveres irían en adelante al cementerio de Monceaux.

Danton, Lucila Desmoulins, Chaumette, inauguraron el cementerio.

Las autoridades no ignoraban el amor y fanatismo que se unían a estos nombres. Durante algún tiempo se hizo con misterio las

inhumaciones en Monceaux. Los ajusticiados eran conducidos primero a la Magdalena y después a Monceaux, sin duda por la noche. Los vecinos nada sabían. Llegaron a creer que se enterraba a los muertos en el cementerio Pigalle.

La naciente Comuna de Batignolles dijo que no podía soportar aquel acre olor a cadáveres. Cuatro grandes secciones de París habían enterrado allí siete mil individuos en tres años. Levantaba este clamoreo la vista de los guillotinado. Cuando no los vieron cesaron de quejarse.

Al día siguiente de la terrible ley de pradial, que debía acelerar la marcha de la máquina revolucionaria, se decidió que las ejecuciones no se realizarían en la plaza de la Revolución, sino en la de San Antonio (o en la de la Bastilla). Desde hacía mucho tiempo que los vecinos de la calle de Saint-Honoré se quejaban del paso de las carretas. Esta misma orden sufrió una modificación, y desde el 25 de pradial (13 de junio) se acordó que las ejecuciones se hicieran a la otra parte de la barrera del Trono.

La larga fila de carretas, desde entonces siguió la marcha por la interminable calle.

Abundaban los espectáculos trágicos. En el arrabal, hombres y mujeres sintieron en el corazón el frío de la muerte; de ahí su inmovilidad, su indiferencia el 9 termidor. Nada hicieron por sostener un régimen que durante días les había proporcionado tan terrible espectáculo.

El 26 de pradial los administradores de policía manifiestan que en el arrabal se teme una epidemia y que los guillotinado iban a provocar una terrible infección. Algunos enterrados el 4 mesidor colmaron el terror, la inquietud y la indignación. Los vecinos declararon no poder soportar el olor.

Había un remedio. Tirar grandes cantidades de cal en el cementerio, para lo cual surgía un inconveniente. En el cementerio de Santa Margarita mezclábanse los suplicados y los muertos del arrabal. Estos corrían el peligro de ser quemados como los otros, con cal. A esto se opuso la sensibilidad popular.

La Comuna acabó eligiendo otro local en Picpur, cerca del nuevo de la barrera donde se ejecutaba. Era el jardín del convento de canonesas. Pertenecía a los bienes nacionales y fué alquilado el local a un especulador, el cual hacía un negocio muy común entonces. Era una casa de salud que para los prisioneros ricos servía de cárcel de arresto. Allí moraban prisioneros de ambos sexos; grandes damas y señores del viejo régimen. La libertad era extremada en estas prisiones.

Se divertían mucho los prisioneros. La incertidumbre del porvenir enternecía los corazones. La muerte era la gran alcahueta.

Esta casa fué la que la Comuna acordó convertir (el jardín) en cementerio. Los prisioneros tenían a la vista una terrible *Memento mori*.

Ocurrían escenas tristesimas. Del 4 al 21 mesidor se llenó hasta el colmo la primera fosa. Fué necesario hacer otra y una tercera para los guillotinado. El arrabal mostró nuevamente su descontento. La sangre inundaba la plaza. La tierra era refractaria, no la absorbía. Descomponíase la sangre humana.

"¿Qué ocurrirá —decía el arquitecto municipal M. Poyet— si se extiende este foco de infección?"

La situación del arrabal no era envidiable, entre tres cementerios.

El 29 mesidor se piensa, ¿quién lo creería? en conducir a los guillotinado al cementerio del arrabal que se declaró atestado el 27.

El arquitecto hizo un informe curioso. Dijo que en el terreno nuevo en que debía construirse el cementerio, podríanse plantar árboles y viñas, cuyos frutos sería útil recoger.

Hacían falta algunos días para preparar el terreno. Por rápidos que fueran los trabajos, la guillotina había segado tantas cabezas en Picpur, que peligraba se declarasen en fuga todos los vecinos. Un arquitecto imaginó la combustión de todos estos cadáveres. El plan del arquitecto era seductor. Imaginaos un vasto pórtico, en medio del cual había de elevarse una inmensa pirámide de cadáveres. Se le ocurrió esta idea después del Terror y la propuso el año VII, por un presentimiento, sin duda, del acrecentamiento que alcanzaría el imperio de la muerte.

Pero la angustia ante estos proyectos, donde se sentía verdaderamente era en las cárceles.

Por otra parte, la comisión del Louvre, sintiendo celos por Herman, declaró que en una de estas pirámides figuraba el cadáver de un aristócrata que el 10 de agosto había disparado contra el pueblo.

Robespierre había perdido gran parte de su fuerza moral. Sus fuerzas materiales permanecían íntegras.

Ni él ni sus adversarios querían moverse a las denuncias más o menos directas de los jacobinos contra los comités. Respondía Barère por medio de alusiones. Aunque alejado de los asuntos públicos, Robespierre no podía desobedecer a su partido. Los robespierristas estaban como embriagados por la batalla de Fleures. La pólvora se les subió a la cabeza. Si Saint-Just había roto la espada de la coalición, ¿cómo Henriot y sus bravos no romperían en París la pluma de los comités?

Henriot estaba terrible. Se le encontraba en París, fuera de París, en todas partes, caracoleando, con el sable desnudo.

Payan, en la Comuna, demuestra la impaciencia de su temperamento ardiente. Sin motivo convoca a la Comuna los cuatrocientos o quinientos comités revolucionarios. El comité de Salud Pública portóse enérgicamente y anuló la convocatoria.

El comité, con el propósito de debilitar a Henriot, envió fuera de París la mitad de los artilleros de las secciones. Henriot se enciende en ira.

Otro elemento militar peligrosamente combustible era la creación de la Escuela de Marte. Tres mil muchachos, hijos de *sans-culottes*, ejercitábanse bajo las órdenes de David y Lebas. Para ejercer influencia en esta Escuela quedóse Lebas en París, en lugar de Saint-Just. Comunicaba a las jóvenes tropas su fanatismo por Robespierre, fanatismo ardiente, sincero, y por lo mismo más contagioso. Era fácil imaginar que en caso de colisión la guardia nacional se dividiría, pero la Escuela de Marte se colocaría al lado de Robespierre.

Los comités, contra estas fuerzas, no tenían seguridad alguna, como tampoco la tenían contra el cuerpo de policía especial, mandado por Héron, entregado en cuerpo y alma a Robespierre.

Sin embargo, hicieron cosas en que revelaron verdadera energía. 19) Vadier propuso, y la Asamblea lo aceptó, que cuantos obreros hubiera detenidos serían puestos en libertad.

29) Declararon la supresión del negociado de policía robespierrista.

Estas medidas los hubiesen perdido si no hubiesen tomado otras

107

verdaderamente terribles. Eligieron de los presos *ciento treinta y ocho aristócratas* para ser ejecutados. Amar, Luis, Dubarrau, Vau-
llaud, Ruhl, firmaron por el comité y enviaron la lista para que la
firmara Robespierre. Con esto se cubrían. Si se les acusaba de in-
dulgentes podían mostrar la lista.

Estas medidas vigorosas despertaban al partido robespierrista y
lo lanzaban en la carrera de la acción.

Habían ocurrido ya hechos pequeños que revelaban la existen-
cia de un estado morboso.

¿De dónde saldría el primer chispazo? Seguramente de la Es-
cuela de Marte.

El comité tenía la propaganda que se hacía entre los alumnos.

Hizo una cosa habilísima. Los cañones que dejaron abandonados
los artilleros que partían, los enviaba a la Escuela de Marte
para sus ejercicios. Ya se ha demostrado la afición francesa por la
artillería.

Para la gente de dieciséis años, verse en posesión de un ca-
ñón era una locura. Acariciaba esto la vanidad de la Asamblea. Los
alumnos, pues, comenzaron a poseer su confianza.

Las quejas formuladas por Couthon en los Jacobinos respecto a
la inutilidad de la Escuela y de los cañones confiados a ellos fueron
desoídas.

Todo esto ocurría el 5 termidor. El mismo día se denunció a
la Convención que se había detenido el paso de unas cajas de pólvora
por la frontera.

Robespierre se presentó al comité. Esto causó asombro. ¿Qué
quería? ¿Ganar tiempo antes de la llegada de Saint-Just?

No lo creo. Su carácter era distinto; no era hombre de acción.
Lo que quería hacer era probar si ejercía aún su imperio sobre los
asistentes al comité.

Iba armado, dispuesto a atacar a Carnot y al mismo comité, ya
que la ocasión se le venía a las manos.

"¿Por qué debilitó el ejército de Fleures?" Saint-Just quejándose
amargamente en sus cartas. Robespierre tenía documentos suficientes
para intentar el proceso de Carnot. Había tomado plazas ma-
ritimas al enemigo, Wiuport, con una fuerte guarnición inglesa en
su interior, pero esto era precisamente lo que abrumaba al comité.
El representante Choudieu, aun siendo hebertista, no creyó oportuno
obedecer el decreto ordenando que no se había de aprisionar
a ningún inglés vivo. El comité aprobó la conducta de Choudieu.

Robespierre habló de los crímenes de Pitt, de la conducta de
Inglaterra... de la guerra que se hacía a la Revolución, y pidió que
reflexionaran los patriotas acerca de todos estos funestísimos peli-
gros. Lloró. Sus lágrimas, en otro tiempo hipócritas, entonces since-
ras, conmovieron a todos. Uno y otros, hay que decirlo, Robespierre
y sus enemigos, llevaban grabada la República en el corazón.

Collet d'Herbois, excesivamente sensible, se arrojó a los pies de
Robespierre y le suplicó que tuviera piedad de la patria. ¿Debía
escucharlo Robespierre? ¿Podía hacerlo? Robespierre no sólo era un
hombre, era un sistema. Su fatalidad era seguir el camino de la
depuración. Aun cuando volviera atrás no hubiera encontrado más
que las desconfianzas sembradas por su conducta. Había sembrado
la muerte moral por todas partes. A los representantes se les acu-
saba por medio de centenares de voces que se ocultaban detrás de
Robespierre, constituyendo en la personalidad de éste una especie
de realeza judicial, un trono de hierro para juzgar a la Convención.

El mismo, monárquico de nacimiento y arrastrado hacia el ideal
republicano, había perdido todo su valor, toda su fuerza. Dudaba
por el momento del gobierno colectivo; no creía que la nación pu-
diera regirse sin la asistencia de un médico único que le aplicara
los remedios científicos.

Ayudados sus amigos por las circunstancias, fué fácil llegar
hasta la dictadura. Parecía a Robespierre un mal necesario. Para
adquirir la fuerza de esta dictadura, era necesario destruir otras
dictaduras, quiere decir, a Carnot, que era el dictador de la guerra,
y Cambon, que lo era de las finanzas.

No era posible hacer la paz. "¿Qué pide Robespierre?" "Vuestras
cabezas".

Nombró algunos representantes, Leonard Bourdon, Fréron, Du-
bois-Grancé, Fouché, Favogues y Granet.

Esta lista no indicaba visiblemente los nombres de los que se
quería ejecutar. Faltan los más importantes: Billaud-Varennes, su
rival del Terror; Bourdon *el Rojo*, su condenado interruptor; Lecointre,
que tantas veces le atacara; Merlin de Thionville, que gozaba
de grande popularidad militar. Faltaba la larga lista de los heber-
tistas, dantonistas, maratistas: Ruamp, que con un grito detuvo
la ley de pradiál; Bentabole, Sergent, Panis. ¿Estos del 92 podían
creerse seguros?

Si los comités consentían a lo pedido por Robespierre, si en-
tregaban la Asamblea a Robespierre, se entregaban ellos mismos.

Emplearon más firmeza de lo que se esperaba. Elías Lacoste
atacó a Robespierre porque arrojaba contra los comités la respon-
sabilidad de las medidas revolucionarias.

Robespierre prometió que Saint-Just concertaría con los comi-
tés un informe general sobre la situación. Unos y otros se apro-
ximaron y se comprendieron. ¿Quiénes llegarían primero para des-
truirse?

Ésta era la única cuestión.

La sola novedad que se observaba era la reaparición de Robes-
pierre, la seguridad que Barère expresó en la Asamblea respecto a
la perfecta unidad del gobierno. Esto aterrizó a la Montaña, es-
pecialmente a los cinco o seis miembros que creían iban a perecer
los primeros.

Couthon, en sus homilías, decía despreciativamente *cinco o seis*.
Tallien, Fréron, Fouché, Courdon, Lecointre, tenían asiento en
los comités.

Acordaron defenderse y dirigir el puñal contra el corazón del
tirano.

CAPÍTULO II

DISCURSO ACUSADOR DE ROBESPIERRE. — LA ASAMBLEA SE
NIEGA A IMPRIMIRLO (8 termidor, 26 de julio del 94)

Último discurso de Robespierre (8 termidor). —
Su apología. — Sus acusaciones. — Acusa especial-
mente a Cambon. — Acusa a los comités y a una coa-
lición. — La Asamblea acuerda que se imprima el dis-
curso. — La Asamblea se rectifica.

Robespierre preparó durante un mes su discurso. ¡Esperaba de él grandes resultados!

Acusaba sólo claramente a Carnot. Lo demás era vago, atacaba a los *indulgents*. Era necesario estar al corriente de la polémica de la época para saber que designaba a Fouché y a Dubois-Grancé. Estos eran los que los jacobinos habían tachado de *indulgents*.

Dubois-Grancé contestó a la calumnia lanzada por Robespierre. La Convención tomó con calor este asunto y ordenó que se abriera una información, ya que iba envuelta en él la responsabilidad de cien representantes.

Barère se dirigió a Saint-Just, que ya había regresado del campo de batalla, y le suplicó. Todas las esperanzas se desvanecieron. La reconciliación era un imposible.

El discurso de Robespierre, especie de tela de Penélope, habla más al porvenir que a la Convención. ¿Era un testamento de Robespierre? ¿Era un discurso sencillamente para la crisis política?

La primera equivocación que cometió fué la de hablar el día 8, después de la victoria de Barère, quien proclamó desde la tribuna la ocupación de Amberes por nuestras tropas. Amberes vale por toda la Bélgica, y más cuando se hacía una guerra esencialmente inglesa. En aquellos momentos acusar a Carnot era como aparecer envidioso.

Su discurso era un volumen. Trataremos sólo los puntos principales. Comenzaba como una apología para desarrollarse como una furibunda acusación.

La parte apologética es de una humildad irritante. Se inclina a aceptar como jueces a gentes aterrorizadas. La Convención, sin embargo, creyó en este punto del discurso de Robespierre.

En su parte más clara la apología se compone de tres puntos:
1º) Abusando de la analogía de las palabras, se atribuye malig-
namente al departamento de policía general las operaciones he-
chas en parte por el comité de Seguridad. Descártase en este punto
la responsabilidad del negociado robespierrista.

2º) Se atribuyen todos los sucesos a Robespierre, cuando él hace

seis semanas que en nada interviene y que carece de influencia. Afirmación odiosamente ridícula en quien disponía de Payan, Her-
man, Dumas, para preparar la acción.

3º) Esta duplicidad no daba crédito a las protestas siguientes:
"Circulan listas de patriotas, de representantes proscritos. ¡Nos-
otros proscribir a los patriotas! ¡Esto no es cierto! ¡Nosotros somos
los que hemos defendido la Convención!"

Semejantes afirmaciones vagas, sin fruto, no servían más que
para aumentar el terror. "Se quiere asustar a la Asamblea", decía,
y él con sus palabras aterrorizaba a todos, a la Asamblea, a los
jacobinos.

Éstos eran los tres puntos capitales de la retórica apologética.
Pasemos a la acusación.

Aparece en sus primeras palabras inciertas, vagas, insólitas. "Se
conspira". Y cuando llega el momento de precisar dice: "¡Ah! me
guardaré de pronunciar los nombres".

Sólo se designaba a uno, a Carnot, pero tampoco por su nombre.

Pero el solo que era nombrado, contra quien caía el discurso
como el plomo, era Cambon. En aquellos días contra Cambon se
levantaba un ejército de rentistas.

Todo el mundo iba a reclamar sus intereses a la Tesorería. To-
dos gritaban diciendo que nunca se les pagaría, que no se les re-
conocerían sus títulos.

Amontonábase aquella muchedumbre en la Tesorería. La ope-
ración se hacía con espantosa lentitud. En realidad los agiotistas es-
taban asustados.

Robespierre, con suma habilidad, hizo el eco del clamoreo de
los rentistas. En este larguísimo discurso, tres veces vuelve a la
carga.

Aprovecha todos los detalles escrupulosamente, envuelve en sus
párrafos palabras que retrataban el embrollo de la Hacienda, ata-
ques directos a Cambon.

"¿Quiénes son los administradores de nuestra Hacienda? Los
compañeros y sucesores de Chabot, de Fabre, los brissotistas, bribo-
nes conocidos, los Cambon, los Mallarmé, los Ramel".

El asombro llegó a su colmo. Todo el mundo se miró con estu-
pefacción. ¡En este discurso vago, soltar repentinamente un nombre
parecía un pegote, algo extraño!

¿Qué pretendía? ¿Exasperar a una muchedumbre ya irritada?
No; probablemente minar la estimación que gozaba en la Asamblea
Cambon. Creyó que la Asamblea dejaría que se inutilizara a este
hombre triste, duro, combatido, a quien la fatalidad condújole a
tomar medidas de maldición.

Los representantes recién llegados de desempeñar misiones, no
estaban menos horrorizados. Pocas palabras había en su discurso
contra ellos, pero muy fuertes. "¿Ignoraban los representantes los
crímenes que se cometían en los departamentos?"

De Lyon, de Nantes, de todas partes llegaban delatores, seguros
que encontrarían apoyo en Robespierre.

Conclusión general del discurso:

Existe una vasta conspiración.

Debe su fuerza e intrigas a una coalición del seno mismo de la
Asamblea. Denuncia al comité de Seguridad general. Se ha opuesto
este comité al de Salud Pública y se han constituido dos gobiernos.

Miembros del comité de Salud Pública *figuran en este complot.*

Es preciso, pues, proceder a la depuración, restablecer la unidad de gobierno bajo la Convención, que es el centro.

Cuando tomó asiento, Rovère decía a Lecointre: "Éste es el momento; es preciso que se lea tu acta de acusación". "No —contéstó—. Ataca sólo a los comités para que se destruyan entre ellos". En voz alta: "Pido la impresión del discurso". Bourdon: "Yo me opongo. Enviémoslo a los comités para que lo examinen". Barère apoyó la idea de la impresión y Couthon añadió que se debía hacer una gran tirada para enviarlo a todas las Comunas. Así se acordó. Vadier, sin descorazonarse, reanudó su campaña sobre la Madre de Dios.

Pero Cambon dijo: "¡Antes de caer deshonrado hablaré a la Francia! Yo he denunciado todos los peligros que atacaban la fortuna pública. Ha llegado la hora de decir la verdad. Un hombre paralizaba la Convención, y este hombre es Robespierre; juzgad".

Robespierre: "Cómo puedo paralizar a la Convención en una teoría de Hacienda? Sin atacar las intenciones ni los propósitos que hayan podido guiar a Cambon...". Retroceso manifiesto. Primero le dijo bribón, y después declaró que no tenía el propósito de atacar sus intenciones. Billaud: "Es necesario que se arranquen caretas. Si es cierto que hemos perdido la libertad de criterio, prefiero que mi cadáver sirva de trono a un ambicioso que no resultar cómplice de sus cohechos con mi silencio".

Héron, que fué la personificación de la inconsecuencia, ataca a Billaud.

"La libertad de opinión. ¿Cómo podemos emplearla cuando los comités pueden ordenar nuestra detención? Es preciso arrancarles este derecho".

Se le hace callar, y Robespierre, fortalecido ante este divertido espectáculo, dice: "De nada me retracto... Sólo me he presentado ante mis enemigos. A nadie he adulado, a nadie he calumniado; no temo, pues, a nadie".

Los maratistas Charlier y Bentabole no dejaron así la cosa.

Comenzaron con nuevos bríos.

Bentabole: "La impresión y envío del discurso es peligrosa. La Convención será la responsable de las agitaciones populares".

Couthon: "Es necesario que todo el pueblo juzgue. He aquí por qué he votado en su favor".

Charlier: "Enviemos el discurso a los comités...".

Robespierre: "¿Cómo? ¿A quienes he acusado?...".

Charlier: "Cuando se tiene el valor de la virtud se ha de poseer el de la verdad".

Robespierre: "Persisto en mi criterio... No puedo tomar parte en cuanto se decida acerca de mi discurso".

El dantonista Thirion: "Enviarlo es prejuzgar. ¿Por qué uno solo ha de tener más razón que muchos?".

Bead, miembro del comité de Legislación: "Se trata de un proceso de extraordinaria importancia. Revoquemos el acuerdo".

Queda revocado.

Barère, que al votar la impresión del discurso había hecho traición a los comités, pasó ligeramente de un punto a otro.

¿Quién sería el acusado? ¿Robespierre o los comités?

CAPÍTULO III

LA NOCHE DEL 8 AL 9 TERMIDOR. — LA DERECHA TRAICIONA A ROBESPIERRE. — LA JORNADA DEL 9 TERMIDOR

(28 de julio del 94)

Robespierre enemigo de la insurrección. — Prepárala la Comuna. — La Montaña logra arrastrar a la derecha contra Robespierre. — Hábil discurso de Saint-Just. — Interrupción. — Torpeza de los acusadores. — Se ahoga la voz de Robespierre. — Barère intenta salvar a Robespierre. — Pídesse su arresto. — Es arrestado.

Cuando regresó a su casa Robespierre, las señoras Duplay, temblorosas, expresaron su ansiedad. Robespierre dijo: "Nada espero ya de la Montaña. Pero la mayoría de la Convención es pura y me escuchará".

La mayoría, la masa, era el centro y la derecha.

Su discurso del 8 contenía los más fuertes llamamientos a esta masa. Llegó a decir que él fué quien salvo a los setenta y tres. Robespierre, la derecha y el centro, sin tratar directamente con Robespierre, estaban ligados con fuertes lazos, los de la complicidad en las cuestiones religiosas y en las ejecuciones de Desmoulins, Fabre y Danton. ¿Quiénes si no la derecha y el centro, dieron a Robespierre la fuerza de la dictadura?

En realidad, la derecha pensaba (como en casi toda Europa) que después de todo, Robespierre era el único hombre de orden. Robespierre fué adulado hasta el extremo de que un mes antes de termidor, Boissy d'Anglas le llamaba el Orfeo de Francia.

Cuando la votación del último discurso, acordó la derecha y el centro revocar el acuerdo. La Montaña era una esperie de poder inmóvil, neutral entre la derecha y Robespierre. La Montaña, pues, permanecía severa, paralizada por la derecha, pero en ella figuraban los mejores hombres, los más republicanos, que vieron envuelta en Robespierre la Revolución, dependiendo de él, atada a su destino. Saint-Just y Robespierre, aun teniendo las mismas opiniones, diferenciábanse en que el primero era hombre de acción. Los robespierristas, aunque *motu proprio*, inspiráronse en la actitud de Saint-Just para adoptar terribles medidas. Payan en la Comuna preparó la insurrección. Henriot tenía ya la autorización de la Comuna y dictaba a sus oficiales de la guardia nacional órdenes para tomar las armas al día siguiente a las ocho.

Robespierre, después de la lectura, dijo: "Este es mi testamento de muerte. Yo os dejo mi memoria. Vosotros la defenderéis. Si me matan, moriré tranquilo". "Y nosotros queremos morir contigo", gritaron Payan, David y otros.

Allí estaban Payan y Coffinhal, sin saber si su maestro aprobaba o no su conducta.

Un grito unánime resonó en la Asamblea. Collot intentó en vano hacerse oír. Se arrancó el chaleco para enseñar los homicidas golpes que descargó Ladmiral. Los cuchillos levantáronse contra él. La violencia apagó el buen sentido. Couthon llegó hasta el extremo de pedir que se borrarán los nombres de los representantes que habían votado contra la impresión del discurso de Robespierre.

La cuestión era saber si Cambon, Tallien, Fréron, Lecointre, podían poner en movimiento a los comités.

Tallien había recibido una carta de su Teresa, que estaba en la cárcel de los Carmes, diciéndole: "Mañana he de comparecer ante el tribunal revolucionario: muero con la desesperación de haber pertenecido a un cobarde como vos".

Tallien compró un puñal para Robespierre o para él.

Desde las nueve y media de la noche Lecointre estaba a la puerta del comité armado de toda clase de armas, hasta pistolas con pequeñas bayonetas que le atravesaban los bolsillos. No encontró más que al inocente Lavicomterie. "Se está armando a la guardia nacional —le dijo—. Todos somos perdidos si no se detiene a Payan y a Henriot".

La puerta del comité estaba cerrada.

A la una de la mañana aun permanecía allí Lecointre. A Fréron le ocurrió lo mismo. En la puerta del comité encontraron a Cambon. Cambon faltó a la consigna. Fué un espectáculo que asombró. Saint-Just disputaba siempre con Billaud. La disputa comenzó a las once con una escena violenta con Saint-Just. Collot entró en los Jacobinos furioso, golpeando las puertas, y se abalanzó sobre Saint-Just, zarandeándole, creyendo encontrar sobre él las pruebas de su perfidia. Carnot, Barère, Billaud y Lindet protegieron a Saint-Just.

Las cosas no se encontraban muy bien, por cierto, cuando llegó Cambon.

Vió lo que había ocurrido, lo presintió y salió del comité convencido de que Saint-Just y Robespierre comenzarían al día siguiente su acusación contra él.

Entretanto la actitud de Lecointre, sus palabras, sirvieron para advertir a la gente contra el armamento de la guardia nacional.

A las cinco de la mañana terminó la disputa entre aquellos hombres.

Barère vió cómo se escapaban todas las ocasiones para tomar un partido contra la dictadura; tomó miedo. Hízose robespierrista, y aproximándose a Couthon, díjole: "Si te atacan nada temas: yo te defenderé".

La Montaña estaba perdida si ella misma no se salvaba. Nada pedía ya de los comités.

Pero el instinto de conservación, la voluntad de vivir, son potencias demasiado clarividentes para que se las pueda ahogar. Los más amenazados, al día siguiente representaron un gran papel.

Aun había en la Convención algunos constituyentes, represen-

tantes de un mundo antiguo, que vivían por raro milagro, por el milagro de la política de Robespierre.

Los más conocidos eran Sieyès, Durand-Maillane y Bolssy d'Anglas.

Decíase ya: "Una minoría de hombres oprime a la República. Esta minoría es la de los robespierristas. Juzgadles a ellos por el aislamiento en que viven".

Robespierre debía de vivir como su partido. Los termidorianos hablaron al corazón y a la vanidad de la mayoría: "Vosotros sois, los más; y ¿quién gobierna? Gobierna la minoría insignificante de los robespierristas".

Hay que añadir que los termidorianos no creían que la inmensa mayoría de los derechistas permanecían fieles al monarquismo. Legendre, Fréron, creyeron (como se demostró en el 95) que la mayor parte de estos hombres eran republicanos.

Robespierre creyó a la derecha girondina, republicana, en fin. Creía que con ello existía un pacto tácito, y no pudo suponer que le negaría la vida que él supo conservarla.

Robespierre, en esta seguridad, tenía la conciencia de su inmenso poder. Nadie reparó los inmensos beneficios que Robespierre proporcionó a la República.

¿Ignoraba él los preparativos militares? No; pero creía que eran una medida de precaución. La Asamblea parecía libre, y por lo mismo podía aceptar dignamente la conciliación que proponía Saint-Just.

El discurso escrito por él, sin duda lo consultó con Robespierre.

Este discurso puso de manifiesto que si Saint-Just era el espíritu más utopista de la Asamblea, era también algo más que un político: era gran hombre de Estado. La rigidez era exterior solamente. Si en sus primeros discursos muéstrase tiránicamente elocuente, en sus últimos demuestra una sagacidad, una observación finísima.

El fondo del discurso del 7 termidor está habilitosísimo, para descartar del nombre de Robespierre la acusación de dictador. Acusó a Collot, Carnot, Saint-André, quienes aprovechando la ausencia de Robespierre y Saint-Just querían erigirse en dictadores.

"¡Robespierre dictador! ¡La dictadura de la elocuencia! ¿Y quién os impide a vosotros que intentéis ser elocuentes?"

Saint-Just lanzó su pensamiento a los espacios. Su discurso fué grandioso, conmovedor, sublime. Campeaba en él la forma noble, sabia, libre de toda rigidez, de toda forma vana. Fué en todo moderado, y sus enemigos sintiéronse sobrecogidos de terror. Tallien le interrumpió: "¿Quién no llora como tú los infortunios de la patria? ¿Quién no se horroriza al ver derramados ríos de sangre de patriotas?"

Los comités llegaron con Billaud en el instante en que Saint-Just, furioso porque habían faltado a su palabra, parecía querer exterminarlos. Desearon ahogar sus voces. Temieron morir. Aprovechando el incidente que provocó Tallien, Billaud levantó la voz interrumpiendo a éste: "Ayer algunos hombres en los Jacobinos quisieron ahogar la voz de la Convención nacional... ¡Allí veo uno, en la Montaña!..."

"¡Detenedlo!... ¡Detenedlo!..." Este grito partió de todos los

bancos. Cuando una Asamblea temerosa lánzase en una carrera desesperada, puede ir muy lejos.

Muchos oradores pretenden hablar. El tumulto crece de punto. "¡A la Abadía! ¡A la Abadía!", gritan muchos.

Los acusadores estaban demasiado sobrecitados para poder emplear habilidad. Billaud vomita, entre muchos ataques justos, insultos terribles. Dijo que Robespierre, haciéndose el víctima, abandonó el comité por la resistencia que encontró su ley de prudencia, que había organizado un infame espionaje contra los representantes del pueblo. Todo esto se escuchó, pero cuando se acusó a Robespierre de proteger a los ladrones, de que obligaba al gobierno a emplear a los nobles, se encogió la gente de hombros.

Más absurdo fué lo que agregó Billaud, cuando dijo torpemente que Henriot era cómplice de Hébert y que fué él, Billaud, quien atacó a Danton y no Robespierre, que lo había defendido.

Olvidaba que entonces los montañeses eran casi todos hebertistas y dantonistas.

Sus palabras dejaron fría a la Asamblea. Robespierre quiso responder, pero la voz formidable de la Asamblea, como un trueno, dijo: "¡Abajo el tirano!". Los coligados vieron que sólo así podrían conducir a la muerte a Robespierre.

Lo que osó hacer la Asamblea incontinentemente fué arrestar a Henriot, a Dumas. Aun se dejaba una puerta abierta a Robespierre. Podía arrojarse sobre aquéllos el odio, el innoble informe de acusación contra quienes habían armado la guardia nacional.

Entonces Barère quiso fijar los minutos de la discusión.

Quiso salvar a Robespierre por temor a que los Fréron aboliesen los comités. Abogó por que no se atacara esta garantía de gobierno. La discusión se prolongó demasiado. Todos se cansaron. Vadier quiso hablar de la Madre de Dios y la Asamblea echóse a reír. Robespierre, con los brazos cruzados en la tribuna, pudo ocultar su desprecio participando de esta risa.

Tallien habló para censurar a Robespierre, que había atacado a los "heroicos comités que habían salvado a la patria".

Robespierre tembló ante el peligro: negó, se agitó, se revolvió. Con sus miradas hizo un llamamiento supremo a la Montaña.

Robespierre, poseído del más terrible furor, hizo un esfuerzo desesperado, se dirigió a la derecha: "Es a vosotros a quienes me dirijo; a vosotros los hombres puros, no a los bandidos". Y les pidió la vida que debían a él. No alcanzó más que ultrajes, gritos de odio, risas, la muerte.

¿Quién le respondió? La voz de Danton, es decir, Thirion. Este, que después de muerto Danton adquirió una terrible enfermedad del pecho, tuvo aquel día un asombroso poder.

Robespierre no podía esperar nada ya desde el momento en que había caído en poder de los dantonistas.

"¡Lo ahoga la sangre de Danton!", dijo Garnier.

"¡Ah; queréis vengar la sangre de Danton!", dijo riendo sardónicamente Robespierre.

Del fondo de la Montaña elevaronse voces tremendas.

"¡Que se le acuse!"

"¡Que se le arreste!"

La Asamblea en masa los apoya. Robespierre el Joven y Legendre quieren ser detenidos también.

Robespierre creyó encontrar en este hecho una luz. Conocía el corazón de la muchedumbre. Quiso hablar en favor de su hermano. Si hubiera enternecido a la Asamblea se hubiera salvado él mismo.

Pero un periodista, Duval, despedido por Robespierre, gritó: "Presidente: Aquí hay un hombre que quiere ser el dueño de la Convención".

Fréron: "¡Ah, cuán difíciles son de combatir los tiranos!".

Voces poderosas repitieron: "¡Que se le arreste!".

Decrétase por unanimidad.

Óyense después gritos de ¡Viva la libertad! ¡Viva la República!

"La República —grita Robespierre— se ha perdido. Triunfan los brigantes".

Lebas: "No puedo compartir el oprobio de este acuerdo. Yo quiero ser arrestado también".

Fréron: "Lebas, Couthon y Saint-Just quieren hacer de nuestros cadáveres el pedestal para su trono".

Clausel: "Que se ejecute la orden".

El presidente: "Ha ordenado a los ujieres que se presenten, pero niéganse a obedecer".

Fouché: "¡A la barra con los acusados; nada de privilegios!".

Los acusados descienden a la barra. La Asamblea aplaude con frenesí.

Robespierre fué conducido a los comités como para ser interrogado: ¿qué podía temer allí? Contaba con numerosos amigos colocados por él. Allí conservaba un extraordinario ascendiente moral. Allí alcanzaría una nueva apoteosis.

Circuló por todo París el rumor de que Robespierre había sido arrestado. Muchos dijeron: "¡Ah; por fin ha quedado destruido el patíbulo!".

Aquel mismo día se vió salir del arrabal de San Antonio cuarenta y cinco condenados a muerte. Nada más doloroso. Muchos pedían gracia. Una parte del público se abalanzó sobre los caballos, tomándoles de las bridas. Pero Henriot llegó a tiempo y dispersó a sablazos a la muchedumbre.

Dumas se creyó muerto también; puesto que la vida del comité revolucionario se extinguía por momentos.

Preparó sus maletas para huir a Suiza con su familia.

CAPÍTULO IV

LA NOCHE DEL 9 Y LA DEL 9 AL 10. — INMOVILIDAD DE LOS JACOBINOS. — NEUTRALIDAD DE LA OPINIÓN

Robespierre quiere permanecer en la cárcel. — Robespierre libertado a pesar suyo. — El gendarme Merda. — Inanición general. — Neutralidad del arrabal de San Antonio. — Conflicto del arrabal de Saint-Marceau. — Fluctúan las secciones.

Cuando llegó a los oídos de Henriot, que Robespierre había sido detenido, a la cabeza de sus gendarmes llegó a la plaza de la Grève. A la puerta de las Tullerías la guardia presentó las armas, cuando un ujier dijo: "Gendarmes, este hombre ya no es vuestro general: he aquí el decreto".

Los gendarmes retrocedieron. Henriot, que acababa de arrestar a Merlin de Thionville, se encontró arrestado.

Robespierre salió del comité para ser conducido al Luxemburgo. Llegó escoltado más bien que guardado. Una muchedumbre de partidarios que llenaban la calle de Tournon gritó: "¡A la Comuna! ¡A la Comuna!".

A las seis de la tarde la insurrección había estallado fuertemente. En la Grève habían preparado cañones. No se obedecía al comité ni se reconocía más autoridad que la de Payan.

Robespierre encontró en todo esto sobra de precipitación, quiso ir lejos de la plaza del Hotel de Ville. Dijo que era prisionero por virtud de un decreto y quería obedecerlo. Pidió que del Luxemburgo se le trasladara a la administración de policía municipal. Conocía Robespierre el corazón de París. Robespierre mártir, víctima de los ladrones y de los traidores, era un hermoso texto para impresionar a los corazones. Robespierre jefe de motín, disparando contra la Asamblea, era ridículo sencillamente.

Mostróse enemigo de la insurrección. El verdadero amo del Palacio de Justicia era Fouquier-Thionville. ¿Podía la calumnia del pretendido realismo de Robespierre convencer a nadie?

Los exaltados trabajaron con entusiasmo para perderlo.

Fouquier entró en el Palacio de Justicia a las seis de la tarde, casi en el momento que Robespierre entraba en la Policía. Fouquier lo vió. Ni éste ni Dobsent, presidente del tribunal, que cenaban juntos, fueron a verle.

Robespierre en la sección no estaba vigilado. Se dirigió a la sección de la Ciudad, muy importante por su posición central. Es-

ta sección estaba aún influenciada por Robespierre. Éste pidió cincuenta hombres a la sección; pero cuando los guardias municipales rodearon a Robespierre diciendo que trataban de tenerle bajo su salvaguardia, el comandante contestó friamente que no era posible aceptar la escolta, ya que Robespierre estaba arrestado.

La Convención se reunió a las siete de la noche y se enteró de la detención de Henriot, pero los comités nada hacían para completar sus órdenes. Henriot fué enviado primero al comité de Seguridad, donde sólo se encontraba un miembro, Amar, que se excusó; fué conducido después al de Salud Pública, donde se encontraban Barère, Billaud y otros. "Que se le conduzca nuevamente al comité de Seguridad".

Un poco antes de las diez de la noche el comité oía tristemente el sonar de la Comuna. Abrense las puertas precipitadamente y uno grita: "¡Ha sido libertado Robespierre!".

Efectivamente. Hacía las nueve, Coffinhal, desesperando de que Robespierre fuese a la Comuna, encargó de arrastrarlo. Lo levantó frente a la alcaldía, al Hotel de Ville, donde estaba el foco de la insurrección; dió a Robespierre el carácter también de insurgente. Él fué quien entregó los documentos para que fuera condenado a muerte Danton. Él fué quien condujo a Robespierre por el camino de la muerte.

El infortunado decía: "¡Me conducís a la muerte: me perdéis, perdéis a la República!".

El comité de Salud Pública quedó aterrado creyendo que la Comuna, al apoderarse de Robespierre, se sujetaría a las imposiciones de éste.

El gendarme que llevó la noticia era un muchacho de diecinueve años, llamado Merda. ¿Cómo pudo reclutarse a este individuo?

A los diecisiete años ingresó en la guardia constitucional del rey. Pasó el 92 en la *gendarmaría de los hombres del 14 de Julio*. Las continuas luchas debieron hacer de este muchacho un hombre de acción, Merda, sin ambiciones. Llegó a coronel y pereció en la batalla de Moscú. Él fué quien dijo que por su propia mano había detenido a Henriot. Y corriendo, lleno de entusiasmo fué al comité de Seguridad a buscar a sus camaradas. Grande fué el peligro que corrió allí, pues Coffinhal con una masa de artilleros logró libertar a Henriot. Éste conoció a Merda, quien pudo salvarse milagrosamente.

En la Convención reinó extraordinaria ansiedad. Nadie podía impedir que las fuerzas penetraran en la sala.

"¡Ciudadanos —dijo Collot d'Herbois valerosamente—, ha llegado la ocasión de morir! El comité ha sido invadido por los insurgentes; ¡corramos a salvarlos!"

"¡Corramos!", dijeron a una las tribunas.

La Convención quedó completamente sola.

El miedo hace milagros frecuentemente. Precisamente Amar, el más temible de los miembros del comité, quien evitó la vigilancia de Henriot, se encontró juntamente con éste a la cabeza de los artilleros. No había más que una compañía completamente decidida por la Comuna. Pero los demás tampoco demostraron mucho ardor por la Comuna. La gran mayoría ni siguió a Amar ni a Henriot. La plaza quedó completamente solitaria.

La escena no estaba más animada en la Comuna. Pocos decían

que no a sus excitaciones, pero nadie acudía. El departamento estaba contra la Comuna. El Palacio de Justicia permanecía en una neutralidad sospechosa. El alcalde Fleuriot fué a decidir a Fouquier-Thionville, y nada consiguió.

Ante la frialdad general, Robespierre no podía contar más que con sus fuerzas, que no eran más que las de los jacobinos, de los comités o sociedades jacobinas.

Habló de los cuarenta y ocho comités revolucionarios jacobinos, robespierristas, asalariados, verdaderos reyes de París que lo perderían todo con un cambio.

En cuanto a la sociedad jacobina, se ha visto el día 9 lo que pasó; las lágrimas, los juramentos, las protestas, el entusiasmo. Si en esto había alguna fuerza, debía considerarla Robespierre como propia.

Acudieron unos pocos comités revolucionarios. Figuraban en ellos funcionarios que temían perder la colocación.

La sociedad jacobina se agitó más de lo que se creyó, tratando de ponerse en comunicación con las secciones. De dos en dos horas envió diputaciones a la Comuna, pero nunca fué en corporación.

Esta presentación fué la que la Comuna esperó vanamente durante toda la noche.

Dividióse la sociedad jacobina. Couthon, enfermo, permaneció al lado de su mujer y de su hijo. Robespierre y Saint-Just le escribieron lo siguiente: "Couthon: Todos los patriotas han sido proscritos; el pueblo entero se ha sublevado. Sería traicionarlo no presentarte en la Comuna, donde estamos".

Couthon fué al instante. Pero los jacobinos no fueron más que por alegaciones.

En todo París se inició un movimiento de indiferencia. ¡Extraña neutralidad en un pueblo de tanta vida!

A la diez de la noche Collot decía en el sillón presidencial de la Convención: "Sepamos morir en nuestro sitio".

Robespierre decía más tarde a Couthon en la Comuna: "Sepamos soportar nuestra suerte".

¿De dónde provenía este aislamiento? La Comuna, aun procediendo con largueza y generosidad con los indigentes, había descontentado a las masas declarando que no le afectaba la cuestión de las subsistencias cuando la antigua Comuna, la de Chaumette, no se preocupaba de otra cosa. Las nuevas autoridades prescindían de esta cuestión.

¿Qué actitud adoptarían las secciones? Era un problema complejo.

La Convención procedió tardíamente. A las diez de la noche, cuando Collot decía: "Sepamos morir", un diputado desconocido, Beaupré, tomó la iniciativa y pidió que se creara una comisión de defensa, la cual reconoció a los comités. Propusieron a un general, a Barras, colega de Fréron, en Tolón, después de declarar fuera de la ley a quienes se sustraieran a la orden de arresto. Voulland consiguió que a Robespierre se le declarase fuera de la ley.

Barras, general sin fuerzas, practicó un reconocimiento alrededor de las Tullerías. Los representantes eran bien recibidos, pero casi no encontraban a nadie. Las delegaciones iban y volvían de noche, a la luz de las antorchas. Los parisienses dormían.

¿Nada quedaba ya del partido hebertista, tan poderoso en el

93? ¿Habían desaparecido la iglesia y los sacerdotes del templo de la Razón? Varlet, Leclerc, Roux, ¿no habían dejado discípulos?

La sección de *Montmartre* tenía por principal agitador al metalurgista Hassenfratz, forjador, que ejercía gran imperio sobre los obreros. Después fué profesor del Colegio de Francia y destituido en 1815.

Esta sección arrastró a otras tres en su odio a Robespierre, si bien precedidas por las del *Homme-Armée*. Otra sección, la de *Maison-Comune*, las obedecía. Esta estaba instalada en la Grève misma, de suerte que la Comuna y el Hotel de Ville quedaban aislados, sin defensa alguna. Las calles inmediatas, entonces muy miserables, estaban encendidas en indignación por la carestía de los víveres.

Tallien vivía en la calle de la Perle, precisamente al extremo de la sección del *Homme-Armée*.

Es muy probable que mientras Robespierre se encontraba en la alcaldía hiciera saber a esta sección "que la Convención corría grandes peligros, que la municipalidad quería colocarse fuera de las autoridades de la Asamblea nacional, que daba asilo a los individuos contra quienes se ordenaba el arresto".

La sección rápidamente acuerda que sus cañones sean enviados a la Asamblea. La sección ésta fué la que tomó la primera iniciativa contra la Comuna y se encargó de correr de distrito en distrito y de levantar el ánimo.

La sección de la *Cité*, como otras, no se distinguió por su actividad, pero su neutralidad fué rica en resultados.

Para resumir: todas las secciones que se habían llamado anarquistas (y que contenían realmente el primer germen del socialismo) mostráronse enemigas de Robespierre.

Parecía haberse iniciado un movimiento general de las secciones contra Robespierre, contra el dictador, contra el hombre caído.

La Asamblea había enviado para disputar a las secciones a Legendre, Leonardo Bourdon y otros.

Distribuyéronse entre las calles de Arcis, Saint-Honoré y sección de Graviilliers.

Aquí residían los elementos verdaderamente revolucionarios, el obrero libre, el pequeño industrial. Nadie les había arrancado aún de su memoria a su apóstol, a su tribuno.

No era, no, extraño, pues, que Leonardo Bourdon, siendo un hombre tan frío, encontrara allí elementos contra Robespierre, de los que supo sacar partido.

Leonardo Bourdon colocóse al frente de las fuerzas reclutadas precipitadamente, intentando aproximarse al Hotel de Ville.

El joven gendarme Merda, que estaba con ellos, desempeñó aquí un papel principal, pues él dirigió y combinó.

Personalmente estaba interesado en la cuestión. Por arrestar a Henriot tenía su vida en peligro. Si ahora arrestaba a Robespierre, ¿qué le ocurriría? Que Robespierre desde su cárcel ordenaría que lo fusilaran.

Era, pues, preciso matarlo. Tal debió ser su razonamiento.

Llegó la columna de Graviilliers ante Saint-Merry y encontró a los artilleros que abandonaban la Grève. La plaza quedó casi solitaria.

Convínose en que Leonardo Bourdon y el centro de la columna llegarían hasta el puente de Notre-Dame y que los hombres que formaban la vanguardia se llegaran hasta la misma plaza de la Grève,

y finalmente Merda, si podía, ayudado con los gendarmes, penetraría en el Hotel de Ville.

Reinaba gran división.

Saint-Just, Couthon, Coffinhal, todos querían moverse: sólo Robespierre deseaba esperar. Y dígame lo que se quiera, sus razones tenía para esto. "¿De suerte que no tenemos nada que hacer sino morir?", dijo Couthon. Esta palabra conmovió a Robespierre, quien tomó una hoja de papel timbrado de la Comuna, en la que se había redactado ya el llamamiento a la insurrección y escribió tres letras que aun se ven: Rob... Pero al llegar aquí, su conciencia se sublevó. Arrojó la pluma.

"¿Escribir? —dijo—; pero *¿en nombre de quién?*"

Estas palabras eran su sentencia de muerte, pero eran también las de su vindicación ante el porvenir, ante la historia.

CAPÍTULO V

EL 10 TERMIDOR (29 de julio). — ASESINATO DE ROBESPIERRE. — EJECUCIÓN DE ROBESPIERRE. — ESTALLA LA SEDICIÓN

Merda hiere a Robespierre. — Robespierre expuesto en las Tullerías. — Alegría en las cárceles. — Muerte de Robespierre y Saint-Just. — La sedición.

Eran las dos y media.

El consejo general se sentó ante las tribunas desiertas. Él mismo había sido el autor de esta soledad. Payan y Saint-Just, en la Comuna, habían tomado una medida desesperada, el llamamiento a las armas para libertar a la *Convención oprimida*. Así se reunió una masa crédula, para hacer un embrollo, y un pequeño grupo de robespierristas pretendió invadir a la Asamblea. En defecto de Robespierre, que no quiso firmar órdenes de esta naturaleza, firmó Henriot.

Era muy tarde. Antes que la sagacidad empleada por ellos, se dió el golpe decisivo.

Aunque la muchedumbre se retirara de la Convención, en las escaleras, en los corredores, quedaba aún un buen puñado de incondicionales de Robespierre.

La mayor parte no estaban armados. Demasiado entusiastas, creyéronse a salvo de toda opresión, escudados en su fanatismo, en su delirio por el ideal.

Merda, con tres o cuatro gendarmes, subió la escalera. Otros individuos subían precipitadamente dando vivas a Robespierre. El joven resuelto, sin más armas aparentemente que su sable (llevaba sus pistolas en la camisa), quiso abrirse paso. "¿Quién eres tú?" "Soy un ordenanza secreto". Con este salvoconducto avanzó. Pasó la sala del Consejo, atravesó un corredor donde querían impedirle el paso y le golpeaban. Merda recibía golpes y pasaba.

Llegó hasta la puerta de la secretaría, donde había hasta unos cincuenta individuos agitados, salvo uno, Robespierre, que se hallaba en el fondo, sentado en un sillón, con el codo izquierdo sobre la rodilla y la cabeza apoyada sobre la mano.

"Salté sobre él, y apuntándole con la punta de mi sable al corazón, le dije: "Entégate, traidor". Él me respondió serenamente: "El traidor eres tú y voy a mandar que te fusilen".

"Entonces retrocedí unos pasos y sacando una de mis pistolas, le apunté al pecho y disparé; pero la bala le dió en la barba y le arrancó el maxilar izquierdo. Robespierre cayó en su sillón. En aquel instante se levantó un horrible murmullo. Yo grité: "¡Viva la Re-

115

pública!". Mis granaderos oyéronme, y entonces la confusión llegó a su colmo. Los conjurados dispersáronse y me quedé dueño del campo. Robespierre gemía a mis pies. Una de tantas veces oí que decía que Henriot se había salvado por una escalera secreta. Me quedaba una pistola cargada y me precipité detrás de él. Oí rumor en la escalera. Era Couthon a quien salvaban. El aire apagó mi luz y disparé al azar. Lo erré, pero herí la pierna de quien lo llevaba. Subo nuevamente y ordeno que se busque a Couthon, a quien asido de los pies arrastraron hasta la sala del Consejo general. Ordené que se buscara al desgraciado a quien herí, pero todo fué inútil. Robespierre y Couthon estaban extendidos al pie de la tribuna. Registré a Robespierre y le quité una cartera y un reloj, dándoselo a Leonardo Bourdon, que en este momento llegaba para felicitar me por mi victoria y dar órdenes a la policía.

"Los granaderos, creyendo muertos a Couthon y Robespierre, se arrojaron sobre ellos y los arrastraron por los pies hasta el puente de Pelletier. Desde allí quisieron arrojarlos al agua, pero me opuse, y los envié a la guardia con una compañía de los Gravilliers".

La revolución clásica, enemiga del socialismo, sucumbió aquí con Robespierre.

Muerto o herido Robespierre, acababa la idolatría de su persona, pero antes se promovía una especie de sublevación del espíritu, la rebeldía, el odio, los enconos y rencores, que se manifestaban adoptando formas sangrientas. Lebas se suicidó. Coffinhal, fuera de sí, acusó a Henriot de todo lo ocurrido y lo arrojó por la ventana.

Al amanecer, furiosos, decían los que custodiaban los cuerpos de Robespierre y Couthon: "Arrojemos estos dos fardos al Sena". Inmediatamente se oyó una voz triste y quejumbrosa que decía: "Esperad un momento, ciudadanos, que aún no he muerto". Era Couthon.

Aquel día presencióse un afrentoso espectáculo. Detrás del cuerpo de Lebas marchaban, al final de una cuerda, Dumas y Saint-Just; éste noblemente, friamente.

Leonardo presentó a Merda a la Convención, como matador de los conspiradores sin decir sus nombres.

El gendarme recibió muchas promesas aquel día. Pero cuando fué al comité lo recibieron mal Collot y Billaud. Carnot le dijo: "Te quieren mucho".

Convino en afirmar que era Robespierre quien se había herido. Barère debía decir: "Se trata de un suicidio, no de un asesinato". Un cirujano habló en este sentido. Se habló de que Robespierre se mató porque vió que no podía llegar a Capeto. Robespierre fué expuesto a los ultrajes de los furibundos en una sala de las Tullerías, acostado sobre una mesa. Durante una hora permaneció insensible, como si hubiera dejado de existir. Al cabo de este tiempo comenzó a abrir los ojos. Manábase abundante sangre de la herida. Ensangrentáronse sus vestiduras. Había perdido el sombrero, la corbata.

Los ciudadanos que le rodeaban espiaban sus movimientos. Robespierre en dos o tres ocasiones fué maltratado por los ciudadanos.

A las seis de la mañana fué llamado un cirujano, quien por precaución metió una llave en su boca y le sacó dos o tres dientes, observando que el maxilar inferior izquierdo estaba fracturado.

Cuando se le curó cuidadosamente, levantóse de la mesa después de haber mirado detenidamente a quienes le rodeaban y fué a sentarse a un sillón. Apenas se sentó pidió agua, y un hebertista le dió un jarro. Robespierre, con dulce voz: "Muchas gracias, señor".

¿Comprendió Robespierre en aquellos supremos instantes de su vida que ya era imposible pronunciar la palabra ciudadano? ¿Sabía que después de él la República quedaba sin vida? No se equivocó. Muerto él, estalla una tremenda reacción. Mientras que los arrabales se entristecían, las cárceles se alegraban. Allí gemían todos los acusados por Robespierre y los suyos. Cuando se supo la noticia de que Robespierre había sido herido de muerte, estalló un espantoso grito de alegría en las cárceles, especialmente en la de Peyssis, que alimentaba directamente a las guillotinas.

Los realistas recuperaron su libertad de acción. Insultaban a todo el mundo, se insolentaban. Parecían dueños de Francia en un momento. Nadie les estorbaba.

En la Conserjería aún no se sabía nada. Hoche se paseaba por un corredor tristemente. Un hombre de elevada estatura inclina la cabeza para pasar por el corredor... Hoche reconoce a Saint-Just... Esta aparición lo revelaba todo. El héroe volvió la espalda para evitarle a Saint-Just una mirada humillante.

Los comités pidieron que Robespierre fuera trasladado al Hotel Dieu, donde había otros heridos. Así se le exhibió por las calles. Fué el paseo de la muerte. Robespierre, agonizante, en fúnebre procesión.

Thuriot grita con toda la fuerza de sus pulmones: "Es preciso que mueran todos antes de una hora. ¡Que se levante el patíbulo! ¡Libremos a la tierra de este monstruo!".

A las tres de la tarde Fouquier y sus jueces reconocieron la identidad de las personas y decretaron su muerte en la guillotina.

Aquellos seres, derramando sangre, iban a ser conducidos a la guillotina. La fúnebre marcha de las carretas por las calles de Saint-Denis, Ferrounerie y Saint-Honoré fué un espectáculo odioso, horriblemente odioso.

Robespierre, envuelta la cabeza en un pedazo de lienzo manchado de negra sangre seca, llegaba al patíbulo oyendo los gritos de maldición de un pueblo. Mantúvose fuerte, mirando en torno suyo fijamente, conservando toda su inteligencia, estudiando seriamente lo que había de falso y de verdadero en aquellos denuestos.

Las familias de las víctimas del Terror precipitáronse hacia la carreta para vengar a los suyos, lanzando una maldición, el desahogo de su odio y de su encono reprimido durante tanto tiempo. ¡Pobre Robespierre!

Alquiláronse las ventanas a elevados precios.

Un mundo de nobles, los nobles que hasta entonces parecían vivir en otra sociedad, aparecían en los balcones, gozosos, agitados por la satisfacción íntima ante la desaparición del último republicano.

Al pasar por la calle de Saint-Honoré, la de Robespierre, se oyó un grito unánime, estentóreo: "¡A la muerte! ¡A la guillotina!".

Los padres nobles decían a sus hijos: "Mira a Couthon. Ése es Robespierre".

Cuando llegó el cortejo frente al domicilio de la familia Duplay, se presenció un doloroso espectáculo. La indignación de la gente se desbordó en gritos horribles, en mueras ensordecedoras. Robespierre cerró los ojos.

Aquella misma noche un grupo de mujeres fué a la iglesia de Sainte-Pélagie, donde se encontraba la señora de Duplay. Eran las viudas de las víctimas de Robespierre. Abalanzáronse furiosas sobre la señora Duplay y la estrangularon.

Llegaron los sentenciados a la plaza de la Revolución. Robespierre con paso firme subió al patíbulo. Todos hicieron alarde de su serenidad, de su valor. Acordaronse de la patria y balbuceando su nombre cayeron sus cabezas. Saint-Just hacía mucho tiempo que había familiarizado con la idea de la muerte. Era su constante compañera. Murió sencillamente, sin conmoverse, con toda la grandeza de su genio. Subió al patíbulo cuando a Robespierre un infame, quizás el mismo que abofeteó a Carlota Corday, arrancó la venda que sujetaba la mandíbula fracturada, mostrando la horrible cavidad de la herida... Se oyó un terrible, espantoso rugido. Oyóse después un golpe seco... Aquel gran hombre había dejado de existir.

Veintiún ajusticiados eran muy pocos para la insaciable voracidad de las masas. Al día siguiente aplaca su sed devorando toda la sangre de la Comuna. ¡Setenta cabezas! Después trece cabezas más, el tercer día. La mitad de estos últimos eran gentes extrañas por completo a Robespierre y que jamás habían figurado nominalmente en la Comuna.

Respiremos. Nada hemos de contar, es innecesario, acerca de la reacción, la negra reacción que acabó con la Asamblea.

Pocos días después de termidor, un niño, a la salida del teatro, vió una larga fila de elegantes carruajes que, por primera vez, llamaban su atención. Aun no había visto semejante espectáculo. Algunos sujetos, con el sombrero en la mano, servilmente preguntaban: "¿Quiere carruaje el señor?"

El niño no comprendió aquellos nuevos conceptos. "¿Por qué hablan así?", interrogó a su padre. "Hijo mío, desde que murió Robespierre han cambiado mucho las cosas".

CONCLUSIÓN

La conclusión de esta obra es por sí sola un nuevo libro.

Cerrarla aquí con algunas páginas sería obscurecerla. La conclusión se publicará aparte, en forma de libro, que permitirá a través del pasado anticipar el conocimiento de lo porvenir.

Al dar el último adiós a esta obra extensísima, que ha sido mi fiel compañera durante diez años, quiero decir al público lo que yo pienso fríamente.

Toda historia de la Revolución ha sido hasta ahora monárquica. Esta es la primera republicana, la que ha destruido los ídolos y los dioses. Desde la primera hasta la última página no ha tenido más que un héroe: el pueblo.

Su primer movimiento, su advenimiento mejor dicho, señalados por actos de justicia general, ¿no le condujo a cometer injusticias? Es posible. El autor, en su extremado, inmenso estudio de sus caracteres, ¿ha limitado la grandeza de los hombres, de los héroes que sostuvieron la Revolución desde el 93 al 94, es decir, cuando se sintió desfallecida? Lo teme, y éste es su mayor remordimiento.

El autor volverá sobre este tema, y en apreciaciones más amplias, más generales, dará a cada uno de estos grandes hombres cuanto les pertenece.

... *Egregias animas qui sanguine nobis Hanc Patriam peperere suo.*
¡Grandes corazones! ¡Con vuestra sangre edificasteis la patria!

FIN